

A close-up photograph of a man's upper body and face. He is wearing a dark blue or black coat over a light green patterned waistcoat and a white cravat. His hands are clasped in front of him, wearing white gloves. The background is a soft-focus interior with a blue wall and a yellow curtain.

Los Pennington
Libro 3

El corazón de un Pennington

Brianne Miller

El corazón de un Pennington

Los Pennington, Libro 3

Brianne Miller



Todos los derechos reservados.

Queda estrictamente prohibida la reproducción, distribución, o transmisión total o parcial de este libro en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopiado, grabado o cualquier otro, sin el permiso previo y por escrito del autor. Asimismo, se prohíbe el uso de tecnologías de inteligencia artificial para acceder, analizar, reproducir o distribuir el contenido de este libro sin la autorización expresa del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de un delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Primera edición: Enero 2025

Título original: El corazón de un Pennington.

Serie: Los Pennington (libro 3)

Brianne Miller© 2025

Diseño de Portada: Gema Millanes

Maquetación: Gema Millanes

Imágenes de portada: Adobestock

Nota de la autora

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Biografías

Nota de la autora

Querido lector:

Antes de nada, quiero agradecerte que hayas decidido leer mi novela. Espero de corazón que Elijah y Agatha te enamoren igual que a mí. De todos los hermanos Pennington que os he presentado hasta ahora, Elijah es, sin duda, mi preferido. Quisiera compartir contigo que la creación de esta novela ha sido todo un reto para mí. El Ely astrónomo me ha puesto a prueba y he tenido que investigar mucho para poder crear una historia coherente y creíble.

La *Real Sociedad de Londres*, fundada en 1660, es una de las sociedades científicas más antiguas y prestigiosas del mundo. Su misión es promover el conocimiento científico y la innovación a través de la investigación y la colaboración entre científicos de diversas disciplinas. Desde su creación, ha sido un punto de encuentro para las más brillantes mentes de la ciencia, incluyendo a figuras como Isaac Newton, Robert Hooke y Christopher Wren, entre otros.

El planeta *Georgium Sidus*, conocido actualmente como Urano, fue realmente descubierto por William Herschel en 1781. El cometa *Caelum* es ficticio, creado para la trama de esta novela, aunque Herschel fue descubridor de muchos de ellos.

Christopher Wren no fue presidente de la Real Sociedad, sino uno de sus miembros fundadores, y en 1784 su presidente real fue Joseph Banks, que por aquel entonces tendría cuarenta y un años, no la edad de Elijah, como hago ver en mi novela.

En cuanto al resto de científicos que aparecen en estas páginas, todos ellos son figuras reales pertenecientes a dicha institución, aunque no coexistieron en el mismo período de tiempo.

Para enriquecer la narrativa, me he tomado algunas licencias históricas, como puedes ver. Al final del libro te dejaré una breve biografía de cada uno de estos personajes importantes por si logro despertar tu curiosidad.

Espero que disfrutes de la lectura y que estas pequeñas licencias históricas no te desanimen, sino que te ayuden a sumergirte aún más en la historia.

Con cariño.

Brianne Miller

Prólogo

Londres, marzo de 1781

Elijah salió a correr en cuanto tuvo la nota de su mentor en las manos. No... no podía creer que William le hiciera aquello. Su amistad se remontaba a sus años en la universidad. Habían sido uña y carne, como hermanos, Will jamás le haría algo semejante. Se resistió a creerlo. Ni siquiera se había tomado la molestia de ir a buscar su caballo. Estaba tan sorprendido por la noticia que no había reparado en pequeñas cosas como aquella. Debía llegar a la *Real Sociedad* lo antes posible y comprobar que el descubrimiento que su compañero de armas estaba presentando ante los expertos no era el que habían estado estudiando juntos.

Las lágrimas comenzaban a agolparse en sus ojos cuando se cruzó con Joseph Banks en las escaleras del edificio, pero no se detuvo cuando su amigo le llamó. Tampoco lo hizo cuando John Mitchell y James Hutton intentaron detenerle. No. Debía ver la traición con sus propios ojos. Sentía el corazón latir a toda prisa en su pecho, escuchaba el correr de la sangre en sus oídos. Incluso su pulso temblaba, y eso que él tenía un pulso realmente firme. Cuando abrió la puerta doble de la sala, el murmullo general disminuyó. El silencio era ensordecedor. Todos los presentes, al menos los que sabían que aquel estudio había sido conjunto, le miraron con una mezcla de compasión y lástima que hizo que se le revolviera el estómago. No... William no...

—Y así, mediante cálculos minuciosos y precisión matemática, he podido determinar con exactitud el retorno de este asombroso cometa, que iluminará nuestros cielos en pocos meses —estaba diciendo William—. Este hallazgo no solo amplía nuestro entendimiento del cosmos, sino que también marca un hito en la historia de la astronomía.

Elijah apretó los puños a ambos lados de su cuerpo. No podía moverse, le invadía tal mezcla de decepción, rabia y traición que si se hubiera acercado al que una vez consideró su hermano habría terminado en el calabozo de Bow Street.

—Este cometa, que me he tomado el atrevimiento de llamar “*Caelum*” y cuyos detalles he registrado meticulosamente —continuó diciendo Will—, será un símbolo de nuestro continuo avance en el estudio del universo. Gracias por su atención y buenas tardes a todos.

El estruendoso aplauso del auditorio fue como un puñal atravesándole el corazón. Su mirada se cruzó entonces con la de William, que lejos de mostrar algún tipo de arrepentimiento, le miró con una sonrisa de satisfacción en sus labios. No le quitó el ojo de encima en ningún momento, ni cuando los presidentes de la Real Sociedad le felicitaron (todos a excepción de Christopher Wren, que sabía de primera mano que aquel no había sido su trabajo). Su mentor se detuvo al pasar junto a Ely y le palmeó el hombro intentándole infundir algún tipo de consuelo. Cuando la última persona salió del auditorio, Elijah se dirigió hacia el escenario, donde William aún recogía sus notas y material.

—¿Cómo has podido, malnacido? —espetó.

—Elijah, no esperaba verte aquí tan pronto —respondió Will sin levantar la mirada de su tarea.

—¿No esperabas verme aquí? ¿Después de robar mi parte del trabajo y presentarlo como tuyo ante todo el mundo?

—Elijah, por favor, entiende —suspiró—. Esta era una oportunidad única y no podía arriesgarme a perderla.

—¡Era nuestra oportunidad, maldita sea! ¡Gran parte de ese trabajo me pertenece!

—¿Tienes forma de demostrarlo? —Inspiró con fuerza y levantó la mirada para encararle al fin—. Este descubrimiento es mucho más grande que nosotros, Ely.

—¿Y por eso has borrado mi nombre del proyecto? ¿Por eso lo has presentado sin mí? Pensé que éramos compañeros, que éramos hermanos. Pero resultó que solo te importaba tu propio prestigio.

—No es tan simple...

—¡Oh, claro que no lo es! No es simple ver a alguien en quien confiaba cegarse con la ambición. Te he defendido siempre, incluso cuando sabía que no tenías razón. Ahora me doy cuenta de lo poco que mi amistad significaba para ti.

—Tú, el hijo de un conde rico, siempre lo has tenido todo en bandeja de plata —espetó William con desdén—. Todo lo que yo soy lo he tenido que ganar con esfuerzo. No sabes lo que es vivir bajo la sombra de tu título, de tus riquezas, de tu prestigio.

—¿De qué demonios estás hablando?

—¡Si lo hubiéramos publicado juntos yo habría desaparecido, maldición! —exclamó William arrugando unos papeles en sus manos— No habría sido el descubrimiento de los dos, sino el descubrimiento del ilustre lord Elijah Pennington.

Comenzó a andar sin rumbo por la tarima sin prestarle ninguna atención.

—Tal vez tú no te des cuenta, pero parece que el mundo gira en torno a ti —continuó—. Las mujeres solo te ven a ti, nuestros mentores solo te felicitan a ti. ¡Yo siempre soy invisible!

—¿De eso se trata? ¿Me tienes envidia por culpa de un título que jamás heredaré?

—Envidia, resentimiento, llámalo como quieras. Estoy cansado de ser siempre el segundo, de ser siempre el amigo del hijo del conde. Por una vez, solo por una maldita vez, quería saber lo que se siente siendo tú.

—¿Era más importante sentirte especial que nuestra amistad? ¿La fama era más importante que todo lo que hemos vivido?

—Tal vez. Quizás fue la única forma de demostrar que puedo ser algo más, que puedo ser alguien sin depender de ti.

Elijah rio con amargura y se alejó varios pasos de William. Había estado tan ciego...

—Ni en un millón de años podría haber imaginado la clase de persona que realmente eres, William —susurró con amargura—. No sabía que tu corazón albergaba tal cantidad de sentimientos llenos de ponzoña hacia mí. Jamás podré perdonarte por lo que has hecho. Disfruta de la única oportunidad que tendrás de brillar, porque dudo mucho que tengas alguna otra sin mí.

Elijah giró sobre sus talones y se dirigió hacia la salida del auditorio. Las palabras de William resonaban en su mente, pero no había ningún tipo de consuelo en ellas. El dolor de la traición aún quemaba en su pecho y la brecha entre ellos parecía insalvable. Mientras las puertas se cerraban detrás de él, Elijah supo que su vida nunca volvería a ser la misma. La confianza se había roto, y con ella, una parte de su propio corazón. Ahora debía encontrar la manera de reconstruir su camino, lejos de la sombra de la traición de William.

Capítulo 1

Tres años después...

Elijah Alexander Pennington era un tipo con suerte. Sin tener que preocuparse del título familiar (era el cuarto en la línea de sucesión ahora que Andrew había sido padre de un varón), Ely disfrutaba de una libertad poco común entre los nobles de su estatus. Por ello había podido estudiar una carrera que realmente le gustaba y dedicarse a algo que le apasionaba: la investigación del universo. Y es que Elijah solo había estado enamorado de una cosa en toda su vida: el cielo. Desde niño siempre había disfrutado tumbándose en los jardines de Claudon Hall para admirar las estrellas, y fue el niño más feliz del mundo cuando su padre le regaló su primer telescopio a la tierna edad de doce años. Fue el mejor regalo que le habían hecho en su vida, y gracias a él había decidido a qué quería dedicarse siendo adulto. Había sido un estudiante modelo, tanto que cuando terminó sus estudios le habían ofrecido un puesto en el departamento de astronomía de Oxford. Trabajó allí hasta hacía cuatro años, cuando fue reclutado por Christopher Wren, su mentor, para formar parte de la *Real Sociedad Científica de Londres*, una de las instituciones más prestigiosas del mundo, situada en Pall Mall.

Que fuera un científico de éxito no quería decir que a él no le interesaran las mujeres. De hecho, se había ganado a pulso la fama de libertino debido a sus numerosos affaires, siempre con hermosas viudas para no poner en peligro su tan valiosa cabeza, por supuesto. La última de sus conquistas era lady Catherine Montague, viuda del vizconde Edward Montague. Cath era perfecta para él, pues debido a la considerable fortuna que heredó de su esposo no tenía ninguna intención de casarse, y por tanto Elijah no corría peligro de verse envuelto en algún escándalo que le obligara a pasar por el altar. Su relación era realmente sencilla: acudían juntos al teatro o la ópera de vez en cuando, disfrutaban el uno del otro en la intimidad de la casa de la vizcondesa y Ely regresaba al alba a su piso de soltero, situado en Albermale Street.

Elijah miró el reloj y suspiró. Aquella tarde se encontraba en su despacho, del que no había salido en una semana entera. Aún tenía mucho que hacer, pero John Michell le había enviado una nota para encontrarse con él en el *Boodle's*^[1] y no podía llegar tarde. De sus tres mejores amigos, John era, sin duda, con el que más se identificaba. No solo tenían la misma edad, sino que habían estudiado juntos y había estado a su lado tres años atrás, cuando William Herschel le había robado el trabajo de toda su vida y lo había presentado como propio. Sabía que la cita en el club no era sino una excusa para sacarle del despacho con la intención de hacerle respirar un poco de aire fresco, igual que había hecho Ely por él infinidad de veces en el pasado. Apuntó en su cuaderno unas últimas notas sobre su experimento, tomó su chaqueta y se dirigió hacia el Club. Cuando llegó descubrió con satisfacción que también se encontraba allí James Hutton, otro de sus mejores amigos. Se dejó caer en un sillón con gesto cansado y pidió una copa de whisky.

—Pareces cansado —comentó John mirándole a través del cristal de su vaso de bourbon.

—Llevo días sin pasar por casa —respondió él—. Estoy a punto de terminar el experimento y no quiero dejar nada al azar.

—Violet va a tirarte de las orejas cuando te vea —bromeó James, aunque sin su acostumbrada alegría.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Ely— Parece como si el peso del mundo recayera sobre tus hombros.

—Mucho peor —protestó su amigo—. Mi madre está insistiendo en que me case de una buena vez.

—¿Y qué tiene eso de especial? —respondió John tomando un canapé de la mesa— Mi padre habla de ello todo el maldito tiempo.

—Tu padre es el párroco de St. Botolph's, John —rio Ely.

—¿Y por eso estoy obligado a casarme? —espetó el aludido.

—Alegra esa cara, hombre —dijo Elijah al ver la cara de preocupación de James—. Estoy seguro de que tu madre terminará por rendirse.

—¿Sarah Hutton rendirse? —rio James— Cómo se nota que no la conoces. Cuando algo se le mete en la cabeza no se detiene hasta conseguirlo.

—Pues cástate entonces —dijo John encogiéndose de hombros—. No creo que sea tan terrible tener a una mujer disponible en casa que te caliente la cama.

—Siempre estás pensando en lo mismo —bufó James lanzándole un fruto seco.

—¿Hay algo más interesante que eso en lo que pensar?

—John tiene razón, James —dijo Ely—. No en lo de pensar en el sexo las veinticuatro horas del día, por supuesto, sino en que no sería tan terrible casarse.

—¿Y por qué no lo haces tú? —espetó James.

—Porque nadie me presiona a hacerlo por el momento —respondió Ely con una enorme sonrisa—. Puedo seguir permitiéndome el lujo de esquivar el yugo una temporada más.

—Tienes suerte —suspiró James.

—Podemos ayudarte a encontrar una esposa, Jamie —se ofreció John.

—¡Dios nos asista! —James puso los ojos en blanco.

—Debe ser una mujer hermosa, por supuesto —continuó su amigo sin prestarle atención—. Nadie quiere yacer con una esposa poco agradecida.

—Debe ser encantadora —le corrigió Elijah, la voz de la razón en aquella mesa—, poseer una buena conversación y una personalidad dócil y afable.

—Le diré a mi madre que no se moleste en buscarme una esposa, vosotros sois mejores casamenteros que ella —protestó James.

—Vamos, hombre, solo intentamos echarle una mano —rio John.

—¿Al cuello?

—Piénsalo... Podrías encontrar a una dama inteligente con la que poder compartir tus problemas —continuó Ely—. Una compañera y amiga.

—¿Se puede ser amigo de tu esposa? —preguntó John.

—Pues claro que sí —respondió James—. Mira a los Onslow, sin ir más lejos.

Elijah pensó en sus padres y sonrió sin darse cuenta. Definitivamente quería tener un matrimonio como el suyo, lleno de risas, comprensión, complicidad y amor. Era un matrimonio perfecto... y también una utopía.

—Si encontrara una mujer que cumpla todos los requisitos me casaría con ella sin dudar —dijo dando un sorbo al licor.

—¿Y qué me dices de Caroline Herschel? —bromeó James— Está loca por ti.

—Ya me has puesto de mal humor, maldición —bufó Elijah levantándose.

—¿Ya te vas? —espetó John— Si acabas de llegar.

—Esta noche me toca acompañar a Marianne al baile de los Arden, solo estoy aquí de paso.

—¿No puede ocuparse otro de tus hermanos? —preguntó James— Hacía tiempo que no nos reuníamos sin trabajo de por medio.

—Llevo casi una semana sin ver a mi hermana, John. Quiero pasar tiempo con ella.

—Me gustaría poder acudir al baile solo para ver cómo te desenvuelves en sociedad —bromeó John.

—Acompáñame, entonces —respondió Elijah—. Lady Arden es amiga de la familia y te aseguro que no le importará que lleve a alguien más conmigo.

—No, gracias —respondió su amigo simulando un escalofrío.

—Vamos... me vendrá bien tener un poco de compañía cuando Marianne sea asediada por caballeros en busca de esposa.

—Olvidalo, si mi padre se entera de que me han visto contigo en los bailes de sociedad me esperará en la vicaría con una novia y oficiará mi boda.

—Tú te lo pierdes. Los Arden tienen una cocinera maravillosa, su pollo a la Reine^[2] es delicioso.

Se despidió de sus amigos y se dirigió a su piso de soltero. Aún tenía algo de tiempo antes de salir hacia la fiesta de los Arden, así que se metió en su despacho para seguir con sus experimentos. Estaba tan inmerso en su estudio de las agujas con lacre que había utilizado para simular cuerpos celestes que ni siquiera escuchó a su ayuda de cámara, Henry, entrar en la habitación para dejarle sobre el escritorio una taza de humeante café acompañado de bizcochitos de almendra.

—Lord Elijah, debería comer algo antes de continuar con sus estudios —dijo el hombre, sobresaltándole.

—¡Maldición, Henry! —exclamó el aludido llevándose la mano al corazón— Te he dicho mil veces que hagas algún ruido al entrar. Vas a terminar por matarme de un susto.

—Lo he hecho, milord. —La exasperación del sirviente era más que evidente—. Para ser exactos, he golpeado la puerta con los nudillos, he dicho su nombre en voz alta dos veces y he golpeado la mesa con la bandeja cuando he puesto en ella su tentempié.

—Perdona, estaba muy concentrado en esto. —Tomó la taza y dio un sorbo al caliente y delicioso café—. Solo tomaré café, voy a acudir al baile de lady Arden esta noche.

—¿De veras? —La sorpresa en el rostro de Henry casi le hace reír.

—Es mi turno de acompañar a Marianne en su aventura de encontrar un esposo adecuado —aclaró—. Andrew me amenazó con contarle a mi madre mis escarceos con la vizcondesa si intentaba escurrir el bulto.

—Iré entonces a preparar su chaqué.

—Espera, necesito tu ayuda con algo.

Elijah tomó al sirviente por los hombros y le colocó delante de la mesa en la que había colocado el experimento.

—¿Qué ves? —preguntó.

—¿Agujas manchadas de lacre?

—Mira bien, Henry. Me conoces desde hace años, así que piensa un poco. ¿Qué es lo que ves?

—Solo veo agujas pinchadas en una placa de corcho, milord.

—¡No hombre, no! No son agujas, sino cuerpos celestes. Al menos en teoría. Necesito que los claves en el poste del jardín para poder continuar con mi experimento. —Le entregó una hoja de papel—. Aquí tienes las distancias exactas a las que tienes que ponerlos.

—¿Quiere que lo haga ahora mismo, milord?

—Está anocheciendo, por supuesto que no. Necesito que lo hagas por la mañana, para poder continuar con mis investigaciones después del desayuno.

—En ese caso iré a prepararle la ropa para el baile. Tomará un baño, imagino.

—¿Insinúas que no huelo bien? —bromeó Elijah.

—Insinúo que si va a ir a ver a su hermana después de pasar una semana encerrado en su despacho debería estar impecable.

—Tienes razón, como siempre. Usaré el traje azul marino, por favor.

—Como guste, milord.

Elijah vio alejarse a su ayuda de cámara y volvió a centrarse en los alfileres lacrados. Se sintió muy satisfecho de sí mismo, había logrado que las pequeñas gotas de lacre quedaran lo suficientemente redondeadas para poder llevar a cabo el experimento sin esfuerzo.

Una hora más tarde cruzaba las puertas del número siete de Rosewood Lane. Dejó sus guantes y su sombrero sobre la mesa de la entrada y se dirigió al salón, pero no encontró a nadie allí. Miró su reloj para comprobar que no había llegado tarde, así que subió al primer piso para encontrar a su padre, que seguramente estaría en su despacho.

—¿Hay alguien? —preguntó golpeando la puerta suavemente con los nudillos.

—¡Al fin apareces! —protestó Andrew, que también se encontraba allí— Creí que te habías olvidado de que debes acompañar a Marianne esta noche.

—¿Cómo voy a olvidarlo si todos me habéis bombardeado con cartas recordándomelo? —protestó Ely.

—Llevas una semana sin aparecer por aquí —le reprochó su padre—. Que no se repita.

—Lo lamento, padre. Estoy inmerso en un nuevo experimento que consume gran parte de mi tiempo.

—La familia también es importante.

—Tienes razón, no volverá a ocurrir. ¿Cómo están los niños, hermano?

—Nina me trae de cabeza. Quiere explorarlo todo y temo que cualquier día termine por romperse la crisma. Ayer la cogí al vuelo cuando intentó subirse a una silla para alcanzar el reloj que tenemos sobre la repisa de la chimenea del salón. Envejecí diez años por su culpa.

—Está en la edad, Andrew —rio su padre—. Recuerdo que tú eras igualito a ella, intentabas tocarlo todo y al final terminaste abriéndote una brecha en la ceja.

Andrew se pasó el dedo por la cicatriz que apenas se notaba y sonrió.

—Supongo que es digna hija de su padre —respondió con orgullo.

—Te quejas mucho, pero se te cae la baba con ella —rio Ely.

—Se me cae con los dos, pero Chris es mucho más tranquilo... por el momento.

—Espera a que tenga un par de años más para hablar —rio Harvey.

El sonido de risas en la escalera les avisó de la llegada de las damas. Marianne entró primero al salón, dio una vuelta sin demasiadas ganas para que su padre y sus hermanos la vieran y se dejó caer en el sillón sin gracia alguna.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Ely con una ceja arqueada.

—No quiere ir —explicó Violet, su madre, besándole en la mejilla.

—Prefiero quedarme en casa —reconoció la joven—. Me abrumba estar entre tanta gente,

mamá.

—Esta es tu segunda temporada, Marianne —añadió Harvey—. Debes encontrar un esposo.

—En realidad... un caballero ha despertado mi interés, pero no acudirá al baile de lady Arden.

—¿De veras? —exclamó su madre con una enorme sonrisa— ¿De quién se trata?

—Aún no puedo decírtelo, solo hemos hablado un par de veces. ¿Nos vamos, Ely?

Elijah le ofreció el brazo y se dirigió hacia la entrada. La ayudó a ponerse su capa de armiño y la guio hacia el carruaje de los Onslow, que esperaba en la puerta de entrada. En cuanto el vehículo se puso en marcha, Ely suspiró y cerró los ojos para descansar hasta llegar a su destino.

—Veo que no has dormido demasiado —adivinó Marianne.

—No mucho, la verdad —reconoció—. Háblame de ese caballero que te interesa.

—Aún no sé si yo le intereso a él.

—Mejor aún, así tendré tiempo de investigarlo antes de que tenga la oportunidad de cortejarte.

—Lord Cedric Dudley —confesó Marianne.

—No le conozco.

—Es el quinto hijo del conde de Tinmouth.

—Le investigaré.

—Espero que no le espantes como a todos los demás...

—Solo espanto a los que no te merecen —protestó su hermano.

—Todos, al parecer.

—¿Alguno de los que espanté resultó ser un buen hombre?

—No, tienes razón, pero ahora tendré que soportar otra temporada de bailes y reuniones sociales en vez de estar en casa leyendo.

—Adoro que seas un ratón de biblioteca.

—¿Porque tú eres una rata de laboratorio? —bromeó ella.

—Touché.

—Te he echado de menos, no vuelvas a hacerlo.

—Lo prometo.

Llegaron a la casa de lady Arden poco después. El salón estaba atestado de gente, y el murmullo atronador de sus voces empezaba a provocarle a Ely dolor de cabeza. Por suerte pronto divisó a Christian Derricks, marqués de Hertford y mejor amigo de Andrew, que se acercó a ellos con una sonrisa.

—Al fin encuentro rostros conocidos a los que me agrada mirar —suspiró el marqués—. Ya me estaba arrepintiendo de haber venido.

—¿Buscando esposa, Hertford? —bromeó Ely.

—Para ti, por supuesto —bufó Christian—. Marianne, estás absolutamente arrebatadora esta noche. Espero que tengas algún baile reservado para mí.

—A ver, déjame pensarlo... —Marianne le dedicó una pícara sonrisa—. Por supuesto, Chris. Mi tarjeta de baile siempre tiene un hueco para ti.

—¡Gracias a Dios! De todas las damas con las que tuve el gusto de bailar el pasado miércoles en Almack's eres la única que no tiene dos pies izquierdos. ¿Pasamos al comedor? Espero que lady Arden vuelva a saltarse este año los formalismos y pueda sentarme con vosotros.

Mucho más tarde, Elijah compartía una copa con Christian mientras Marianne bailaba con uno de sus pretendientes. Parecía estar feliz, radiante, pero Ely la conocía lo suficiente como para saber que estaba mortalmente aburrida y cansada. Hizo girar el licor en su copa y miró al amigo de su hermano.

—¿Alguna vez te has planteado casarte con ella? —preguntó.

—¿Con quién?

—Marianne.

—¡Claro que no, hombre! Tu hermana para mí es intocable.

—¿Por qué? Debes reconocer que es una de las mejores damas de la temporada.

—Te aseguro que es la mejor, pero jamás podría casarme con ella.

—¿Andrew te amenazó? —rio Ely.

—Eso también —reconoció Christian con una sonrisa—. Pero la he visto crecer, es como una hermana pequeña para mí.

—Es una lástima. Dormiría mucho más tranquilo si fueras el hombre que le interesa.

—¿A la pequeña Mary le interesa un hombre?

—Lord Cedric Dudley, para ser más exactos. ¿Le conoces?

—De oídas. No carga con ningún escándalo a sus espaldas y que yo sepa su familia no tiene problemas de dinero. De todas formas, lo investigaré.

Cuando el baile terminó, llevó a Marianne a casa con la intención de regresar a su piso de soltero, pero su madre aún estaba despierta y se negó en redondo a que lo hiciera. Con un suspiro, se deshizo de su ropa y se metió entre las mantas, quedándose dormido en cuanto su cabeza tocó la almohada. Al parecer, estaba mucho más cansado de lo que imaginaba.

Capítulo 2

A sus veintidós años, Agatha Marie Wren ya había mostrado un talento excepcional para la botánica. Desde pequeña había desarrollado una gran pasión por las plantas, inspirada por los jardines de la casa familiar y los libros que leía con avidez. Sus conocimientos y habilidades hicieron que su padre, lord Christopher Wren, le permitiera ingresar en la Real Sociedad como asistente de Joseph Banks, prestigioso botánico, explorador y naturista. Bajo la tutela de su mentor, Agatha tuvo la oportunidad de participar en varias expediciones botánicas y de recolectar plantas exóticas para su posterior investigación. Fue durante una de aquellas expediciones, en la isla de Madeira, cuando descubrió una planta desconocida que cautivó a Banks por sus características medicinales, a la que Agatha nombró “*Dracanea draco*”. Aunque no se trataba de un gran descubrimiento, su mentor la ayudó a presentar su primera investigación formal ante la Real Sociedad, pues vio un increíble potencial en ella. Desde aquel momento comenzó a ocuparse de la publicación de varios artículos en revistas científicas, como *Transacciones filosóficas*, la revista de la institución.

Pero aunque su padre estuviera enormemente orgulloso de todo lo que había logrado a tan corta edad, no olvidaba que era una joven soltera. Le preocupaba que su amor por la botánica la convirtiera en una solterona, y desde hacía ya unos meses se había dedicado a presentarle caballero tras caballero con la esperanza de que alguno de ellos despertase el interés de Agatha. La situación comenzó a parecerle insostenible cuando una mañana se encontró en el comedor del desayuno al señor Robert Whitaker, dueño de una importante imprenta de la ciudad. Se sintió tan exasperada que, en vez de hacer uso de sus muy buenos modales y saludar al recién llegado, puso los ojos en blanco y se marchó de allí dando un portazo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Jane, su madre, al escuchar el estruendo.

—¿Lo sabías? —espetó ella.

—¿Saber el qué?

—Papá ha traído a un caballero a casa. En el desayuno.

—No puede ser verdad...

—Desde luego que lo es, mamá. ¿No te parece que ya está sobrepasando los límites?

—Hablaré con él, hija, pero debes entender que está preocupado por ti.

—¿A qué viene ese repentino interés en que me case de repente? Estoy perfectamente bien como estoy.

—¿Pretendes quedarte soltera?

—¿Qué tiene de malo? Gano dinero con mis ilustraciones y los artículos que publico en las revistas. No necesito a un hombre para nada.

—Pero la sociedad...

—La sociedad no me importa lo más mínimo.

—¡Lo has dejado malditamente claro, maldición!

La voz de su padre la sobresaltó. Se dio la vuelta para comprobar con alivio que el señor

Whitaker se había marchado.

—¿Cómo has podido ser tan grosera con el señor Whitaker? —espetó su padre— Me ha dicho que jamás se casaría con una mujer tan falta de modales como tú.

—Bien, un caballero menos del que preocuparme.

—¡Agatha! —la regañó su madre.

—Sabes que puedo impedirte la entrada a la Real Sociedad con solo mover un dedo —advirtió su padre.

—¿Por no querer casarme?

—¡Por desobedecerme, maldición! Ninguno de los hombres que te he presentado te conviene. El señor Sinclair te pareció demasiado bajo. Lord Renfrey, un barón ni más ni menos, te desagradó por no sé qué maldita cosa.

—Salivaba demasiado —aclaró Agatha, ganándose una mirada furiosa de su padre.

—Confundiste la seguridad del señor Blackwood con un ego desmedido —continuó Wren—, y el vizconde Hawthorne...

—A él le despachaste tú mismo, querido —le recordó Jane a su esposo.

—Cierto, resultó ser un libertino. El caso es, hija, que continuas escudándote en defectos insignificantes para no embarcarte en el matrimonio.

—Tal vez los que tú consideras hombres adecuados no lo son para mí —espetó ella.

—Muy bien —suspiró Christopher sentándose en la otomana—. Dime qué tiene que tener un hombre para que consideres casarte con él.

—Debe ser apuesto —dijo—. Más alto que yo, por supuesto, y que respete mi profesión. No voy a dejar mis investigaciones porque me case.

—Deberás tener hijos, y eso implica ocuparte de ellos —protestó su padre.

—Puedo ocuparme de mis hijos y continuar con mis estudios cuando ellos estén durmiendo.

—Está bien, continúa.

—Debe tener un ojo de cada color y un hoyuelo en la barbilla —bromeó.

—¿Te estás riendo de tu padre?

—Solo estoy bromeando, papá. ¿Me dejarás tranquila si te prometo que a partir de ahora dedicaré tiempo a encontrar al hombre adecuado?

—¿Significa eso que vas a presentarte en sociedad?

—No, significa que estaré receptiva a los hombres que me rodean y si alguno está interesado en mí le daré una oportunidad.

—En ese caso seguiré con mi tarea de buscarte un marido yo mismo —respondió su padre levantándose—. Alto, apuesto y que respete tu profesión... No puede ser tan difícil.

Agatha observó desesperada salir a su padre de la habitación. Se volvió hacia su madre, que disimulaba una sonrisa tras la mano.

—¡Mírale! —exclamó— ¡No me hace ni caso!

—Tal vez porque tú no le haces caso a él, hija.

—Muy bien, que siga buscando hombres para mí, encontraré esposo por mí misma. —Se dirigió con paso decidido hacia la entrada.

—¡Pero aún no has desayunado! —exclamó su madre.

—Se me ha quitado el apetito al ver al señor Whitaker. Tomaré algo en la oficina.

Llegó a la casa Burlington, sede de la Real Sociedad, y se dirigió hacia la mesa que ocupaba en el despacho de Joseph Banks, que la miró con sorpresa.

—Buenos días —deseó de mal humor.

—Parece que no son buenos para ti —adivinó su mentor.

—No, no lo son. Dime que tienes trabajo para mí, por favor.

—No hay nada especial que puedas hacer.

—Estupendo.

—¿Qué te parece si dejamos el trabajo para un poco más tarde? Vayamos a tomar un café, parece que no has desayunado.

—Es cierto, no lo he hecho.

—La cafetería de la esquina ha hecho bollos de Bath con sabores nuevos. ¿Qué te parece?

—Que eres mi salvador, Joseph —suspiró Agatha.

—Es lo que imaginaba.

Joseph tomó su chaqueta y ayudó a Agatha a abrigarse. Se dirigieron hacia *Piccadilly Rose*, una bonita cafetería situada cerca de allí. Se cruzaron por el camino con Elijah, que se unió a ellos sin dudarle. Agatha no pudo evitar notar que se le veía cansado, con ojeras debajo de sus ojos.

—Pareces cansado —dijo.

—Anoche tuve que acudir a un baile con Marianne —reconoció su amigo—. Entre que llegué tarde y que me he levantado más temprano de lo habitual para volver a mi casa he dormido apenas unas horas.

—¡Pobre Marianne! Debe estar agotada.

—¿Pobre Marianne? ¿Y qué hay de tu amigo? —protestó Ely señalándose.

—Tú no te ves obligado a encontrar esposa. Ella no tiene más remedio que hacerlo.

—No me veo obligado... por ahora. Pero en algún momento tendré que casarme, igual que todos.

—No es lo mismo y lo sabes.

—No es lo mismo, tienes razón. Cambiando de tema... Joseph, ¿puedo robarte a Agatha por un día? Necesito que me ayude con algo.

—¡Gracias a Dios! —exclamó la mujer.

—Claro, toda tuya —rio Banks—. Parece que esta mañana necesita estar ocupada.

—¿Ha ocurrido algo?

—Mi padre ha ocurrido —suspiró ella—. ¿Qué necesitas de mí?

—Me hacen falta tus maravillosas dotes para el dibujo —explicó Ely—. Necesito que plasmes en el papel mi último experimento. El problema es...

—Está en tu piso de soltero —adivinó ella.

—Lo siento —se disculpó.

—¿Y no hay manera de que lo traigas aquí, Ely? Sabes que la última vez casi nos atrapan.

—He pensado en todo, descuida. Mi cuñada se ha ofrecido a hacerte de carabina durante el tiempo que estés en mi apartamento. Marianne también ha querido venir, así que no tendrás nada que temer.

—Muy bien, acepto —suspiró Agatha.

—En ese caso, regreso al trabajo —dijo Joseph levantándose—. Que os divirtáis.

Terminaron su café y se dirigieron hacia Mayfair. Nicole y Marianne ya estaban esperándoles cuando llegaron a la casa familiar, y caminaron dando un paseo juntos hasta su piso de soltero.

—¿Cómo estás? —preguntó Agatha a Marianne, que se enganchó casi al momento de su brazo.

—Agotada. Ni siquiera puedo concentrarme en la lectura, todo lo que veo son encajes, sedas y brocados a mi alrededor.

—No me gustaría estar en tu piel. Tengo suerte de no pertenecer a la nobleza, de lo contrario estaría acompañándote en cada una de esas agotadoras reuniones.

—Sería mucho más divertido —sonrió Marianne.

Marianne y Nicole se sentaron en el salón a tomar el té mientras Elijah y Agatha salían al jardín para observar las agujas lacradas que Henry había clavado en el poste de madera a primera hora de la mañana.

—¿Se supone que esto es el universo? —rio Agatha.

—Usa tu imaginación, por favor —protestó su amigo.

—Está bien, está bien.

Agatha sacó su cuaderno y su lápiz de carboncillo y se sentó en una de las hamacas del porche que Ely colocó frente al experimento. Su amigo se sentó a su lado con sus apuntes para continuar trabajando.

—¿Vas a contarme qué te ocurre hoy? —preguntó Elijah al fin— Estás algo irascible.

—¡No estoy irascible! —suspiró Agatha.

—Sí que lo estás. Vamos, cuéntame qué te pasa.

—Es mi padre —confesó—. Está volviéndome loca con su empeño en buscarme un esposo.

—Ah, eso... Veo que no te gustó el señor Whitaker...

—Elijah Alexander Pennington... Dime que no le estás ayudando.

—Odio cuando me llamas así.

—¿Le estás ayudando o no?

—No exactamente.

—¡Elijah!

—¡Está bien, un poco! —reconoció— Hace unos días se quejó de que ninguno de los hombres que te presentaba te gustaba y me pidió consejo. Le dije que el señor Whitaker parecía ser de tu agrado porque solías conversar con él cuando ibas a la imprenta para entregar tus trabajos.

—¡Por Dios santo, Ely! —Suspiró—. Solo era amable con el señor Whitaker como podría serlo con cualquier otra persona. No tenía, ni tengo, ningún interés romántico en él.

—Lo siento —se disculpó—. Debería haber mantenido la boca cerrada.

—Sí, deberías.

—Perdóname.

—Te perdono porque sé que no lo has hecho con mala intención.

—Pero no entiendo tu empeño en permanecer soltera, la verdad.

—Es que... —Suspiró de nuevo—. El matrimonio implicaría dejar de lado lo que tanto amo, ¿entiendes? Tendría que olvidarme de la botánica para ser esposa y madre. No quiero eso.

—Deberás casarte entonces con alguien que acepte esa faceta tuya.

—¿De veras crees que existen hombres así?

—Yo me casaré contigo —bromeó.

—No estás hablando en serio —rio ella.

—Te dejaría hacer lo que quisieras. No me interpondría entre las plantas y tú.

—Es tentador, lo admito. Pero tú quieres casarte tan poco como yo, admítelo.

—Tienes razón —suspiró—. Pero reconoce que la idea es buena.

—Eres mucho mejor partido que Whitaker, desde luego —rio ella.

—Soy un Pennington, ¿qué esperabas?

Agatha negó y continuó dibujando durante un buen rato. El dibujo no tenía que ser muy artístico, pero sí bastante detallado y preciso, así que necesitó la ayuda de Elijah para respetar las medidas. A mediodía ya tenía un boceto bastante acertado del experimento de su amigo, que la recompensó con una enorme sonrisa.

—Eres mi heroína —suspiró.

—Agatha siempre te saca las castañas del fuego —protestó Marianne observando su trabajo sobre el hombro de su hermano—. Deberías pagarle un sueldo.

—¿Tú crees? —preguntó Ely mirando a Agatha con una ceja arqueada.

—Me conformo con un cuaderno nuevo y algunos lápices —bromeó ella—. Debería marcharme, llego tarde a casa para el almuerzo y mi padre se preguntará dónde me he metido.

—¿No vienes a comer a casa? —se quejó Nicole.

—Agradezco el ofrecimiento, pero ya he pasado demasiado tiempo fuera de casa.

—Vamos, te llevaré en mi carruaje —se ofreció Ely.

Se despidieron de las damas y subieron al landó^[3] para dirigirse a su hogar, situado en Grosvenor Square. Durante el corto trayecto, Agatha no pudo quitarle el ojo de encima a su amigo. La verdad es que Elijah era realmente apuesto, aunque a ella no se lo pareciera debido a su amistad. Se conocieron hacía ya diez años, cuando su padre se convirtió en el tutor de Ely en la universidad. Aunque por aquel entonces ella apenas era una niña, Ely siempre se mostró atento con ella, y más de una vez llevó a Marianne en sus visitas para que jugaran juntas. Con el tiempo, la atención que le prestaba fue cada vez mayor, hasta el punto de haber compartido con él antes que con nadie su fascinación por la botánica. Cuando al fin ingresó en la Real Sociedad fue el primero en felicitarla, comenzando a forjarse entre ellos la bonita amistad que les unía hasta entonces.

—¿En qué piensas? —preguntó el caballero de repente.

—Solo estoy cansada —negó ella.

—Deberías descansar un poco más, apuesto a que anoche estuviste con tus dibujos hasta la madrugada.

—Me llevé algunos especímenes a casa para poder dibujarlos perfectamente —reconoció.

—Vas a terminar enfermado, y me enfadaré seriamente contigo, te lo advierto.

—No actúes conmigo como un hermano mayor, Ely. No funciona.

—No actúo como un hermano mayor, solo estoy preocupado por ti. Últimamente no tienes buen aspecto, ¿lo sabías?

—No será para tanto.

—Parece que no te has mirado a un espejo últimamente. No me extraña que no encuentres esposo.

—Eso ha sido un golpe bajo, Pennington.

—Pretendía que fuera un golpe de realidad. El mundo no va a terminarse mañana para que lo hagas todo tan deprisa.

—No quiero que alguien robe mi trabajo como te pasó a ti.

Vio a Elijah apretar la mandíbula y se arrepintió inmediatamente de sus palabras.

—Perdona —se disculpó—, no debí...

—No importa —la interrumpió Ely—, solo has dicho la verdad.

—Aún no has conseguido pasar página, ¿eh?

—Lo he hecho.

—Mentiroso.

—Tienes razón, no lo he hecho. Aún me duele la traición de William. Me duele incluso cruzarme con él por los pasillos y ni siquiera saludarnos. Habría sido mucho más fácil si no tuviéramos que vernos todos los días.

—¿Y por qué no le perdonas?

—¿Podrías perdonar tú algo semejante?

—Supongo que no.

—Era el trabajo de mi vida, Agatha. Trabajé muy duramente en ello, estuve días enteros sin dormir y me alimentaba porque mi madre me obligaba a hacerlo. Él solo hizo una tercera parte del trabajo y se llevó todo el mérito solo porque estaba celoso de mi posición.

—Lograrás un descubrimiento mejor que ese, ya lo verás —intentó animarle—. Descubrirás algo mucho más grande y te harás mucho más famoso que él.

—Y no me olvidaré de nombrarte cuando lo haga —sonrió.

—Yo no tengo nada que ver con tu experimento.

—¿Cómo que no? Eres la ilustradora oficial de mis investigaciones. El mundo entero debe saber que esas increíbles imágenes son obra tuya.

—No son tan buenas —respondió arrugando la nariz.

—Desde luego que lo son.

Elijah detuvo el landó en la casa de Agatha. Bajó del vehículo de un salto y lo rodeó para ayudarla a bajar.

—Sana y salva, como prometí —bromeó.

—Gracias por acompañarme, lord Elijah.

—Ha sido todo un placer, señorita Wren.

Elijah la observó subir los escalones de entrada y perderse en la cálida luz del recibidor. Pensó en lo que había dicho aquella mañana. Casarse con Agatha... menuda estupidez.

Capítulo 3

La estupidez rondó en su cabeza durante más de una semana. La verdad era que, pensándolo fríamente, no era tan mala idea después de todo. Agatha y él eran buenos amigos, se conocían a la perfección. Ambos respetarían el trabajo del otro y ninguno de los dos tendría que preocuparse más por el matrimonio. Ambos ganaban... al menos en teoría. Y aunque aún quedaban en el aire los asuntos del dormitorio, podrían aliviarse cada uno por su lado siempre que fueran discretos. Aunque, para ser totalmente sincero, a él no le importaría en absoluto tener a Agatha en su cama. No podía negar que su amiga era una mujer preciosa y que sería una delicia instruirla en las artes amatorias. Pero, si ella se oponía a cualquier tipo de acercamiento por su parte, por supuesto que la respetaría.

Casi sin darse cuenta se vio comparando a todas las jóvenes debutantes de la temporada con Agatha. Noche tras noche, siempre que tenía que acudir a algún baile o reunión social en nombre de su familia, la idea del matrimonio con Agatha regresaba a su cabeza una vez más. Y en las ocasiones en las que coincidían en alguna de aquellas reuniones, terminaba irremediablemente bailando con ella. Se decía a sí mismo que lo hacía por cortesía, porque eran amigos y ella prefería bailar con él a hacerlo con cualquier otro, pero ¿a quién quería engañar? Lo hacía únicamente porque era él quien deseaba bailar con ella.

Incluso su familia se dio cuenta de que algo le ocurría. Primero fue Clement quien intentó averiguar de qué se trataba, y como no pudo averiguar nada, Andrew le mandó llamar el siguiente fin de semana con la excusa de que debían resolver un asunto familiar de gran importancia. Fue por ello que Elijah se levantó al alba el sábado, tomó apenas una taza de café y se dirigió a la casa familiar para averiguar qué estaba ocurriendo... sin saber que él mismo era el asunto familiar a tratar. Se sorprendió al descubrir que Andrew era el único que estaba en la casa, normalmente el hogar familiar era un hervidero de actividad.

—¿Dónde están todos? —preguntó cuando entró en el despacho, donde Andrew estaba repasando las finanzas familiares.

—Nuestros padres han acompañado a Marianne a la fiesta de fin de semana de los duques de York —respondió su hermano cerrando el libro de cuentas—. Mi esposa se ha quedado en casa, el final del embarazo se acerca y últimamente se siente muy cansada. En cuanto a Clement... Bueno, solo Dios sabrá dónde está ese granuja.

—¿Y vamos a resolver el problema nosotros solos? —Elijah arqueó una ceja, se sirvió una copa de bourbon y se dejó caer en el sillón frente a su hermano.

—Tú eres el problema, Elijah.

—¿Yo soy el problema? —se sorprendió— ¿De qué demonios estás hablando?

—Nos tienes a todos muy preocupados, hermano. Últimamente estás más distraído de lo habitual. Sí —continuó levantando una mano para impedir la réplica de Ely—, sé que tu trabajo te suele mantener obnubilado, pero esta vez es diferente.

—Soy el mismo de siempre, estáis pensando de más.

—¿De veras? Porque hace una semana confundiste las fechas y te presentaste en casa para la cena de los Derricks un día antes.

—Mira el lado positivo, al menos no llegué tarde —bromeó.

—Cierto, pero te pusiste una de mis chaquetas para acudir a Almack's el miércoles. Todo el mundo habló de ello.

—Eso no fue culpa mía, sino del servicio.

—¿Y tú no tienes ojos en la cara para ver que la prenda te quedaba tres tallas grande?

—Un error que puede ocurrirle a cualquiera si tiene prisa. Iba a llegar tarde.

—¿Y qué me dices de tu desliz en el White's? Te preguntaron por tu investigación y tú les diste una charla sobre el tratado de París.

—Vale, sí, he estado un poco distraído, pero solo es por mi trabajo.

—¿Seguro? Ese desgraciado de Herschel no te habrá vuelto a robar tus ideas, ¿verdad? Porque te juro que esta vez...

—Nadie me ha robado nada, Andrew. Esta vez guardo mi investigación con mucho celo.

—¿Entonces qué demonios te pasa? Porque no vas a hacerme creer que son imaginaciones mías. Te conozco demasiado bien, Ely, y esto no es solo por el trabajo.

—Bueno, tal vez tengo algunas cosas más en la cabeza —reconoció al ver que su hermano no iba a dar su brazo a torcer.

—¡Lo sabía! ¿Y se puede saber qué demonios es?

—Aún no tienes por qué saberlo.

Andrew se levantó, apartó el sillón de su hermano de la mesa y apoyó las manos en los brazos del mueble para mirarlo fijamente a los ojos, muy cerca de su rostro.

—Nuestros padres van a llegar mañana por la noche, Ely, y lo primero que harán será preguntarme qué es lo que te tiene tan distraído —susurró—. Madre está muy preocupada, y si no le doy lo que quiere pedirá mi cabeza en bandeja de plata.

—Eres el heredero —rio Ely—. No lo hará.

—Tengo un hijo, te aseguro que lo hará. Así que tienes exactamente dos minutos para contarme qué tontería es la que te está rondando la cabeza o te juro por Dios que...

—¿Me creerías si te dijera que estoy pensando en el matrimonio? —le interrumpió.

Andrew le miró con sorpresa, incorporándose lentamente hasta quedar sentado en el borde del escritorio

—En el matrimonio... —repitió para asegurarse de que había escuchado bien.

—Así es, en el matrimonio.

—¿Tú, en el matrimonio?

—No sé qué tiene de raro, caramba. Tengo ya treinta y un años, debería empezar a pensar en casarme.

—No me malentiendas, me alegra mucho que hayas empezado a pensar en ello. Me ocuparé de investigar a las debutantes de este año y...

—Olvídalo, no es en ese tipo de matrimonio en el que pienso —le interrumpió.

—¿Te has enamorado?

—¿Acaso tengo tiempo para hacerlo?

—Tienes razón, siempre estás en tu despacho o... Dime que no es la vizcondesa...

—No se trata de Cath, te aseguro que ella tiene menos ganas que Clement de pasar por el altar.

—¿Quieres decirme de una vez en quién demonios estás pensando?

—Estoy pensando en casarme con Agatha. Su padre está presionándola para que se case,

cosa que ella no quiere hacer.

—Si no recuerdo mal, ella ya tiene veintidós años. Es normal que sir Wren insista en ello.

—Lo sé, y te aseguro que ella también lo sabe, pero se siente abrumada porque Wren no hace más que presentarle un pretendiente tras otro, cada uno peor que el anterior.

—¿Pretende permanecer soltera toda la vida?

—Agatha no se opone a la idea de casarse. Es más, supongo que quiere hacerlo como cualquier joven. El problema es que desea un esposo que le permita continuar con su trabajo, y sabes tan bien como yo que eso es verdaderamente difícil.

—¿Y por eso te has ofrecido voluntario? Estás loco, Ely. Padre no va a permitir...

—No me he ofrecido voluntario para nada —le interrumpió—. Bromeé con Agatha sobre el tema hace unos días, es todo.

—Y ahora no puedes quitarte la idea de la cabeza —adivinó Andrew.

—Es que cuanto más lo pienso, mejor idea me parece, Drew. Yo no tengo tiempo de ocuparme de una esposa. Mi trabajo ocupa gran parte de mi tiempo y hay veces que no regreso a casa en semanas.

—Sí, pero...

—Ella es como yo —le interrumpió—, tan dedicada a su trabajo que se marchitaría viviendo la vida de una esposa obediente y dedicada. Casándose conmigo podría seguir con su trabajo libremente.

—¿Y qué me dices de los hijos? Porque debéis tener hijos.

—Ya tienes a Chris y a Clement, padre no necesita más herederos.

—¿Acaso sabes si ella quiere tener hijos?

—No tengo ningún problema con acostarme con Agatha. Pero si a ella le disgusta la idea podemos llegar a un acuerdo.

—Sé que me voy a arrepentir de preguntar esto, pero ¿a qué acuerdo te refieres?

—Seríamos la pareja perfectamente feliz y enamorada de cara a la galería, pero en privado yo mantendría a mi amante y ella podría tener el suyo. Siempre siendo discretos, por supuesto.

—Has perdido la cabeza, hermano —negó Andrew sirviéndose otra copa—. Pasar tanto tiempo estudiando las estrellas te ha hecho perder la maldita cordura.

—No es más que un matrimonio de conveniencia, señor perfecto —protestó Ely—, un maldito matrimonio de conveniencia como los que nuestros pares firman a diario, solo que mi esposa y yo seríamos amigos, no un par de desconocidos que comparten una casa.

—¿Y qué me dices del amor, Ely? ¿Acaso no quieres encontrar a la mujer de tu vida?

—¿Debo recordarte que tú te casaste con Nicole sin estar enamorado de ella?

—Es diferente —protestó su hermano desviando la mirada.

—¿Por qué lo es?

—Porque yo sí poseía sentimientos por ella aunque no quisiera reconocerlo. Tú, en cambio, pareces no sentir nada por Agatha.

—Yo ya estoy completamente enamorado... de mi trabajo.

Andrew se repantigó en el sillón y miró a Elijah durante demasiado tiempo. Ely no podía saber qué estaba elucubrando su hermano en aquella cabeza suya, y estaba empezando a ponerse nervioso.

—¿Estás seguro de que solo estás pensando en casarte con ella porque es un matrimonio conveniente? —preguntó Andrew de repente.

—¿Por qué si no?

—Tal vez te ocurra como me ocurrió a mí y esa mujer te gusta más de lo que quieres admitir.

—Agatha y yo solo somos amigos —negó.

—Yo decía lo mismo y mírame ahora.

—La he visto crecer, Andrew. Cuando la conocí tenía solo doce años.

—Pero ahora es una mujer. Y muy hermosa, además.

—No me gusta —insistió—. Somos grandes amigos y nos llevamos muy bien, de ahí mi interés en casarme con ella.

—De la amistad al amor hay tan solo un paso...

—No cuando se interponen dos carreras tan absorbentes como las nuestras. ¿Me apoyarás en esto si decido dar el paso?

—No.

—¿No?

—¡Pues claro que no! Quiero que encuentres el amor, Ely. Quiero que sepas lo que se siente al estar con la mujer que amas, al hacer el amor con alguien que te hace sentir completo. No te apoyaré ante nuestro padre en este sinsentido, Ely. Lo siento.

—Yo te apoyé a ti cuando decidiste casarte con Nicky.

—Y te lo agradezco, pero como ya te he dicho, la situación es completamente diferente.

—Pues esta es la única forma en la que me casaré —sentenció levantándose—. Me marchó, vuelvo al trabajo.

—¡Te obligaré a acudir a cada baile de sociedad a partir de ahora hasta que encuentres una esposa! —advirtió su hermano cuando Elijah se alejaba por el pasillo.

—¡Aún no eres el conde! —respondió Ely— ¡No puedes hacer nada!

—¡Entonces convenceré a nuestro padre de que te obligue a encontrar esposa!

—¡A él no le importará que sea Agatha! ¡Te recuerdo que es una persona muy querida para nuestra familia!

Salió de la casa familiar con una enorme sonrisa. Sabía que lo que su hermano le había dicho eran palabras vacías y que si él decidía casarse con Agatha le apoyaría aunque estuviera en contra de la unión. Esa era la clase de relación que tenían los hermanos Pennington: fieles hasta el final, leales hasta la muerte. Se dirigió al club para encontrarse con sus amigos. Después de tanto tiempo, habían decidido hacer un parón en sus respectivos trabajos para verse una vez por semana en el club para cenar y tomar una copa juntos, y la verdad es que Elijah había esperado ese momento con ilusión. Para cambiar un poco la rutina les invitó a compartir la mesa de su padre en White's. Pidió una botella de bourbon con cuatro vasos y se sentó a esperar la llegada de los demás.

—Me siento alguien realmente importante —bromeó James al llegar.

—Son las ventajas de ser el hijo de un conde —respondió Ely tomando un canapé del plato de aperitivos.

—¿Tu padre no vendrá hoy al club?

—Está en el campo. Mi madre y él han llevado a mi hermana a un fin de semana social.

—¿Y tus hermanos?

—Andrew seguramente se quede en casa con su esposa, y Clement no suele venir por aquí desde el incidente.

—Disfrutemos de la noche, entonces —respondió su amigo sentándose a su lado.

Jugaron a las cartas, cenaron deliciosa comida y bebieron hasta casi perder el sentido. Ely estaba ya bastante borracho, se había deshecho de su pañuelo y había terminado repantigado en

uno de los sillones jugando con el vaso que tenía en la mano.

—Creo que voy a casarme —dijo de repente.

—¿Has encontrado a una heredera con dote? —hipó James, que estaba en el mismo estado de embriaguez que él.

—Idiota... A mí no me hace falta ninguna dote, poseo mi propia fortuna.

—Es verdad... eres el hijo de un conde —asintió James—. Eres tan desastre que a veces olvido de dónde provienes.

—Voy a casarme con Agatha —confesó Ely sin apartar la mirada de la hipnótica bebida que giraba en su copa.

Los tres amigos se miraron y rompieron a reír a carcajadas. Ely puso mala cara.

—¿Qué? —protestó Ely— ¿Creéis que no es buena para mí?

—Tú no eres bueno para ella, idiota —respondió Joseph—. Te dará una patada en el trasero si se lo pides.

—Wren está presionándola para que acepte a alguno de los pretendientes que le presenta —reconoció—. Yo soy mejor que todos ellos.

—Solo porque eres el hijo de un conde —respondió James.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo? Es mi hermano quien hereda el título, no yo.

—Ser el hijo de Onslow tiene sus ventajas, debes reconocerlo.

—Y sus malditos inconvenientes —protestó Ely—. Por su culpa Herschel me robó mi trabajo.

—Eso no fue por culpa del título, sino porque eres demasiado confiado —respondió John—. Te dije mil veces que mantuvieras tus investigaciones a buen recaudo, pero ¿me hiciste caso? ¡Por supuesto que no!

—Will era nuestro amigo —susurró Ely—. ¿Tú habrías ocultado tus investigaciones de mí?

—No es lo mismo —respondió John.

—¿Y por qué no lo es? Confiaba en él tanto como confío en cualquiera de vosotros, no pensé que fuera a apuñalarme por la espalda.

—¿Podemos olvidar el pasado? —protestó James— Este exquisito bourbon de primera calidad se me está agriando con tanto hablar de Herschel.

—Cásate con Caroline para vengarte de él —añadió Joseph con una risita—. Su hermana pasaría a ser parte de la nobleza que tanto envidia. ¿No sería divertido?

—¿Tener a Caroline de esposa? —Ely se atragantó con el sorbo de whisky que tenía en la boca—. Sería peor que cualquier tipo de tortura medieval.

—Es bastante hermosa —rió John.

—Las sirenas también lo son, y cuentan las leyendas que atraen a los marineros hacia las rocas para matarlos —respondió Ely.

—Eres un exagerado —bufó James.

—Cásate tú con ella entonces.

Su amigo simuló un escalofrío, haciéndoles reír a todos. Elijah se intentó poner de pie, pero las piernas le fallaron y todo empezó a darle vueltas.

—Creo que estás borracho —apuntó John desde su lugar.

—Tú no estás mejor que yo —protestó Ely.

—Y por eso voy a irme a mi despacho, no quiero que mi padre me vea en este estado.

—Por suerte yo tengo un bonito piso de soltero esperándome.

Se despidió de sus amigos con la mano y llegó a trompicones a la calle, donde su cochero

le ayudó a subir al carruaje. Henry debió ocuparse de él a su llegada, porque cuando despertó por la mañana estaba metido en la cama y en la mesita de noche le esperaba su milagroso remedio para la resaca. Sabía a rayos, pero terminaba con el dolor de cabeza en cuestión de media hora. Cuando se sintió lo suficientemente bien como para levantarse, se vistió y bajó al salón a desayunar antes de marcharse hacia su oficina. Necesitaba añadir sus nuevas investigaciones a sus informes, que se encontraban en la Real Sociedad, a buen recaudo en su caja fuerte, por supuesto. Para su desgracia, Caroline Herschel le interceptó en la esquina de la calle, a tan solo unos metros de encontrarse a salvo en su guarida.

—Buenos días, Elijah —saludó la dama poniéndose a su altura—. Has madrugado mucho para ser domingo.

—Tengo algunos asuntos que atender hoy, Caroline.

—Oh... Ya veo. Yo iba a encontrarme con una amiga en el *Blooming Teapot*^[4]. ¿Nos acompañas?

—Acaba de decirte que tiene asuntos que atender, Caroline —espetó Agatha, a quien Ely no había visto acercarse.

—¿Contigo?

—Desde luego no es contigo. Y ahora, si nos disculpas...

Agatha enlazó su brazo con el de Elijah, que la miraba como fascinado. La joven achacó su estado a la resaca que debía estar sufriendo por la reunión de la noche anterior (a la que a ella le hubiera encantado acudir, por supuesto) y no le dio la mayor importancia.

—De nada —protestó cuando estaban dentro de la Sociedad.

Elijah siguió mirándola como en trance, pensando en todo lo que había hablado el día anterior con su hermano... porque no recordaba ni una sola palabra de lo que habló con sus amigos la noche anterior.

—Veo que la reunión de anoche no terminó demasiado bien —comentó Agatha al ver que su amigo no reaccionaba.

Ely se fijó entonces en sus labios en forma de corazón. Estaban diciendo algo, pero él hacía ya tiempo que no escuchaba una sola palabra. Su corazón empezó a latir de prisa y su pulso se aceleró.

—Ely, ¿te encuentras bien? —insistió la joven empezando a preocuparse.

De repente, de los labios de Elijah salieron las tres palabras que jamás pensó que llegaría a pronunciar tan pronto.

—¿Quieres casarte conmigo?

Capítulo 4

Agatha miró a Ely con absoluta incredulidad antes de romper a reír a carcajadas. De todas las bromas que le había gastado a lo largo de los años que llevaban siendo amigos, esa era, sin duda, la más graciosa de todas. No podía parar de reír, tuvo que sentarse en el sofá cuando sus piernas se quedaron sin fuerzas debido a la falta de aire. Entonces levantó la mirada y vio a Elijah mirándola con reproche. ¿Reproche? La risa se le cortó de golpe.

—Dime que no estás hablando en serio... —susurró.

—¿Tan mala idea te parece?

—¿Mala idea, Ely? ¡Es la peor idea de todas!

—Yo no pienso igual.

—Que tú no... ¿Acaso te has vuelto completamente loco?

—¿Puedes escucharme antes de juzgarme, por favor?

Agatha le hizo una señal para que hablara. Dijera lo que dijese, la idea seguiría pareciéndole una absoluta barbaridad. Elijah Pennington era uno de los mejores partidos de la temporada: de buena familia, rico y muy atractivo, y cualquier mujer estaría encantada de convertirse en su esposa. Pero ellos eran amigos, y Agatha le apreciaba lo suficiente como para desear que tuviera un matrimonio por amor, que no era el caso. Elijah se sentó junto a ella en el sillón y tomó las manos de Agatha entre las suyas, apretándolas levemente.

—Tu padre está insistiendo en que te cases —comenzó a decir—. Tú misma has dicho que es raro el día que no aparece con un nuevo pretendiente para ver si al fin es el elegido por ti.

—¿Qué tiene eso que ver...

—Llegará el día en que no te permita elegir, Agatha —la interrumpió—. Y conociéndole, ese día llegará más pronto que tarde.

—Pero ese es mi problema, tú no tienes por qué salvarme.

—Sé que no tengo que hacerlo. Pero, después de bromear sobre ello el otro día, he llegado a la conclusión de que no es ninguna tontería que nos casemos.

—No lo has pensado bien, Ely. Si lo hicieras...

—Te aseguro que he pensado meticulosamente en ello durante toda la semana, Agatha.

—¿Meticulosamente? —dudó ella arqueando una ceja— Creo que aún sigues borracho y que no piensas con claridad.

—Piénsalo, Agatha —continuó—. Si no te has casado aún es porque sabes que ningún caballero te permitiría continuar con tu trabajo. Tendrías que ocupar tu lugar en su casa como su esposa y dedicarte a criar niños.

—No es que no me gusten los niños, es solo que pienso que aún no es el momento —se defendió.

—Yo no podría prestarle la debida atención a una esposa como esa —continuó Ely—. Mi trabajo consume gran parte de mi tiempo y apenas estoy en casa, así que mi esposa terminaría por sentirse abandonada.

—Pero aún no tienes que casarte —insistió Agatha.

—Tengo treinta y un años, Aggie. Es momento de que empiece a pensar en ello.

—Pero tú y yo somos amigos. Nos conocemos bien y...

—Y es por eso que el nuestro sería el matrimonio perfecto —la interrumpió—.

Podríamos continuar con nuestros correspondientes trabajos sin entorpecernos el uno al otro. Satisfaríamos los deseos de nuestros padres y a la vez tendríamos la libertad que ambos necesitamos.

—No sé, Ely... Tu plan hace aguas por todas partes.

—¿Por ejemplo?

—Tus padres quieren que te cases por amor. Apostaría a que tus hermanos también lo desean. Ninguno de ellos aceptaría que te casaras por una simple cuestión de conveniencia.

—Y es por ello por lo que tendríamos que actuar un poco de cara a la galería.

—¿Simular estar enamorados?

—No creo que sea demasiado difícil, ¿no te parece?

—Bueno, no, pero ¿piensas que se creerán que nos hemos enamorado después de tantos años siendo amigos?

—¿Por qué no? Podríamos decir que siempre has estado enamorada de mí y que lo ocultabas por la relación que me une a tu padre, por ejemplo.

—Cuán típico es dar por sentado que la mujer será quien se enamore primero —bromeó Agatha.

—Puedo sacrificarme por el bien común —continuó Ely la broma—. Diremos entonces que me enamoré de ti poco a poco, conforme ibas creciendo, y que no hice nada porque tu padre era mi mentor. ¿Le gusta más esa versión, señorita Wren?

—Mucho más, milord.

—¿Qué me dices? ¿Nos casamos?

—Tengo que pensarlo, Ely. Siempre quise casarme por amor, y si me caso contigo...

—No tengo ninguna intención de meterme en tu vida, Agatha. Siempre que seas discreta puedes hacer lo que quieras. Si te enamoras de alguien... podrías convertirle en tu amante, yo no me opondré.

—Dicho así suena muy frío —susurró Agatha.

—Dudo mucho que tengas la oportunidad de enamorarte antes de que tu padre te obligue a casarte.

—Supongo que tienes razón.

—Tómate todo el tiempo que necesites para pensar en ello, Aggie. No hay prisa... todavía.

Agatha asintió y se marchó hacia el despacho de Banks. Estuvo toda la mañana pensativa, sin poder sacarse de la cabeza la descabellada idea de Ely. Si cualquier otro le hubiera propuesto matrimonio con las mismas condiciones que su amigo, habría aceptado sin dudar. Porque Elijah tenía razón en una cosa: el tiempo se le acababa. La noche anterior su padre y ella habían tenido una enorme discusión porque había rechazado a Thomas Warton, el último caballero que su padre había invitado a convertirse en su pretendiente. Warton era un hombre muy apuesto, de cabello oscuro y unos penetrantes ojos azules. Pero todo lo que tenía de apuesto lo tenía también de arrogante, y si había algo que Agatha no soportaba en un hombre era la arrogancia. Había entrado en su casa como si ya estuvieran prometidos, planificando la vida de Agatha como si ya le perteneciera y decidiendo sin contar en absoluto con ella cuántos hijos iban a tener (nada más y nada menos que media docena). No fue capaz de llegar a los postres. Se levantó de la mesa

cuando apenas habían servido el segundo plato, rechazó educadamente a Warton y se marchó a su habitación.

Su pequeño acto de rebeldía había tenido serias consecuencias. Minutos después su padre había irrumpido en su alcoba de manera abrupta y le había dado un ultimátum: si antes de que terminara el mes no le había presentado un caballero con el que estuviera dispuesta a casarse, sería él mismo quien eligiera por ella. Y dado que Warton había conseguido ganarse a su padre de manera sorprendente, Agatha estaba segura de que sería el elegido. Decidió pasar el resto del día sin pensar en el trabajo. No estaba lo suficientemente concentrada como para continuar con él, y un paseo en busca de nuevas plantas que investigar era lo que necesitaba. Se puso su pelliza, pues aún hacía fresco, y se dirigió a la casa de su amiga Meredith Thornton. Mer era lo más parecido a una hermana que había tenido nunca. Hija única de un comerciante adinerado y la hija de un noble, igual que ella, se conocieron en la escuela de señoritas Brampton, situada a pocos kilómetros de Londres. Desde el primer momento congeniaron muy bien y se convirtieron en amigas inseparables. Aunque Meredith no compartía su pasión por la botánica (a ella le interesaban mucho más la música y la moda) siempre estaba dispuesta a acompañarla en su búsqueda de nuevas especies de plantas.

Por suerte para Agatha, Meredith se encontraba en casa inmersa en una de las novelas de amor que tanto le gustaba leer. En cuanto la vio, dejó el libro a un lado y corrió hacia ella para fundirse en un cálido abrazo.

—Qué alegría que hayas venido —dijo Mer invitándola a sentarse a su lado—. Pediré que preparen el té.

—No te molestes, vengo para sacarte de casa —respondió Agatha levantando la mano—. Necesito tomar aire fresco... y contarte algo que me ha pasado esta mañana.

—¿Es grave?

—No, por supuesto que no. En realidad... creo que es bueno.

—En ese caso, déjame que tome mi ridículo^[5] y mi capa. Estoy deseando saber qué es eso que te tiene tan preocupada.

Agatha asintió y siguió a su amiga hasta el recibidor. Esperó pacientemente a que Meredith subiera a su habitación a coger sus cosas y se encaminaron tomadas del brazo hasta el parque de St James. Aunque ese parque era mucho más pequeño que Hyde Park, Agatha lo prefería, pues era mucho más bonito y tranquilo. Caminaron hasta un banco de forja situado frente al lago y dieron de comer a los patos mientras conversaban.

—¿Y bien? —preguntó Mer— Me tienes en ascuas.

—Mi padre me obliga a casarme —soltó—. Si antes de terminar el mes no encuentro a un candidato adecuado lo elegirá él por mí.

—No te ofendas, pero se veía venir. Has rechazado a todos los hombres que te ha presentado, Aggie. ¿Qué esperabas?

—Y ahora viene lo importante: Elijah Pennington me ha pedido que me case con él.

A Meredith se le cayó la bolsa de pan que tenía en las manos y la miró con incredulidad.

—¿Elijah Pennington? —insistió, porque pensaba que había escuchado mal— ¿El mismo Elijah Pennington por el que todas las solteras de Londres llevan suspirando varias temporadas?

—El mismo.

—Le habrás dicho que sí...

—Aún no le he contestado.

—¿Estás loca? ¡Agatha!

—¡Quiero casarme por amor!

—¿Y quién es capaz de no amar a ese hombre? —suspiró— No solo es apuesto como el mismo demonio, sino que además posee una considerable fortuna y proviene de una de las familias más importantes de Londres.

—No digo que no me guste, Mer. Es innegable que es bien parecido y que estaría loca si no me gustara. Pero somos amigos —añadió al ver que su amiga iba a interrumpirla—, y no me siento bien quitándole la oportunidad de encontrar un matrimonio por amor.

—Si te ha pedido que te cases con él es porque siente algo por ti. No tiene que pasar por el altar, el título de su familia ya tiene heredero y podría casarse con cualquier mujer noble, pero te lo ha pedido a ti.

—No se casa conmigo porque le guste, sino porque soy conveniente —confesó—. Entiendo su trabajo lo suficiente como para no sentirme abandonada si no viene a dormir a casa más de dos noches seguidas.

—Pero tú eres igual que él en ese aspecto. Este matrimonio también será conveniente para ti, ¿me equivoco?

—Lo sería, sí.

—Sinceramente, Agatha, no sé qué es lo que tienes que pensar. Un hombre maravilloso te ofrece todo lo que siempre quisiste en un matrimonio.

—Todo excepto amor.

—Que puede llegar con el tiempo.

—¿Bromeas? Soy completamente opuesta al tipo de mujer que le interesa, eso sin contar que me conoce desde que aún llevaba mis rizos adornados con cintas.

—Eres una mujer increíblemente bella, Agatha. ¿Acaso no te ves cada mañana en el espejo? Cualquier caballero con dos dedos de frente estaría interesado en ti.

—Su amante es Catherine Montague —confesó agachando la cabeza—. Y antes que ella fue la viuda de lord Debling. Ambas mujeres son voluptuosas y llamativas, nada que ver conmigo.

—Eso es porque no te sacas partido, querida mía. Si me permitieras vestirme estoy segura de que poco tendrías que envidiarle a mujeres como ellas.

—Estás completamente loca —sonrió Agatha.

—Hablo completamente en serio. Si no me crees, vayamos a mi casa. Pruébate uno o dos de mis vestidos, te quedarán bien porque tenemos casi la misma talla. Cuando te veas con ellos entonces me dices que no puedes compararte a ellas, ¿de acuerdo?

—Tengo trabajo que hacer —respondió Agatha levantándose.

—¡Vamos, Aggie! —exclamó su amiga tirándole suavemente de la falda— Es domingo y hace mucho tiempo que no pasamos el día juntas...

Tras un momento de duda, Agatha asintió. A fin de cuentas no tenía nada que perder...

—Muy bien, pero en cuanto me pruebe los dichosos vestidos me marcharé —accedió.

—Te lo prometo.

Meredith llevó casi a rastras a Agatha hasta su casa, y sacó de su vestidor al menos una docena de hermosos vestidos de todos los colores.

—Dijiste uno o dos —protestó Agatha poniéndose en jarras.

—Con uno o dos no verás lo que yo veo.

—Son demasiados, Mer.

—De acuerdo, elegiré entonces seis de ellos.

—Dos.

—Cinco.

—Uno.

—Tres. Por favor...

—De acuerdo —suspiró—. Me probaré solo tres.

—¡Gracias, gracias, gracias!

Meredith comenzó a levantar vestidos de la cama y a observarlos con detenimiento. Los que iba descartando los llevaba de nuevo al vestidor, y al final terminó dejando cinco vestidos sobre la cama: uno de tafetán verde esmeralda, otro de seda de color azul cielo, uno más de muselina rosa pastel, un cuarto de satén de un suave tono lavanda y por último un vestido de brocado color marfil. Cada uno era más hermoso que el anterior, más elegante y más sofisticado.

—Elije tres de ellos —dijo Meredith.

Eliigió el azul, el lavanda y el marfil. Meredith la ayudó a ponerse cada uno de ellos y la llevó hasta el espejo de cuerpo entero para que pudiera verse bien. Agatha se asombró mucho al ver su imagen en el espejo. Y no era que ella no tuviera vestidos bonitos, al contrario. Su guardarropa era de primerísima calidad, pero sus vestidos eran los típicos vestidos de una debutante, y los de su amiga destilaban una sofisticación y audacia que ella nunca había considerado utilizar antes del matrimonio. Cada uno de esos vestidos resaltaba su figura de una manera elegante y decorosa, haciendo que Agatha se sintiera por primera vez como una mujer capaz de deslumbrar a cualquiera con su presencia.

—Te lo dije, estás increíble —susurró Meredith a su espalda—. Te aseguro que si Elijah Pennington te viera ahora mismo quedaría total y absolutamente enamorado de ti.

—Eres una exagerada —rio Agatha acariciando la falda del vestido que tenía puesto.

—Quédate los —ofreció Mer.

—¿Te has vuelto loca? Son tuyos.

—No los he estrenado aún y te quedan mucho mejor que a mí.

—Te lo agradezco, pero...

—Permíteme hacerte un regalo por una vez, Aggie —la interrumpió su amiga tomándola de las manos—. Tú me has regalado tanto que...

—Yo solo te he regalado algunos dibujos tontos, no puede compararse a esto.

—Esos dibujos tontos, como tú los llamas, cuelgan ahora sobre la chimenea del despacho de mi padre. Tienes un don para plasmar la realidad en tus dibujos y no quieres verlo.

—¿Dejarás de incordiarme si los acepto?

—Te lo prometo. —La sonrisa de Meredith iluminaba todo su rostro.

—Muy bien, los aceptaré. Pero no porque quiera impresionar a Elijah —se apresuró a añadir—, sino porque son verdaderamente hermosos y me sientan de maravilla.

—Acéptale. Cásate con ese hombre increíble y vive la vida que siempre has soñado. El amor llegará con el tiempo, te lo aseguro.

—¿Y si no es así?

—¿Crees que serás capaz de encontrar un hombre que se enamore de ti y te permita continuar con tu trabajo en menos de una semana? —añadió Mer arqueando una ceja.

—Es muy difícil, lo reconozco.

—¿Muy difícil? Aggie, es poco menos que una utopía.

Meredith se despidió de su amiga y le pidió a su cochero que la llevara a casa para ayudarla a llevar los vestidos, a los que añadió todos los accesorios a pesar de las protestas de Agatha. Cuando llegó a su hogar seguida del lacayo de los Thorton, su madre la miró extrañada.

—Agatha, ¿qué es todo eso? —preguntó.

—Puedes dejarlo ahí mismo, Charles —dijo al lacayo—. Mis sirvientes se encargarán de

llevarlo arriba.

—Buenos días, señorita Wren —se despidió el hombre—. Señora Wren...

—¿Y bien? —insistió Jane cuando el hombre se hubo marchado.

—Meredith ha insistido en regalarme estos vestidos —explicó—. Piensa que los míos son demasiado recatados para encontrar un marido a mi edad.

—Tus vestidos son hermosos, Aggie.

—Lo sé, pero estos no me hacen ver como una debutante recién salida de la escuela.

—Déjame verlos.

Jane se acercó a los vestidos y los examinó uno por uno, sonriendo al ver lo bonitos y elegantes que eran.

—Tienes razón, hija, son unos vestidos muy bellos. —Se acercó a ella y le acarició la mejilla—. Lamento no haberme percatado de que ya no eres una jovencita, tesoro. Debí haberme ocupado de que tu guardarropa de esta temporada reflejara la hermosa mujer en la que te has convertido.

—Me gustan mis vestidos, madre. Es solo que...

—¿Qué ocurre? Si estás preocupada por el ultimátum que te dio anoche tu padre puedo...

—No es eso, mamá. Elijah me ha pedido que sea su esposa.

—¿Ely te ha pedido matrimonio? —exclamó su madre con una enorme sonrisa— Sabía que tarde o temprano ocurriría.

—Aún no le he dado mi respuesta.

—¿Y eso por qué, Aggie? Creí que te gustaba.

—Tengo que pensar seriamente en ello. Él pertenece a la nobleza y...

—Y tú has recibido una magnífica educación —la interrumpió su madre.

—Ni siquiera sé si lord Onslow está de acuerdo con esto.

—Los Onslow te adoran, tesoro. Estoy segura de que estarán encantados de tenerte como parte de su familia.

—¿Crees que debo aceptar?

—Debes hacer lo que quieras hacer, hija. Si piensas que serás feliz casada con Ely, entonces acepta su propuesta.

—Pero si le rechazo nuestra amistad se verá afectada.

—Si me permites un consejo, deberías aceptarle. Es un buen hombre y te aprecia mucho. Le conoces y sabes que nunca te haría daño, y estoy segura de que no le importará que continúes con tu trabajo en la Real Sociedad. Dudo mucho que exista un hombre igual, hija.

Agatha observó a su madre mientras se alejaba hacia las escaleras. Tanto ella como Mer tenían razón: Elijah era la mejor opción de marido que jamás podría tener. ¿Por qué dudaba, entonces? Porque las últimas palabras de su amigo le habían provocado una pequeña punzada de decepción. Si él le permitía tener un amante, significaba que no tenía ninguna intención de abandonar a la suya. ¿Sería capaz Agatha de soportar esa situación? Aunque, pensándolo bien, al menos con Elijah sabía a qué se enfrentaba. Podría acabar casándose con un caballero que mantuviera una amante sin preocuparse de guardar las apariencias o de ser discreto. Definitivamente, Ely era la mejor opción entre todas. Al fin había tomado una decisión: aceptaría su propuesta y se convertiría en su esposa de conveniencia.

Capítulo 5

Elijah no volvió a ver a Agatha en todo el día. No podía reprochárselo, tenía que reconocer que su amiga debía haberse sorprendido muchísimo con su propuesta. Él mismo estaba sorprendido por haberla hecho, sin ir más lejos. Pero cuando vio a Agatha aquella mañana intercediendo por él ante Caroline, no tuvo ninguna duda de que un matrimonio entre ambos era la mejor opción para todos. Agatha no solo poseía impecables modales y una educación refinada, sino que era una mujer con quien Ely siempre se había llevado de maravilla. Compartían numerosos intereses en común y ambos estaban plenamente dedicados a sus trabajos. Elijah apreciaba poder compartir sus impresiones con ella, disfrutando de la comprensión y la conexión sin necesidad de explicaciones adicionales. Sí, definitivamente no encontraría mejor mujer que ella para el matrimonio... solo necesitaba que Agatha le aceptara.

En vistas de que no era capaz de concentrarse en su trabajo, decidió hacer una visita a la casa familiar a la hora del almuerzo. Echaba de menos el *stew* de carne^[6] que preparaba la señora Porter. Encontró a Marianne en su lugar preferido de la casa, el rincón de lectura que Andrew había creado para ella en la biblioteca.

—¿Se puede? —preguntó golpeando una de las estanterías repletas de libros con los nudillos.

—¡Ely! —exclamó su hermana dejando el libro a un lado para lanzarse a sus brazos.

—Veo que me has echado de menos —rio él girando con ella en sus brazos.

—Siempre te echo de menos, tonto. Vienes a verme mucho menos de lo que me gustaría.

—Un pajarito me ha dicho que la señora Porter ha preparado para el almuerzo su *stew* de carne y no he podido evitar venir para probarlo.

—Así que vienes por la comida, no por mí...

—Por ambas. ¿Dónde están todos? No he visto a nadie aún.

—Andrew está ocupándose de unos asuntos de papá y llegará para la hora del almuerzo. Madre y Nicole han ido al parque con los pequeños, supongo que no tardarán demasiado en llegar.

—¿Y Clement?

—Preparándose para su próximo viaje. Ha tenido una gran discusión con papá por marcharse en plena temporada —confesó en un susurro.

—¿Por qué?

—El matrimonio —suspiró Mary—. Papá piensa que ya es hora de que nuestro hermano se case.

—Y Clem huye del matrimonio como de la peste —adivinó—. Creo que puedo salvar a nuestro hermano, tengo que daros a todos una noticia que creo que mantendrá a nuestro padre contento durante el resto de la temporada.

—¿Vas a casarte? —bromeó su hermana.

—Eso espero.

Mary abrió los ojos como platos y salió a correr tras su hermano, que había salido del despacho en unas cuantas zancadas.

—¡Espera ahí, gañán! —exclamó— ¡No puedes soltar una bomba como esa y dejarme con la intriga!

—¡Daré los detalles durante el almuerzo!

—¡Ely! ¡No podré con la incertidumbre!

—Tendrás que intentarlo.

Marianne no le permitió escaparse. La tuvo pegado a su lado hasta que todos estuvieron sentados a la mesa, intentando averiguar quién era la mujer elegida por su hermano, pero Elijah no le dijo ni una sola palabra. Le gustaba hacerla rabiar, debía reconocerlo. Su pequeña princesa era la mujer más importante de su vida, pero no dejaba de ser la menor, y su trabajo como hermano mayor (a pesar de los doce años de diferencia) era atormentarla todo cuanto pudiera.

—Ely tiene algo que contarnos —se apresuró a decir Marianne cuando todos estuvieron sentados en la mesa.

—¿Has hecho algún descubrimiento, hermano? —preguntó Clement dando buena cuenta de su plato.

—Aún falta mucho para eso, Clem. ¿Qué me dices de ti? ¿A dónde vas esta vez?

—A ninguna parte si puedo evitarlo —protestó su padre.

—Harvey... —advirtió Violet— Clem ya es mayorcito para saber lo que tiene que hacer.

—Pues parece que el matrimonio no entra en sus planes —bufó el conde.

—Te he dicho que aún no es el momento, padre —suspiró Clem—. No he encontrado a una mujer que me haga pensar en pasar por el altar.

—Tienes treinta y cuatro años, maldición.

—No soy el heredero del título.

—Pero...

—De hecho —interrumpió Ely para evitar un nuevo enfrentamiento familiar— soy yo quien sí ha pensado en hacerlo. Esta mañana le he pedido matrimonio a Agatha.

—¿De veras lo has hecho? —preguntó Andrew mirándole pensativo.

—Lo he hecho, sí.

—¡Eso es maravilloso! —exclamó Violet acercándose a abrazar a su hijo— Sabía que tarde o temprano terminarías por casarte con ella.

—En realidad aún no ha respondido a mi propuesta —reconoció.

—¿Qué mujer no querría casarse contigo? —bufó Marianne— Eres uno de los mejores partidos de Londres.

—Mi petición la ha tomado por sorpresa. Hemos sido amigos durante tanto tiempo que supongo que no me consideraba un candidato a tener en cuenta.

—¿Cuándo te dará su respuesta? —preguntó Harvey, que se había olvidado por completo de la marcha de Clem.

—Espero que pronto. Le dije que se tomara todo el tiempo que necesite, pero admito que la incertidumbre me está matando.

—Te aceptará, estoy segura —dijo Nicole—. Sois perfectos el uno para el otro.

—Yo también lo creo, cuñada —sonrió Ely.

—Al menos tendremos un matrimonio este año en la familia —suspiró el conde.

—Dos, si lord Dudley se anima a pedirle matrimonio a nuestra preciosa Marianne —continuó Nicole.

—Anoche me pidió bailar el primer vals —confesó Mary muy entusiasmada—. Creo que realmente está interesado en mí.

—Sería estúpido si no lo estuviera —protestó Andrew.

La comida continuó y tras los postres, los tres hermanos varones se reunieron en la biblioteca para disfrutar de una copa de oporto.

—No me has dicho dónde te marchas, Clem —comentó Elijah.

—Me voy a Grecia —respondió este—. El profesor Hayes me ha invitado a unirme a su próxima expedición, me marcho dentro de un mes.

—¿Alexander se va a la India? —exclamó Andrew— ¿Y qué hay de su esposa?

—Nos acompañará —respondió Clem con una sonrisa—. No habría aceptado acompañarlos de no ser porque también irán cinco arqueólogos más.

—Pídele que se reúna con nosotros en el club antes de marcharos, hace tiempo que no le veo y me gustaría que nos pusieramos al día.

—Debo verle esta noche, se lo diré —asintió Clem—. ¿Y cómo es eso de que te casas, Ely? Me has dejado con la boca abierta.

—La verdad es que no tenía ningún interés en casarme, pero lo que empezó como una broma ha resultado volverse realidad.

—Tu hermano es idiota —bufó Andrew.

—¿Acaso no es también el tuyo? —respondió Clem.

—Cuando sepas los motivos por los que se casa tú tampoco querrás ser su hermano.

—Vamos, Drew... No soy ni el primero ni el último que se casa por cuestiones ajenas al amor —suspiró Elijah.

—Espera, ¿no estás enamorado de Agatha? —preguntó Clem— ¿Entonces por qué le has pedido matrimonio?

—Porque es un matrimonio ventajoso para ambos —respondió—. Ella conoce mejor que ninguna mujer mi trabajo y no me reprochará que le dedique tanto tiempo. Seremos amigos que viven juntos, solo eso.

—¿Y qué me dices del sexo? —Clem soltó la copa que tenía en las manos y se sentó junto a Elijah—. Tú no eres lo que se dice un eunuco, y si ella no te gusta...

—Pienso conservar mi relación con Cath. Que me case no tiene por qué interponerse entre nosotros.

—Bueno, dudo mucho que a Agatha le guste saber que te comparte con otra mujer... —supuso Clem.

—No va a compartirme con nadie porque ella no va a tenerme. Somos amigos, no amantes.

—¿No piensas consumir tu matrimonio? —exclamó Andrew— ¿Te has vuelto completamente loco, Ely? La sociedad pondrá el grito en el cielo si...

—Nadie tiene por qué saberlo —le interrumpió—. De cara a la galería seremos una pareja enamorada de recién casados, pero en la intimidad cada quien podrá seguir su vida como le venga en gana.

—Entonces no tendrás ninguna objeción a que ella también se busque una amante, ¿me equivoco? —pinchó Andrew.

—Siempre que sea discreta no veo por qué tendría que oponerme.

—¿Y dices que Agatha se ha tomado su tiempo para pensar en qué responderte? —bufó Clem— Con esa propuesta te va a despachar sin contemplaciones, ninguna dama sensata aceptaría algo así.

—Agatha no se ha casado todavía porque quiere un esposo que le permita continuar con su trabajo en la Real Sociedad, y su padre la está presionando para que lo haga. Soy su mejor opción, me aceptará.

—Estás mal de la cabeza —suspiró Andrew levantándose— y ella también lo está si te acepta. ¿Vendrás esta noche a Vauxhall? Joseph Haydn^[7] está en la ciudad y la orquesta de la corte dará un concierto en su honor.

—Allí estaré, no tengo la cabeza para concentrarme en mi trabajo.

—¿Nervioso por saber lo que la señorita Wren puede contestarte? —bromeó Clem.

—Intrigado sería la palabra adecuada, Clem. Por cierto, me debes una.

—¿Yo? ¿Y se puede saber por qué?

—Gracias a mi sorprendente confesión te has librado de una nueva regañina de nuestro padre —le recordó.

—Tienes razón, te debo una —suspiró.

—Pensaré en algo. Haré que me pagues el favor antes de que te vayas.

—Hablando de mi marcha... Más vale que te cases antes de un mes o me temo que no podré acudir a tu boda.

—Espero que Agatha me dé una respuesta antes de que termine la semana. Las amonestaciones se publicarán inmediatamente después, creo que estarás en Londres para el enlace.

Aquella noche, los jardines de Vauxhall estaban atestados de gente. Divisó a su mentor a través de la gente, pero no vio a Agatha por ninguna parte. Se acercó a él con la intención de tener la conversación que deberían haber tenido antes de hablar con ella, y Christopher le sonrió en cuanto le vio acercarse.

—Me alegra ver que has acudido al concierto —dijo palmeándole la espalda—. Últimamente no sales mucho de tu despacho.

—Necesitaba un poco de aire fresco. ¿Podemos hablar en privado?

—¿Ocurre algo? ¿Tienes algún problema con tu investigación?

—No, no... Todo está bien con eso. Se trata de algo personal, señor.

—Entiendo. Vayamos entonces a un lugar más tranquilo.

Acompañó a Ely hasta una zona apartada del gentío, en la que podían hablar tranquilamente sin ser molestados.

—¿Y bien? ¿De qué querías hablarme, hijo? —preguntó Wren tras tomar asiento en uno de los bancos de forja.

—Sé que esto puede ser un poco inesperado, señor. Le he propuesto matrimonio a su hija Agatha y, aunque aún no me ha dado una respuesta definitiva, vengo a pedirle su bendición y permiso para formalizar nuestra unión.

—Pensé que esperarías a tener la respuesta de mi hija para pedirlo —respondió Wren con una sonrisa.

—¿Lo sabía?

—Debo admitir que sí. Mi esposa me informó de ello justo antes de salir hacia aquí, mi hija se lo confesó esta mañana.

—Quiero asegurarle que mis intenciones hacia Agatha son sinceras y llenas de respeto.

—¿La amas?

—La aprecio profundamente y deseo hacerla feliz.

—Entiendo.

Wren se puso de pie y comenzó a pasearse de un lado a otro. Elijah comenzó a ponerse

nervioso. ¿Y si no aceptaba su petición?

—Ely, valoro tu honestidad y aprecio que hayas venido a hablar conmigo directamente —continuó diciendo Wren—. Debes saber que Agatha es muy querida por nosotros y queremos lo mejor para ella.

—Lo entiendo perfectamente, señor. Quiero que sepa que estoy dispuesto a hacer todo lo que esté en mi poder para asegurar su felicidad y bienestar.

—La verdad es que no puedo pensar en un esposo mejor para mi hija. Si Agatha decide que tú eres el hombre con el que quiere compartir su vida, tendrás mi bendición.

—Muchas gracias, señor. Su aprobación significa mucho para mí, le prometo que no le defraudaré.

—Sé que no lo harás, muchacho. Ahora, vayamos a disfrutar del resto de la velada.

Cuando llegaron al concierto, Ely se despidió de Wren y se sentó junto a su familia. Disfrutó de la música, aunque no pudo evitar desviar la mirada hacia los Wren en más de una ocasión. Debía reconocer que Agatha estaba muy bella aquella noche. Había cambiado su habitual estilo recatado por uno un poco más atrevido, sustituyendo sus acostumbrados vestidos de colores neutros por un bonito vestido de color lavanda. La atrapó mirándole alguna que otra vez durante el concierto. La saludó levemente con la mano la primera vez, y sonrió cuando su amiga se sonrojó y se giró abruptamente hacia el frente. La conocía lo suficiente como para saber que se sentía terriblemente avergonzada después de la petición de aquella mañana. Temía que debería esperar un tiempo antes de recibir su respuesta.

—Agatha está preciosa esta noche —comentó Clement, sentado a su lado, cuando le atrapó mirándola por enésima vez.

—Sí que lo está. Ese vestido nuevo le sienta muy bien.

—¿Has hablado con ella antes del concierto?

—He hablado con su padre. Le he pedido permiso para casarme con su hija y me ha dado su bendición... siempre que ella me acepte, por supuesto.

—Si supiera la clase de matrimonio que le has ofrecido jamás te concedería su mano —bufó Andrew, que estaba sentado junto a Clement.

—Aunque tú no lo entiendas, hermano, este matrimonio es beneficioso para ambos —protestó Ely.

—Lo que yo no veo es eso de no consumir la unión —negó Clem—. Tendrás una mujer preciosa en casa, ¿para qué buscar fuera lo que puedes tener con ella?

—Agatha y yo somos amigos desde hace demasiado tiempo, dudo mucho que se sienta cómoda manteniendo relaciones conmigo.

—Porque eres Dios y todo lo sabes —intervino Andrew.

—Porque no se comporta como el resto de damas cuando me acerco a ella —respondió Ely—. Me trata como a cualquiera de sus hermanos, Drew.

—Eso era porque no te consideraba un candidato a marido —respondió Clem—. Tal vez ahora sea diferente.

—Si lo es, cosa que dudo muchísimo, estaré encantado de compartir mi cama con ella y terminaré mi relación con Cath —concedió Ely—. Pero si no lo es, continuaré manteniendo mi relación con la vizcondesa y animaré a Agatha a buscarse ella también un amante.

Andrew elevó los ojos al cielo y se giró hacia su esposa, a quien besó en la mejilla. A Ely también le hubiera gustado tener esa clase de matrimonio, pero sabía que ninguna mujer en su sano juicio aceptaría a un esposo que le dedicara más tiempo a su trabajo que a ella. Ni siquiera Agatha lo haría si su unión fuera por amor. Y aunque debía reconocer que aquella loca idea había

surgido como una broma y se había forjado en su mente en una noche de embriaguez, era la mejor opción que tendría para poder compaginar el matrimonio con su carrera. En cuanto a Agatha... podría continuar con su trabajo en la Real Sociedad sin tener que preocuparse por la opinión de su esposo.

Durante el descanso de los músicos, Ely se alejó de su familia con la intención de encontrarla, pues había vuelto a perderse entre el gentío, pero fue interceptado por Catherine, que se acercó a él con una enorme sonrisa y se cogió de su brazo para dar un paseo por el lago.

—Pensé que estarías ocupado con tu trabajo esta noche y que no aparecerías por aquí —comentó la vizcondesa con un ronroneo seductor.

—En realidad no iba a venir, pero mi hermano me lo pidió y no pude negarme.

—¿Dónde has estado últimamente? No has venido a verme ni una sola vez.

—Sabes que estoy muy ocupado, Cath. Tengo muchas cosas en las que pensar y de las que ocuparme.

—Parece que tu trabajo es más importante que yo.

—Lo hemos hablado muchas veces, no empieces con eso.

—Solo bromeo, querido. Sabes que no me importa que te sumerjas en tu trabajo. ¿Cómo va tu investigación?

—Lenta, pero segura. Aunque esta mañana no pude llevar a cabo uno de mis experimentos, anoche salí con mis amigos y...

—Tienes tiempo para tus amigos pero no para mí —protestó Catherine.

—Iba a ir a verte, lo prometo, pero me pasé de copas y ni siquiera recuerdo cómo llegué a casa.

—¿Vendrás esta noche a verme?

Iba a responder, pero vio a Agatha acercarse y mantuvo la boca cerrada. Su amiga se detuvo junto a ellos, hizo una exquisita reverencia y le miró con sus ojos azules brillando por el resplandor de las lámparas de gas.

—¿Podemos hablar, Ely? —pidió en un susurro.

—Por supuesto. ¿Nos perdona, lady Montague?

Catherine le miró con sorpresa, pero aun así asintió y se alejó de ellos. Ely le ofreció su brazo a Agatha, que lo tomó con un titubeo. Pudo notar que temblaba y colocó su mano sobre las de ella intentando infundirle un poco de tranquilidad.

—¿Por qué estás nerviosa? —susurró— Solo soy yo.

—Quizás porque esta mañana me has sorprendido con una repentina e inesperada propuesta de matrimonio.

—¿Por eso me has estado evitando?

—No te estaba evitando, me he tomado el día libre para pensar detenidamente en ello. Me preocupa que mi respuesta pueda afectar a nuestra amistad.

—Te aseguro que, respondas lo que respondas, nada va a cambiar entre nosotros.

—¿Incluso si te rechazo?

—Incluso si lo haces. Admito que mi orgullo quedará un poquito herido, pero...

—No es momento de bromear, Ely.

—Lo siento, es que estás tan seria que creí que sería adecuado aligerar un poco el ambiente.

—Mi padre me dio un ultimátum anoche —confesó Agatha—. Rechacé a su último candidato a convertirse en mi esposo y no se lo tomó nada bien.

—Intuía que tarde o temprano ocurriría. ¿Qué te dijo?

—Debo elegir a alguien antes de un mes o me casaré con quien él elija. Y conociéndole, su elegido será Thomas Warton, a quien conoces tan bien como yo.

—Demasiado arrogante para mi gusto.

—Y para el mío. Por otra parte, he pensado en lo que supondría estar casada contigo.

—Te dije que podrías continuar con tu trabajo en la Real Sociedad y lo mantengo, Agatha. No me interpondré en tu camino.

—Pero eres el hijo de un conde, indudablemente tendremos que acudir a los eventos sociales de la nobleza.

—Solo acudo a los que celebran mi familia y sus amigos más cercanos, no tienes que preocuparte por ello.

Elijah se detuvo y sujetó su barbilla con la yema de los dedos para levantarle el rostro y poder mirarla a los ojos.

—Soy tu mejor opción, Agatha —susurró—. La decisión es muy sencilla. ¿Quieres seguir trabajando o quieres dedicarte a ser esposa y madre?

—Trabajar, por supuesto —respondió ella.

—Entonces, ¿qué me dices? ¿Nos casamos?

Agatha sentía que estaba frente a un precipicio a punto de caer al vacío. Miró a Ely a los ojos, esos ojos de color verde jade que tanta seguridad y paz le habían transmitido desde que se conocieron. Aquel era su mejor amigo, su compañero de aventuras, el hombre que siempre la había apoyado en todas y cada una de sus decisiones. Fue quien intervino para que su padre le permitiera trabajar para Banks, quien la apoyó fielmente cuando presentó ante todos su primer descubrimiento. ¿Qué podía perder?

—De acuerdo —suspiró, sintiéndose mareada—. Nos casamos.

Capítulo 6

La boda se celebró un mes más tarde en la majestuosa iglesia de St. Martin. Agatha deslumbró a los presentes con un exquisito vestido de seda y encaje, obsequio de su suegra. Complementó su atuendo con un elegante collar de oro y diamantes, regalo de su madre, que combinaba a la perfección con unos pendientes en forma de lágrima y una delicada pulsera. El toque azul lo añadió la liga de puntilla adornada con un lazo, regalo de su amiga Meredith. Llevaba el velo que su cuñada Nicole había utilizado el día de su boda, y como objeto prestado, lucía un broche de nácar con la imagen de un lirio grabada, que pertenecía a su abuela paterna y que la anciana siempre llevaba a misa.

A pesar de tratarse de una boda por conveniencia, Agatha no podía evitar sentirse especialmente nerviosa. Aunque Ely era un amigo muy querido, a partir de ese día se convertiría en su esposo y su relación cambiaría inevitablemente. Vivirían bajo el mismo techo, compartirían cada instante del día y, probablemente, dormirían en la misma cama. La idea de esta nueva cercanía la inquietaba. Había tenido numerosas oportunidades para hablar con Ely sobre su vida matrimonial, pero no había encontrado el valor para hacerlo. Sabía que debían consumir el matrimonio, y solo pensar en ello aumentaba su nerviosismo.

—¿Estás lista?

La voz de su madre la sacó de su ensimismamiento. Alisó por enésima vez la falda del vestido, ajustó sus guantes a la altura del codo y tomó el libro de oraciones que descansaba sobre el tocador.

—Dudo mucho que necesites eso —comentó su madre con una sonrisa.

—Tienes razón —suspiró Agatha volviendo a dejarlo en su lugar.

—No debes estar nerviosa, hija. —Jane le palmeó las manos con suavidad para intentar reconfortarla.

—¿Tanto se me nota? —preguntó Agatha con un suspiro, mordiéndose el labio.

—Un poquito —respondió su madre, tomando su mano y ayudándola a sentarse en la cama—. Entiendo cómo te sientes, pero no tienes nada que temer.

—No es temor lo que siento, sino incertidumbre. Conozco a Ely mejor que nadie, pero cuando el cura nos declare marido y mujer, todo entre nosotros cambiará.

—Eso espero... —bromeó su madre con un guiño.

—Hablo en serio, mamá.

Jane soltó una risita y se inclinó para besar la frente de Agatha.

—Es normal estar nerviosa el día de tu boda —comentó—. Cuando tu padre y yo nos casamos, mis nervios me traicionaron durante toda la ceremonia.

—Bueno, tenías motivos de peso para estar nerviosa. Si el abuelo te hubiera atrapado...

—Por suerte, nos cazó cuando ya no había remedio —dijo Jane con un destello travieso en los ojos.

—Y te repudió hasta el día de su muerte —protestó Agatha.

—Fue él quien salió perdiendo, cariño. Estoy segura de que lamentó no haberte conocido.

—Tienes razón, su nieta es realmente excepcional —bromeó.

—Después de la ceremonia nos hospedamos en una posada para pasar la noche. Estaba aterrada pensando en lo que iba a ocurrir entre tu padre y yo, pero al final resultó ser la noche más maravillosa de mi vida.

—Y habéis sido felices hasta ahora.

—Y hemos sido felices hasta ahora, aunque no creas que no ha habido discusiones entre nosotros.

—Yo nunca os he visto pelear.

—Porque siempre hemos procurado que tú no lo supieras, pero te aseguro que ha habido ocasiones en las que hemos estado semanas sin dirigirnos la palabra.

—¿Y cómo os reconciliasteis?

—Reconozco que la mayoría de las veces olvidaba que estábamos enfadados y rompía mi silencio sin querer, y tu padre aprovechaba para llevarme a la cama y hacer que le perdonara.

—¡Mamá! —rio Agatha, sonrojándose.

—¿Qué? Las mejores reconciliaciones del mundo son las que terminan en la alcoba, hija. Tenlo muy en cuenta a partir de ahora.

—Nunca habría imaginado que tuvieras un lado tan perverso —rio.

—Lo que intento decirte con esto es que los matrimonios no son perfectos, Agatha. No existe el "felices para siempre", eso solo ocurre en los *cuentos de féés*^[8]. Para que un matrimonio sea feliz, es necesario saber lidiar con los problemas y atreverse a resolverlos juntos.

Jane alisó los pliegues de la falda del vestido de Agatha con gesto maternal.

—A partir de ahora, Elijah se convertirá en mucho más que tu amigo —continuó—. Será tu familia, la persona en la que más confíes y que te protegerá por encima de todo. Será tu compañero de vida, y aunque las cosas no siempre vayan bien entre vosotros, debes tener en cuenta que te eligió a ti entre todas las mujeres del mundo para convertirte en su compañera.

Agatha asintió, sintiendo una mezcla de emoción y nerviosismo. La conversación con su madre le daba un poco más de valor para enfrentar el gran día que se avecinaba.

—Gracias, mamá —susurró abrazándola—. Intentaré recordar todo lo que me has dicho.

—Lo harás bien, querida. Estoy muy orgullosa de ti.

Christopher Wren esperaba a su hija al pie de la escalera. Tiró del borde del chaleco por enésima vez aquella tarde y ajustó sus guantes blancos para que su aspecto fuera impecable. Su única hija iba a casarse con el hijo de un conde, nada menos. Un joven a quien él tenía en muy alta estima, por si fuera poco. La verdad era que jamás habría imaginado que Elijah y Agatha terminarían pasando por el altar. En todos los años que llevaban conociéndose ninguno de los dos había dado indicios de poseer sentimientos por el otro. Eran grandes amigos, pero nada más. O eso creían todos. Por eso Christopher nunca tuvo en mente a Ely como posible esposo de su hija.

Debía reconocer que últimamente había sido muy insistente con el tema de la boda. Pero veía los años pasar sin que Agatha diera indicios de interesarse en aquel tema, y temía que terminara quedándose para vestir santos. Y no es que hubiese aspirado a un gran matrimonio para ella, se habría conformado con que eligiera a un buen hombre que cuidara de ella. Ni siquiera habría sido necesario que poseyera una gran fortuna, él se habría encargado de proporcionarle una buena dote para que no tuviera falta alguna. Pero ninguno de los hombres que le había presentado habían merecido el interés de Agatha. Habían sido tantos que había perdido la cuenta. Su determinación había empezado a flaquear, pero una tarde Jane le confesó que su

alumno más destacado le había pedido matrimonio a su hija y que ella había aceptado. Fue un verdadero alivio para él, no podía negarlo.

Levantó la mirada y vio a su esposa y su hija al pie de la escalera. Inspiró con fuerza para no terminar rompiendo en llanto como un niño pequeño. Su tesoro más preciado se había convertido en una hermosa mujer y él apenas se había dado cuenta. Aquel vestido era perfecto para ella, aunque al principio se hubiera sentido ofendido ante la petición de lady Onslow debía reconocer que la condesa tenía un gusto exquisito para la moda. Subió los dos peldaños que le separaban de ella y la tomó de la mano para ayudarla a bajar el tramo que faltaba y hacerla dar una vuelta completa.

—Estás preciosa —susurró—. Me siento tan orgulloso de ti que...

—Aún estás a tiempo de arrepentirte —bromeó Gilbert, su hermano mayor (fruto del primer matrimonio de su padre), guiñándole un ojo—. Si dices que no quieres casarte podemos...

La mirada severa de su padre le hizo callarse de golpe.

—Solo bromeaba, padre —le calmó—. Eres la novia más hermosa del mundo, Ely tiene mucha suerte.

—¿Nos vamos ya? —preguntó Chris, su otro hermano, desde la puerta— Si no lo hacemos vamos a llegar... ¡Vaya! ¿Quién eres tú y qué has hecho con mi hermana?

—Tonto —rio Agatha—. ¿De veras estoy bien?

—¿Bien? —silbó Chris— Estás increíble. Ely será el hombre más envidiado de Londres gracias a ti.

—Bien, debemos irnos —interrumpió Jane—. ¿Está el coche preparado, Chris?

—Está esperando en la puerta, madre —asintió—. Solo tenéis que subiros a él.

—¿Subiros? —exclamó Agatha— ¿No vais a venir?

—Iremos a caballo para que no se te arrugue ese precioso vestido —explicó Gilbert.

—Por nada del mundo nos perderíamos la boda de nuestra hermana favorita —añadió Chris.

—Soy la única que tenéis —protestó Agatha riendo.

A pocos metros de allí, en la iglesia, Elijah se paseaba de un lado a otro de la sacristía a la espera de que dieran las dos. En ese momento se arrepintió de haberse burlado de Andrew el día de su primera boda. Y el día de la segunda boda también. Estaba tan nervioso que era incapaz de quedarse quieto en un lugar. Necesitaba una copa, pero el párroco solo tenía vino sacramental y él no era muy aficionado al vino tinto. Para colmo sentía las miradas de sus hermanos fijas en él y podía palpar la burla en la de Andrew.

—Ni se te ocurra, Drew —advirtió.

—No he dicho nada —se defendió su hermano mayor.

—Pero lo piensas, no creas que no lo sé.

—Parece que definitivamente está nervioso —comentó Clem en un susurro.

—Te lo dije, todos lo estamos —respondió Andrew también en susurros.

—Vale, lo admito, estoy muy nervioso —protestó Ely—. Y lamento haberme burlado de ti en tus bodas.

—¿Cómo dices? No te he escuchado bien... —bromeó Andrew.

—¿Por qué tarda tanto? No se habrá echado atrás, ¿verdad?

—Aún falta media hora para la ceremonia y las novias siempre llegan tarde —explicó su padre, que había sido observador divertido de todo—. Siéntate o no te quedarán fuerzas para bailar con tu esposa.

—O peor aún, para consumar el matrimonio —bromeó Clem, recibiendo un coscorrón de parte de Andrew.

En ese momento entró en la sacristía su hermana, que se acercó a Ely y comenzó a arreglarle el pañuelo.

—Ya está —susurró—. ¿Ninguno de vosotros se ha dado cuenta de que llevaba el pañuelo mal anudado?

—No es algo en lo que me fije realmente —respondió Clem encogiéndose de hombros.

—Así te va —bufó ella—. ¿Estás nervioso?

—Un poco.

—¡Un poco! —rio Andrew— Estás temblando como una hoja.

—Cállate.

—No te preocupes, no tienes nada que temer —bromeó Mary—. Agatha es una mujer increíble y estoy segura de que seréis muy felices juntos.

—Estás feliz de que me case con ella, ¿verdad?

—No imaginas cuánto. Mamá dice que os deis prisa, los hermanos de Agatha acaban de llegar y su carruaje viene de camino.

—¡Sí que tienes suerte! —silbó Clem— La tuya será la única novia que llegue a tiempo a la boda.

—Es científica —explicó Marianne como si eso lo aclarase todo.

Andrew negó y salió de la sacristía el primero. Clem y él se colocaron junto a Elijah en el altar, y no pudo evitar mirar a su embarazadísima esposa y guiñarle un ojo.

—Estoy haciendo lo correcto, ¿verdad? —susurró Elijah, sorprendiéndole.

—Lo sea o no, ya no tiene remedio —respondió—. No vas a dejar a esa mujer plantada en el altar, no se merece eso.

—¿De qué demonios hablas? —respondió Clement— Nuestro hermano jamás haría algo semejante.

—Jamás se me ocurriría —asintió Ely—. Mucho menos a ella.

—Entonces deja de preocuparte innecesariamente —respondió Andrew—. Ahí está la novia.

Cuando las puertas de la iglesia se abrieron, Ely pudo ver la silueta de Agatha dibujada en el umbral. Maldijo la luz del día por no permitirle verla bien, pero conforme se acercaba por el pasillo su amiga fue haciéndose más real. Estaba verdaderamente preciosa. El vestido dibujaba sus curvas de manera deliciosa, dejando a la vista la curva insinuante de sus pechos bajo una finísima capa de tul. La deseó inmediatamente. Ni siquiera sabía por qué nunca la había visto como lo que era, una mujer increíblemente hermosa, pero en aquel momento lo que más deseaba era llevarla a casa y hacerle el amor. Aunque no iba a minar la confianza que Agatha había depositado en él, jamás visitaría su cama si no era con una invitación previa de ella.

La ceremonia fue breve, y cuando el cura les declaró marido y mujer se atrevió a depositar un leve beso sobre los labios de su ahora esposa. No le pasó desapercibida la mirada de sorpresa de Agatha, pero si querían mostrarle al mundo que eran una pareja enamorada debían hacerlo bien. Pronto se vieron rodeados en la puerta por familiares y amigos que les felicitaban. Su madre había organizado una pequeña fiesta en la casa familiar, así que se dirigieron a Rosewood Lane en el carruaje que habían preparado para los recién casados. Agatha no le habló en el corto recorrido, solo se limitaba a mirar por la ventana, y Ely temió haberla ofendido con su actuación en la iglesia.

—¿Estás bien, Agatha? —preguntó, sobresaltándola.

—Lo siento, iba tan ensimismada en el paisaje que no te he escuchado —respondió ella con una sonrisa forzada—. ¿Qué decías?

—Pregunto que si estás bien.

—Solo estoy cansada. Anoche apenas pude pegar ojo y ahora que todo ha pasado el cansancio está haciendo mella en mí.

—Me temo que aún queda mucho para que puedas irte a la cama, pero tal vez podamos escaparnos un momento a la biblioteca y puedas descansar.

—Lo agradecería, o de lo contrario no creo ser capaz de aguantar toda la noche.

—Veré lo que puedo hacer —sonrió él.

Permanecieron en silencio un buen rato, cada uno perdido en sus propios pensamientos.

—Es extraño, ¿verdad? —susurró de pronto Agatha— Somos los mismos de siempre, pero a la vez...

—Sí, yo también me siento raro —concordó Ely—. Supongo que nos llevará algo de tiempo acostumbrarnos.

—Con todo el ajetreo de la boda ni siquiera te he preguntado dónde vamos a vivir a partir de ahora.

—He comprado una casa en St James. Marianne se ha encargado de la decoración, pero podrás cambiar cuanto quieras cuando nos instalemos.

—A solo dos manzanas de la Real Sociedad —sonrió ella.

—Ambos pasamos más tiempo en Burlington House que en casa, pensé que sería conveniente vivir cerca de allí.

—Es muy conveniente, tienes razón. Y no tendremos muy cerca a mi familia, lo que será bueno para mantener nuestro pequeño trato en secreto.

El carruaje se detuvo y Ely ayudó a Agatha a bajar de él. Sus familiares y amigos ya se encontraban allí, y pronto se vieron rodeados por personas nuevas que también les felicitaban por su unión. Ely miró a Agatha con preocupación. Ahora que la veía a plena luz del día podía notar el cansancio en su rostro. Disculpándose de todos los presentes, la tomó de la mano y se dirigió hacia las escaleras para llevarla a la biblioteca y disfrutar de un poco de tranquilidad.

—¡Aún no es de noche, hermanito! —bromeó Clement cuando se alejaban.

—¡Ely! —exclamó Agatha tirando de la mano que Elijah tenía atrapada— ¿Se puede saber a dónde vamos?

—A que descanses. La cena no se servirá hasta las ocho y estás a punto de desmayarte.

—Puedo aguantar, da la vuelta. ¡Todo el mundo pensará que vamos a hacer otra cosa!

Elijah se detuvo de golpe, haciéndola chocar contra su espalda. Se giró y la tomó de la barbilla para levantarle el rostro.

—¿Tan terrible sería? —dijo con voz ronca.

—No es terrible, es bochornoso. Voy a tener la cara roja durante toda la cena, Ely.

—Prefiero que estés sonrojada a que te desmayes en medio de la celebración. —Abrió la puerta de la biblioteca y la invitó a pasar—. Túmbate en el sofá, te dejaré dormir al menos una hora.

—¿Una hora? Ni hablar. Después de lo que tu madre se ha esforzado no pienso...

—Agatha —la cortó—, túmbate y descansa.

Aunque a regañadientes, Agatha obedeció. Se tumbó en el sofá de brocado de color borgoña y se quitó los zapatos para estar más cómoda. Pero necesitaba algo donde apoyar la cabeza o terminaría con el peinado destrozado. Miró a su esposo.

—Necesito un cojín —lloriqueó.

—¿Un cojín? No hay cojines aquí.

—Temo destrozarme el peinado, Ely.

—Muy bien, iré a buscar uno.

Agatha se mordió el labio e hizo acopio de todo su valor para sujetarle de la muñeca cuando pasó por su lado en dirección a la puerta.

—Siéntate, usaré tus piernas de almohada —susurró.

—Mis piernas...

—¿Es demasiado...

—No, por supuesto que no. Hazte a un lado.

Elijah se sentó junto a ella y Agatha volvió a tumbarse, apoyando la cabeza en su regazo. Ely estiró el brazo sobre el respaldo del sofá y fijó su mirada en el fuego que ardía en la chimenea a la espera de que Agatha se durmiera. No pasó mucho tiempo hasta que su esposa dejó escapar un pequeño ronquido. Sonrió sin poder evitarlo. Su madre irrumpió en ese momento en la biblioteca, y se detuvo en seco al verlos. Ely se llevó un dedo a los labios para hacerla guardar silencio y ella sonrió.

—Está agotada —explicó su hijo—. No ha podido dormir en toda la noche y temía que se desmayara en mitad del baile.

—Has hecho bien, me inventaré una excusa para los invitados y enviaré a su doncella en media hora para que la ayude a rehacer su peinado.

—¿Puede ser una hora, mamá?

—Daríais mucho de qué hablar, hijo. Ya tendréis tiempo de dormir mañana, me encargaré de que nadie os moleste.

—Nos iremos a casa, no es necesario...

—Ni hablar, Ely. Ya he preparado tu habitación, así que no vais a marcharos de esta casa hasta que partáis hacia Escocia.

—Eres una mandona, pero está bien.

—Ella es una mujer encantadora, hijo. Has hecho una buena elección.

—Lo sé.

Elijah observó a su madre marcharse y, cuando la puerta se cerró a su espalda, desvió la mirada hacia su esposa. Sus largas pestañas descansaban sobre sus mejillas y su boca estaba levemente entreabierta debido al sueño. Tenía las mejillas sonrojadas y aun así se veía increíblemente hermosa. Su madre tenía razón: había hecho una buena elección. Pensó en su acuerdo prenupcial y ya no le pareció tan atractivo. Realizaría algunos cambios en él... el primero de ellos sería dejar a su amante.

Capítulo 7

Después de su escapada a la biblioteca, Agatha notó a Elijah muy diferente. La miraba diferente, se comportaba de forma diferente... y desde luego sus atenciones hacia ella eran diferentes. Lo achacó a que debían simular delante de todos que eran una pareja enamorada, pero debía reconocer que ella empezaba a sentir mariposas en su estómago. Ahora que se había convertido en su esposa veía a Elijah como lo que era: un hombre verdaderamente apuesto y varonil. Nunca le había visto de aquella forma, siempre había sido el pupilo de su padre, y más tarde su mejor amigo. Habían compartido muchas cosas, pero de la misma forma que las podría haber compartido con Meredith o Marianne. Ni siquiera cuando Caroline Herschel mostró interés en él, Agatha se fijó en que era mucho más que su amigo.

—¿Estás cansada? —preguntó su hermano Gilbert, con quien estaba bailando una contradanza.

—Anoche no pude pegar ojo —reconoció ella—. Ely me ha llevado a la biblioteca para que pudiera descansar, pero aunque me he dormido no ha sido suficiente.

—Pues dudo que esta noche puedas dormir, hermanita.

—Y yo dudo que mi esposo tenga en mente consumar el matrimonio durante toda la noche.

—Tal vez seas tú quien quiera repetir...

—Si nuestro padre te escuchara te colgaría en el granero de las orejas.

—Vamos, solo bromeo... Estás tan tensa que pensé que te relajaría.

—Solo me has puesto más nerviosa.

—Deberías estar feliz, no nerviosa. Te has casado con un hombre que te ama lo suficiente como para permitirte continuar con tu trabajo. Eres una mujer con suerte, hermana.

—Lo sé, pero...

—¿Qué ocurre?

—Temo que nuestra relación se resienta. Hemos sido amigos por tanto tiempo que...

—Vuestra relación ha cambiado, pero no tiene por qué resentirse. Podéis ser ambas cosas, amigos y amantes. Es más, creo que deberíais serlo.

—¿Es así con Rosslyn?

—Sí —sonrió Gilbert—. Mi esposa es mi amante, mi confidente y mi mejor amiga. Es la persona que mejor me entiende, la que vive mis malos momentos y también los buenos. Ella es mi vida entera, Aggie. Y sé que tú te convertirás en la vida entera de Elijah.

—Espero que tengas razón.

—Pues claro que la tengo. Soy el mayor, ¿recuerdas?

—Que sea usted el hermano mayor no significa que tenga la verdad absoluta, doctor Wren —bromeó.

—Créeme, en esta ocasión tienes todas las de perder.

El baile con Gilbert terminó y Agatha se dirigió a la zona del salón donde se encontraban

sus amigas. Se dejó caer con un suspiro en el sofá y cerró los ojos.

—¿Abrumada? —preguntó su ahora cuñada.

—Mucho. Creo que nunca me acostumbraré a esto.

—Te aseguro que lo harás —rio Marianne—. Te resultará tedioso, igual que a mí, pero te acostumbrarás.

—A mí me encantan los eventos sociales —disintió Meredith—. Disfruto tanto con los vestidos de las damas...

—Deberías haber sido modista —rio Josephine, la hija de los marqueses de Huntly y mejor amiga de Marianne.

—Lo habría sido de no ser porque mi padre se opone en redondo.

—¿Por qué se opone? —preguntó Marianne— Tienes un gran talento para la moda y él es comerciante.

—Quiere que me case con un noble. Dice que ha trabajado mucho para conseguir una vida mejor para mí, no para que me convierta en modista.

—Es una lástima, aunque siempre puedes crear vestidos para nosotras —sugirió Josephine.

—Me ofrezco voluntaria —añadió Agatha—. Los vestidos que me regalaste me sientan muy bien.

Un sirviente se acercó a ellas para que tomaran una copa de champán. Agatha no quería beber mucho, pero tenía la boca seca.

—¿Nerviosa por tu noche de bodas? —quiso saber Meredith.

—No especialmente.

Mentía, por supuesto. Estaba hecha un manojo de nervios porque no sabía si habría o no noche de bodas. Debían consumar el matrimonio, pero si no lo hacían nadie lo sabría. Y Elijah tenía una amante. Una amante preciosa a la que Agatha no se parecía en lo más mínimo. Suspiró de nuevo.

—Yo creo que sí lo estás, pero no quieres contárnoslo —adivinó Mary.

—A ver, toda mujer está un poco nerviosa pensando en la noche de bodas, pero confío en Ely y sé que no tengo nada que temer.

—Eso es cierto, mi hermano nunca te haría daño —concordó su cuñada.

—Siento cierta envidia, por supuesto sin mala intención —suspiró Josephine—. Me gustaría encontrar a un hombre como Elijah para mí.

—Mi hermano Clement aún está soltero... —bromeó Mary.

—No te ofendas, pero tu hermano es demasiado libertino para mi gusto.

—Es cierto —asintió Mary elevando los ojos al cielo—. Una vez le atrapé en la alacena con una de las sirvientas. Se llevó una buena regañina de Andrew, pero eso no lo detuvo. Sigue manteniendo sus escarceos con el servicio, solo que es un poco más cuidadoso.

—No lo será tanto cuando tú lo has descubierto —bufó Mer.

—Es que yo soy muy observadora —se jactó Marianne.

La mirada de Agatha se fijó en Elijah, que charlaba con algunos amigos de la alta sociedad. Parecía un hombre completamente distinto al que ella conocía, lord Elijah Pennington en todo su esplendor. Se percató de que cuando reía abiertamente se dibujaba un hoyuelo en su mejilla... al menos en la que ella podía ver desde su lugar. Nunca le había visto sonreír de aquella manera. Le había visto reír a carcajadas infinidad de veces, pero sonreír como lo hacía en aquel momento... No, definitivamente lo recordaría. Dio un sorbo a su copa y suspiró.

—Es muy apuesto, ¿no es así? —susurró Mer.

—¿Le conozco realmente? Mírale, jamás le he visto sonreír de esa manera.

—Porque esa es una sonrisa falsa —explicó Marianne.

—A mí no me lo parece —opinó Josephine.

—Porque eso es lo que él quiere que todo el mundo crea. El que tú conoces es el verdadero Ely, Agatha, no ese que tenemos delante —la tranquilizó Marianne—. Formamos parte de la nobleza, para la que es muy importante guardar las apariencias. Fíjate en su ojo. ¿Puedes alcanzar a ver el temblor que tiene en el párpado inferior?

—Creo que sí.

—Eso es porque está a punto de despachar a ese caballero. Su conversación está haciéndole sentir molesto y si pudiera te aseguro que le daría un buen puñetazo.

—Creí que eran amigos.

—¿Ely y lord Warrington? —Mary emitió un sonido burlesco con los labios, una expresión de su desdén— Mi hermano no soporta la altanería de Warrington y evita hablar con él tanto como puede. Los únicos amigos de verdad que posee mi hermano son “las tres jotas”, y por supuesto tú.

—¿Las tres jotas? —preguntó Josephine curiosa.

—James Hutton, Joseph Banks y John Mitchell —aclaró Agatha—. En la Real Sociedad se les conoce como “las tres jotas”.

—Las tres jotas y el aristócrata, refiriéndose a mi hermano —completó Marianne.

—Todo comenzó como una manera de burlarse de ellos, pero a Ely y sus amigos les pareció divertido y se adueñaron del apodo —explicó Agatha.

—Una manera brillante de terminar con las burlas —aplaudió Mer.

—¿Quién es brillante?

Agatha se sobresaltó al escuchar la voz de Elijah junto a su oído. Ni siquiera se había dado cuenta de que se había acercado a ellas, mucho menos de que se había colocado tras su asiento, apoyando las manos junto a sus hombros. Miró hacia arriba y se perdió en el brillo de las lámparas de gas en sus ojos verdes.

—La forma en la que tú y tus amigos terminasteis con las burlas adueñándoos de los apodos que os pusieron en la Real Sociedad —respondió Marianne al ver que su cuñada se había quedado obnubilada.

—Fue increíblemente satisfactorio ver cómo sus propios planes se volvían en su contra —respondió con un guiño—. Esposa, vamos a bailar. Llevas demasiado tiempo alejada de mí.

—Tu esposa está cansada, hermano. Deberías sustituir el baile por un paseo por el jardín. —Marianne bajó su voz hasta que solo fue un susurro—. Hay muchos rincones en los que podréis pasar tiempo a solas.

Agatha miró a su amiga con los ojos como platos, pero ella solo le sonrió con complicidad. Se llevó las manos a las mejillas, que seguramente se habían sonrojado pues las sentía arder.

—Creo que aceptaré tu sugerencia —respondió Ely, riendo ante su reacción—. Mi esposa parece sentirse acalorada. ¿Nos vamos?

Le ofreció el brazo a Agatha, que lo aceptó con más timidez de la acostumbrada. La ayudó a ponerse una cálida capa sobre los hombros y se dirigieron al jardín, hasta una zona resguardada por una pequeña glorieta. Había un brasero de carbón encendido en el centro, cálidas mantas sobre los sillones y una bandeja con té caliente sobre la mesa. Agatha miró a Ely con sorpresa.

—¿Cuándo has preparado esto? —preguntó— Tu hermana acaba de sugerirlo.

—La verdad es que tenía la intención de traerte aquí después de bailar contigo —reconoció—. Parece que mi hermana me ha leído el pensamiento.

—O te ha escuchado hablar con los sirvientes —rió Agatha.

—Eso también.

Cuando se sentaron, Ely extendió una manta sobre las piernas de su esposa y sirvió una taza de té, que Agatha cubrió con ambas manos para darse calor.

—Cuando volvamos adentro nuestras madres subirán contigo a la habitación para prepararte —explicó Ely—. Me reuniré contigo en cuanto pueda.

Agatha asintió y dio un pequeño sorbo a su bebida.

—Mañana podrás descansar todo el día —continuó—, iniciaremos nuestro viaje pasado mañana.

—¿Vas a decirme a dónde vamos?

—Es una sorpresa. Solo te diré que es un lugar en el que aún no has estado.

—Solo he estado en Inglaterra y en Madeira, Ely —rió ella—. Esa pista no me sirve de nada.

—Sirve para que sepas que nuestro destino no está ni en Inglaterra ni en Madeira —bromeó él.

—Eres cruel —respondió Agatha arrugando la nariz.

Elijah la sorprendió acercándose lentamente a ella y depositando sus labios sobre los de la mujer. Agatha sintió una oleada de calor líquido bajar por su vientre. Los labios de Elijah eran tan suaves y jugosos que sintió que podía derretirse debido a ese beso. Apretó la tela de su vestido en un puño y levantó la barbilla levemente para permitirle un mejor acceso a su boca, pero Ely se separó de ella tan abruptamente que se quedó con los ojos cerrados y los labios fruncidos en el aire.

—Lo siento, teníamos público —explicó Ely.

—Oh, está bien —respondió Agatha arreglándose la falda—. Supongo que habrá veces en las que será inevitable...

Ely sujetó su barbilla con los dedos y fijó su mirada en la de ella. El pulso de Agatha se aceleró y volvió a sentir el calor del rubor en las mejillas.

—Creo que deberíamos ensayar, ¿no te parece?

Apenas escuchó el susurro ronco de Elijah cuando la boca de su esposo volvió a acaparar la suya. Ahora él mismo inclinó la cabeza de Agatha para tener un mejor acceso a sus labios, y la sorprendió abriéndose paso entre ellos con su lengua. Si el simple roce de los labios de Elijah sobre los suyos la habían hecho entrar en calor, sintió que con ese beso terminaría por incendiarse entera. La lengua de su esposo lamió cada recoveco, cada rincón de su boca, haciéndola temblar. Sentía un calor indescriptible concentrarse en el centro de su ser, no pudo evitar subir las manos por el pecho de Ely hasta rodear su cuello con los brazos y pegar su cuerpo al de él. Necesitaba mucho más de aquello. Necesitaba tenerle más cerca, mucho más cerca, aunque fuera científicamente imposible tenerlo. Sintió los dedos de Ely enredarse entre los mechones de su peinado, y pudo oír en la lejanía el tintineo de sus horquillas al caer al suelo.

Escuchó un gemido quedo, y descubrió que había escapado de su garganta. Se sentía tan bien que deseaba que ese beso no terminase nunca. Cuando Elijah se apartó de ella, pudo ver en sus ojos un brillo oscuro y desconocido hasta entonces, algo salvaje y excitante que le provocó un escalofrío en la espalda. Ely apartó un mechón de pelo rebelde de su mejilla y le sonrió con ternura.

—Mucho mejor —susurró—. deberíamos volver, todo el mundo se preguntará dónde

estamos.

Ella solo pudo asentir. Estaba tan aturdida que dudaba que pudiera ponerse de pie.

—Bailaremos una última vez y te marcharás a tu habitación con nuestras madres, ¿está bien? Subiré en cuanto pueda.

Agatha volvió a asentir, Ely la besó una última vez en la frente y regresaron al salón de baile. Los primeros acordes del minué comenzaron a sonar y su esposo la llevó hasta la pista para comenzar su baile. Agatha solo podía mirarle a él, sus ojos verdes se habían oscurecido después del beso y estaban fijos en ella, como si fuera la persona más importante del universo para él. Apartó la mirada para no ilusionarse, para no desear cosas que no podría tener.

—Ya casi está —la animó Ely achacando su cambio de ánimo al cansancio.

Una vez terminado el baile, su esposo la llevó a donde se encontraban sus madres. Se despidió de ella con otro beso en la frente y se alejó hacia donde se encontraban sus hermanos.

—¿Lista, tesoro? —preguntó su madre.

—Supongo que sí.

—No tienes nada que temer, Agatha —la calmó su suegra—. Te aseguro que será una noche mágica, ya lo verás.

Al otro lado del salón, Ely no prestaba atención a sus hermanos. Estaban hablándole, pero solo podía mirar a Agatha. El beso que habían compartido en el jardín le había dejado con ganas de más... de mucho más. La reacción de su esposa le había excitado tanto que había tenido que dejar la mente en blanco durante su vuelta al salón para que nadie notase la evidencia de su pequeño esgarce en la glorieta. El primer beso fue impulsivo, casi sin pensar en lo que estaba haciendo. Quería probar el sabor de sus labios, pero su reacción fue tan intensa que no pudo resistir volver a besarla. Y el segundo beso fue devastador. Quería tocarla por todas partes, saborear su piel y hacerle el amor. Necesitaba escuchar sus gemidos de placer, ver sus ojos velados por el deseo y sentirla tensarse debajo de su cuerpo. Dios santo, el tiempo que aún quedaba para subir a reunirse con ella iba a hacerse eterno.

—¿Estás escuchando?

Giró la cabeza al escuchar la voz de Andrew, que le miraba con una sonrisa de superioridad.

—Disculpa, no te estaba escuchando —reconoció.

—Parece que estás deseando consumir tu matrimonio, hermano —se burló Clem.

—¿No lo estarías tú?

—¿Y qué harás si Agatha no te quiere en su cama?

—La convenceré de lo contrario cueste lo que cueste.

—Gracias a Dios que has recuperado la cordura —añadió Andrew.

—Tengo en casa todo lo que necesito, ¿por qué iba a desaprovecharlo?

—¿Significa eso que has terminado tu relación con la vizcondesa? —preguntó Clem.

—Significa que voy a terminarla la próxima vez que la vea. No he tenido tiempo de hacerlo con todo el ajetreo de la boda.

—Te aconsejo que se lo cuentes a tu esposa para que no haya malentendidos, hermano —sugirió Andrew.

—Lo haré cuando regresemos de nuestro viaje de bodas.

Hertford se acercó en aquel momento a ellos para darle la enhorabuena por su matrimonio.

—No sé si debo darte la enhorabuena o maldecirte por haberte casado —protestó—.

Ahora que has pasado a engrosar la lista de los hombres felizmente casados temo que las matronas se cebarán conmigo.

—Aún queda Clem —rio Andrew.

—Es un libertino y todo el mundo lo sabe, ninguna dama que se precie querrá casarse con él.

—¡Oye, que estoy presente! —protestó el aludido.

—¿Has averiguado algo sobre lo que te comenté? —preguntó Ely haciendo alusión al pretendiente de su hermana.

—Nada raro —asintió Hertford—. Aparentemente su familia no tiene deudas que saldar y no hay ni un solo escándalo pendiendo sobre sus hombros.

—Bien.

—¿De quién estáis hablando? —quiso saber Clem.

—Del pretendiente de Mary —explicó Ely—. Chris le ha investigado.

—Se supone que soy yo quien debe ocuparse de eso —bufó Andrew.

—Estás demasiado ocupado con tu esposa, a quien no he visto por aquí —respondió Christian.

—Ha decidido marcharse a casa —explicó Andrew—. He insistido en marcharme con ella, pero me ha amenazado con no dejarme pisar nuestra alcoba si lo hacía.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Clem con gesto preocupado.

—Solo está agotada —explicó su hermano—. Está en la última fase del embarazo y la encuentro durmiendo en cada rincón de la casa. Ayer se quedó dormida sentada a la mesa del desayuno con los cubiertos aún en las manos. Por suerte, tengo un servicio excelente que retiró el plato justo antes de que su cabeza se estampara sobre los huevos revueltos.

—¿Cuándo sale de cuentas? —preguntó Ely.

—Dentro de siete semanas, aunque dado su tamaño me temo que dará a luz mucho antes.

Poco después los invitados comenzaron a marcharse y Ely les despidió junto a sus padres con impaciencia. En cuanto el último de ellos se marchó, subió los escalones de tres en tres y se dirigió a su habitación para prepararse. Estaba nervioso, debía reconocerlo. Aunque estaba versado en las artes amatorias, nunca había estado con una mujer virgen y temía que la experiencia no fuera agradable para su esposa. Se puso una bata de seda sin camisa, pero optó por utilizar un pantalón de lino para no incomodar a Agatha. Inspiró hondo, llevó la mano al picaporte de la puerta que unía sus habitaciones... y la encontró cerrada.

Capítulo 8

Agatha se quedó petrificada cuando Elijah intentó abrir la puerta que comunicaba sus habitaciones y la encontró cerrada. ¿Cómo era posible que no se le hubiera ocurrido comprobar si el cerrojo estaba echado? Estaba demasiado nerviosa como para pensar en aquellas cosas. Se levantó de un salto de la cama y corrió hacia la puerta para abrirla, precipitándose abruptamente dentro de la habitación de Ely al pisar el borde de su camisón. Su esposo estaba de pie en medio de la habitación con las manos en el cinturón de su bata y se quedó mirándola sorprendido cuando la vio entrar trastabillando hasta quedar a tan solo dos pasos de él.

—¿Agatha? —preguntó.

—Lo siento —jadeó ella—. No me había dado cuenta de que estaba cerrada.

—¿No la has cerrado tú?

—Estaba demasiado nerviosa como para moverme de donde me ha dejado mi madre —reconoció.

—No tenemos por qué hacer nada, Agatha.

—Lo sé.

—Pero aun así estás aquí.

—Estoy aquí, sí.

Ely recorrió la distancia que los separaba y acarició su mejilla con ternura. Agatha estaba hecha un manojo de nervios, pero después de las últimas semanas había descubierto que quería compartir esa parte íntima del matrimonio con Ely. Tal vez no estaban enamorados, pero ambos se tenían aprecio y había escuchado maravillas sobre lo que ocurría en la noche de bodas. Pensó que podría disfrutarlo con Ely en vez de tener que buscarlo fuera de casa, como él le había sugerido. Porque la verdad era que la idea de buscarse un amante le parecía fría y sin sentido. Y era consciente de que su esposo mantenía a su amante y de que seguramente continuaría visitándola después del matrimonio, pero ella no se veía capaz de hacer algo semejante.

Bajó la cabeza cuando Ely apartó su pelo suelto de encima de sus hombros. Hasta ese momento, Agatha no cayó en la cuenta de que había entrado en la habitación de su esposo ataviada únicamente con su nuevo camisón y que sus pechos apenas quedaban ocultos tras la translúcida tela de muselina. Como si le hubiera leído la mente, Ely bajó la mirada y se lamió el labio inferior con los ojos fijos en ellos. El pulso de Agatha se aceleró y tragó saliva para intentar calmarse, porque aquella mirada había logrado que sintiera un calor muy agradable subir por su estómago.

—Eres preciosa —susurró Ely con voz ronca—. Hasta ahora no me había dado cuenta de lo increíblemente hermosa que eres.

Acarició con el dorso de los dedos la línea de su mandíbula, produciéndole un cosquilleo que la hizo cerrar los ojos.

—Este es el momento, Agatha —continuó—. Si no quieres que consumemos nuestro matrimonio, deberías irte, o de lo contrario no seré capaz de controlarme.

—¿Tú quieres hacerlo? —se atrevió a preguntar con un hilo de voz.

—¿Que si quiero? —Ely dejó escapar una leve risa—. Te aseguro que no puedo pensar en otra cosa desde que aceptaste ser mi esposa. Quiero hacerte el amor, Agatha. Quiero mostrarte todas las formas que existen de volverte loca, y también quiero que tú me vuelvas loco a mí. Pero solo si tú también lo deseas, te doy mi palabra de que mantendré las distancias si no es así.

—¿Incluso si decido después de esta noche que no quiero más de esto?

—Incluso así. Eres mi esposa, pero también somos amigos y te aprecio demasiado como para no respetar tus deseos. ¿Qué me dices? ¿Seguimos adelante o te acompaño a tu habitación?

—Seguimos adelante —accedió con las mejillas sonrojadas.

—¿Estás segura?

Agatha asintió, un leve asentimiento de cabeza que hubiera pasado desapercibido para cualquiera, pero Ely tenía la frente apoyada en la suya y pudo sentir el movimiento de su cabeza. Con un quedo gemido, sujetó la mandíbula de su esposa con la mano y la besó. Hundió la lengua en la boca de Agatha despacio, suavemente, porque no quería asustarla. Ella era inexperta en las artes amatorias y por nada del mundo iba a hacer que cambiara de opinión respecto a lo que iba a pasar aquella noche. Agatha respondió al beso con inocencia y timidez, esa inocencia que le volvía completamente loco. Que Dios le ayudara, porque como no se controlase un poco, aquello iba a terminar demasiado pronto. Se apartó de Agatha mirándola con una sonrisa, entrelazó sus dedos con los de ella y la llevó hasta la habitación contigua.

—Henry suele entrar en mi habitación sin avisar —explicó.

—¿Henry?

—Mi ayuda de cámara.

—Oh.

Elijah volvió a besarla, rodeando su cintura con un brazo y tirando de ella hasta que sus cuerpos chocaron. Agatha podía sentir el bulto de la erección de su esposo en su estómago, causándole un hormigueo por todo el cuerpo. Subió tímidamente las manos por la seda de la bata hasta rodear con sus brazos el cuello de Ely, igual que había hecho momentos antes en la glorieta. Se sentía arder, no sabía si por el calor de la chimenea o por lo que el beso de su esposo la estaba haciendo sentir. ¿Era aquello la pasión? Porque si así era, se sentía estupenda. Ely abandonó su boca para dejar un reguero de besos por su cuello, hasta llegar a su clavícula. Agatha apartó la cabeza para dejarle hacer, porque cada una de las caricias que le dedicaba la hacía sentir de maravilla. Su mente parecía estar obnubilada, su cuerpo se había convertido en un amasijo de sensaciones que la llevaban a buscar algo, aunque no tenía ni idea de qué.

Ely pensó que moriría en aquel mismo momento. Sentía el cálido y voluptuoso cuerpo de su esposa pegado al suyo, sus brazos rodeándole, y lo único que le separaba de ella eran dos leves capas de ropa. Estaba impaciente por hundirse en ella y hacerle el amor. Deseaba saborear cada pedazo de piel, acariciarla hasta que ella le rogara que le hiciera el amor, escucharla gemir su nombre entre espasmos de placer. ¿Cómo no se había dado cuenta antes de lo sensual que era Agatha? ¿Por qué nunca la había visto como la preciosa mujer que era? No era el momento de buscar respuesta a aquellas preguntas, era el momento de hacerla perder el sentido por el placer. La llevó hasta uno de los laterales de la cama y se deshizo de su camisión de un tirón. Ella intentó taparse con las manos, pero él se lo impidió.

—Nunca te ocultes de mí —ordenó—. Eres perfecta tal y como eres.

—Me siento avergonzada —reconoció ella.

—¿Por estar desnuda delante de mí?

Ely se quitó su propia ropa y quedó completamente desnudo delante de Agatha.

—Ahora estamos iguales —continuó con humor.

Pudo ver cómo su esposa se relajaba. Una preciosa sonrisa se dibujó en sus labios hinchados por sus besos, y él no pudo evitar volver a besarlos. Ahora tendría que hacer uso de todo su autocontrol para ir despacio, pero merecía totalmente la pena si servía para que Agatha no se sintiera incómoda con él. La tumbó lentamente en la cama y él se tumbó junto a ella, de lado, apoyando la cabeza en la mano.

—Dime si algo de lo que hago te incomoda —susurró—. Si hay algo que no te gusta me detendré de inmediato.

Agatha asintió, sus ojos brillantes debido a una mezcla de emoción y deseo. Ely subió muy lentamente la mano por su pierna desnuda, desde el tobillo hacia el muslo. Agatha se mordió el labio cuando un latigazo de placer subió por su espalda, haciéndola sentir un cosquilleo placentero en el centro de su ser. Ely la observaba atentamente con los ojos oscurecidos por el deseo. Su miembro erecto rozaba su muslo y notó que había crecido por momentos. Por una décima de segundo sintió pavor al pensar en lo que vendría después, pero todo quedó olvidado cuando la lengua caliente de Ely rozó su pezón. Gimió.

—Delicioso —ronroneó su esposo.

Rodeó el pecho con una de sus manos y volvió a lamerlo, mordisqueando la punta rosada cada vez que se apartaba. Agatha sintió una tensión desde el lugar que su esposo atormentaba hasta el mismo centro de su ser, una tensión que crecía más y más y que amenazaba con romperla en mil pedazos. Bajó la mirada para ver a Ely con los ojos cerrados, sus largas pestañas acariciando sus mejillas mientras atormentaba su pecho una y otra vez. Su expresión era de pleno deleite, como cuando tomaba *blancmange*^[9], su postre favorito. En ese momento Ely abrió los ojos, la atrapó observándole y levantó la mirada mientras continuaba con su tortuosa caricia. El calor que sentía en el bajo vientre se intensificó hasta hacerla arquear la espalda. Ely la ancló a la cama sujetándola suavemente del estómago, y dejó un reguero de besos desde su pecho hasta su boca. La besó dulcemente, saboreando sus labios maduros, hundiendo la lengua en su boca y martirizando el otro pecho con la yema de sus dedos.

—Me vuelve loco verte así —reconoció con voz ronca—. Eres tan sensual, esposa mía...

Ely estaba a punto de perder el control. La respuesta desinhibida de Agatha había logrado minar su fuerza de voluntad. Quería poseerla ya, enterrarse en su cálido cuerpo y hacerla suya de todas las maneras posibles. Porque Agatha solo había sido suya. Ningún hombre la había tocado jamás. Nadie había rozado la piel que él estaba tocando, mucho menos saboreado aquellos pezones rosados pequeños y especialmente sensibles. Nadie la había visto desnuda, con el cuerpo sudoroso y enrojecido por el placer. Ningún hombre había profanado aquel cuerpo de diosa que se retorció debido a sus caricias. Y ese pensamiento era más que suficiente para lograr que Ely quisiera comportarse como un animal. Bajó la mano por su estómago hasta encontrar la mata de rizos castaños que escondía el centro de su ser. Agatha intentó cerrar las piernas, pero él se lo impidió sujetando una de ellas con la rodilla. Como suponía, su mujer estaba más que lista para él. Pasó los dedos por la humedecida abertura unas cuantas veces, rozando el brote sensible hasta que Agatha dejó escapar un gemido.

Las caricias de su esposo estaban logrando que perdiera el control. Era un amasijo de nervios, piel y hueso, pues su cerebro había sido reducido a escombros. Había perdido cualquier capacidad de pensar con claridad. Se tensó cuando Ely se colocó sobre ella, entre sus piernas abiertas, pero su esposo no hizo intento alguno de consumir el matrimonio. En vez de eso, apoyó su peso en los codos y la miró.

—También puedes tocarme —susurró—. De hecho, me encantaría que lo hicieras.

Agatha se sintió atrevida y pasó las palmas abiertas de sus manos por el pecho desnudo de Ely. Sonrió inconscientemente cuando el hombre cerró los ojos, arqueó la espalda y dejó escapar un gemido de sus labios entreabiertos. Repitió las caricias que él le había dedicado a sus pechos en sus tetillas planas, acariciando con el índice el pequeño pezón pardo hasta que su esposo atrapó su mano bajo la de él.

—Creo que eso deberías dejarlo para otra ocasión —rio—, porque si sigues así no voy a aguantar ni tres minutos.

—¿Te molesta?

—Me gusta demasiado.

Ella sonrió y Ely besó con brusquedad sus labios. Bajó la mano por su estómago y abrió su zona íntima para colocar la punta de su miembro en la entrada femenina. Agatha sintió un leve escozor cuando lo introdujo lentamente en ella. Se sentía tensada, como cuando estiras demasiado un guante de raso, pero la sensación de tenerle dentro era indescriptible. Cuando Ely se detuvo, completamente enterrado en ella, Agatha sintió una conexión tan fuerte y profunda que tuvo que tragar saliva para no derramar sus lágrimas. Ely la miraba atentamente, apartando el cabello de su mejilla y dejando pequeños besos por todo su rostro. Le susurró al oído lo perfecta que era para él, lo mucho que disfrutaba estando en su interior y que desearía no salir jamás de ella. Cuando empezó a moverse, todos los sentimientos que había experimentado con sus caricias se dispararon tras las intensas sensaciones que el movimiento de Elijah producía en su cuerpo. Estaba a punto de volverse loca, su cuerpo se tensaba cada vez más y más, su espalda se arqueaba y sus manos se apretaron en la espalda de su esposo hasta provocarle algunos arañazos en la piel. Lejos de molestarse, Ely sonrió con suficiencia y comenzó a moverse más deprisa, más profundo, sujetando sus nalgas entre los dedos para pegarla más a su cuerpo. Agatha sentía que estaba a punto de caer por un precipicio, su cuerpo no le respondía y su garganta producía gemidos y gritos ininteligibles que no podía controlar. Cuando pensaba que moriría de un momento a otro, su cuerpo se estremeció recorrido por un latigazo de inmenso placer, como si la cuerda de un arco se rompiera, y cayó sobre la cama jadeante, con el pulso acelerado y la respiración entrecortada.

Ely se sintió tan satisfecho cuando Agatha experimentó su primer orgasmo que no le habría importado terminar en aquel mismo momento su primera sesión de sexo, incluso sin haber tenido su propia ración de placer. Observó a Agatha sin moverse mientras ella recuperaba el aliento, apartando el pelo húmedo de sudor de su rostro y besándola fugazmente cuando al fin se tranquilizó.

—¿Estás bien? —susurró.

—Yo... no lo sé.

Su respuesta le hizo reír. Se había acostado con innumerables mujeres en su vida, pero ninguna de ellas le había hecho sentir tan vivo como Agatha. Comenzó a moverse de nuevo en busca de su propia liberación. Había estado conteniéndose para hacer disfrutar a su esposa, y ahora que lo había conseguido no iba a seguir haciéndolo. Movié sus caderas deprisa, profundamente, sujetándose al cabecero para impulsarse profundamente en ella. La cama chocaba contra la pared, Agatha se agarraba con fuerza a sus brazos y arqueaba la espalda cada vez que él se impulsaba dentro de ella. Su esposa poseía una desinhibición innata que le encantaba. Tomó sus piernas y las colocó alrededor de su propia cintura, logrando entrar aún más profundo dentro de ella. El roce de su pelvis con la de Agatha la llevó a un nuevo orgasmo, y con un par de embestidas más la acompañó, cayendo jadeante y sin fuerzas junto a ella. Había sido una experiencia increíble, maravillosa... y estaba aplastando a su esposa. Se apartó rápidamente

de su cuerpo y se tumbó de lado, atrayéndola al hueco de su brazo para cubrirlos a ambos con las mantas. Se aseguró de que el fuego de la chimenea siguiera encendido y bostezó.

—Seguramente fue alguno de nuestros hermanos para gastarnos una broma —comentó Agatha de repente.

—¿El qué?

—La puerta cerrada.

—Oh, eso... Conociendo a Clem, apuesto a que fue él. Reconozco que me sorprendí mucho cuando intenté abrirla.

—¿Creías que no iba a querer esto?

—Eso pensé, sí. ¿Cómo te sientes? ¿Te he hecho daño?

—No me ha dolido, pero al principio me he sentido extraña, como si me tensaran como la cuerda de un arco.

—Eso es solo la primera vez, cuando se rompe la barrera de tu virginidad. Después te aseguro que es mucho mejor.

—Pues si es mejor que esto creo que moriré —respondió ella haciéndole reír.

—¿Significa eso que deseas repetir?

—¿Ahora? —exclamó ella con los ojos como platos debido a la sorpresa.

—Me temo que ahora mismo no sería capaz de hacerlo —rio Ely—. Mi cuerpo necesita un tiempo de recuperación. Me refiero a si querías repetir en el futuro, convertir nuestro matrimonio en uno de verdad.

—Me gustaría, sí —respondió con un hilo de voz.

Ely la besó, un beso lento y dulce que hizo volar de nuevo las mariposas en su vientre. Cuando se separaron, Elijah apoyó su frente en la de su esposa, poniéndose serio.

—Quiero que sepas que he decidido terminar mi relación con la vizcondesa —confesó—. Si vamos a tener un matrimonio de verdad quiero que sea como el de mis padres.

—¿Tu padre nunca tuvo una amante?

—No después de que se casaron, y han sido muy felices hasta hoy.

—Te agradezco que tengas esa consideración conmigo.

—¿La tendrás tú también conmigo?

—No tuve tiempo para buscarme un esposo, ¿de veras crees que lo tengo para buscarme un amante? No, gracias. Te aseguro que eres más que suficiente para mí.

—Me encargaré de que nunca te arrepientas de esas palabras, esposa. Te doy mi palabra.

Poco después, cuando la marea de pasión había pasado, Elijah observó a Agatha mientras esta dormía. Sus pestañas descansaban sobre sus rosadas mejillas, su cabello permanecía esparcido sobre la almohada y apoyaba la cabeza sobre su mano, igual que una niña. Sonrió. Definitivamente había sido una buena idea casarse con ella con los pequeños cambios que habían hecho en su acuerdo inicial aquella noche. Porque hacer el amor con Agatha había sido mucho más placentero de lo que imaginaba. La inocencia e inexperiencia de su esposa le añadían un extra a la relación que jamás había tenido con sus anteriores amantes, ni siquiera con Cath. Suspiró al pensar en ella. Realmente esperaba que no le pusiera las cosas difíciles cuando la informara de que su relación se terminaba. Catherine siempre había pensado que estarían juntos durante mucho tiempo, incluso después de la boda, y debido a que su difunto esposo la había consentido demasiado solía complicar las cosas cuando no conseguía lo que quería. Pero eso no lo detendría, había hecho una promesa y pensaba cumplirla.

Miró el reloj que había sobre la chimenea. Las tres. Debería volver a su habitación, Agatha estaría demasiado dolorida como para volver a hacer el amor por la mañana y podía

sentirse incómoda si le encontraba durmiendo junto a ella. Se levantó, tomó su ropa del suelo y se dirigió hacia la puerta que comunicaba ambos dormitorios. Se volvió en el quicio de la puerta para mirarla. Dios... era preciosa. Su amistad no le había permitido verla como lo que realmente era, y si no se hubiera atrevido a pedirle aquel día que se casara con él, otro estaría disfrutando en aquel momento de esas vistas. Sería otro quien hubiera reclamado su virginidad y quien la tuviera cada noche en su cama. Sin embargo, había seguido su intuición y aquella preciosa mujer ahora le pertenecía.

Fijó la mirada en la chimenea, en la que solo quedaban los rescoldos del fuego que antes ardía. Decidió que aquella habitación estaba demasiado fría para dejarla dormir sola. Seguramente tendría frío y agradecería un poco de calor por la mañana. Dejó la ropa sobre la otomana y regresó a la cama. Atrajo a Agatha hacia su cuerpo y los cubrió a ambos con las gruesas mantas. Mucho mejor. Con un suspiro, cerró los ojos y se quedó dormido. No había dormido así de bien en toda su vida.

Capítulo 9

Despertar con los ojos azules de Agatha mirándole fijamente era lo mejor que había experimentado Elijah en su vida. Se despezó dejando escapar una sonrisa de satisfacción.

—Buenos días —deseó besando a su esposa fugazmente en los labios—. ¿Has dormido bien?

—Creo que no he dormido mejor en toda mi vida —reconoció Agatha sonrojándose.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien, ¿por qué lo preguntas?

—Me refiero a si sientes algunas molestias debido a lo de anoche.

—Oh.

Agatha le demostró entonces que una mujer era capaz de sonrojarse hasta las orejas. Su repentino ataque de timidez le llevó a besarla de nuevo, y ese beso encendió su sangre de tal manera que antes de darse cuenta estaba tendido a medias sobre ella, acariciando su pecho con una mano mientras hundía la lengua en su boca. Debía parar. Agatha estaría demasiado sensible y, aunque la noche anterior había logrado no hacerle daño, si continuaban, estaba seguro de que esa mañana sí lo haría. Pero la deseaba tanto que necesitaba un poco más de ella. Bajó la cabeza hasta que sus labios rozaron el tierno brote rosado de su pecho. Lo mordisqueó, lamió y succionó hasta que su esposa arqueó la espalda en la cama, y continuó con sus caricias mientras sentía sus uñas arañar la piel de su espalda. Había descubierto que se volvía loco al sentirla arañarle de aquella manera. Si no fuera una falta de respeto y decoro, mostraría aquellas marcas con orgullo para que todos supieran que su esposa era toda una leona.

Bajó la mano por su estómago hasta encontrar la mata de rizos castaños, y encontró con satisfacción que Agatha ya estaba lista para él. Hundió los dedos en ella y la estimuló mientras dejaba escapar gemidos de placer. Su miembro, duro y caliente, presionaba contra el muslo femenino, pero no era suficiente, necesitaba un poco más. En un arranque de valentía tomó la mano de Agatha y la llevó hasta él. Rodeó la verga con los dedos de ambos y comenzó a mover ambas manos arriba y abajo por su longitud, presionando su mano sobre la de Agatha para mostrarle cómo proceder. Al principio su esposa se tensó, pero poco a poco fue relajándose y experimentando con su nuevo poder recién descubierto. Los gemidos de Ely se mezclaron con los de ella, su boca tomó la de Agatha con desesperación y pegó sus cuerpos cuando el orgasmo la recorrió, vaciándose poco después por completo sobre su propio estómago.

Agatha aún no podía creer lo que acababa de hacer. Se sentía maravillada y terriblemente avergonzada a la vez. Observaba su mano manchada como si se tratara de algo fascinante, y desvió la mirada hacia el miembro de Ely, que ahora descansaba flácido sobre su pelvis.

—Lo siento, yo... —Elijah se levantó de un salto y se dirigió hacia la jofaina— Te limpiaré en seguida.

Tomó una toalla y la mojó en el agua fría. Se dirigió a la cama y limpió la mano y el muslo de Agatha, volviendo a la jofaina para enjuagar la toalla y limpiarse su propio cuerpo. Una

vez hubo terminado, regresó junto a ella para envolverla en sus brazos y cubrilos a ambos con las mantas.

—Te he sorprendido, ¿no es cierto? —preguntó.

—Un poco, sí. No sabía que había diferentes formas de hacer el amor.

—Hay muchas formas de hacerlo. Incluso hay un libro que las muestra todas.

—¡No te creo!

—Te doy mi palabra. Es un libro indio que data del siglo tercero. Algunas de sus posturas son cuanto menos... acrobáticas.

—¿Lo has leído?

—Hace mucho tiempo, en mis años de estudiante. Un compañero lo trajo a clase y nos dejó echarle un vistazo.

—Tenía otro concepto de usted, lord Pennington —bromeó ella.

—Le aseguro que agradecerá ese vistazo muy pronto, lady Pennington.

—Aún no me acostumbro —sonrió feliz.

—Pues más vale que te des prisa, porque cuando regresemos de nuestro viaje tendrás que aparecer en algunos bailes de sociedad como mi esposa.

—¿Serán muchos?

—Realmente aquellos en los que tengamos que acompañar a Marianne. Nicky está a punto de dar a luz y debería descansar, será tu turno de hacerle de carabina.

—Tienes razón. Es solo que me pone nerviosa pensar en ello.

—Has acudido a muchos bailes, Agatha.

—No eran bailes de la nobleza.

—Pero eran igual de importantes. Además, tus modales son exquisitos y tu educación intachable. No tienes nada que temer.

Ely se levantó de un salto de la cama y tomó la ropa que había quedado esparcida por el suelo. Después, apoyó una rodilla sobre la cama para besar a Agatha una última vez.

—Voy a vestirme —informó—. Llamaré a tu doncella para que te ayude y nos vemos en el comedor, ¿de acuerdo?

—Está bien.

—Nos marcharemos después del almuerzo, así que voy a pasarme un rato por mi despacho. ¿Quieres acompañarme?

—Sí, hay algunas cosas que quiero terminar antes de irnos.

—Me he tomado la libertad de pedirle a tu madre que prepare tu equipaje, así que no tienes que preocuparte por eso.

Ely volvió a besarla una última vez y se dirigió como Dios le trajo al mundo hacia su habitación, para deleite y satisfacción de su esposa. Agatha se levantó y se puso el camisón y la bata. No quería recibir a su doncella estando completamente desnuda. Poco después, y tras golpear la puerta suavemente con los nudillos, entró una joven portando una olla de agua caliente que vertió en la palangana. No debía ser mucho mayor que ella, de cabello castaño ondulado y ojos de color caramelo.

—Buenos días, milady —deseó—. Mi nombre es Libby y a partir de hoy seré su doncella.

—Buenos días, Libby. Mi nombre es Agatha. Es un placer conocerte.

—Lo mismo digo, milady —respondió Libby sonriendo—. He pensado que tal vez le apetecería darse un baño después de una noche tan importante. El agua caliente puede hacerla sentirse mejor.

—Ese ha sido un gran pensamiento. Necesito lavarme el cabello.

En ese momento un par de lacayos llegaron portando una bañera llena de agua caliente. Libby la ayudó a entrar en ella y le lavó cuidadosamente el cabello con jabón de rosas.

—Ese jabón huele muy bien —dijo Agatha.

—Es de rosas, señora.

—Mis favoritas.

—Ettie, la doncella de la señorita Marianne, me ha dicho que es usted científica.

—Es cierto, sí. Me dedico al estudio de las plantas.

—Es usted increíblemente inteligente.

—Tú también utilizas la ciencia en tus tareas diarias.

—No bromeo conmigo.

—No bromeo, Libby. La ciencia no se limita a los laboratorios o a los libros, está presente en todos los aspectos de la vida.

—¿Como cuáles?

—Por ejemplo, cuando utilizas productos de limpieza como el amoníaco y la lejía, estás aplicando principios científicos. ¿Sabías que cada uno de estos productos tiene propiedades químicas que los hacen eficaces para la limpieza?

—No, señora, no lo sabía.

—La lejía, también conocida como hipoclorito de sodio, es una base fuerte. Esto significa que puede desinfectar y blanquear eficazmente. Usamos lejía para limpiar superficies, eliminar manchas y desinfectar, ya que mata gérmenes y bacterias.

—Es sorprendente. Nunca habría imaginado que algo tan común como la lejía tuviera tanta ciencia detrás.

—Exactamente. Y el amoníaco, por otro lado, es otra base, aunque no tan fuerte como la lejía. El amoníaco es muy útil para limpiar superficies grasientas, como las cocinas y los hornos. Además, también se usa para limpiar cristales y espejos, dejando un acabado brillante y sin manchas.

—¡Qué interesante! Entonces, cuando estoy limpiando con estos productos, en realidad estoy aplicando principios científicos.

—Exacto, Libby. La ciencia está en todas partes, incluso en las tareas más cotidianas. Y es importante saber cómo usar estos productos de manera segura. Por ejemplo, nunca debes mezclar lejía con amoníaco, ya que producen gases tóxicos muy peligrosos.

—Eso sí que es un buen consejo, señora. Lo tendré muy en cuenta. Es increíble pensar en todas las cosas que hacemos sin darnos cuenta de la ciencia que hay detrás.

—Así es. La ciencia puede parecer algo distante y complicado, pero en realidad, está presente en nuestras vidas diarias de maneras que ni siquiera imaginamos. Desde la cocción de los alimentos hasta la limpieza de la casa, todo está influenciado por principios científicos.

—Estoy empezando a ver las tareas domésticas de una manera completamente nueva.

—Te parecerán más interesantes a partir de ahora.

Después del baño, Agatha eligió un vestido de color vainilla. Libby recogió su cabello en un sencillo moño adornado con algunas cintas del mismo color que el vestido, y como único adorno llevaba el anillo que Ely le había regalado para su compromiso y la cadena de oro de la que colgaba un pequeño guardapelo, regalo de su padre, en el que guardaba con sumo cuidado un pedacito de hoja seca de la planta que descubrió en su viaje a Madeira. El sonido de risas que salía del salón llegaba hasta la escalera, y por un momento Agatha se sintió una intrusa. Pero aquella era su nueva familia, se recordó, y terminó de bajar los escalones que la separaban del

recibidor.

—Buenos días, Agatha.

Se giró para ver a Marianne bajar los escalones a toda prisa para abrazarla y tomarla del brazo.

—¿Has dormido bien? —preguntó la joven— Espero que mi hermano te haya dejado descansar.

—He dormido muy bien, gracias —respondió ella sonriendo—. ¿Has desayunado ya?

—Aún no, acabo de despertarme. Anoche me quedé hasta tarde leyendo y...

—Y se te fue el santo al cielo, sé lo que es eso —terminó Agatha por ella.

—Tú me entiendes muy bien. ¿Sabes cuándo os marcháis?

—Después del almuerzo, según me ha dicho Ely. ¿Tú tienes idea de dónde me lleva?

—Soy una tumba, querida cuñada —respondió Mary llevándose un dedo a los labios—. No quiero que Ely tome represalias contra mí por habértelo contado.

—No debe estar lejos de aquí si nos marchamos a mediodía.

—No pienso darte pistas, tampoco. Anda, démonos prisa, me muero de hambre.

Después del desayuno con la familia, Ely y Agatha se dirigieron a la Real Sociedad. Agatha quería terminar un boceto que había dejado a medias la mañana antes de la boda, y Ely transcribir las notas que había tomado sobre su experimento la noche antes.

—¿Se puede saber qué hacéis vosotros dos aquí? —preguntó John cuando los vio llegar.

—En mi defensa diré que ella también quiso venir —respondió Ely levantando los brazos.

—Quería darle los últimos retoques a mi último boceto —explicó la aludida—. No me tomará mucho tiempo.

—¿Vas a decirme que ha sido ella quien te ha arrastrado hasta aquí? —preguntó su amigo arqueando una ceja.

—No, claro que no. Quería aprovechar el tiempo antes de nuestra marcha. Ella no sabe nada —advirtió Ely cuando su amigo abrió la boca para hablar—, como le descubras nuestro destino te mataré.

—Lo descubriré a lo largo del día —protestó Agatha, que no soportaba demasiado bien la espera.

—A su debido tiempo, esposa mía. —La besó en la frente—. Te veo después.

—Sois adorables —suspiró John.

—Cállate.

Ambos amigos se dirigieron al departamento de astronomía, y John se dejó caer en uno de los sofás del despacho de Elijah observándole transcribir sus apuntes.

—¿No tienes nada mejor que hacer? —protestó al sentirse observado.

—Estoy esperando que me cuentes cómo fue.

—No voy a hablar de mi noche de bodas contigo, soy un caballero.

—Te aseguro que no es eso lo que yo quiero saber.

—¿Entonces?

—Solo hay que tener ojos en la cara para darse cuenta de que todo ha cambiado entre vosotros. Decías que solo era un matrimonio de conveniencia, pero...

—¿Cuándo dije eso?

—La noche que bebimos demasiado para recordar nada.

Ely suspiró, dejó la pluma en el tintero y cruzó los brazos mirando a su mejor amigo.

—He decidido romper mi relación con Cath —confesó.

—Menuda primicia... ¿Y puedo saber a santo de qué?

—Me he dado cuenta de que lo que tengo en casa es demasiado valioso para perderlo.

—Te has enamorado de Agatha.

—Amor... yo no diría tanto. Pero a mi afecto por ella debo sumarle ahora la atracción que me provoca.

—¿No es eso acaso el amor?

—Lo único que he amado en mi vida es la astronomía.

—En cualquier caso, me alegro de tu decisión. Agatha es una buena amiga y no me gustaría que fuera señalada en las reuniones sociales porque mantienes a tu amante.

—La verdad... yo tampoco. Esa es otra de las razones por las que he decidido terminar mi relación con Cath. Ahora Agatha forma parte de la nobleza, y si hay algo que predomina entre mis pares es la pasión por los chismes.

—He oído que la pareja feliz había venido esta mañana, pero tenía que verlo con mis propios ojos. —James asomó la cabeza por la puerta antes de entrar—. ¿No deberíais estar ya en el barco?

—Zarpamos a mediodía —explicó Ely—. Nuestro equipaje ya debe estar a bordo, solo faltamos nosotros. Aún tenemos tiempo de sobra.

—¿Le has dicho ya a dónde vais?

—Aún no, se lo diré cuando zarpe.

—Le hará una ilusión tremenda —respondió James sentándose junto a John—. Siempre ha querido ver el Real Jardín Botánico de Edimburgo.

—¿Para cuándo tenéis programada la visita? —preguntó John.

—Para pasado mañana. Llegaremos mañana por la tarde si el mar acompaña.

—¿Y cuándo demonios lo has organizado todo?

—Waterford se ha ocupado de todo por mí. Nos quedaremos en su casa y viajó hace unas semanas para organizarlo todo.

—¿Cuánto tiempo os quedaréis allí? —inquirió James.

—Una semana. Mi trabajo requiere mucha atención y Agatha tiene que entregar su próximo número de la revista para el final del mes.

—Elijah. —La voz ahogada de Joseph llegó a la habitación antes que él—. Deberías ir a proteger a tu esposa. Caroline se ha encarado con ella y no creo que la cosa termine demasiado bien.

Ely saltó del sillón y corrió por los pasillos hasta el departamento de botánica. Maldición, ni siquiera había tenido en cuenta a Caroline. Había estado tan obsesionada con él desde que entrara a formar parte de la Real Sociedad que no se habría tomado demasiado bien su boda con Agatha. Esperaba llegar a tiempo, o de lo contrario... El sonido de una bofetada llegó hasta ellos (sus amigos habían salido a correr tras él) cuando estaba a punto de llegar al despacho de Joseph. Cuál fue su sorpresa al entrar y ver que la mujer que tenía la mejilla enrojecida no era otra que Caroline, mientras Agatha la miraba con los brazos en jarras.

—Elijah nunca ha sido, y nunca será, tuyo —estaba diciendo su esposa—. No es de mi propiedad, tampoco. Me ama, desde luego, pero eso no significa que me pertenezca, como tampoco te ha pertenecido nunca a ti. Porque, que yo recuerde, nunca habéis tenido ningún tipo de relación más que la profesional.

—Estúpida... ¿Cómo te atreves a...

—Que no se te olvide que ahora soy lady Pennington, Caroline —la interrumpió—. No soy la niña tonta a la que amedrentabas cuando estábamos en la escuela. Espero, por tu bien, que

no vuelvas a acercarte a mi esposo, o de lo contrario...

—¿Qué harás? ¿Volverás a abofetearme?

—Le diré a todo el mundo que la honorable señorita Caroline Herschel es tan rastrera que busca las atenciones de un hombre casado. Tu reputación quedará arruinada y no tendrás la oportunidad de casarte. La elección es tuya, querida.

—¿Por qué has tenido que ser tú y no yo? —lloriqueó Caroline— Yo le quiero desde mucho antes que tú.

—Le conozco desde que tenía doce años, Caroline. He crecido admirando y amando a mi esposo. Puede que te sorprenda, pero el mundo no gira en torno a ti.

—No puedo soportar verte con él. Es una tortura diaria, no lo permitiré.

—Haz lo que quieras, pero te aseguro que terminarás perdiendo. Ely y yo estamos enamorados, lo mejor es que lo aceptes y te rindas de una buena vez.

Dios santo... qué orgulloso se sentía de Agatha. Se acercó con paso decidido a ella, la atrapó entre sus brazos y la besó, delante de todos. Ante la sorpresa, su esposa se sujetó a sus hombros temiendo caerse, pero Ely la agarró con fuerza mientras escuchaba en la lejanía los vítores de sus amigos. Cuando la soltó, su mujer estaba deliciosamente sonrojada, y tuvo que aguantarse las ganas de volver a besarla.

—¿Te has vuelto loco? —susurró— Todos nos están mirando.

—Que nos miren. Es nuestro primer día de casados, es normal que nos mostremos más cariñosos de lo habitual.

—¡Ely!

—¿Has terminado tu trabajo?

—Sí, ya he terminado el último boceto que me faltaba para incluir en mi próximo artículo. Solo me falta el contenido, pero lo haré después de nuestro viaje.

—En ese caso vayámonos a casa. Aún tenemos tiempo de...

Ely le guiñó un ojo, haciéndola enrojecer aún más. Agatha pudo ver por el rabillo del ojo cómo Caroline se marchaba de muy mal humor. Suspiró aliviada. Se había sentido tan violenta cuando la había enfrentado hacía un momento que no había podido evitar darle una bofetada. Porque le había hervido la sangre al escucharla decir que se convertiría en la amante de su esposo. Confiaba plenamente en Ely, por supuesto, pero aquellas palabras habían despertado una parte de ella que desconocía que existiera. Porque a pesar de haberle dicho a Caroline lo contrario, aquella parte de ella sentía que su esposo le pertenecía. No quería pensar demasiado en ello, aquel era el momento de olvidarse de todo y disfrutar del viaje que harían juntos a un lugar desconocido para ella. Su matrimonio acababa de empezar, nadie ensombrecería la felicidad que Agatha estaba sintiendo.

Capítulo 10

Agatha sentía el frescor de la brisa marina y el toque firme de Ely mientras la guiaba con los ojos vendados cuando bajaron del carruaje. A cada paso que daban, el sonido de las olas golpeando el muelle y el graznido ensordecedor de las gaviotas le dijeron que se encontraban en el puerto. El aire salado y el olor a algas llenó sus pulmones y pequeñas gotas de agua proveniente de la brisa marina salpicaron su rostro. Aunque no podía ver, la mano de Ely en la suya la tranquilizaba. No sabía a dónde iban, pero conociendo a su esposo confiaba en que sería una experiencia inolvidable. Mientras avanzaban, Agatha podía escuchar el bullicio del puerto cobrando vida a su alrededor. Los trabajadores cargaban mercancías, las cuerdas crujían bajo la tensión de las embarcaciones y el murmullo de las conversaciones se mezclaba con el sonido del agua. Poco después Ely se detuvo y soltó una risa suave.

—Hemos llegado —dijo mientras le quitaba suavemente la venda de los ojos.

Agatha parpadeó ante la luz del atardecer y sus ojos se ajustaron para ver la embarcación en la que harían su viaje. Era una nave pequeña, robusta y elegante, hecha de madera de roble y caoba. Las velas de lino, blancas y firmemente izadas en los altos mástiles, ondeaban al compás de la brisa marina. La cubierta, ordenada y limpia, ofrecía asientos cómodos y una pequeña mesa para disfrutar del aire libre. El interior del navío era acogedor. El salón principal, al que se accedía a través de una escotilla de madera labrada, contaba con muebles de madera y cojines de terciopelo, y estaba iluminado por lámparas de aceite. La cabina privada para Agatha y Ely tenía una cama con dosel adornada con cortinas de seda y un pequeño armario, creando un refugio íntimo y tranquilo. En la popa, una plataforma permitía fácil acceso al mar, ideal para darse un baño o simplemente relajarse cerca del agua.

—Increíble —susurró Agatha.

—Ven, vayamos a instalarnos.

—¿Vas a decirme de una vez a dónde vamos?

—No hasta que zarpemos.

Ely tomó a Agatha de la mano y tiró de ella hacia la rampa de acceso al barco. El capitán les esperaba con su pequeña tripulación en la cubierta para darles la bienvenida.

—Bienvenidos, lord Pennington, lady Pennington... —saludó— Soy el capitán Thomas Hargrave y seré el encargado de llevarlos sanos y salvos a su destino.

—Gracias, Hargrave —agradeció Ely.

—Hawkins los llevará hasta su camarote para que puedan instalarse. Zarparemos en media hora.

—Gracias, capitán —respondió Agatha.

El marinero les guio hasta la escotilla para llevarlos a la habitación. sobre una pequeña mesa encontraron una bandeja con una selección de quesos, frutas y embutidos acompañados de pequeñas rodajas de pan recién horneado. Ely ayudó a Agatha a deshacerse de su capa y retiró una de las sillas para que pudiera sentarse, tras lo cual tomó asiento frente a ella y tomó una uva

de la fuente.

—¿Prefieres quedarte o subir a cubierta? —preguntó.

—Lo que prefieras. Desde mi viaje a Madeira no me mareo en alta mar, así que puedo estar en cubierta si es lo que prefieres.

Ely sonrió y se metió un trozo de queso en la boca. Lo que prefería era volver a hacerle el amor, pero haría de tripas corazón y esperaría hasta la noche para volver a tomarla.

—Subiremos entonces a cubierta —dijo—. Un poco de aire fresco nos vendrá bien a los dos, y he visto unos cómodos asientos en los que podremos relajarnos.

—¿Vas a decirme ya a dónde vamos?

—Primero cuéntame qué ha pasado con Caroline. —Agatha suspiró.

—¿Cuánto has escuchado?

—Desde la bofetada. Por cierto, recuérdame que no discuta nunca contigo —bromeó.

—Lamento haber perdido los nervios —se disculpó su esposa avergonzada.

—Yo no lo lamento en absoluto. Me he sentido tremendamente orgulloso de ti.

—¿De veras?

—Por supuesto. ¿Qué te ha dicho para que reacciones así?

—No es tanto qué me ha dicho, sino cómo lo ha hecho. Me recordó a mis tiempos en la escuela, cuando se dedicaba a aterrorizarnos.

—¿Caroline?

—La misma. Ella es tres años mayor que yo y siempre me robaba mis cosas. Si alguna de nosotras tenía un pasador o un broche que a ella le gustara terminaba por quitárselo. Era una abusona.

—Y hoy intentó hacer algo parecido.

—Entró en el despacho diciendo que te había robado, que deberías haberte casado con ella. No quería discutir y le dije que tenía que marcharme, que tenía prisa, pero me cerró el paso y me dijo que una estúpida como yo no se interpondría en su camino, que se convertiría en tu amante y me dejaría en evidencia delante de todo el mundo.

—Y la abofeteaste.

—Lo hice, sí. Y no porque tema que sus palabras sean ciertas, sino por la seguridad con la que las dijo. Sé que hice mal, pero...

—No hiciste nada mal —la interrumpió Ely.

Tiró de la mano de su esposa hasta que la tuvo sentada sobre sus rodillas. Rodeó su pequeña cintura con los brazos y sonrió.

—Joseph vino a advertirme de lo que ocurría y fui corriendo a salvarte, pero cuando llegué descubrí que eras capaz de defenderte sola —continuó—. Me enorgullece que lo seas, Agatha. La nobleza no es más que un nido de víboras de las que tendrás que defenderte cuando yo no esté cerca. Me tranquiliza saber que podrás hacerlo.

—Por supuesto que podré. Me he criado en un mundo de hombres, Ely. Primero mis hermanos y luego vosotros. Me habéis hecho ser una mujer muy fuerte.

—Y admito que darme cuenta de ello me hizo desearte un poquito más —bromeó su esposo.

—¿Un poquito? —rio Agatha.

—Solo un poquito. Subamos a cubierta, o me temo que terminaremos estrenando esa cama antes de que caiga la noche.

Agatha saltó de su regazo, haciéndole sonreír. Se sentaron en los asientos de proa, disfrutando de la brisa marina y del sol que brillaba en el cielo aquella tarde. Agatha suspiró y

cerró los ojos con una sonrisa.

—Me encanta el mar —reconoció—. Cuando era pequeña mi padre nos llevaba a todos a Bath en agosto y me encantaba pasear por la playa recogiendo conchas.

—¿Sabes nadar?

—Lo suficiente como para no morir ahogada si este barco se hunde —respondió ella con una sonrisa.

—Si este barco se hundiese yo te salvaría.

—¿Eres buen nadador?

—El mejor de mis hermanos. Nuestro padre contrató a un profesor para que nos enseñara cuando éramos niños, y a Marianne la enseñó Andrew.

—Hay una gran diferencia de edad entre vosotros.

—Marianne llegó cuando mis padres ya se habían hecho a la idea de que no podrían tener una niña. Es la muñeca de la casa... todos la adoramos.

—Es que tu hermana se hace querer. Recuerdo el primer día que la trajiste a cenar a mi casa. Yo apenas tenía amigas en la escuela y no sabía cómo relacionarme con ella, pero Mary se acercó con su libro y rompió el hielo sin esfuerzo.

—Cosa que me sorprendió, debo admitir. Su carácter es muy similar al tuyo y tampoco tiene demasiadas amigas.

—¿Cómo le va con lord Dudley?

—Parece que la cosa va viento en popa. Creo que antes de que termine la temporada tendremos una proposición de matrimonio.

El barco zarpó y puso rumbo al norte. El mar estaba en calma, el sol brillaba en el cielo y una ligera brisa acariciaba las velas, llenándolas de vida. Agatha aún no sabía a dónde se dirigían, pero podía sentir la emoción en el aire.

—Prepárate para una sorpresa inolvidable —susurró Ely en su oído.

—¿Vas a decirme de una vez a dónde vamos?

—A Escocia.

—Sé que vamos a Escocia, Ely. Es el único lugar al que se puede ir yendo al norte.

—Podría llevarte a dar la vuelta al mundo —bromeó su esposo.

—¿De norte a sur? —rio Agatha.

—Seríamos los primeros en llegar a los polos.

—Siga soñando, lord Pennington.

—En realidad te llevo a un lugar mucho más cercano. Un lugar al que siempre has querido ir.

—¡No! —exclamó ella volviéndose de golpe— ¿Vamos a Edimburgo para ver el Real Jardín Botánico?

—Sabía que te gustaría la idea.

—¿Bromeas? ¡Siempre he deseado ir allí! Tienen tantas especies de plantas medicinales que podría pasarme una semana entera allí sin esfuerzo. Cinco hectáreas de flora mundial, Ely. Es el sueño de cualquier botánico.

—Lo visitaremos pasado mañana. Llegaremos a Edimburgo a mediodía y supuse que querrías tener el día entero para explorar el jardín.

Agatha le sorprendió depositando un suave beso en su mejilla. La miró sorprendido y descubrió que su esposa tenía las mejillas completamente sonrojadas y se miraba la falda del vestido como si fuera una rareza botánica.

—Gracias por organizar este viaje para mí —susurró.

—De nada.

Atrajo a Agatha hasta su cuerpo para que pudiera descansar la cabeza sobre su hombro, y permanecieron en cubierta charlando hasta la hora del té. El resto del viaje fue muy tranquilo. Se entretuvieron leyendo durante el resto de la tarde y cenaron en compañía del capitán, quien les contó algunas historias de sus viajes. La conversación fue amena y relajada y la comida deliciosa. Mucho más tarde, hicieron el amor en la intimidad de su camarote hasta quedarse dormidos uno en brazos del otro, bien entrada la madrugada.

Llegaron a Edimburgo a mediodía. Un carruaje del marqués de Waterford les esperaba en el puerto, y un lacayo les abrió la puerta con una reverencia.

—Bienvenidos, lord y lady Pennington —les saludó.

—Gracias, Stanley.

—Espero que hayan tenido un viaje agradable, milord.

—El mar parecía un espejo, sin una sola ola.

—Me alegro, milord. Acomódense, el viaje hasta Glenmoore House tomará un tiempo, pero hay una manta dentro del carruaje para que se mantengan abrigados.

Ely ayudó a Agatha a subir al carruaje de lujosos sillones de terciopelo azul marino y se sentó a su lado. Cubrió sus piernas con la manta de lana merina^[10] y atrajo a Agatha hasta su cuerpo para que no tuviera frío. El viaje hasta la mansión de Waterford duró cerca de una hora. Estaba situada en las afueras de Edimburgo, rodeada de un frondoso bosque de robles y hayas. El mayordomo abrió la puerta principal en cuanto pusieron el pie en el primer escalón.

—Lord Elijah, me alegra volver a verle —saludó con una sonrisa.

—Yo también me alegro de verte, Hamish. Te presento a mi esposa, Agatha.

—Es un placer conocerle, Hamish —respondió la aludida.

—El placer es mío, milady. Llegué a pensar que no habría mujer que domara a este potrillo, pero veo que me he equivocado.

—No fue fácil hacerlo, créame —bromeó Agatha en un susurro.

—¿Cómo está Carol? —preguntó Ely.

—Encantada también de tenerle por aquí. Ha preparado su sopa Cullen^[11] especialmente para usted.

—Amo a su esposa —bromeó elevando los ojos al cielo.

—No creo que a la suya le haga mucha gracia la idea, milord.

—Créame, si esa sopa es tan buena como para enamorar a mi esposo, yo también la amaré —respondió Agatha siguiendo la broma.

—Si me acompañan, los llevaré a sus aposentos para que puedan descansar.

El mayordomo los llevó por los amplios pasillos hasta un apartamento privado de invitados. Tras las puertas dobles se encontraba una acogedora sala de estar elegantemente decorada con muebles de caoba tallada y dos puertas que llevaban a dormitorios separados. La mesa de la sala estaba preparada para el almuerzo, y Henry y Libby les esperaban para ayudarles a ponerse cómodos.

—Supuse que preferirían tomar el almuerzo aquí —explicó Hamish—. Lo haré servir en cuanto se hayan acomodado.

—Gracias por todo, Hamish.

—No tiene que darlas, milord.

Libby acompañó a Agatha a la habitación de la izquierda. Agradeció contar con su ayuda, pues se encontraba mortalmente cansada. No había podido dormir demasiado debido a su esposo la noche anterior y el viaje la había dejado agotada. Se puso su ropa de dormir y su bata, pues

tenía toda la intención de acostarse un rato después del almuerzo. Cuando salió al salón comprobó que su esposo debía haber tenido la misma idea, pues también se había puesto la ropa de dormir.

—Siéntate —pidió retirando una de las butacas que presidían la mesa—. Ya he avisado para que nos suban el almuerzo.

—Estoy agotada —suspiró Agatha sentándose.

—Podremos dormir un rato después de comer. Nuestra agenda está libre hasta mañana.

—Dijiste que nuestro viaje duraría una semana. ¿Tienes algo más planeado?

—Algo más, sí. No tendrás tiempo para aburrirte, lo prometo.

La sopa le resultó a Agatha una verdadera delicia. De segundo degustaron un delicioso venado asado acompañado con puré de patatas y guisantes, y de postre cranachan^[12]. Cuando terminaron de comer, Ely la acompañó hasta la puerta de su habitación y la besó en la frente.

—Que descanses, te despertaré dentro de un rato para que demos un paseo por el jardín, si te apetece, por supuesto —dijo.

—Me encantaría.

Agatha se sintió un poco decepcionada porque Ely se marchara a su propia habitación, pero estaba demasiado cansada como para pensar mucho en ello. En cuanto su cabeza tocó la almohada, se quedó completamente dormida. Se despertó al sentir una leve caricia en el puente de la nariz. Intentó apartar la mosca insistente con un manotazo al aire, pero el sonido de la risa suave de Elijah la hizo abrir los ojos. Él estaba tumbado a su lado, y la luz del atardecer bañaba su cabello con destellos anaranjados. Nunca se había detenido a pensar en lo apuesto que era. Sus ojos verdes brillaban con una luz acuosa, y en sus mejillas se dibujaban dos leves hoyuelos. Sus pestañas, negras como su cabello, eran largas y espesas, y la sombra de su barba le daba un aire de pirata. Suspiró.

—Dormilona. —La voz de Ely sonaba ronca, como si él también acabara de despertarse.

—No me dejaste dormir demasiado anoche.

—Si no nos damos prisa no podremos dar el paseo que te prometí.

—¿Qué hora es?

—Cerca de las cuatro. Podemos tomar el té en el jardín, Hamish ha colocado algunos braseros en la glorieta para mantenernos calientes.

—Me gustaría, sí.

—En ese caso le diré a Libby que te ayude a vestirte. Abrígate bien, te espero abajo.

Observó a su esposo dirigirse a la puerta. Estaba completamente vestido, pero a pesar de ello pudo vislumbrar su cuerpo atlético a través de la tela. A pesar de pasar más tiempo del que debería en el laboratorio, Ely solía practicar varios deportes, entre ellos la equitación y la esgrima, por lo que tenía músculos bien definidos, aunque no era tan robusto como sus hermanos. Sintió un escalofrío de placer al recordar que había acariciado cada uno de esos músculos en su noche de bodas, y también la noche anterior en el barco. Ely la había hecho rozar el cielo con la punta de los dedos tantas veces, y sin embargo nunca era suficiente. ¿Acaso era aquello la pasión? Libby la sacó de su ensimismamiento poco después, cuando entró en la habitación portando una gruesa capa de armiño.

—Hamish me ha entregado esto, milady —explicó—. Dice que es un regalo del marqués para usted.

—Es preciosa... —susurró acariciando la prenda con la mano.

—Démonos prisa, lord Pennington está esperándola en el recibidor.

—Trae mi vestido de lana verde musgo y las medias gruesas. Hace demasiado frío y

estaremos a la intemperie.

Libby recogió su cabello en un sencillo moño trenzado y la ayudó a ponerse los guantes y la capa. Se reunió con Ely en el recibidor. Su esposo también parecía haberse abrigado, y salieron juntos al frío exterior. Los setos y el camino estaban completamente cubiertos de nieve, y al frente podía verse el cálido resplandor de los braseros de la glorieta, adornada con pesados cortinajes de terciopelo que mantuvieran el calor en el interior.

—Es precioso —dijo sonriendo—. Un auténtico paisaje invernal, a tu hermana le habría encantado.

—Marianne suele venir a menudo cuando empieza el invierno. Está enamorada de la biblioteca del marqués y suele encerrarse en ella durante horas.

Estaba tan distraída observando las diferentes plantas que no se percató de que Ely hacía una enorme bola de nieve y se la lanzaba, acertándole en el hombro. Le miró sorprendida, pero él esbozaba una enorme sonrisa de satisfacción.

—¿Cómo te atreves? —protestó haciendo ella misma una bola de nieve— Ahora verás.

Lanzó la bola hacia su esposo, que la esquivó sin ninguna dificultad. La pequeña broma de Ely se convirtió en una batalla campal llena de nieve, risas y diversión. Agatha terminó resbalando y cayendo de espaldas al suelo, quedándose sin aire. Ely se apresuró a socorrerla, pero resbaló también y cayó sobre ella con un golpe seco. Sus rostros quedaron demasiado cerca. Sus respiraciones aceleradas debido al juego se entremezclaron, y en ese momento surgió algo nuevo entre ellos, algo mágico e intangible, una conexión diferente. Ely apartó un mechón de cabello del rostro de Agatha, que tenía las mejillas sonrojadas debido al frío. Ella sonrió, una sonrisa que logró despertar de nuevo el deseo de Elijah. Pero había algo más, algo que no podía entender ni explicar. Sin más, agachó la cabeza y la besó. Pero ese beso no fue como los anteriores. No fue apasionado, sino sensual. No estaba destinado a encender la pasión de su esposa, sino a seducirla para que permaneciera a su lado para siempre. Saboreó sus labios lo que pareció una eternidad, tumbados en la nieve sin notar el frío o la humedad. Sujetó la cara de Agatha con ambas manos y profundizó el beso, recorriendo todos los recovecos de su boca dulce como la miel. Se sentía embriagado, borracho de ella. Agatha subió las manos por su cuello y las entrelazó en su espalda, arrancándole un gemido. Quería más, mucho más de ella. Quería que le perteneciera, que le amara. Ante ese pensamiento, se apartó abruptamente de ella.

—Deberíamos ir a la glorieta o te congelarás —dijo ayudándola a levantarse.

Debía pensar detenidamente en lo que estaba sintiendo. Estaba confundido y no entendía muy bien por qué. Decidió dejar los pensamientos para cuando regresaran a Londres. Por el momento, disfrutaría del viaje y de su mujer.

Capítulo 11

Regresaron a Londres una semana más tarde. Para Agatha, su estadía en Escocia fue lo más maravilloso que había experimentado en toda su vida. Hicieron una expedición de un día completo en el Real Jardín Botánico, pasearon por la *Royal Mile*, la calle en la que se concentraba el comercio en la ciudad, y visitaron algunas iglesias y castillos. El día anterior asistieron a una conferencia de astronomía de Thomas Reid, a quien Ely admiraba. Pero sobre todo hicieron el amor. Su esposo aprovechaba cualquier oportunidad para seducirla, le había mostrado distintas formas de placer y la mayoría de las noches habían terminado durmiendo en la misma cama. A Agatha le había encantado despertarse en sus brazos cada mañana, pero su viaje había llegado a su fin y debían regresar a la realidad.

Llegaron a puerto a mediodía. Se dirigieron a Rosewood Lane y almorzaron con los Pennington, que se reunieron para darles la bienvenida. Agatha se dio cuenta de que Marianne estaba más cabizbaja que de costumbre, y aprovechó que Elijah se reunía con sus hermanos para tomar una copa para hablar con ella en privado.

—¿Estás bien? —preguntó sentándose junto a ella en su refugio de la biblioteca.

—Eso debería preguntártelo yo a ti. ¿Cómo ha sido vuestro viaje?

—Maravilloso. Hemos ido al Real Jardín botánico de Edimburgo y visitado muchos lugares interesantes. Te traje algunos regalos, pero están en mi baúl. Te los daré cuando Libby deshaga el equipaje.

—¿Y cómo te va con mi hermano?

—Mejor de lo que esperaba. Ely es un marido ejemplar, Marianne. Me alegro de haber aceptado su propuesta.

—Ojalá existieran hombres como mis hermanos —suspiró Marianne—. Todo sería mucho más sencillo para mí.

—¿Ha ocurrido algo con lord Dudley?

—Con Dudley no. De hecho, está siendo más atento que nunca.

—¿Crees que pedirá tu mano antes de que termine la temporada?

—Todo apunta a que sí, pero...

—Vamos, aunque me haya casado con tu hermano seguimos siendo amigas. Puedes contármelo.

—Existe una dama a quien no le agrado y no sé por qué. Me odia desde que estábamos en la escuela, pero no tengo ni idea de qué pude hacerle para que me odie tanto.

—¿Has tenido algún problema con ella?

—Ha descubierto que Dudley está interesado en mí y me ha amenazado con robarme su cariño.

—Eso es un farol, Mary. Dudley es un hombre adulto y no se dejará influenciar por una muchachita recién salida de la escuela. No debes temer por eso, Mary.

—¿Y si lo consigue?

—Si lo logra... Dudley no merece ser llamado caballero y tampoco tus sentimientos. Eres una mujer preciosa, inteligente y dulce, cualquier hombre estaría encantado de casarse contigo.

—Cualquiera que no tema la ira de mis hermanos —bufó ella.

—Créeme, te entiendo perfectamente. Chris y Gilbert son iguales de protectores conmigo, pero no los cambiaría por nada del mundo.

—Yo tampoco cambiaría a mis hermanos, créeme. Sé que me adoran y yo les adoro también a ellos.

—¿Qué te parece si mañana damos un paseo por el parque? Necesitas distraerte para no pensar en esa dama.

—No es una dama —susurró Mary—. Es una auténtica arpía.

—Entonces ni siquiera merece que malgastes un segundo de tu tiempo preocupándote por ella. ¿Qué me dices?

—Me encantaría. Ahora eres una mujer casada y no necesitamos llevar carabina.

—Es cierto, ahora soy yo tu carabina —rio Agatha—. Lo pasaremos en grande, podemos invitar también a Meredith y a tu amiga Josephine.

—Le enviaré una nota para ver si puede acompañarnos. Podemos hacer un pequeño picnic si el tiempo acompaña. Le pediré a la señora Porter que se encargue de todo. Aún no sabemos cómo cocina tu nueva cocinera.

—Y la señora Porter tiene unas manos espléndidas en la cocina.

En el despacho, Elijah se relajaba tomando una copa de Bourbon con sus hermanos. El pequeño Christopher, de tan solo un año, jugaba sentado en la rodilla de su padre, frente al escritorio.

—Este bribón apunta maneras desde pequeño —rio Clement al ver al niño garabateando sobre unos papeles—. Ya quiere llevar las riendas de esta familia y apenas levanta un palmo del suelo.

—Aún tiene mucho que aprender, pero parece que lo lleva en la sangre —rio Andrew—. Aunque es tan mandón como su madre.

—¿Qué tal ha ido tu viaje? —preguntó Clement a Ely— Por tu rostro diría que bastante bien.

—Mejor que bien, de hecho. Casarme con Agatha ha sido la mejor decisión que he tomado nunca.

—¿Mantendrás a tu amante?

—Romperé mi relación con ella mañana mismo —respondió con una enorme sonrisa—. Agatha ha resultado ser mucho mejor de lo que esperaba.

—La inocencia de una mujer recién casada suele serlo —asintió Andrew.

—¿Te ocurrió con Nicky? —preguntó Clem.

—Me ocurrió, sí. Te aseguro que la pureza de una mujer decente es mucho más excitante que la experiencia de cualquier cortesana. Deberías probarlo, te sorprenderías.

—Gracias, pero no tengo ninguna intención de hacerlo por el momento —respondió Clem con un escalofrío.

—No sabes lo que te pierdes —añadió Ely.

—¿Crees que la vizcondesa se tomará bien la ruptura? —preguntó Andrew.

—Sinceramente, eso espero. Solo éramos convenientes el uno para el otro, no había sentimientos de por medio.

—Que tú sepas —añadió Clem.

—Se le llenaba la boca diciendo que jamás iba a volver a casarse. Si hubiera tenido algún

tipo de sentimiento hacia mí, habría cambiado de opinión, y no es el caso.

—En cualquier caso, deberíamos andar con cuidado durante un tiempo —sugirió Andrew—. Agatha no está acostumbrada a tratar con la aristocracia y no quisiera que la vizcondesa pudiera dañarla de alguna manera.

—Tienes razón, tendré cuidado —asintió Ely—. Me marchó, aún no hemos llegado a nuestra casa y mi esposa se sentirá cansada después de tan largo viaje.

—Tu esposa... suena bien —comentó Andrew sonriendo.

—A mí me suena mejor —respondió Ely con un guiño—. ¿Mañana por la noche en el club?

—Por supuesto, quiero saber cómo va todo —asintió Andrew.

Ely buscó a su esposa y, tras despedirse de la familia, emprendieron su viaje hasta su nuevo hogar. El carruaje se detuvo en el número cuarenta y cinco de la calle St James, una majestuosa casa de tres plantas con un precioso jardín que dejó a Agatha admirada.

—¿Viviremos aquí? —preguntó sin apartar la mirada del edificio.

—Veo que te gusta. —Ely avanzó hasta la reja de entrada y la abrió para que Agatha pudiera entrar—. La elegí porque tiene un jardín amplio en el que podrás plantar lo que quieras.

—Es precioso.

—Los muebles los han elegido nuestras madres, pero si hay algo que quieras cambiar, eres libre de hacerlo. Ahora eres la señora de la casa, tú decides.

—Sería una estúpida pérdida de dinero cambiar unos muebles nuevos.

—Podemos permitirnoslo.

—No creo que nuestros sueldos en la Real Sociedad den para tanto —rio ella.

—Querida, te recuerdo que soy el hijo de un conde y poseo una fortuna igual que mis hermanos. Podemos costearnos muebles nuevos.

—A veces olvido quién eres realmente.

—Créeme, no soy el hombre que verás en los eventos sociales a partir de ahora. Eso es una fachada, el Elijah real es el que tú conoces.

—Lo sé —susurró ella sonriéndole.

—Ven, te enseñaré nuestra nueva casa.

La vivienda era realmente impresionante. Tras la puerta doble de entrada se extendía un amplio recibidor. A la derecha se encontraban la cocina y el comedor, y a la izquierda el salón principal y el salón de baile. La escalera se bifurcaba en el centro hacia las dos alas de la primera planta. En el ala derecha se encontraban las habitaciones principales y un amplio despacho, y en el ala izquierda, las habitaciones de invitados y la gran biblioteca. Una escalera oculta tras una puerta llevaba a la tercera planta, donde se encontraban las habitaciones del servicio y el cuarto de la ropa blanca. Era una casa increíblemente grande... aunque también hermosa. Su madre y su suegra habían decorado cada estancia de manera impecable, sencilla pero elegante, como a ella le gustaba. Había poco que ella quisiera cambiar, tan solo añadiría un toque de color con algunas plantas.

Tras la visita guiada, Ely le presentó al servicio. Había trasladado al servicio que poseía en su piso de soltero, al que Agatha ya conocía, y había añadido algunas personas más. Agatha dedicó parte de la tarde a ponerse al día con la cocinera, la señora Whitley, y el mayordomo, Alfred Sutton. Después de la cena se refugió en la biblioteca para repasar su trabajo antes de irse a la cama. Estaba tan enfrascada en sus apuntes que no escuchó entrar a su esposo a la habitación.

—Con que aquí estás... —dijo Ely, sobresaltándola.

—¡Dios santo! —exclamó llevándose la mano al corazón— Casi me matas del susto.

—Lo siento, no era mi intención. —Se sentó junto a ella en la alfombra junto al fuego y observó lo que estaba haciendo—. Sabes que en el despacho hay una enorme mesa de caoba para ti, ¿verdad?

—Lo sé, pero me gusta dibujar sentada en el suelo.

—¿Un nuevo dibujo para tu libro?

—No, es un dibujo para Joseph. Está terminado, pero quiero darle unos últimos retoques. Sabes que soy demasiado perfeccionista para mi bien.

—Yo lo considero una virtud.

—Eso es porque eres tan perfeccionista como yo. Puede que más.

—Cierto.

Ely la observó tomar apuntes en los márgenes de su libreta. Su rostro estaba pintado de los colores anaranjados del fuego, y su expresión de concentración le pareció realmente adorable. Recordó el motivo que le había llevado a buscarla... y suspiró.

—Agatha... mañana iré a terminar mi relación con Cath. —Agatha se tensó casi imperceptiblemente.

—De acuerdo.

—Sé que puede resultarte incómodo, pero debo hacerlo lo antes posible.

—No me resulta incómodo.

—Mentirosa.

Ely se inclinó hacia su esposa y pasó el índice por su ceño ligeramente fruncido.

—Frunces el ceño. —Pasó el dedo por su mandíbula apretada—. Aprietas la mandíbula. Estás molesta, no intentes negarlo.

Levantó su barbilla y la besó con suavidad. Fue apenas un roce de labios, pero Agatha suspiró en cuanto sus bocas se tocaron.

—Eres adorable estando celosa —rio quedamente.

—¡No estoy celosa!

—Desde luego que lo estás... y me encanta.

Su voz se tornó ronca, sus ojos se oscurecieron y a Agatha le pareció más un depredador que su esposo. Se arrastró por la alfombra intentando alejarse de él, pero Ely fue mucho más rápido y terminó por tumbarla sobre la cálida superficie, inmovilizándola con su cuerpo. Agatha sintió el muslo de Ely presionando la unión de sus piernas y gimió, intentando soltarse de su agarre.

—¿Qué crees que estás haciendo? —se atrevió a preguntar pasándose la lengua por el labio inferior.

—Pretendo seducir a mi esposa —respondió Ely bajando la cabeza hacia su cuello—. Voy a mostrarle lo excitante que puede resultar la alfombra de la biblioteca.

—Estoy trabajando.

—Ya has terminado. Ahora tienes otro trabajo por hacer... Satisfacer a tu esposo.

Agatha no pudo evitar reírse cuando Ely elevó ambas cejas haciendo el tonto. Le sorprendió incorporándose abruptamente para besarle, apenas rozando sus labios antes de volver a caer sobre la alfombra. Ely acarició su mejilla con una mirada extraña y se apoderó de sus labios, hundiendo la lengua en su boca hasta que Agatha sintió que ardía entre sus brazos. Rodeó sus hombros con las manos para pegarlo más a su cuerpo, para retenerle junto a ella. No quería admitirlo ante él, pero era cierto que se sentía celosa al saber que al día siguiente visitaría a su amante. No entendía aquellos sentimientos... o quizás sí. Sentía una conexión especial con

Elijah cada vez que hacían el amor. Algo profundo que le daba vértigo, pero a la vez le encantaba. Y no quería que compartiera aquella conexión especial con nadie más que ella. Tal vez fuera egoísta, pero no podía evitar sentirse de aquella manera.

—No tengo toda tu atención, creo que debo esforzarme un poco más —ronroneó Ely.

—Te aseguro que tienes toda mi atención —gimió ella al sentir los dientes de su esposo rozando la piel de su cuello.

—¿De veras?

Ely desató los cordones de su corsé con asombrosa maestría, dejándola tan solo con la camisola. Acarició sus senos por encima de la seda, aprisionando el pequeño brote con la yema de sus dedos. Agatha gimió y arqueó la espalda llevada por sus caricias, lo que le hizo sonreír de satisfacción. Se sentía tan bien al descubrir que su esposa sentía celos al pensar en su visita de mañana que no podía esperar para estar dentro de ella. Quería volverla loca de placer, hacerla estallar en mil pedazos tantas veces que terminara suplicándole que se detuviera. Su cuerpo entero ardía por ella, por tocarla, por saborear sus partes prohibidas y descubrir la miel entre sus piernas. Dios... estaba completamente desatado. Jamás se había sentido tan fuera de sí, pero Agatha era capaz de derribar todas sus defensas con solo mirarle como hacía en aquel momento. Su mirada vidriosa llena de deseo era más de lo que Ely podía soportar. Dispuesto a no seguir perdiéndose en aquella mirada, se colocó entre las piernas abiertas de su esposa, levantó sus faldas y se refugió bajo ellas, acariciando con su respiración el brote sensible de su deseo. Su olor almizclado le embriagó, su sabor ácido y dulce a la vez reverberó en sus venas como el licor más fuerte. La saboreó hasta que Agatha se retorció sobre las sábanas, tirándole del pelo en un vano intento de sujetarse a algo. Era perfecta, tan perfecta que habría estado loco si no se hubiera casado con ella.

Ely sintió temblar convulsivamente y tensarse cuando el orgasmo la recorrió, haciéndola gemir su nombre. Ely salió de su escondite y volvió a colocarse sobre ella con una sonrisa de satisfacción. Agatha, sudorosa y jadeante, acarició su mejilla con los dedos, dejando caer la mano sobre la alfombra debido al cansancio. Lo que Ely había hecho había sido a la vez tan vergonzoso y tan increíblemente placentero que se sintió mareada y aturdida. Apenas tenía fuerzas para acariciar la mejilla de su esposo, que seguía estando excitado. Podía sentir el miembro erguido sobre su muslo, tan duro y cálido que la hizo pasarse la lengua por el labio inferior. ¿Sería posible hacer lo mismo por él? No tuvo tiempo para seguir pensando en ello. Ely se adentró en ella despacio, mirándola a los ojos con aquella sonrisa de suficiencia, despertando nuevamente el deseo en ella. Se sentía flotar entre sus brazos, deliciosamente llena... y completa. Elijah Pennington la hacía sentirse completa. Fue entonces cuando se dio cuenta de que se había enamorado de Ely casi sin darse cuenta. O tal vez ya estaba enamorada de él antes del compromiso, no podía estar segura. Aquel descubrimiento la hizo sentir vértigo, miedo, inquietud e incertidumbre, pero un movimiento de Ely la hizo olvidarse de todo y dedicarse a sentir. Gimió arqueando la espalda y rodeó la cintura de su esposo con las piernas.

—Si haces eso esto terminará muy pronto —dijo Ely con voz ronca—. Me vuelve loco que me rodees así.

Agatha hizo el intento de retirar las piernas, pero Ely la sujetó de los muslos, impidiéndoselo.

—No te apartes, sujétame fuerte —le pidió—. Apriétame como si no quisieras dejarme marchar jamás.

Agatha sonrió. Realmente no quería dejarle marchar nunca. Quería estar a su lado por el resto de su vida, envejecer juntos y algún día tener hijos. Pero en aquel momento quería disfrutar

de él en exclusiva. Su esposo aceleró el ritmo de sus embestidas, clavándose en ella mucho más a fondo. El aire se llenó de gemidos, el sudor perlaba la frente de Ely y Agatha se incorporó para poder besarle. Porque necesitaba besarle, sentir su boca invadiendo la de ella, su lengua imitando los movimientos de su pelvis y su cuerpo completamente pegado a ella. La ropa de ambos se interponía entre ellos, quería sentir su piel, rozar sus músculos sudorosos y apretar su carne entre los dedos. Estaba a punto de volver a perder el control, el placer subía por su columna como un rayo y en cualquier momento se rompería en mil pedazos. Ely jadeaba, sus ojos no se apartaban del rostro de Agatha y sus manos apretaban con fuerza sus nalgas para poder entrar mejor en ella. Agatha podía ver tensarse su cuello, se agarró con fuerza a sus hombros y le salió al encuentro de sus embestidas, moviéndose desesperadamente en busca de la liberación. Cuando la tormenta estalló, Ely lo hizo con ella, jadeando su nombre y dejándose caer a su lado con un gemido estrangulado. Había sido maravilloso.

Cuando Ely recuperó el aliento, miró a Agatha con una sonrisa cómplice. Su esposa era una diosa del amor, no había otra explicación para que hacer el amor con ella fuera una experiencia tan increíble. Su esposa era increíblemente receptiva, y cada cosa que probaban juntos la aceptaba sin hacer preguntas. Confiaba en él de manera ciega, y Ely se sentía afortunado por ello. Se puso de lado y acarició distraídamente uno de sus pezones a través de la seda, mirándola.

—¿Te encuentras bien? —preguntó besando su hombro desnudo.

—Mejor que bien. Eso que has hecho...

—Todo está permitido en la intimidad del dormitorio, Agatha. cualquier cosa que hagamos es lícita, mucho más si te proporciona placer.

—¿Puede ser recíproco?

—Por supuesto. Puedes hacer cualquier cosa que quieras, cariño. Puedes explorar mi cuerpo a tu antojo, como yo hago contigo. Si algo no me gusta te lo diré, espero que igual que tú a mí.

—Todo me ha encantado hasta ahora.

—Eso me parecía. Ven que te ayude a arreglarte la ropa. No quiero que el servicio vea algo que es solo para mí.

—¿Posesivo?

—Desde luego. Me perteneces, igual que yo te pertenezco a ti.

—Suena bien.

—Se siente mucho mejor.

Capítulo 12

A la mañana siguiente, Agatha se despertó sola en la enorme cama. Se estiró y pudo notar que las sábanas aún mantenían el calor de Elijah. Sonrió. Había sido una noche increíble. Habían hecho el amor una vez más en la cama y había dormido toda la noche entre los brazos de su esposo, de su amor. Haber descubierto aquel sentimiento la hizo sentirse insegura, pero Ely era su esposo y tenía muchas posibilidades de conseguir también su amor. No podía perder la esperanza ahora, debía esforzarse por conquistar su corazón. Libby entró en la habitación portando una jarra de agua caliente y le sonrió.

—Buenos días, lady Agatha —saludó—. Espero que haya dormido bien, hoy tiene muchos asuntos que atender.

—He dormido muy bien. ¿Qué asuntos son esos?

—Lady Pennington ha enviado una nota. Quiere verla en su casa para acudir juntas a la modista.

—Querrá regalarte un vestido nuevo para el baile de los Pennington —explicó Ely entrando por la puerta que comunicaba sus habitaciones—. Mi madre se pone muy nerviosa cuando se acerca el gran día.

—Tengo vestidos nuevos que puedo utilizar. Me has mandado hacer un guardarropa entero.

—Lo sé, pero es una costumbre que mi madre comenzó con Nicole. —Se acercó para besarla en los labios—. Déjala malcriarte.

—Muy bien —suspiró ella.

—Después del desayuno iré a ocuparme del asunto del que hablamos ayer. ¿Estarás bien?

—Por supuesto. Creo que estaré muy ocupada con tu madre como para pensar en ello.

—Tengo pensado ir al despacho para continuar con mi experimento más tarde, y Andrew ha insistido en que comamos juntos en el club.

—No te preocupes por mí, estaré bien. Marianne y yo hemos organizado un pequeño picnic en el parque para el almuerzo. Estaré muy ocupada también.

—Recuerda que esta noche tenemos que acudir juntos al baile del barón Ashley, te aconsejo que duermas un poco después de vuestro paseo.

—Lo haré.

Elijah se detuvo en mitad de la habitación suspirando con los brazos en jarras. En un impulso, saltó sobre la cama, tomó a Agatha de la nuca y la besó. Ignoró la exclamación ahogada de Libby y saboreó a su esposa, consciente de que no podría volver a besarla en todo el día.

—Te veré esta noche —susurró.

Agatha observó marcharse a Elijah con una enorme sonrisa en los labios. Ni siquiera recordaba que Libby se encontraba en la habitación.

—Lord Elijah parece amarla mucho —suspiró la muchacha—. Ojalá algún día yo

encuentre un hombre como él.

—¿Cuántos años tienes, Libby?

—Dieciocho. Mi madre dice que ya es hora de que me case y forme mi propia familia.

—¿No quieres hacerlo?

—Desde luego que quiero, pero con alguien que me agrade al menos. El hijo del herrero no es ese hombre.

—Entiendo. Yo también me casé porque mi padre insistió en que lo hiciera.

—Usted tuvo suerte.

—Desde luego que la tuve. Tendrías que haber visto los pretendientes que mi padre me presentó antes de que Ely me pidiera matrimonio. —Simuló un escalofrío.

—En realidad hay alguien que me gusta, pero dudo mucho que ese hombre se fije alguna vez en mí.

—¿Puedo saber quién es?

—Silas, el cochero de los condes. Es tan apuesto que se me doblan las rodillas cuando le veo.

—¿Puedo hacer algo por ti?

—¡Oh, no, milady! Usted tiene que darse prisa, la condesa odia esperar.

—Tienes razón, lo había olvidado.

—¿Qué vestido prefiere?

—Alguno que sea fácil de quitar. Si nos retrasamos en la modista llegaré tarde a nuestro picnic.

—El azul servirá y hace juego con sus ojos.

El vestido era una auténtica belleza, elegida si mal no recordaba por su esposo. Era de algodón suave, en tonos azul claro, con mangas largas y escote cuadrado. Libby recogió su cabello en un moño bajo adornado con flores secas similares a las bordadas en el vestido, cubrió sus hombros con un chal y colocó un pequeño sombrero sobre su cabeza.

—Listo —suspiró la joven mirando su obra con aprobación—. Está usted preciosa, milady.

—Eres increíble, Libby —suspiró Agatha dando una vuelta delante del espejo de cuerpo entero—. Tienes un don para esto, te lo aseguro.

—Me alegra que esté satisfecha con mi trabajo. El carruaje está esperándola.

—¿Tan pronto?

—A lady Pennington no le gusta dejar nada al azar.

Llego a la mansión familiar poco después. Violet salió de su sala de estar en cuanto la escuchó llegar, y la abrazó con una cálida sonrisa.

—Bienvenida, querida —la saludó—. Disculpa la prisa, pero he pensado que ya que vamos a ver a madame Fairfax para los últimos retoques del vestido de Marianne, podíamos empezar con el tuyo.

—No se preocupe, lady Pennington. No tenía ningún plan para esta mañana.

—Dios santo, Agatha, llámame madre. Ahora somos familia, los formalismos son innecesarios.

—Tardaré en acostumbrarme —sonrió ella.

—En ese caso llámame por mi nombre hasta que te sientas cómoda, ¿de acuerdo? Iré a por mi sombrero, Marianne estará aquí en cualquier momento.

—Siento no haberte avisado de lo que nos espera hoy —suspiró su amiga desde las escaleras—. Olvidé por completo la cita con la modista.

—No será para tanto.
—Se nota que no conoces a mi madre. Nicole está encantada de librarse este año del baile, pero yo no tengo más remedio que aguantarlo.
—Vamos, no seas así. Se ve que a tu madre le hace mucha ilusión.
—A mí me haría más ilusión si estuviera comprometida con Dudley.
—¿Acudirá al baile de esta noche?
—Desde luego. Me pidió que le reservara mi primer vals cuando acudimos al último baile de Almack's.
—Y tú estás preocupada por lo que te dijo esa muchacha...
—No sé de lo que es capaz Victoria.
—Tranquila, tu hermano y yo estaremos allí para protegerme.
—Eso me preocupa mucho más —respondió su cuñada, haciéndola reír.

Mientras su esposa pasaba la mañana divirtiéndose en la modista (o al menos eso esperaba él), Elijah fue a ver a Cath. La vizcondesa sonrió satisfecha cuando le vio llegar y se lanzó a sus brazos para besarle, pero Elijah la apartó antes de que sus cuerpos se rozasen.

—No he venido a acostarme contigo, Catherine —dijo sentándose en uno de los sillones de la sala—. Tenemos que hablar.

—Me has llamado Catherine... parece grave.
—He decidido que voy a respetar a mi mujer.
—Me parece estupendo, pero ¿qué tiene eso que ver conmigo?
—Debemos terminar nuestra relación.
—¡No! Dijiste que continuaríamos siendo amantes, que tu matrimonio no se interpondría entre nosotros.

—Me equivoqué, lo siento.
—Tu hermano te ha obligado a romper conmigo, ¿verdad? Andrew nunca...
—Lo he decidido por mí mismo —la interrumpió con fastidio—, no necesito que mi hermano me obligue a nada.

—¿Por qué? Seremos discretos, nadie sabrá que...
—Yo lo sabré, Catherine.
—Pero...
—He consumado mi matrimonio —la interrumpió.
Catherine dio un paso atrás como si la hubiera abofeteado. Le miraba con los ojos como platos, negando continuamente con la cabeza.

—Dijiste...
—¡Sé lo que dije, maldición! Pero Agatha es mi esposa, una esposa preciosa que me comprende mejor que cualquier mujer.

—¿Cuántas veces te has acostado con ella?
—No creo que...
—¿Cuántas? —insistió Catherine.
—Tantas como se espera de una pareja recién casada.
—¿La amas?
—No lo sé.
—Si no lo sabes no es amor. Tal vez sea un encaprichamiento pasajero y pronto de des cuenta de que...

—Sea o no pasajero ella es mi esposa. —Se levantó del sillón y se dirigió hacia la

puerta—. Ve a ver mañana a mi abogado, él se encargará de compensarte.

—¡No necesito tu maldito dinero, Elijah Pennington! ¡Lo que necesito es tu cuerpo!

—Pues siento decepcionarte, pero mi cuerpo ya tiene dueña y no eres tú.

—Eres un maldito desgraciado.

—Eras consciente desde el principio de que nuestra relación no sería eterna. Lamento terminarla antes de lo que imaginabas, pero la decisión está tomada.

—Lo lamentarás, te doy mi palabra.

—Deberías buscar un nuevo amante que te dé todo lo que necesitas. Estoy seguro de que no soy el único que estaría de acuerdo con tus exigencias.

Salió de aquella casa dando un portazo. Estaba cansado, pero se dirigió hacia el despacho para olvidarse de Catherine enfrascándose en sus experimentos. Se cruzó con Gilbert Blane en los pasillos.

—Creo que debo felicitar al soltero de oro por haber pasado por la vicaría —saludó el médico—. Y con la señorita Wren, nada menos. Eres un hombre afortunado.

—Gracias, amigo mío. Te eché de menos en la boda.

—Lamento mucho no haber podido asistir. Estuve atendiendo al rey, y su estado de salud requería toda mi atención.

—¿Jorge está enfermo?

—Ha estado mostrando síntomas preocupantes. Su majestad sufre de episodios de confusión y comportamiento errático. A veces, tiene dificultades para distinguir la realidad de sus pensamientos.

—Eso suena grave.

—Estamos haciendo todo lo posible para hallar la causa de sus males, pero me temo que sus síntomas suelen ser indicativos de una enfermedad mental.

—Lamento oírlo.

—Pero hablemos de ti. ¿Desde cuándo estás enamorado de Agatha? jamás pensé que tú y ella terminaríais casados.

—Ni siquiera yo sé cómo ha ocurrido. Cuando me contó que Wren estaba pensando casarla con Thomas Warton supe que no podía soportar la idea de perderla y le pedí matrimonio. Por suerte parece que soy mejor opción que Warton, porque me dijo que sí.

—Mi más sincera enhorabuena, amigo mío. ¿Ella ha venido?

—Mi madre la ha secuestrado —rio Ely—. Aunque supongo que mañana vendrá, mi esposa no puede estar demasiado tiempo alejada de sus plantas.

—Me pasaré por aquí un momento para darle la enhorabuena personalmente. Me alegro de verte, Ely.

—Lo mismo digo, Gilbert. Espero que puedas solucionar la enfermedad de nuestro rey.

—Yo también lo espero.

Cuando James entró en el despacho una hora más tarde encontró a su amigo concentrado en derretir algo de metal en la llama de una vela.

—¿Qué haces?

—Cuerpos celestes de plata. Los que hice con lacre no sirvieron.

James tomó uno de los alambres que Ely tenía sobre la mesa y lo estudió detenidamente.

—Este parece una pera —comentó.

—Lo sé, es complicado darles forma esférica. Puedes quedártelo, si quieres.

—¿Una pequeña muestra para cuando te conviertas en un hombre famoso?

—Una pequeña reliquia perteneciente a uno de los descubrimientos más grandes de la

historia —corrigió Ely con una sonrisa.

—Lo guardaré como un tesoro —bromeó su amigo—. ¿Agatha ha venido contigo?

—No. A estas horas debe estar en la modista, con mi madre, y más tarde ha organizado un picnic con mi hermana y sus amigas en Hyde Park.

—Está habituándose a su nueva posición.

—No tiene más remedio, aunque anoche no pudo evitar enfrascarse en el trabajo después de la cena. Supongo que mañana estará aquí si mi madre no vuelve a secuestrarla.

James observó a Ely detenidamente y descubrió sombras oscuras bajo sus ojos.

—¿Algo no va bien? —preguntó— Pareces preocupado.

Ely suspiró y dejó con cuidado el nuevo alfiler sobre la mesa.

—Esta mañana he terminado mi relación con Catherine —confesó.

—Y por tu expresión no se lo ha tomado demasiado bien.

—En absoluto. Tenía la idea equivocada de que continuaríamos siendo amantes después de mi boda y...

—Estás preocupado por Agatha.

—Mucho. No está acostumbrada a lidiar con la aristocracia y temo que Catherine sea capaz de dañarla. No he podido pegar ojo en toda la noche temiendo precisamente esto.

—Subestimas a tu esposa.

—¿Tú crees?

—¿Acaso no recuerdas cómo se enfrentó a Caroline?

—Caroline es su igual. Temo que se sienta inferior si se enfrenta a Cath.

—Entonces encárgate de protegerla. Es tu esposa y ese es tu deber.

—Las cosas no son tan sencillas, no siempre puedo estar con ella.

—Habla con tu familia. Ellos la protegerán por ti.

—Supongo que tienes razón, debo hablar con Andrew. Me costará soportar un buen sermón, pero...

—Serás recompensado por tu esposa.

—Eso espero —rio Ely.

—Voy a comer algo, ¿me acompañas?

—No puedo, debo reunirme con mi hermano en el White's.

—Aprovecha para comentarle lo que ocurre.

—Lo haré.

—Te veo mañana.

—Por la tarde. Tenemos que acudir a un baile esta noche y quiero que Agatha descanse.

—¿La dejarás? —bromeó su amigo.

—Me lo pensaré.

Cuando llegó al club, Clement ya se encontraba allí. Se marcharía en pocos días, ya lo tenía todo preparado para su marcha y Andrew había convencido a su padre de que le permitiera hacer lo que quería. Le ofreció una copa de jerez cuando se sentó a la mesa, copa que agradeció con una sonrisa.

—Tu esposa ha salido de casa con Marianne como alma que lleva el diablo —rio Clem—. Creo que nuestra madre la ha sacado un poco de quicio.

—Deberá acostumbrarse. ¿Dónde está Andrew?

—Llegará en cualquier momento, no sé por qué se ha retrasado.

—¿Estará Nicky de parto? Nuestro hermano está obsesionado con la puntualidad.

—No vas a ser tío aún —suspiró Andrew dejándose caer junto a sus hermanos—. Mi

esposa tuvo un antojo, es todo. ¿Habéis pedido la comida?

—Te estábamos esperando —explicó Clement—. ¿Qué ha sido esta vez?

—Un pastel de frutas. He tenido que ir a la otra punta de la ciudad para conseguirlo. ¿Cómo te ha ido con la vizcondesa?

—Ha sido desastroso, y todo es culpa mía. No debería haberle dicho que tras la boda seguiríamos manteniendo la relación.

—Te advertí que hicieras las cosas bien —protestó Andrew—. ¿Crees que será capaz de hacerle algo a Agatha?

—Increparla, tal vez. Dudo mucho que se atreva a hacer algo más.

—Deberíamos evitar que se quede sola en los bailes. Al menos por el momento.

—Lamento no poder ayudar —se disculpó Clement—. Mi barco zarpa pasado mañana.

—Te echaremos de menos —dijo Ely—, pero estaremos bien. No te preocupes, podré manejar a Cath.

—Quién sabe, quizás regreses con una esposa colgando del brazo —bromeó Andrew.

—Y puede que el sol salga por el oeste —bufó Clem—. Gracias a Ely me he librado del matrimonio este año, Drew. Creo que disfrutaré de mi soltería tanto como pueda antes de que madre vuelva a insistir con el tema.

—Cuando regreses, nuestro nuevo sobrino habrá nacido —dijo Ely—. Te perderás su nacimiento.

—Es lo único que lamento. Pero debo marcharme, en serio.

—¿Has vuelto a recaer? —adivinó Andrew.

—No lo he hecho, pero estuve a punto de hacerlo —reconoció Clem—. Es por eso que quiero alejarme de Londres y de todo lo que la temporada conlleva. Además, me gusta la arqueología. No lo supe hasta que nos marchamos aquella vez, pero...

—Ahora no puedes vivir sin ella —adivinó Ely, pues era como él mismo se sentía con respecto a la astronomía.

—Algo así.

Comieron y Ely regresó a su hogar. Agatha ya estaba acostada, así que se deshizo de su ropa y se metió con ella en la cama. Dormirían una pequeña siesta para poder aguantar toda la noche. El baile de Ashley sería la primera prueba. Rezaba a Dios porque Catherine decidiera no acudir a aquel evento... y pudieran tener una noche tranquila.

Capítulo 13

Elijah esperaba a su esposa al pie de la escalera para acudir juntos al baile de los Ashley. Estaba nervioso... y preocupado. Temía que Catherine se cruzara con Agatha en el baile y la increpara debido a sus celos. Y, por desgracia, aquel día no podría contar con la ayuda de sus hermanos. Andrew se quedaba en casa con Nicole, a quien su avanzado estado de gestación la había confinado en casa, y Clement había decidido alejarse de los eventos sociales para evitar recaer en su adicción al juego. Solo contaba con la ayuda de sus padres, una ayuda inestimable, desde luego, pero a su parecer insuficiente.

Miró su reloj de bolsillo una vez más. Las siete en punto. Levantó la mirada hacia las escaleras y tan puntual como siempre apareció Agatha. Lucía un vestido de raso de color borgoña decorado con bordados plateados, encajes y lazos, que complementaba maravillosamente su piel clara. Llevaba guantes blancos de seda y una pequeña tiara de diamantes en su cabello castaño, recogido en un peinado alto. Como joyas había elegido el conjunto de diamantes y rubíes en forma de lágrima que Ely le entregó como regalo de compromiso. Estaba increíblemente hermosa. La observó bajar las escaleras y le ofreció la mano para ayudarla bajar el último tramo, haciéndole dar una vuelta entera para admirarla desde todos los ángulos.

—Estás preciosa —dijo besando su mano enguantada.

—¿Crees que voy bien? Nunca he estado en un baile de la nobleza y...

—Tranquilízate —la cortó tomando sus dos manos—. Los bailes de la nobleza no distan tanto de los bailes a los que estás acostumbrada. Algunas víboras más, eso sí...

Acarició su mejilla con el dorso de la mano y le sonrió intentando tranquilizarla.

—Estás radiante, tus modales son impecables y serás la mujer más envidiada de la velada.

—Cierto, he cazado al escurridizo Elijah Pennington —bromeó ella.

—Exacto, has conseguido al premio más codiciado de la temporada —respondió él con un guiño—. Debemos irnos, tenemos que reunirnos con mis padres antes del baile.

—¿Iremos todos juntos en el carruaje?

—No, utilizaremos dos carruajes para que vuestros vestidos permanezcan en perfecto estado, pero llegaremos juntos al baile.

Ely ayudó a su esposa a ponerse la capa de armiño y le ofreció el brazo para salir de la vivienda. Una hora después, llegaban a la mansión de los barones Ashley, situada en Mayfair. El gran salón de baile estaba decorado con cortinas de terciopelo rojo y dorado colgando de los altos ventanales. La sala estaba iluminada con grandes candelabros de cristal, y las paredes cubiertas por tapices que contaban historias de la nobleza. En el centro de la sala una orquesta tocaba música de cuerdas desde un estrado elevado, rodeado de flores frescas en jarrones de porcelana. Las mesas de buffet estaban cubiertas con manteles de encaje y centros de mesa florales con candelabros dorados.

—Lamento mucho esto, hijo, pero voy a bailar el primer baile con mi encantadora nuera —dijo Harvey guiñándole un ojo a Agatha.

—Tendré que conformarme —suspiró Ely—. Tu rango te proporciona algunos privilegios.

—Desde luego. ¿Vamos, Agatha?

Agatha aceptó el brazo que su suegro le ofrecía con una sonrisa y se dirigieron a la pista de baile. Ely rodeó los hombros de su madre con el brazo y sonrió sin apartar la mirada de ellos.

—Está preciosa, ¿verdad? —susurró.

—Muy hermosa, hijo. No te he dicho lo mucho que me alegro de que hayas elegido a Agatha como esposa. Debo reconocer que siempre albergué la esperanza de que vuestra amistad se convirtiera en algo más.

—Ni siquiera me di cuenta hasta que su padre amenazó con casarla. Debería darle las gracias por ello, de lo contrario ahora mismo Agatha estaría bailando con otro hombre, no con padre.

—Habrías entrado en razón antes de que fuera demasiado tarde. Si algo caracteriza a mis hijos es que son muy inteligentes. Todos excepto Clement, que debería estar buscando esposa en vez de...

—Ha estado a punto de recaer —confesó.

—¡Dios santo! ¿Cuándo ha sido?

—No ha entrado en detalles. Solo nos ha dicho que ese es el motivo por el cual ha decidido marcharse con la expedición de Hayes.

—¿Y por qué no nos ha dicho nada? Le habríamos ayudado, le...

—Mamá, Clement es bastante mayorcito para ocuparse de sus problemas por su cuenta. Además, ha confesado que le gusta la arqueología, tal vez ha descubierto al fin su vocación.

—Una vocación que le mantendrá alejado de casa demasiado tiempo. Ninguna mujer querrá casarse con él.

—Hayes está felizmente casado y su mujer le acompaña a muchas expediciones. Quién sabe, tal vez encuentre a su compañera en alguno de sus viajes.

Su madre le miró de soslayo con un mohín, haciéndole reír. Centró de nuevo su atención en Agatha. Reía por algo que su padre le habría dicho, sus mejillas se habían sonrojado y sus ojos brillaban. Definitivamente su esposa era la mujer más hermosa que pisaba aquella noche el salón. Su hermana apareció entonces en su campo de visión bailando con Christian. Ni siquiera había visto al mejor amigo de su hermano llegar, tan hechizado estaba por su esposa. En cuanto la melodía terminó, se adentró en la pista de baile para interceptar a la pareja y recuperar a su compañera.

—Creo que es mi turno de bailar con mi esposa, padre —dijo tomando la mano de Agatha.

Los primeros acordes del minué sonaron y Ely comenzó a girar por la pista de baile. Agatha se sentía flotar en sus brazos. No era la primera vez que bailaban, desde luego, pero sí que era la primera vez que lo hacían después de casados. El calor de la mano de su esposo atravesaba la tela del vestido calentando su piel, y sus ojos verdes la miraban con tal intensidad que se sintió acalorada.

—Deja de mirarme así —pidió en un susurro.

—¿Cómo te miro?

—Como si fueras un lobo a punto de comerme.

—Verás, esposa mía, no soy un lobo, como puedes ver, pero tengo toda la intención de

devorarte cuando lleguemos a casa.

—¡Ely! —exclamó Agatha mirando hacia todas partes para comprobar que nadie había escuchado la conversación.

—Nadie está pendiente a nuestra conversación, tranquila.

—Eres un sinvergüenza. Te encanta avergonzarme, ¿verdad?

—Reconozco que me resulta muy excitante hacerlo.

—Debería hacer lo mismo contigo.

—Dudo que haya algo que pueda avergonzarme.

—¿Estás completamente seguro?

—Desde luego. Podrías besarme delante de todos y me sentiría el hombre más feliz del planeta.

—No voy a besarte —rio Agatha.

—Tenía que intentarlo —respondió Ely encogiéndose de hombros—. ¿Te diviertes?

—Acabamos de llegar, pero sí, me divierto mucho. Tu padre se ha esforzado en hacerme sentir cómoda y la verdad es que lo ha conseguido.

—Ha sido su forma de demostrarle a todo el mundo que está feliz con nuestro matrimonio a pesar de que no eres la hija de un noble.

—No he visto a Clement por aquí. ¿Se ha quedado en casa?

—Sí. La versión oficial es que está demasiado ocupado con su marcha, pero no es esa la verdadera razón.

—¿Ha vuelto a recaer?

—No, pero estuvo tentado de hacerlo, por eso se marcha.

—Debe ser muy difícil para él.

—Habla de ello con naturalidad, pero lo que pasó fue terrible y pesará sobre sus hombros por el resto de su vida.

—Pobre...

—Hay algo de lo que tenemos que hablar, Agatha.

—Parece ser serio.

—Lo es. Vayamos al jardín, necesitamos algo de intimidad.

Ely le ofreció el brazo después de la danza y se dirigieron hacia las puertas dobles que daban al jardín. Se refugiaron al abrigo de uno de los múltiples braseros que habían instalado en el exterior, sentándose en uno de los bancos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Agatha.

—Mi amante no se ha tomado demasiado bien la ruptura y temo que tome represalias contra ti.

—Entiendo.

—Lamento mucho haberte puesto en esta situación, Agatha. Sé que debería haber terminado con ella mucho antes, pero estuvimos tan ocupados con la boda que...

—¿De quién se trata?

—La vizcondesa de Montague.

—Tendré cuidado.

—Si te increpa de alguna manera házmelo saber. Me ocuparé de...

—Puedo librar mis propias batallas sola, Ely. No tienes que protegerme de todo.

—Esta no es tu batalla, sino mía. Sé que eres perfectamente capaz de defenderte y estoy muy orgulloso de ti, pero no quiero que tengas que soportar algo que es solo culpa mía.

—Si la vizcondesa me increpa me defenderé, pero te lo haré saber, te lo prometo.

—Gracias. ¿Te he dicho lo hermosa que estás esta noche?

—Varias veces, y te lo agradezco.

—¿Mucho?

Agatha se armó de valor para acercarse a su oído. Sus pechos se presionaron contra la tela del escote, logrando que la mirada de Ely se dirigiera inconscientemente hacia ellos.

—Tanto como para agradecerse en privado, milord —susurró.

Ely la miró con los ojos como platos, sorprendido por la audacia que acababa de mostrar. Dios... Le encantaba esa faceta de su esposa.

—Te tomaré la palabra, esposa mía... —respondió— Que no te quepa duda.

Regresaron al salón de baile y Marianne se llevó a Agatha hacia la mesa del bufet. Desde allí podía ver a Ely, que se había detenido a hablar con el marqués de Hertford. Dios santo, era tan apuesto que la dejaba sin aliento. Le había visto muchas veces vistiendo un traje de gala, pero después de haber visto su cuerpo desnudo y saber lo que ocultaba debajo, le parecía aún más fascinante.

—Estoy famélica —suspiró Mary poniendo algo de comida en su plato.

—Yo también tengo hambre, hemos dormido hasta tarde y ni siquiera hemos tomado el té.

—¿Hemos? —recalcó Marianne con una sonrisa.

—Dormimos en la misma cama. La mayoría de las noches, al menos.

—¿Y mi hermano te deja dormir?

—Eso es algo que tú aún no debes saber —rio Agatha—. ¿No ha venido Josephine?

—Sí, está bailando con lord Clancarty —respondió su amiga señalando hacia la pista de baile—. Se unirá a nosotras cuando acabe.

—¿Y qué tal te va con lord Dudley?

—Hoy le he notado distante. Solemos hablar mucho mientras bailamos, pero hoy apenas ha abierto la boca. Parecía distraído, quizás tiene algún problema que le tiene preocupado.

—Tal vez, no le des mucha importancia.

—No puedo evitar impacientarme. La temporada terminará pronto y aún no ha pedido mi mano. ¿Y si al final no hace nada? Es mi segunda temporada y...

—No te preocupes, ningún caballero en su sano juicio permitiría que una joya como tú se le escapara.

—Eso lo dices porque eres mi amiga y me quieres.

—Es cierto, te quiero, pero lo digo porque es la verdad. No solo eres hermosa, sino también educada, dulce y divertida. Si fueras un hombre me habría casado contigo en vez de con Ely —bromeó.

—Eres consciente de que soy la versión femenina de mi hermano, ¿verdad? —bromeó Mary— Todos en casa lo dicen.

—Pero tú eres mucho más hermosa.

Agatha sintió una mirada penetrar su piel. Se giró y vio a un caballero de unos sesenta años observándola. Era de estatura media y complexión delgada. Su cabello, aunque ya canoso, todavía mantenía un toque de su color original, castaño oscuro. Su rostro era serio y estaba marcado por arrugas, especialmente alrededor de los ojos y la boca. Sus ojos, de un color azul grisáceo, se mostraban atentos y penetrantes, irradiando una autoridad innata.

—¿Quién es él? —preguntó a su cuñada.

—Es el marqués de Rothesay. Me sorprende verle aquí, no suele acudir a ningún evento social desde que su hija se escapó de casa.

—¿Su hija?

—Mi madre me contó que su hija se enamoró perdidamente de un hombre sin título. El marqués no estuvo de acuerdo y su hija se escapó con su amante. Fue un auténtico escándalo.

—Parece que es costumbre que los nobles no acepten a hombres sin título para sus hijas. A mi madre le ocurrió algo similar.

—¿Tu madre es hija de un noble?

—Sí, aunque nunca me ha contado nada al respecto. Chris me contó que mi abuelo la desheredó y renegó de ella cuando mi madre insistió en casarse con mi padre, y que no acudió a la boda. Si se hubiera tomado la molestia de conocer a mi padre y ver de primera mano lo buen marido que es para su hija, no lo habría hecho.

—Lo siento.

—No lo sientas, es él quien se pierde a una nieta maravillosa —bromeó.

—Desde luego. Una nieta maravillosa y mejor cuñada. Vayamos a la salita, allí podremos comer tranquilas.

Marianne y ella se dirigieron hacia la sala de la derecha, en la que habían dispuesto varias mesas cubiertas con manteles blancos, decoradas con jarrones de flores frescas. Poco después se les unió Josephine con su propio plato de comida. Fue el mejor momento de la noche para ella, y apostaba que también para sus amigas. cuando terminaron de comer regresaron a la fiesta, pero el marqués de Rothestay las interceptó antes de que alcanzaran las puertas dobles del salón de baile.

—Buenas noches, señoritas —saludó—. Lady Pennington, ¿podríamos hablar un momento, por favor?

Agatha miró a sus amigas, que la miraron a su vez con absoluto desconcierto.

—Desde luego, milord —respondió—. ¿Qué se le ofrece?

—Veo que no sabes quién soy.

—El marqués de Rothestay, si no me equivoco.

—Así es, el marqués de Rothestay... y también tu abuelo.

Agatha tuvo que sujetarse del brazo de Marianne para no caer. ¿Su abuelo? ¿Ella era nieta de un marqués?

—Veo que ese sinvergüenza ni siquiera te ha hablado de mí —protestó Rothestay.

—Le voy a pedir que cuide sus palabras, milord —respondió—. El hombre del que está hablando es mi padre.

Rothestay inspiró hondo intentando calmarse. Agatha sentía sus manos temblar, aquel encuentro la estaba afectando más de lo que imaginó nunca.

—Tienes razón, lo lamento —se disculpó—. ¿Podemos hablar? Hay muchas cosas que quiero decirte y...

—Ha tenido usted veintidós años para hacerlo, ¿no le parece?

—Si me dejas explicarte...

—No hay nada que explicar, milord. Renegó de mi madre cuando se casó con mi padre, así que yo no soy su nieta. En el futuro, agradecería que no volviera a dirigirme la palabra. Y ahora, si me disculpas...

Tomó la mano de una muy sorprendida Marianne y se alejó del anciano lo más deprisa que le permitieron sus zapatos de baile. Se refugió en el balcón en busca de aire fresco, le costaba respirar y sentía una opresión en el pecho.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Marianne.

—No... no puedo... respirar...

—Iré a buscar a Elijah —avisó Josephine echando a correr hacia el salón.

—Cálmate, respira hondo —aconsejó Marianne—. ¿Te desato un poco los cordones del vestido? Tal vez está muy apretado.

—Sí... por favor...

Marianne se apresuró a aflojar los cordones del vestido de su cuñada, pero ella seguía respirando con dificultad. Miró hacia la puerta del balcón en busca de algún indicio de su hermano, pero aún no se le veía por ninguna parte. Se mordió el labio pensando en qué podía hacer.

—Siéntate —ordenó al ver una silla de forja en una esquina—. Temo que te caigas redonda al suelo si no lo haces.

Agatha obedeció, se deshizo de los guantes y se llevó la mano al pecho. ¿Qué le pasaba? ¿Por qué se sentía así?

—¡Agatha!

La voz de su esposo fue como bálsamo para sus heridas. Le miró con los ojos anegados en lágrimas y se lanzó a sus brazos rompiendo en llanto. Ely la abrazó con fuerza, sujetando su nuca y diciendo cosas sin sentido en su oído.

—¿Qué ha pasado? —preguntó a su hermana, que los miraba con el rostro marcado por la preocupación.

—Se ha cruzado con su abuelo —fue la explicación de la joven, porque aún no tenía ni idea de qué es lo que había ocurrido un momento antes en el salón.

—Nos vamos a casa —dijo Ely—. Dile a nuestros padres que Agatha no se encuentra bien y que me disculpen con nuestros anfitriones.

—¿Le digo también que mande llamar al médico?

—No será necesario, solo está sufriendo una crisis nerviosa. No te preocupes, Mary, pronto se le pasará.

—Iré a verla mañana —dijo su hermana.

—Vamos, ve. ¿Crees que puedes andar? —preguntó a su esposa.

Agatha asintió, y Ely rodeó su cintura con el brazo para servirle de apoyo. Durante el trayecto a casa Agatha se mostró taciturna, más de lo habitual. Al llegar se disculpó aludiendo que estaba cansada y se marchó a su habitación. Se sentía mal por haber dejado a Elijah plantado en el recibidor, pero estaba demasiado abrumada como para pensar en él. Había conocido a su abuelo, el hombre que renegó de su madre por casarse con el hombre que amaba tan solo porque su padre no poseía un título. No tuvo en cuenta que Christopher Wren era un hombre notorio, inteligente y capaz. Tampoco tuvo en cuenta que su hija tendría una vida lujosa gracias a la gran fortuna que su padre había amasado a lo largo de los años debido a sus descubrimientos. Solo le importó que no perteneciera a la nobleza. Y ahora tenía la desfachatez de querer hablar con ella, una nieta de la que tampoco quiso saber nada durante veintidós años.

Llevaba un tiempo metida en la cama cuando sintió la puerta que comunicaba su habitación con la de Ely abrirse, y los pasos lentos de su esposo sonaron amortiguados sobre la alfombra. Sintió su peso hundir el colchón y su calor corporal calentarla cuando la rodeó con sus brazos. Su presencia la tranquilizó, como siempre ocurría. Desde que eran amigos Ely siempre había sido una especie de refugio en el que lograba recuperar la calma, no se había dado cuenta de ello hasta entonces. Con un suspiro, se dio la vuelta y se abrazó a él con fuerza, enterrando el rostro en su pecho. Se sintió mucho mejor.

—¿Estás bien? —preguntó Ely en un susurro.

—No demasiado —reconoció ella.

—¿Quieres hablar de ello?

—Ni siquiera sabía quién era él. Cuando tu hermana me ha contado su historia he pensado que era similar a la de mi madre, pero jamás imaginé que...

—¿Tus padres nunca te dijeron su nombre?

—Mis padres jamás hablan de lo que ocurrió, es un tema demasiado doloroso para ellos. Todo lo que sé es por Christopher y él apenas era un niño cuando mis padres se casaron, por lo que no sabía su nombre ni su título.

—Siento que hayas tenido que cruzarte con él. ¿Qué quería?

—Quería hablar conmigo —continuó—. Ha tenido la desfachatez de acercarse a mí para pedirme hablar conmigo y yo...

—No tienes por qué hacerlo. Lo sabes, ¿verdad?

—Pero siento curiosidad por saber qué es lo que quiere de mí. ¿Está mal que me sienta así?

—Por supuesto que no, pero creo que antes de tomar ninguna decisión deberías hablar con tus padres. Como has dicho, Chris era un niño y tal vez tergiversó las cosas.

—No tergiversó nada, Ely. Mi abuelo no quiso saber nada de nosotras cuando mis padres se casaron. Incluso se ha atrevido a llamar sinvergüenza a mi padre cuando ha descubierto que no sabía quién era.

—Bueno, olvidémonos de eso por ahora. Descansa, debes estar agotada.

—No creo que pueda pegar ojo. Ahora mi mente no deja de pensar en ello.

—En ese caso —susurró Ely colocándose a medias sobre ella—, creo que tengo una manera muy eficaz de lograr que dejes de hacerlo.

—Me gustaría saber cuál es, porque te aseguro que la necesito.

Ely sonrió ante la inocencia de su esposa y prosiguió a demostrarle la mejor manera de hacerla olvidarse de todo... excepto de él.

Capítulo 14

Días más tarde, Agatha se dirigía a la modista con Nicole y Marianne para la prueba del vestido que Violet había mandado hacer para ella. Por el momento, lo único que sabía era que las telas con las que se fabricaría eran brocado y tul azul turquesa y que iría bordado con hilo de plata. El vestido de Marianne sería de seda y encaje en un delicado tono rosa pastel, y, aunque Nicole no podría asistir debido a su avanzado embarazo, su suegra había insistido en regalarle a ella también un vestido, el suyo de muselina color borgoña. La verdad era que no había experimentado ningún cambio con respecto a la familia Pennington después de casarse con Elijah. Había estado tantas veces en la casa familiar antes del compromiso que se había convertido en alguien muy querida para todos, y el matrimonio solo había servido para afianzar esos lazos que se habían construido con el paso del tiempo. Se sentía querida por todos, y daba gracias a Dios por ello.

El cielo estaba encapotado cuando salió de casa, así que tomó su paraguas por si llovía. El carruaje del conde estaba esperándola en la puerta, y Marianne se asomaba por la ventana mirándola con una enorme sonrisa.

—Llegas tarde —protestó—. ¿Mi hermano no te dejaba marchar?

—Tu hermano está en la Sociedad —la rectificó mientras subía al carruaje—. No le veré hasta la hora de la cena.

—¿Preparadas para pasar una tarde estupenda? —preguntó Nicole.

—Está a punto de llover —se quejó Marianne—. Tenía pensado dar un paseo por el parque pero tendremos que postponerlo.

—Hay muchas cosas que podemos hacer si llueve, no te desanimes —la animó Agatha.

—No importa. Me he librado del recital de Emily Thorton, es lo mejor que podía pasarme hoy.

—La hija del vizconde de Weymouth canta peor que los grajos —aclaró Nicole riendo—. Es una tortura escucharla.

—Podemos ir a merendar a *The Blooming Teapot* —sugirió Agatha.

—Me encanta la idea —aplaudió Nicole—. Me encantan sus pasteles, son deliciosos.

Cuando llegaron a la modista, las primeras gotas de lluvia comenzaron a caer del cielo.

—Démonos prisa, Está empezando a llover —dijo Nicole.

Las tres damas abrieron sus elegantes paraguas para no mojarse demasiado y aligeraron el paso hasta la boutique de madame Fairfax, la modista más exclusiva de la ciudad. La tienda estaba a rebosar de damas que miraban las distintas telas, y Agatha y sus cuñadas dejaron los paraguas en la entrada y se acercaron hasta donde se encontraba la modista.

—Buenos días, madame Fairfax —saludó Nicole.

—Buenos días, señoras, las estaba esperando. Si son tan amables de seguirme...

Madame Fairfax las llevó a una habitación contigua donde tres hermosos vestidos colgaban de un perchero, cada uno más hermoso que el anterior. Agatha no pudo evitar pasar la

mano por la falda de su vestido, maravillada por lo mucho que le gustaba.

—¿Le gusta, lady Pennington? —preguntó la modista con una sonrisa.

—Es precioso —asintió Agatha.

—Será mucho mejor cuando lo lleve puesto. Bethany le ayudará a ponérselo para que podamos ajustarlo a su figura.

Agatha se dejó ayudar por la joven, y cuando se miró en el espejo de cuerpo entero no pudo creer lo que vio. Estaba realmente despampanante, esa era la palabra adecuada. El vestido realzaba el color de sus ojos y le daba un aspecto distinguido y elegante. Las pequeñas flores bordadas en el corpiño estaban rematadas con pequeños cristales que simulaban el pistilo de la flor.

—¡Agatha, estás increíble! —exclamó Marianne al verla.

—Es precioso... me encanta —suspiró Agatha.

—Ely no será capaz de apartar los ojos de ti cuando te vea —vaticinó Nicole—. Lástima que vaya a perdérmelo.

—Con suerte mi sobrino habrá decidido nacer antes del baile y podrás acompañarnos —la animó Mary.

—No salgo de cuentas hasta un mes más tarde, Mary —rio Nicole—. Pero te prometo que estaré presente cuando os preparéis.

—¿Cómo te sientes hoy? —preguntó Agatha— Ely me dijo que no te encontrabas demasiado bien.

—Me siento muy cansada últimamente, caminar desde el salón a nuestra habitación me parece una tarea imposible.

—Deberías haberte quedado en casa, Agatha y yo podíamos habernos apañado solas —dijo Marianne.

—Lo sé, pero estaba cansada de estar todo el día encerrada en casa. Andrew va a volverme loca.

—Te ama demasiado.

—Y yo a él, pero no lo necesito todo el día revoloteando a mi alrededor. No me deja hacer nada por mí misma y anoche tuvimos una gran discusión porque se negaba a dejarme acompañaros. ¡Estoy embarazada, no enferma, por amor de Dios!

—Se preocupa por ti, no se lo tomes en cuenta —la animó Agatha.

—Cuando sea tu turno y tengas a Ely pegado a tus faldas todo el día me lo dirás.

—Ely y yo no... Ni siquiera hemos hablado de ello.

—Tesoro, si compartís la cama, y no solo para dormir, pronto estarás en mi estado —se jactó Nicole.

—Hagamos como que yo no estoy aquí —bufó Marianne.

—Pronto tú también te casarás y ambas sabemos que no eres una florecilla inocente que no sabe de lo que estamos hablando —respondió Nicole.

—Es indecoroso y estamos en un lugar público —protestó la menor—. ¿Qué pasa si alguien nos escucha?

—Solo estamos nosotras tres —contraatacó Nicole—. Volviendo a lo que nos preocupa, ¿compartes cama con tu esposo, Aggie?

—Por supuesto que lo hago —respondió con el rostro sonrojado—. Rara vez dormimos separados, y eso conlleva consecuencias inesperadas.

—¿Consecuencias inesperadas? —Nicole rompió a reír a carcajadas—. Nunca se me había ocurrido llamarlo así.

—Marianne quiere que no nos descubran —se defendió Agatha.

—Deja que le diga a tu esposo cómo lo llamas.

—No he dicho que esas consecuencias sean malas. —Agatha miró a Nicole con una sonrisa llena de complicidad—. Al contrario, debo decir que son de una calidad excepcional.

Aún reían cuando salieron del probador. Estaban poniéndose sus capas y sus sombreros cuando lady Montague, antigua amante de Elijah, entró en la tienda acompañada de dos amigas más. Agatha se tensó inmediatamente cuando los susurros se hicieron atronadores a su alrededor, pero Nicole llamó su atención poniendo una mano en su espalda y negando imperceptiblemente con la cabeza. Su cuñada tenía razón, no debía mostrar ningún tipo de reacción ante aquella mujer o de lo contrario le daría un motivo para atacarla.

—Vaya, vaya... mirad a quién tenemos aquí... Lady Agatha Pennington —dijo la vizcondesa con sorna—. Aún no la he felicitado por su repentina boda, milady.

—¿Repentina, lady Montague? —respondió Agatha arqueando una ceja— Conozco a mi esposo desde que era una niña y hemos sido amigos durante mucho tiempo. Ambos pertenecemos a la sociedad científica y nos vemos a diario. ¿De veras cree que es repentina?

—Siempre la consideró una hermana, jamás tuvo ningún tipo de sentimiento por usted.

—Pues al parecer sí lo tenía, o de lo contrario no se habría casado conmigo, ¿no le parece?

—Si se casó con usted fue porque sintió lástima cuando descubrió que su padre intentaba casarla con un hombre que no le agradaba, un motivo válido, por supuesto.

Agatha agachó la cabeza porque la mujer tenía razón. Su boda había sido una forma de ayudarla a esquivar un destino que no quería, y sin embargo...

—Permítame que la corrija, lady Montague. —Nicole se situó entre Agatha y la vizcondesa para ocultar su reacción—. Elijah se casó con Agatha porque estaba, y está, muy enamorado de ella. No permita que sus celos la hagan quedar en ridículo delante de todos.

—¿Celos? —rio la vizcondesa— Puede que ella lleve su anillo en el dedo, lady Pennington, pero el corazón de Elijah siempre me pertenecerá.

—Por eso la abandonó en cuanto estuvo casado con mi cuñada, ¿no es así? —contraatacó Nicole—. Continúe con sus compras y evite, en el futuro, incordiar a mi cuñada, o de lo contrario le aseguro que tomaré cartas en el asunto.

—¿Me está amenazando, lady Pennington?

—¿Una amenaza? —exclamó Nicole con dramatismo— Soy una dama, lady Montague, jamás me rebajaría a hacer algo semejante. Simplemente le estoy dando un consejo, es todo.

Dicho eso, Nicole tomó a Agatha del brazo y salió de la tienda seguida por Marianne. Hasta que no se encontraron a salvo dentro de su carruaje no soltó a su cuñada. Se sentía terriblemente mal por ella. Había podido ver por un instante la tristeza en sus ojos y no podía permitir que aquella mujer se saliera con la suya. Especialmente cuando sabía por Andrew que Elijah había empezado a tener sentimientos por su esposa. Le tomó las manos entre las suyas y se las apretó con cariño.

—No hagas caso, Aggie —susurró—. Nada de eso es cierto.

—No ha dicho nada más que la verdad —respondió la aludida—. Ely se casó conmigo para impedir que mi padre me casara con Thomas Warton.

—No sé quién es ese hombre, pero te aseguro que Elijah jamás se casaría únicamente por esa razón —respondió Marianne.

—Es cierto —corroboró Nicole—. No tenía motivos para apresurar su boda, el título tiene herederos de sobra. Si se casó contigo es porque...

—Porque me aprecia, lo sé. Pero aprecio no es amor. Tal vez es cierto que está enamorado de ella. Tal vez me he interpuesto en su felicidad y si es así no me lo perdonaré jamás.

—No digas tonterías, mi hermano jamás quiso a esa mujer —protestó Mary—. Ella solo era un entretenimiento sencillo, nada más.

—¡Marianne! —exclamó Nicole mirándola sorprendida.

—¿Crees que no escucho a mis hermanos hablar cuando se reúnen en la biblioteca?

—¿Los has espiado? —preguntó Nicole arqueando una ceja.

—No ha sido necesario. Nunca se aseguran de que yo no esté en mi rincón de lectura, así que tengo que mantenerme en silencio para que no me descubran.

—Eso es...

—Culpa de ellos por no mirar —la interrumpió Marianne—. Ely le dijo a Clement en una ocasión que lady Montague no quería matrimonio, por lo que era una opción de amante muy ventajosa. No dices eso de la mujer a la que amas, ¿verdad?

—Claro que no —concordó Nicole mirando de reojo a Agatha.

—Deberías hablar con mi hermano y contarle lo que ha ocurrido, Aggie.

—No voy a contarle nada, no quiero que se preocupe —respondió Agatha—. En realidad no ha sido para tanto, solo me he sentido mal porque pensé que me había inmiscuido en su felicidad.

—Tú eres su felicidad, no hay más que ver cómo te mira cuando tú no te das cuenta —respondió Nicole.

—¿Me mira? —exclamó ella sorprendida.

—¿Acaso alguna vez te quita los ojos de encima? —bufó Marianne— Cuando bailé con él en el baile de los Minster me pisó tres veces por no prestarme atención y estar mirándote.

—¿Ely te pisó? —rió ella— Eso sí que es increíble.

—Pues créelo, mi pobre meñique dará fe de ello.

—El caso es que ahora tú eres su esposa —continuó Nicole—. No solo eso, también eres su amante.

—Al principio solo iba a ser un matrimonio de conveniencia —confesó Agatha en un susurro—. Dormiríamos en habitaciones separadas y Ely mantendría a su amante.

—¿Y tú aceptaste esa locura? —exclamó Nicole.

—Era peor la alternativa —respondió Agatha encogiéndose de hombros—. Ely y yo éramos amigos, yo no sentía nada por él y me pareció buena idea para poder seguir con mi trabajo.

—Pero ahora sientes algo por él —adivinó Marianne.

—Y él también siente algo por ti, pues cambió de opinión —intervino Nicole.

—¿Tú crees?

—No solo lo creo, lo sé.

—La vizcondesa se muere de celos y por eso te ha atacado —la animó Marianne.

—Es cierto —concordó Nicole—. Esa mujer se sentía superior porque era un secreto a voces que era la amante de uno de los solteros más codiciados de la temporada y tú le has robado eso.

—Siéntete poderosa, amiga —bromeó Marianne—. Eres mucho mejor que ella.

—Ella posee un título —susurró Agatha.

—Ella es vizcondesa y tú la nieta de un marqués —protestó Marianne.

—¿Un marqués? —exclamó Nicole.

—Mi madre es la hija del marqués de Rothesay —aclaró Agatha—, pero él renegó de ella cuando se casó con mi padre.

—Lo lamento.

—No tienes que lamentarlo, mi madre es muy feliz con mi padre y he crecido en un hogar lleno de amor —respondió Agatha—. No me ha hecho falta el suyo.

—Tienes razón. ¿Qué os parece si vamos a tomar un té? A vuestro sobrino se le ha antojado un pastel de hojaldre y crema.

—No podemos decepcionar a nuestro sobrino, ¿no crees, Aggie? —rio Marianne.

—Desde luego que no.

Pasó el resto de la tarde en casa, ocupándose de algunas ilustraciones para su libro. La verdad era que, aunque había pasado un mal rato al encontrarse con la antigua amante de su esposo, sus cuñadas habían logrado que se divirtiera durante la merienda. Y se encontraron con Hertford, el mejor amigo de Andrew, que resultó ser muy buena compañía. Para cuando regresó a casa, el estómago le dolía de tanto reír y se había olvidado por completo del desastroso encuentro en la modista. No le contaría nada a Elijah, definitivamente no merecía la pena hacerlo.

Su esposo llegó a casa antes de la cena. La encontró sentada en la alfombra del salón y se sentó junto a ella para besarla, esparciendo todos sus bocetos por el suelo.

—Los has tirado —protestó Agatha, aunque sonreía.

—Los recogeré, lo prometo —prometió volviendo a besarla—. ¿Te has divertido con mi madre?

—No ha venido tu madre, sino Nicole. Y sí, nos hemos divertido mucho.

—¿Qué habéis hecho?

—Hemos ido a la modista para probarnos los vestidos que nos ha mandado a hacer tu madre, y después hemos ido a merendar. Nos hemos encontrado al marqués de Hertford, te manda saludos.

—Me alegra que te hayas divertido, pero te he echado mucho de menos en la Sociedad.

—¿Qué tal ha ido tu día?

—He hecho algunos adelantos con la nueva fase del experimento. Si tienes tiempo me gustaría que hicieras algunas ilustraciones para mí.

—Claro que sí, mi artículo está entregado y no tengo que hacer otro hasta el mes que viene. Mañana iré contigo a la Sociedad, tengo algunas cosas que hacer allí y tu madre no ha planificado nada hasta dentro de tres días.

—Mi madre te acapara demasiado —protestó Ely con un mohín.

—¿Celoso?

—Debo reconocer que sí. La idea era tenerte a mi lado en la Sociedad, no perderte por culpa de mi madre.

—Supongo que esto será solo durante la temporada social, pero si quieres puedo decirle que...

—Solo bromeo, no me hagas caso —la interrumpió—. Pero si te sientes abrumada por tanta actividad social dímelo y hablaré con ella.

—No es necesario. Me gusta pasar tiempo con tu familia.

—Nuestra familia —corrigió Ely.

—Tienes razón, aún no me acostumbro.

—La cena estará lista en breve —avisó Alfred desde la puerta.

—En ese caso, iré a cambiarme —suspiró Ely levantándose—. ¿Me acompañas?

—Ni hablar —rio Agatha—. Si lo hago temo que la cena se enfriará.

—Debía intentarlo.

Agatha observó a Elijah alejarse y sonrió. Había hecho bien en no contarle lo ocurrido con la vizcondesa, si lo hubiera hecho habría ensombrecido la velada. Cenaron comentando el día y se acomodaron en la biblioteca. Agatha leyó en voz alta mientras su esposo se relajaba con la cabeza apoyada sobre sus piernas. Se sentía tan bien estar así... pero estaba cansada. Intentó disimular un bostezo, pero Ely se dio cuenta y se incorporó mirándola.

—¿Por qué no me has dicho que estabas cansada? —se quejó— Vamos arriba.

—Parecías muy a gusto y no quería molestarte.

—Cariño, irme a la cama contigo es el mejor entretenimiento posible.

—¿Siempre estás pensando en lo mismo? —rio ella.

—Siempre... si es contigo.

Agatha se levantó de un salto y echó a correr hacia la puerta. Ely le dejó un poco de ventaja y salió a correr detrás de ella. La alcanzó en las escaleras, se la echó al hombro y se dirigió hacia la habitación, dispuesto a mostrarle lo entretenido que podía ser ir juntos hasta su dormitorio.

Capítulo 15

La vida de casados no cambió demasiado el día a día de Agatha. Su nuevo estatus la obligaba a asistir a reuniones de la alta sociedad, por supuesto, pero aparte de aquello su rutina no cambió demasiado. Ely no solo era su mejor amigo, también se convirtió en su mayor confidente y su amante. La conexión que compartían era profunda y auténtica, llena de confianza y entendimiento mutuo, por lo que Agatha podía continuar con su trabajo en la Real Sociedad sin contratiempos, tal y como Ely le prometió el día que le pidió matrimonio. Evitaba trabajar los días que debían acudir a algún evento social para no estar mortalmente cansada antes de que terminara la cena, pero el resto del tiempo se dedicaba a lo que más amaba en el mundo: sus plantas. Aunque ahora también amaba a Elijah.

Desde que descubrió que estaba enamorada de su marido vivía envuelta en una nube de felicidad que nada ni nadie podía desvanecer. Deseaba que las horas pasaran rápidamente en el reloj para poder llegar a casa y refugiarse entre sus brazos en la intimidad del dormitorio. Porque aunque tenían dormitorios separados, rara vez Ely dormía en su propia cama. Solo cuando debía mantenerse despierto gran parte de la noche con alguno de sus experimentos la dejaba sola en su habitación. En aquellas noches era incapaz de conciliar el sueño. Se había acostumbrado tanto a sentir su calor que no era capaz de dormir más que unas pocas horas seguidas.

Aquel día cumplía veintitrés años. Agatha siempre solía olvidarse del día de su cumpleaños, pero Elijah siempre se lo recordaba cuando irrumpía en su despacho para entregarle su regalo. El año anterior le había regalado una horquilla de plata labrada con intrincados detalles que emulan las hojas y ramas de la planta que Agatha descubrió, adornada con perlas y esmeraldas. Era su joya más preciada no solo por su significado, sino también porque había sido Ely quien se la había regalado. Su esposo se movió a su lado y Agatha se giró para mirarle. Aún en sueños, su rostro se había suavizado y parecería el de un niño de no ser por la barba incipiente. Pasó un dedo por la áspera piel en dirección a los labios, tan suaves y tiernos que estuvo tentada de morderlos. Ely arrugó la nariz haciéndola reír, y la sorprendió sujetándole rápidamente la mano para besarla en la palma.

—Buenos días —susurró.

—Buenos días. ¿Has dormido bien?

—Siempre duermo bien a tu lado. Debemos levantarnos, hoy tengo mucho que hacer en la Sociedad.

—Eres tú quien me sujeta —rio Agatha.

—Mmm... Es cierto, pero no te pienso soltar.

Tiró de ella hasta que quedó a medias tendida sobre su pecho desnudo. La sujetó de la nuca y la besó, hundiendo la lengua en su boca hasta arrancarle un gemido. Cada vez que Ely la besaba, Agatha se sentía desfallecer, su esposo podía hacerla arder con tan solo una caricia. Pero lo mejor de todo era la felicidad que sentía cuando hacían el amor. Se sentía plena, completa y amada, aunque esto último no fuera del todo cierto. Elijah se había convertido en el centro de su

mundo casi sin darse cuenta. Sentía vértigo al pensarlo, y también terror al pensar que alguien pudiera arrebatárle aquella felicidad.

—¿Qué ocurre? —preguntó Ely incorporándose.

—No ocurre nada.

—Te has tensado hace un momento.

—No lo he hecho —rio Agatha.

—¿Hay algo que...

—De veras, Ely, estoy bien —le interrumpió—. Me gustaba demasiado lo que hacías, es todo.

—Mmm... así que te gusta demasiado que haga... —acarició su cuello con la nariz—. Esto...

—Mucho —respondió Agatha con un gemido.

—¿Y qué me dices de esto? —Ely rozó la cresta de su pecho con la lengua sobre la tela del camisón.

—Mucho más... —gimió ella entre suspiros.

—Entonces sé de algo que te va a hacer volverte completamente loca.

Ely reptó por su cuerpo hasta colocarse entre sus piernas y la besó en aquel lugar que a ella tanto le gustaba, haciéndola gemir de deseo. Agatha se retorció en la cama con cada caricia, agarrando con fuerza la sábana, y cuando creyó que moriría si se detenía Ely se incorporó y se enterró de golpe en ella, haciéndola jadear de placer. Se movió deprisa, con embestidas certeras, hasta que su esposa se tensó debajo de su cuerpo recorrida por el orgasmo. Tras unas cuantas embestidas más saboreó su propia culminación, cayendo jadeante junto a ella.

—Creo que hoy voy a llegar tarde —jadeó, haciéndola reír a carcajadas.

Tiempo después, Agatha observaba a Ely vestirse tumbada bocabajo en la cama de su alcoba. Ella ya se había vestido, había decidido acompañarle a la Sociedad para adelantar su trabajo un poco mientras él estuviera con sus experimentos. Ely no la había felicitado aún, pero conociéndole seguro que tenía algo especial preparado en la oficina. Se incorporó cuando vio a su esposo tomar el pañuelo del tocador para ayudarlo a ponérselo.

—Creo que puedo acostumbrarme muy fácilmente a esto —ronroneó Ely.

—Solía ayudar a mis hermanos cuando vivían en casa. No es nada complicado una vez que tienes práctica.

—En ese caso hazlo para mí cada mañana.

—¿Debo consentirte, esposo? —bromeó ella.

—Deberías. ¿Estás lista? Ya vamos un poco tarde.

—¿Te habías citado con alguien?

—Con John —asintió Ely—. Hace... hora y media.

—¿Y por qué no me lo has dicho? —jadeó ella tirando de él hacia la puerta— Date prisa o no dejará de bromear sobre lo que estábamos haciendo durante todo el día.

—No andaría muy desencaminado —respondió Ely con una sonrisa de triunfo.

—Él no tiene por qué saberlo, vamos.

Agatha se dirigió al despacho de Joseph, que la recibió como cualquier otra mañana. Qué extraño... Joseph jamás olvidaba ninguna fecha. No le dio la mayor importancia y se dirigió a su escritorio para empezar con su trabajo. Pero el resto de la mañana pasó y nadie se había acordado de qué día era. Miró el calendario. ¿Acaso era ella quien se había equivocado de día? No, quince de mayo.

—Agatha, debo marcharme. —Ely asomó la cabeza por la puerta, parecía preocupado.

—¿Ocurre algo?

—Ha habido un problema en *Claudon Hall* y soy el único disponible para ir a arreglarlo.

—¿Sabes de qué se trata?

—Andrew no me ha dicho nada. ¿Quieres acompañarme?

—Tengo trabajo aún aquí, pero...

—Me gustaría que me acompañaras —insistió su esposo—. El viaje en solitario sería muy aburrido.

Tras un momento de duda, Agatha asintió.

—Iré a avisar al cochero, recoge tus cosas —dijo Ely con una enorme sonrisa.

Le vio salir de la estancia como alma que lleva el diablo y se sintió realmente triste. Todos habían olvidado su cumpleaños, ¿cómo era posible?

En su despacho, Ely se reunió con sus amigos justo antes de ir a buscar a Agatha.

—¿Y bien? —preguntó John.

—Creo que no sospecha nada —respondió Ely—. Todo va según lo planeado.

—Me he sentido un auténtico canalla por engañarla —protestó Joseph—. Ella sabe que recuerdo todas las fechas, debe sentirse muy mal.

—Tranquilo, en cuanto sepa el motivo nos perdonará —le animó James.

—Eso espero —suspiró Ely—, o de lo contrario creo que tendré que dormir solo durante un tiempo.

—Nosotros nos vamos ya para llegar antes que vosotros —dijo Gilbert levantándose.

—Nosotros saldremos unos minutos más tarde —asintió Ely.

—¿Se tarda mucho en llegar? —preguntó John.

—Dos horas —explicó Elijah—. Estaremos allí para la hora del almuerzo.

Observó a sus amigos marcharse, tomó su chaqueta y fue a buscar a Agatha, que ya estaba lista. Durante el viaje a Surrey intentó no hablar demasiado por miedo a delatarse, así que simuló estar dormido la mayor parte del tiempo. Agatha sacó su cuaderno y un carboncillo y se dedicó a dibujar, otra de sus grandes pasiones. Ely sonrió al pensar en la reacción de su esposa cuando viera a todos sus familiares y amigos reunidos en *Claudon Hall*. Le había tomado mucho tiempo organizarlo todo, pero merecería completamente la pena. Le había pedido a su madre que organizara un baile informal para el cumpleaños de su esposa, y Violet lo había cambiado por un fin de semana en el campo. Habría no solo un baile, sino también juegos y actividades al aire libre como pasear en barca por el lago. Al principio a Elijah no le gustó demasiado la idea, pero después de pensarlo un poco terminó por cambiar de opinión.

Abrió los ojos para darse cuenta de que Agatha se había quedado dormida con el cuaderno en el regazo. Apartó sus útiles de dibujo con suavidad y se sorprendió al ver que había estado dibujándole. Aún no estaba terminado, pero al igual que lograba cuando dibujaba sus plantas, Agatha había logrado capturar la expresión de su esposo con una magnífica maestría. Cerró la libreta y la colocó en el banco en el que él mismo estaba sentado, se sentó junto a su esposa y apoyó la cabeza femenina en su hombro. Viajaron así hasta que llegaron a la mansión familiar. Levantó el rostro de Agatha con suavidad para besarla.

—Despierta, hemos llegado —susurró.

Agatha sonrió aún dormida y levantó el rostro para recibir otro beso, haciéndole reír. La complació, por supuesto, pues a él también le encantaba besarla. Lo supo días antes, cuando se acurrucaban en el sofá de la biblioteca cada uno enfrascado en su lectura. Había descubierto que el mero hecho de besarla sin intención de hacerle el amor era un placer del que muy pocos

disfrutaban. Incluso lo habló con Andrew, que estuvo mofándose de él durante días. Pero debía parar si quería que ese beso no se saliera de control, así que se separó de su esposa y la besó en la frente.

—No me he dado cuenta de que me había quedado dormida —reconoció Agatha incorporándose con un bostezo.

—Yo no puedo decir lo mismo —reconoció Ely pasándose una mano por la nuca—. Lo lamento, en mi defensa diré que anoche me hiciste trabajar demasiado.

—¿Ahora resulta que es culpa mía? —rió Agatha— En ese caso a partir de ahora tendré que echarme de mi cama cuando...

—Jamás —la interrumpió él atrapándola entre sus brazos—, jamás voy a salir de tu cama, esposa, es mejor que vayas haciéndote a la idea.

—Me gusta dormir contigo —reconoció Agatha enrojeciendo—. Eres muy cálido y reconfortante.

—¿Como una almohada de plumas? —bufó entre risas.

—Algo así.

—Veamos qué es lo que ocurre y regresemos a casa, ¿te parece?

—Creo que es la mejor idea que has tenido en todo el día.

Agatha se detuvo en seco cuando cruzó la puerta de entrada y descubrió que nadie se había olvidado de su cumpleaños. Ambas familias se encontraban allí al completo, y también estaban sus amigas y amigos. Cuando todos al unísono le desearon un feliz cumpleaños estuvo a punto de romper en lágrimas. Violet y su madre se acercaron corriendo a ella sin dejar de sonreír.

—Creíste que nos habíamos olvidado, ¿no es cierto? —adivinó Jane.

—¿Cómo habéis organizado todo esto sin que yo lo supiera? —se quejó Agatha— Me habéis tenido completamente engañada.

—Todo fue idea de tu esposo —explicó Violet—. Quería que este día fuera muy especial para ti.

Agatha se giró hacia Elijah y lo abrazó con fuerza. Cada día que pasaba lo amaba más y más, y aquellos pequeños detalles hacían que ese sentimiento la desbordara.

—Gracias —susurró con sus labios pegados a los de su esposo.

—Me alegro de que te haya gustado la sorpresa.

—Me ha encantado.

—Tortolos, dejad de mostrar vuestro amor que tenemos hambre —bromeó Gilbert.

—El almuerzo debe estar servido —asintió Harvey—, pasemos al comedor.

Tras el almuerzo, jugaron al criquet y descansaron un poco antes de la cena. Violet había organizado un baile en su honor y le regaló un precioso vestido de color malva para que luciera en ella. Estaba terminando de vestirse cuando Ely entró en la habitación.

—Puedes marcharte, Libby —ordenó—. Yo terminaré de ayudar a mi esposa.

—Por supuesto, lord Elijah.

Una vez estuvieron solos, Ely se acercó para terminar de atar los lazos de su vestido, depositando un beso sobre su hombro desnudo.

—Estás espectacular —susurró con voz ronca.

—Me lo ha regalado tu madre.

—Ella siempre acierta.

Le dio la vuelta y le entregó una caja de terciopelo rojo, dentro de la cual descansaba un conjunto de oro y diamantes, compuesto por los pendientes en forma de lágrima, una gargantilla y una pulsera a juego.

—¡Ely, es precioso! —exclamó Agatha mirándole con asombro.

—Feliz cumpleaños, esposa mía. —La besó con suavidad en los labios—. Bajemos, todos nos están esperando.

Disfrutó enormemente de la fiesta. Sopló las velas de un delicioso pastel de cuatro pisos, recibió muchos regalos y bailó hasta que no sintió los pies. Regresaron juntos al dormitorio que compartirían bien entrada la madrugada. Agatha se sentía agotada, pero tan feliz que tenía miedo de despertarse y descubrir que todo había sido un sueño. Pero no lo era. El hombre que la ayudaba a deshacerse de su vestido era real, igual que los diamantes que enfriaban su piel caliente.

—Creí que te habías olvidado —susurró sin mirarle—. Confieso que estos años atrás esperaba con ilusión encontrarme contigo el día de mi cumpleaños. Me hacía feliz verte con aquel pequeño pastel esperándome en la esquina.

—Lo he recordado durante diez años, Agatha. ¿De veras piensas que podría olvidarme de tu cumpleaños?

—Sé que estás muy ocupado con tu investigación y...

Elijah la volvió para mirarla a los ojos. Acarició su mejilla con el dorso de la mano y suspiró.

—Jamás podría olvidarme del día que nació la persona más importante de mi vida —dijo con voz ronca.

—Mentiroso —rio Agatha.

—Hablo completamente en serio, Aggie. Desde el momento en que nos casamos te convertiste en mi prioridad.

—Eso es distinto.

—No lo es. Eres mi esposa, mi amiga y mi amante, todo a la vez. Eres la única mujer que ocupa mis pensamientos, y te aseguro que si me casé contigo fue porque deseaba hacerlo, no porque sintiera lástima por ti.

—Así que ya lo sabes...

—Nicole se lo contó a Andrew —asintió—, pero me hubiera gustado saberlo por ti. Me prometiste que me lo contarías, ¿o acaso lo has olvidado?

—Lo siento mucho. No te lo dije porque no quería preocuparte.

—¿Qué ocurrió exactamente?

—No merece la pena recordarlo.

—Quiero saberlo, Aggie.

—Nos encontramos en la modista y la vizcondesa se acercó para felicitar me por la boda —explicó Agatha—. Dijo que le había parecido repentina y le contesté que nos conocíamos desde hacía años, así que no tenía nada de repentino.

—¿Nada más?

—Ella me respondió que lo habías hecho por lástima, que la amabas a ella. Me sentí mal por ti y no supe qué responderle. Por suerte Nicole lo hizo por mí.

—Escúchame bien, Agatha. Nunca he estado enamorado de esa mujer. Jamás.

—No tienes que darme explicaciones, Ely.

—Pero quiero hacerlo —insistió él—. Estaba con la vizcondesa porque siempre me dijo que no quería volver a casarse, por lo que me resultaba una relación sencilla, sin complicaciones.

Con un suspiro, deshizo el peinado de su esposa, esparciendo su larga cabellera castaña sobre sus hombros desnudos.

—No vuelvas a sentirte insegura por nuestro matrimonio, ¿me oyes? O de lo contrario me

enfadaré —continuó.

—Lo lamento.

—No, soy yo quien lo lamenta. Lamento mucho haberte puesto en esa situación, debí haber roto mi relación con la vizcondesa antes de casarnos.

—No hubiera importado. Ella se siente despechada porque la abandonaste para casarte conmigo, no importa si rompiste con ella antes o después de la boda.

—Te doy mi palabra de que no se volverá a repetir. Hablaré con ella y...

—No —le interrumpió—, no pierdas tu tiempo por algo que no merece la pena.

—No quiero que vuelva a acercarse a ti, Aggie. El otro día estaba Nicole para defenderte, pero llegará el día en el que...

—No necesito que me defiendan —le interrumpió—. Admito que el otro día me tomé desprevenida y no supe responder, pero no volverá a ocurrir.

—¿Estás segura?

—Lo estoy.

—Eres una mujer increíble —susurró besándola— y estoy muy orgulloso de ti.

Elijah unió su boca a la de ella en un beso largo, intenso. Agatha se derritió en sus brazos y se colgó de su cuello, acariciando su nuca con la yema de los dedos. Volvió a mirarla, completamente desnuda a excepción de las joyas que le había regalado, y la deseó aún con más fuerza. Un anhelo desconocido le inundó, y tumbó a su esposa con cuidado sobre la cama.

—Voy a hacerte el amor así, luciendo tan solo esas joyas —ronroneó.

—¿Te has vuelto loco? —rio Agatha— ¡Las romperás!

—Tendré cuidado, te doy mi palabra.

Volvió a besarla, y durante un buen rato en aquella habitación solo se escucharon los gemidos de ella, los suspiros de él... y el tintineo de las joyas mientras hacían el amor.

Capítulo 16

Agatha paseaba distraídamente por la pista de baile de la mansión de los duques de Portland acompañada de Josephine mientras observaban a Marianne bailar con lord Hertford. El marqués, que había visto crecer a la joven y la consideraba como una hermana más, sonreía mientras daba vueltas por la estancia con una sonriente Marianne en sus brazos. Cualquiera que los viera creería que el marqués estaba cortejándola, nada más lejos de la realidad. El caballero que en realidad intentaba ganarse el favor de la joven aún no había llegado al baile.

—Ojalá pudiera casarme con un hombre como el duque —suspiró Josephine, haciéndola sonreír.

—Es muy apuesto, en efecto, pero no es el tipo de hombre en el que yo me habría fijado.

—Lo dices porque estás casada con Elijah —rio su amiga—. Cualquiera en tu lugar opinaría como tú.

—Elijah no es tan perfecto como todas parecéis creer.

—Lo dices para consolarme.

—Lo digo en serio. Está tan comprometido con su trabajo que muchas noches llega a casa de madrugada. Como puedes ver, hoy no nos ha acompañado porque necesita terminar un proyecto antes de que termine la semana.

—No es un defecto tan grave.

—Olvida fechas importantes, y siempre iría hecho un desastre de no ser por su ayuda de cámara.

—Pero es apuesto, y atento, y educado, y...

—Ya veo que estás locamente enamorada de él —bromeó Agatha riendo.

—¡Claro que no! —exclamó Josephine deteniéndose en seco— Te aseguro que no veo a Elijah de esa manera, Aggie. No quiero que pienses que estoy enamorada de tu esposo, es simplemente que le admiro mucho.

—Solo bromeo, tranquila.

—Lord Hertford es otra cuestión —suspiró Josh—. Él si consigue hacer latir mi pobre corazón.

—Puedo hablar con él y sugerirle...

—¡Ni hablar! —rio su amiga— Un hombre como él jamás se fijaría en una mujer como yo.

—¿Y eso por qué? Eres muy hermosa, inteligente, divertida y dulce, por no decir que posees una dote más que jugosa.

—Dices que soy hermosa porque eres mi amiga y me quieres, pero realmente soy una joven común y corriente. Hay muchas damas mucho más hermosas que yo.

—Tal vez, pero no tienen tu inteligencia, ni tu carisma, y tampoco tu sentido del humor. Eres única, mi querida Josh, solo necesitas verlo por ti misma.

De repente, la pareja que bailaba en medio del salón se detuvo en seco. Agatha miró en la

dirección que ambos miraban y vio a la señorita Evenson, hija del duque de Leinster, llegar del brazo de lord Dudley, que la miraba con admiración.

—¡Marianne! —El bramido de Hertford resonó en el silencio absoluto de la habitación.

Agatha giró la cabeza para ver a su cuñada correr entre el gentío hacia el jardín, seguida muy de cerca por el marqués. Le interceptó en las puertas de cristal, deteniéndole en su persecución.

—Yo me encargo —explicó.

—No puedo dejar que se marche así —protestó el marqués.

—Lo sé, pero Marianne está muy afectada y si alguien os descubre a solas en el jardín será un auténtico desastre. Por favor, déjame a mí.

Hertford se pasó las manos por el cabello, suspiró con las manos en las caderas y al final asintió.

—Voy a matarlo —susurró con los dientes apretados—. Voy a...

—Por favor, Christian, el asunto ya será bastante escandaloso sin tu intervención. Dejemos las cosas estar, ¿de acuerdo?

—Pero Agatha...

—Por favor...

El marqués apretó los dientes y asintió. Salió con ella al jardín, pero se mantuvo en la terraza mientras Agatha corría escaleras abajo para encontrar a su cuñada. Por fortuna, el jardín estaba bien iluminado y sería fácil encontrarla. Escuchó sus sollozos tras el tronco de un gran roble. Se acercó jadeando a ella y la encontró sentada en la hierba con las piernas pegadas a su cuerpo y rodeadas con sus brazos. Se le partió el corazón al verla así.

—¿Qué haces aquí? —preguntó arrodillándose a su lado.

—Ocultarme de todo y de todos.

—¿Por qué?

—¿Acaso no los has visto?

—Él no te prometió nada, Mary. Sé que te duele, pero...

—No me duele, solo me siento terriblemente avergonzada. Todo el mundo daba por hecho que pediría mi mano en cualquier momento, Aggie. Todo esto será un auténtico escándalo.

—Tal vez no es lo que parece, solo estaban cogidos del brazo.

—Te recuerdo que Victoria me amenazó con arrebatarme las atenciones de Dudley.

—Un hombre no cambia de parecer solo porque una jovencita insolente se cruce en su camino.

—Créeme, cuando eres parte de la sociedad puedes cambiar de opinión rápidamente. Victoria posee una dote mayor que la mía, por no decir que ella es hija de un duque y yo solo de un conde.

—La hipocresía de la nobleza es despreciable —suspiró su cuñada.

—Quiero irme a casa —sollozó Marianne—. Por favor, Aggie... Llévame a casa.

—Por supuesto, vámonos de aquí.

Regresaron a la terraza, donde Hertford las esperaba fumando un cigarrillo, que apagó en cuanto estuvieron al pie de la escalera.

—Debo llevarla a casa, pero no puedo dejar a la señorita Ainsworth sola —explicó Agatha.

—No te preocupes, yo me encargo. La dejaré en casa antes de dejar a mis hermanas.

—Te lo agradezco.

—Mary... Solo tienes que decir una palabra, cariño, una sola palabra y ese desgraciado

probará el sabor de la pólvora —susurró acariciando la mejilla de la joven.

Mary negó, se abrazó a Agatha y, tras darle las gracias nuevamente a Christian por ocuparse de Josephine, se marcharon de la fiesta. Marianne iba muy callada durante todo el camino. Había dejado de llorar, gracias a Dios, pero estaba tan destrozada que a Agatha le partía el corazón verla así.

—¿Quieres que me quede contigo? —preguntó.

—Mi hermano me mataría si te arranco de su lado.

—Tu hermano lo entendería, Mary. Podemos dormir juntas y despotricar contra ellos, ¿qué te parece? —Marianne le dedicó una triste sonrisa.

—Te agradezco la intención, pero quiero estar sola.

—Me rompe el corazón verte así, cielo.

—Estaré bien. Te lo prometo.

Agatha dejó con todo el dolor de su corazón a Marianne en casa y se dirigió rumbo a su hogar. Su esposo ya dormía cuando ella llegó, pero necesitaba contarle lo que había sucedido antes de que ocurriera una desgracia. Conociendo a Andrew, en el momento en que se enterase de lo ocurrido retaría a duelo a Dudley, y temía que terminara en Newgate. Se arrodilló junto a la cama y zarandeó con suavidad a Elijah. Él abrió un ojo, dibujó una enorme sonrisa en sus labios y tiró de sus esposa para atraparla a su lado y acurrucarse con ella para seguir durmiendo.

—Ely, despierta, tenemos que hablar —insistió.

—Es tarde, hablemos mañana.

—En serio, Ely, es muy importante.

Elijah se despertó de golpe ante el tono apremiante en la voz de su esposa. Se incorporó y comprobó que Agatha aún llevaba puesto su vestido de baile.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó.

—¿Puedes ayudarme con los lazos? No quiero despertar a Libby tan tarde.

—¿Eso era tan importante? —rio quedamente su esposo.

—Claro que no, pero necesito quitarme este vestido antes de contártelo, me está impidiendo respirar.

Ely hizo lo que le pedía y se sentó en la otomana a la espera de una explicación.

—Dudley le ha roto el corazón a tu hermana —soltó sin más.

—Le mataré —respondió Ely levantándose—. Le retaré a duelo y...

—¡No! —protestó Agatha deteniéndole— Necesito tu ayuda para evitar que Andrew lo mate, no para que lo asesines tú también.

—¿Qué ha pasado?

—Ha llegado al baile del brazo de la señorita Evenson, mirándola con admiración. Hace tiempo esa muchachita malcriada amenazó a tu hermana con arrebatarle el cariño de Dudley y parece que lo ha conseguido.

—¿Cariño? Eso no es cariño. Si apreciara a mi hermana no la habría descartado por una debutante mucho más conveniente.

—¿Por qué todos insistís en decir que ella es mejor que Marianne? No lo es.

—Lo es para la sociedad, cariño. Su padre posee un mejor título y una mayor fortuna que el mío. Si lo que Dudley buscaba era dinero y prestigio con su boda, Victoria es mejor opción que mi hermana.

—Odio los tejemanejes de la nobleza.

—Créeme —susurró Elijah abrazando a su esposa—, yo también. ¿Cómo está ella?

—Dice que solo se siente terriblemente avergonzada, pero creo que Dudley le ha roto el

corazón. Sugerí quedarme con ella a pasar la noche, pero me dijo que quería estar sola.

—Hablaré con ella mañana.

—Hertford también está muy enfadado —continuó Agatha—. Estaba bailando en ese momento con Mary y tuve que sujetarlo para que no golpeará a Dudley delante de todo el mundo.

—Hertford adora a mi hermana como si fuera suya, entiendo que se sintiera así. Si llego a ir con vosotras no sé qué hubiera pasado.

—Nada, porque yo te habría detenido.

—Vayamos a dormir, debemos estar en la casa familiar antes de que llegue Andrew o tendremos un gran problema.

—¿Crees que podremos detenerlo?

—Aggie, mi cielo... No voy a detener a mi hermano, voy a organizar con Andrew el duelo.

—¡No serás capaz!

—Ya lo creo que lo soy. Es mi hermana, ¿cómo pretendes que me quede de brazos cruzados?

—No quiero tener que ir a visitarte a Newgate, Elijah Pennington.

—No tendrás que ir a verme a ninguna parte.

Agatha le miró intensamente un momento, y luego tomó una drástica decisión. Se colocó delante de él con los brazos en jarras y clavó el dedo índice en el pecho de su esposo, sorprendiéndole.

—Como se te ocurra aliarte con Andrew para retar a duelo a Dudley en vez de hacer lo que te pido, te juro que no volverás a pisar esta habitación en lo que te reste de vida —amenazó.

—¿Me estás amenazando? —Elijah no cabía en sí de asombro.

—Desde luego que lo hago. Si no me haces caso por las buenas, tendrá que ser por las malas.

—Eres mi esposa.

—¡Por eso mismo lo hago! ¿Crees que no será doloroso para mí verte entre rejas?

Ely se quedó un momento callado, y posteriormente dibujó en sus labios una enorme sonrisa. Atrajo a Agatha hacia sus brazos y la besó.

—¿A qué ha venido eso? —protestó ella, retorciéndose— Suéltame, no vas a hacerme cambiar de parecer con tus carantoñas.

—Acabo de darme cuenta de lo mucho que confías en mí —respondió Ely besándola de nuevo—. En ningún momento has pensado que pueda ser yo quien salga herido.

—Eres un tirador excepcional, por supuesto que no saldrías herido a no ser que Dudley haga trampa, y si se diera el caso, Andrew le dispararía antes de que pudiera levantar el arma.

—Cariño, debo hacerlo —susurró Ely intentando convencerla—. Debo restaurar el honor de mi hermana.

—Nadie la ha deshonrado, patán —respondió ella sucumbiendo a sus caricias—. Ni siquiera le había propuesto matrimonio.

—Pero ha hecho creer a todo el mundo que lo haría.

—Pero no lo ha hecho.

—Agatha... ¿Por qué estamos perdiendo el tiempo con esto? Vámonos a la cama.

—Ah, no... Pretendes convencerme de que te deje hacer lo que quieras y vas a usar el sexo para hacerlo.

—Estoy cansado —respondió Ely riendo—, solo quiero dormir, lo prometo.

—No te atrevas a tocarme —advirtió Agatha levantando un dedo.

—¿Ni un poquito?

—Puedes abrazarme, pero solo eso.

—Tacaña.

—Tú me obligas a serlo.

Por la mañana, se dirigieron a la mansión familiar para la hora del desayuno. Su padres ya estaban levantados y se sorprendieron al verlos llegar tan temprano.

—¿Cómo vosotros por aquí a esta hora? —preguntó Harvey— Agatha, anoche llegasteis muy tarde, deberías estar descansando.

—Tenemos que hablar, padre —dijo Ely.

—¿Ha ocurrido algo?

Un estruendo en el recibidor les sobresaltó. Andrew entró en la habitación hecho un basilisco, seguido de su embarazada mujer que jadeaba debido al esfuerzo de seguir a su marido.

—¡Le mataré! —Andrew golpeó la mesa con el periódico que traía en la mano— ¡Juro por Dios que le haré pagar por esto!

Harvey tomó el periódico y vio, con horror, el anuncio del compromiso de Cedric Dudley con la señorita Victoria Evenson. Maldijo en silencio y miró a su hijo mayor.

—No vas a hacer nada —ordenó.

—¡Pero padre! —exclamó Andrew.

—He dicho que no vas a hacer nada.

Violet tomó el periódico de manos de su esposo y se puso de pie de un salto.

—Voy a ver cómo está —fue lo único que dijo antes de salir de la habitación.

Agatha miraba a uno y otros sin comprender absolutamente nada. Nicole se acercó a ella para susurrárselo al oído, arrancándole un jadeo.

—¿Comprometidos? —susurró, y Nicky asintió.

—Ese desgraciado ha manchado la reputación de nuestra hermana, padre —intervino Ely—. No puedes pedirnos que no hagamos nada.

—Enviaré una nota al periódico diciendo que en ningún momento hubo intención de compromiso con tu hermana —explicó Harvey—, que solo eran buenos amigos y que estamos muy felices por el compromiso. Acudiremos al enlace y felicitaremos a la pareja, eso debe ser suficiente para acallar los rumores.

—¡Yo no pienso quedarme de brazos cruzados, maldición! —gritó Andrew— ¡Voy a retarle a duelo y a terminar con ese desgraciado!

—¡Tú no vas a retar a duelo a nadie!

Todos se volvieron hacia la puerta, donde Marianne miraba a su hermano con los ojos anegados en lágrimas.

—Mary...

—No quiero que toméis represalias contra Dudley —insistió—, ninguno de los dos.

—Te ha deshonrado —protestó Andrew.

—Haremos lo que dice nuestro padre —insistió la joven—. Ya tengo bastante con tener que soportar las burlas del resto de debutantes como para que pese sobre mi conciencia la muerte de alguien.

—¿Aún te preocupas por él? —exclamó Elijah.

—¡Me preocupo por vosotros, patán! Es mi reputación, mi vida, y seré yo la que decida.

—Pero...

—No volveré a pisar un baile en lo que resta de temporada, padre —dijo ignorando a sus

hermanos—, espero que me des tu aprobación.

—Sé que ahora estás dolida, tesoro, pero no puedes quedarte encerrada en casa.

—He terminado de buscar esposo, padre. Sabes que no me gustan los bailes y no estoy dispuesta a pasar por esta tortura ni un minuto más.

—¿Pretendes quedarte soltera? —exclamó Andrew— ¡No lo permitiré!

—Tú no tienes nada que decir, Andrew Pennington —protestó Marianne—. La decisión es de papá.

Harvey miró a su hija con compasión y asintió, suspirando.

—Si es lo que quieres —susurró—, podemos buscar un convento donde...

—No quiero ir a un convento —le interrumpió—. Quiero quedarme en casa, con mis libros. Ellos me dan toda la felicidad que necesito. Si me disculpáis, estoy cansada y me duele la cabeza, así que vuelvo a la cama.

Observaron a Marianne marcharse. Agatha se sentía tan mal por ella... Intentaría ayudar a su amiga lo más que pudiera.

—Dime que no vas a permitirselo, padre —dijo Andrew.

—Aún le queda una temporada más, si no desea volver a pisar un baile durante esta temporada no voy a oponerme.

—¡Pero padre...

—Ely, no voy a permitir que tu hermana se convierta en una solterona —le interrumpió—. Ahora mismo está muy dolida y necesita pasar su duelo. El año próximo volverá a la sociedad y encontraremos un esposo adecuado para ella.

—¿Qué podemos hacer para ayudarla? —preguntó Agatha.

—Respetar su decisión —respondió Violet abrazando a su nuera—. Ayudarla a distraerse, animándola todo lo que podamos.

—Odio verla así —protestó Nicole.

—Todos lo odiamos, querida, pero lo único que podemos hacer por ella es lo que os he dicho —insistió Violet—. Dejémosle unos días de paz y animémosla a salir de casa. Un paseo por Hyde Park sería bueno para empezar.

—Podemos hacer un picnic —sugirió Agatha—. Ella adora hacerlos.

—Una visita a la librería la animará —asintió Nicole—. He oído que han abierto una nueva cerca de aquí.

—Ahora vosotras sois sus hermanas, las más indicadas para sacarla de la profunda tristeza en la que se encuentra —añadió Violet—. Cuento con vosotras, queridas.

—Y ahora sentémonos a desayunar —ordenó Harvey—. Debemos continuar con nuestra vida como si no hubiera ocurrido nada.

Todos obedecieron, aunque el ambiente estuvo cargado de un silencio ensordecedor. La preocupación por la pequeña de los Pennington inundaba sus corazones... y sus pensamientos.

Capítulo 17

Días más tarde, Elijah se paseaba por el despacho de su hermano como un lobo enjaulado. Había recibido aquella misma mañana una misiva del marqués de Rothesay, abuelo materno de Agatha, para que fuera a visitarlo acompañado de su esposa. Se encontraba en una encrucijada. Por una parte, Rothesay era un importante par del reino y no sería adecuado ignorar su petición, y por otra estaba su esposa. Era más que evidente que ella sentía rechazo ante la presencia de aquel hombre y Ely, como su esposo, debería respetar sus deseos. Suspiró dejándose caer en uno de los sillones y se mesó el pelo con ambas manos.

—¡Tío Ely! ¡Has venido!

Elijah sonrió al escuchar a Nina, su sobrina de tres años, que corría hacia él. Abrió los brazos y la levantó por los aires, haciéndola reír.

—¿Te has escapado de la niñera? —preguntó Ely arqueando una ceja.

—Papá me dijo que estabas aquí —respondió la niña negando con la cabeza.

—Y quisiste ver a tu tío favorito, ¿mmm?

—No eres mi favorito. —Elijah fingió una expresión dolida—. No puedo quererte más que a tío Clem o a tía Mary.

—¿Y eso por qué?

—Porque se pondrían tristes, y no quiero que estén tristes. La tía Mary está muy triste últimamente y no quiere jugar conmigo.

—La tristeza de tía Mary no tiene nada que ver contigo. Lo sabes, ¿verdad?

—¿Y por qué no quiere jugar?

—Porque...

Por suerte para Ely, Nicole entró en ese momento para llevarse a la niña, por lo que se libró de contestar. ¿Cómo le explicas a una niña de tres años que su tía tiene el corazón roto? Suspiró.

—Justo a tiempo, querida cuñada —saludó.

—Nina tiene que ir a bañarse —respondió Nicky con un guiño—. Vamos, jovencita, tu niñera te está esperando.

Nina se puso de puntillas, estirando sus bracitos, para dar un sonoro y baboso beso en la mejilla de Ely, y salió a correr tal y como había entrado, como un torbellino. Sonrió.

—Es igualita a ti —comentó.

—Eso me temo —suspiró Nicole sentándose con dificultad en uno de los sillones—. Andrew vendrá en seguida, estaba jugando con Chris y debe convencerle de que debe quedarse por un rato sin su “caballo” favorito.

—Deberías habérmelo dicho —rio Ely—. Esa no es una visión de la que disfrute todos los días.

—Te serví de caballo muchas veces, botarate —protestó su hermano desde la puerta—. Estoy viejo para esto, la espalda me está matando.

—No será para tanto, Chris no pesa más de cinco libras.

Nicole le miró con los ojos como platos y estalló a reír a carcajadas.

—Creo que eres muy mal observador, Ely —respondió entre risas—. Te faltan aún veinte.

—¡Dios santo, es enorme! —rio el aludido.

—¿Qué te trae por aquí? —preguntó Andrew sirviéndole una copa.

El rostro de Ely se ensombreció. Andrew miró a su esposa de reojo, le entregó la copa a su hermano y se sirvió una para sí mismo.

—He recibido una carta de lord Rothesay esta mañana —explicó—. Me pide que vaya a verle acompañado de Agatha.

—Maldita sea... —susurró Nicole, que conocía toda la historia.

—¿Me he perdido algo?

—Rothesay es el abuelo materno de mi esposa —aclaró Ely—. Renegó de su madre cuando ella decidió casarse con Wren.

—Entiendo.

—Al parecer la situación fue un verdadero escándalo —continuó Nicky—. Su hija se escapó de casa y se casó en secreto con Wren.

—Jamás ha querido saber nada de Agatha o de su madre —prosiguió Elijah—. Ella no le conocía hasta que se acercó en el baile de los Ashley para hablar.

—Y no sabes si rechazar la invitación por tu esposa o acudir a pesar de ella —adivinó su hermano.

—Las cosas van muy bien en casa —asintió Ely—, y temo que esto afecte nuestra relación.

—¿Y qué demonios haces aquí? —protestó Andrew— Deberías estar hablando con tu esposa, no conmigo.

—Intento pedirle consejo a mi hermano mayor —bufó Ely.

—Y tu hermano te aconseja que hables con tu esposa. Explícale la situación, y si a pesar de eso ella continúa negándose a ver a Rothesay, respeta su decisión. Te aseguro que es mucho peor una esposa descontenta que un marqués desairado.

—¿Lo dice usted por experiencia, lord Pennington? —protestó Nicole con los brazos cruzados.

—Absolutamente, lady Pennington —bromeó Andrew besando a su esposa en la sien—. Prefiero enemistarme con el mismísimo rey antes que contradecirte.

—Ely va a pensar que soy una esposa horrible.

—Créeme, Nicky, sé quién de los dos es el horrible —respondió Ely guiñándole un ojo.

—Ahora eres un hombre casado y no puedes tomar decisiones que os afecten a ambos por ti mismo —continuó Andrew—. Agatha no es un bonito complemento que llevar colgado del brazo a las reuniones sociales, aunque supongo que eso lo sabes de sobra.

—Desde luego que lo sé.

—Ve a casa, siéntate con ella y habla sobre la carta. Decidas lo que decidas, si estás de acuerdo con ella será lo correcto.

—Mi esposo el filósofo ha hablado —bromeó Nicky—. Pero tiene razón, Agatha no es una niña y entenderá la situación en la que te encuentras. Confía un poco más en ella.

Ely asintió, se despidió de ellos y se marchó en dirección a la Sociedad. Su esposa había decidido ir a trabajar aquella mañana, le habían encargado otro número de la revista mensual y últimamente estaba muy ocupada. Había dormido solo demasiadas veces por ello, pero lo

prefería a cortarle las alas. Agatha era tan feliz con su trabajo que jamás le impediría realizarlo, aunque ello le costara pasar frío en la cama. La encontró reunida con William Nicholson en su despacho.

—Lo siento —se disculpó—, no sabía que estabas reunida.

—No te preocupes, Pennington —respondió Nicholson—, ya hemos terminado.

—¿Ocurre algo, Ely? —preguntó Agatha guardando sus notas en uno de los cajones del escritorio.

—Debemos hablar, es importante. —Agatha asintió.

—Ya me iba a casa, esta noche debemos acudir al baile de los Granad.

—En ese caso hablemos en casa.

—¿Es grave? Me estás preocupando.

—No, no es grave, pero es importante.

Agatha no dejó de parlotear durante todo el camino a casa, pero Ely no escuchó ni una sola palabra, su mente estaba intentando encontrar la mejor manera de abordar el tema sin causarle más dolor del necesario.

—Elijah Pennington. —Agatha se sentó sorpresivamente sobre sus rodillas y rodeó su cuello con los brazos—. No me estás escuchando.

—Perdóname. —Levantó la cabeza para recibir el beso que muy gustosamente su esposa le dio.

—Te preguntaba si Marianne ha decidido acompañarnos esta noche. Hoy has estado en casa de tus padres, ¿me equivoco?

—He ido a ver a Andrew, pero no me ha comentado nada. De ser así me lo habría dicho, supongo que aún no está preparada.

—Me preocupa. Ya ha pasado un mes desde el compromiso de Dudley y sigue sin querer salir de casa.

—Está dolida y necesita tiempo, no la presionemos más de lo necesario.

—Tienes razón, sería mucho peor hacerlo.

—Sabes que corres un peligro enorme sentada sobre mis piernas, ¿mmm?

—En absoluto. —El carruaje se detuvo y el lacayo abrió la portezuela—. Ya hemos llegado a casa.

Ely sonrió y siguió a su esposa hasta el interior de su casa. La llevó de la mano hasta el despacho y se sentó junto a ella en el sillón. Suspiró.

—¿Te vas a ir de viaje? —adivinó Agatha— ¿Es eso?

—¿A dónde iba yo a irme sin ti? —respondió desconcertado.

—Pareces un soldado que va a abandonar a su esposa para irse a la guerra.

—No, no me voy a ninguna parte. Escucha... —Sacó la carta que tenía en el bolsillo y se la entregó—. Ha llegado esta mañana.

Elijah esperó pacientemente a que Agatha leyera la misiva. Con cada palabra, el rostro de su esposa se ensombrecía más y más, y para cuando terminó de leerla maltrataba su labio inferior con los dientes. Pasó el pulgar por dicho labio para que lo dejara.

—Sé que a ti te disgusta la idea de ver al marqués, lo sé perfectamente. Pero soy el hijo de un conde, y si desprecio así a tu abuelo mi actitud podría tener repercusiones —dijo, con voz serena pero preocupada.

—No quiero verle —dijo Agatha, su voz temblando ligeramente—. No quiero verle, pero sé que te ha puesto en una posición comprometida. La vez que nos encontramos en aquel baile insultó a mi padre y...

—Escúchame, cariño. —Ely tomó sus manos entre las suyas y las besó—. No permitiré que te haga daño. Estaremos juntos en esto, y si en algún momento sientes que no puedes soportarlo más, nos iremos inmediatamente.

—No puedes controlar su lengua viperina.

—Tal vez no pueda, pero le advertiré que si insulta a tu familia de alguna manera la conversación habrá terminado.

—Prométeme que no me dejarás sola con él.

—No tenía ninguna intención de hacerlo. ¿Qué dices? ¿Vamos a ver lo que quiere?

—No tenemos opción —asintió ella.

—Tienes razón, no la tenemos, pero te prometo que nuestra visita será lo más corta posible.

—Voy a prepararme —dijo Agatha levantándose—. Debo estar impecable para que no tenga ningún motivo para despreciarme.

—Agatha. —Su esposa, que ya se dirigía hacia la puerta, se giró—. Tal vez el vizconde no te aprecie, tal vez después de esta visita no quieras saber más de él.

Se levantó, se acercó hasta ella y la envolvió entre sus brazos. Agatha apoyó la cabeza sobre su pecho, pudiendo escuchar los latidos de su corazón.

—Pero para mí, para todos los Pennington, eres única e irremplazable, no lo olvides —susurró besando su cabello.

Los ojos de Agatha se llenaron de lágrimas ante sus palabras. Asintió, se apartó de Elijah y se apresuró a salir de la habitación. Aquellas palabras habían logrado que toda la calma que había conseguido mantener durante toda la conversación desapareciera por arte de magia. Y sabía que eran ciertas, pues todos ellos le habían demostrado a lo largo de los años, y mucho más durante los meses que llevaba casada con Andrew, que era muy querida por todos. Y a pesar de haber crecido en una familia llena de amor y felicidad, el hecho de que su familia política la aceptara aun sin ser la hija de un noble la conmovía. Dios santo, era tan afortunada... Decidió ponerse uno de sus nuevos vestidos de brocado. Eran elegantes, costosos y favorecedores, justo lo que necesitaba para enfrentar a ese anciano huraño.

Cuando el carruaje se detuvo en la puerta de la mansión del marqués, toda su determinación flaqueó. Miró a Elijah con pavor, sintiendo su corazón latir a toda velocidad.

—No puedo —susurró, todo su cuerpo temblando—. No puedo...

—Por supuesto que puedes —la contradijo Ely, con firmeza—. Eres lady Agatha Pennington, la famosa botánica descubridora de la "*Dracanea draco*", la primera mujer en formar parte de la Sociedad Científica de Londres, toda una eminencia. Un simple marqués de tres al cuarto no podrá intimidarte.

—Dudo mucho que eso tenga alguna especie de valor para él —rio, aún nerviosa.

—Pero la tiene para ti, para nosotros. Demostrémosle que su opinión no nos afecta en absoluto, ¿de acuerdo?

Agatha asintió con una sonrisa a medias y aceptó la mano que le ofreció para salir del carruaje. Ely apretó su mano para infundirle el valor que necesitaba y subieron los peldaños de la mansión. Un mayordomo entrado en años les recibió y los llevó hasta el despacho del marqués. El interior de la mansión reflejaba el carácter de un anciano serio y nada meticuloso. Las habitaciones estaban llenas de muebles antiguos y pesados, colocados sin ningún orden aparente. Los retratos familiares colgaban torcidos en las paredes y las cortinas de terciopelo, desgastadas por el tiempo, bloqueaban la mayor parte de la luz, dándole a la casa un aire de penumbra perpetua. En cada rincón se encontraban objetos curiosos y anticuados: un bastón de marfil

apoyado en una esquina, una colección de relojes de bolsillo en una vitrina polvorienta y una serie de libros desordenados apilados sin mucho cuidado sobre una mesa. El aire olía a tabaco y a papel viejo, y el fuego de la chimenea, que apenas proporcionaba calor, crepitaba suavemente, llenando el salón con un leve murmullo. Los relojes de pared, todos fuera de sincronía, marcaban las horas con campanadas desordenadas, como si la casa misma compartiera el temperamento inestable de su dueño. Agatha se estremeció.

—No me siento cómoda en esta casa —susurró—. Marchémonos.

—Acabamos de llegar, Aggie. Espera un poco más, ¿de acuerdo?

El marqués entró en aquel momento en la austera habitación. Agatha se sorprendió al verle. Cuando le conoció en el baile, su apariencia era impecable, pero en aquel momento se presentaba ante ellos de manera muy distinta. Su cabello, aquella vez cuidadosamente arreglado, caía ahora desordenado sobre su frente, y su rostro mostraba una barba de varios días. Llevaba una chaqueta vieja y algo raída, con manchas que delataban descuidos recientes. No llevaba pañuelo, y sobre el puente de su nariz descansaban unas gafas de montura dorada, aunque estaban torcidas y mostraban huellas visibles en los cristales. El contraste entre la figura imponente que había conocido en el baile y el hombre desaliñado frente a ella era evidente.

—Gracias por haber aceptado venir a verme —dijo sentándose tras el escritorio—. Por favor, tomad asiento.

Ely y Agatha obedecieron, y el anciano hizo un gesto con la mano, tras el cual un sirviente entró portando una bandeja con un servicio de té. Rothesay sirvió él mismo la cálida bebida, y ofreció una taza a cada uno de sus invitados antes de aclararse la garganta.

—Antes de nada, lamento la manera en la que me comporté la primera vez que nos encontramos —se disculpó—. No era el momento ni el lugar, y lo lamento.

—Disculpas aceptadas —respondió Agatha.

—Os he hecho venir porque quería pedirlos algo, pero antes quiero daros mi versión de lo sucedido hace ya veintidós años.

—No necesita contarme nada, milord —contestó Agatha—. Sé perfectamente lo que sucedió.

—Sabes la versión de tus padres, niña, pero no conoces la mía.

—No tengo ningún interés en...

—Agatha —la interrumpió Ely poniendo una mano sobre la suya—, por favor...

Agatha suspiró, pero asintió y se dedicó a mirar para otro lado.

—Mi hija Jane era lo más valioso de mi vida —comenzó a decir el anciano—. Perdimos a su madre siendo ella una niña y siempre habíamos sido únicamente mi hija y yo.

Sacó de uno de los cajones del escritorio un pequeño retrato de ambos, él sentado en un sillón de orejas y Jane, siendo apenas una niña, sentada sobre sus rodillas riendo.

—No fue un camino fácil —continuó—, y muchas veces estuve tentado de contraer matrimonio con el objetivo de proporcionarle una nueva madre, pero en aquel entonces se produjo un caso que causó un gran revuelo en toda la ciudad.

—El caso de Emma Hastings —asintió Elijah.

—Eres muy joven para conocerlo, pero sí.

—Mis abuelos y los Hastings eran vecinos —explicó Elijah—. Toda la familia conoce la historia.

—Lord Hastings perdió a su esposa en el parto, y volvió a casarse para que su hija Emma no creciera sin una figura materna —explicó el anciano al ver la confusión en el rostro de Agatha—. Un día, al volver del club, encontró a su hija muerta entre los setos del jardín. Su

pequeño cuerpo mostraba signos de violencia y su cuello tenía las evidentes marcas del ahogamiento. Tenía solo siete años.

—Y por ello usted decidió no casarse de nuevo —adivinó Elijah.

—Así es. Cuando Jane tuvo edad de ser presentada en sociedad, tuve muy claro que investigaría muy bien al hombre con el que ella eligiera casarse. Aspiraba a casarla con alguien de mi misma posición o incluso mayor, pero un día se presentó en casa con Christopher.

—Y tú no les permitiste casarse porque él no tenía título —espetó Agatha.

—Te equivocas, no les permití casarse por el trabajo de tu padre.

Rothesay se levantó y se dirigió con paso errático hacia la ventana. Permaneció un momento mirando a través del cristal, perdido en sus pensamientos.

—Por aquel entonces tu padre solo era un científico soñador que quería hacer historia —continuó al cabo de un rato—. Sabía que estaría más concentrado en sus experimentos que en atender a su esposa, y además de eso aportaba dos hijos al matrimonio. Hice mal, lo sé, y pesará sobre mi conciencia por el resto de mi vida, pero en aquel momento creí que era lo correcto.

—Mi padre jamás dejó sola a mi madre —respondió Agatha en un susurro—, ni una sola vez.

—Me alegra saberlo.

—¿Y qué tiene que decir de mí, lord Rothesay? ¿Por qué nunca quiso saber nada de mí?

—¡Eso no es cierto! —gritó el marqués dándose la vuelta— Intenté verte un millar de veces, ¡pero tu padre no me lo permitió!

Abrió un cajón de una de las vitrinas que había tras el escritorio y sacó una libreta llena de recortes de periódico sobre su descubrimiento y todos sus artículos de la revista. ¡Todos y cada uno de ellos! Agatha levantó la mirada de los recortes para mirar a su abuelo con asombro.

—No puedo expresar lo orgulloso que me sentí el día que supe de tu descubrimiento, Agatha —continuó el vizconde con la voz rota—. Lo orgulloso que me siento de ti. Habría dado mi vida entera por poder formar parte de tu vida, pero me fue negado ese derecho.

—No te creo, mi padre jamás me privaría de...

—Pregúntale si no me crees —la interrumpió—. Mi error me costó el derecho de conocer a mi única nieta.

Rothesay se estiró sobre el escritorio y tomó la mano de Agatha. Sintió las del anciano ásperas, pero sorprendentemente muy reconfortantes.

—Me queda muy poco tiempo, Agatha —continuó—. El doctor dice que mi hora se acerca, y no quiero morirme sin hacer las cosas como corresponde.

—¿Qué puedo hacer yo? —susurró Agatha.

—Ayúdame a reunirme con tus padres. Ayúdame a pedirles perdón por todo el mal que haya podido hacerles.

—Yo... veré lo que puedo hacer.

—Y te ruego que me dejes formar parte de tu vida el poco tiempo que me queda. Sé que no lo merezco, pero le darías paz al corazón de este viejo decrépito.

Agatha miró a Ely, que asintió con una sonrisa. Estaba muy confundida, pero en el fondo sabía que aquel anciano estaba diciéndole la verdad. Asintió.

—Tal vez te gustaría venir a casa —sugirió—. La señora Whitley hace la mejor tarta de manzanas de la ciudad.

—Será un honor, hija —respondió el marqués con los ojos anegados en lágrimas—. Hay muchas cosas que quiero contarte.

Capítulo 18

Elijah se despertó aquella mañana con el calor del cuerpo desnudo de Agatha envolviéndole. Habían hecho el amor la noche anterior, y se habían quedado dormidos antes de poder ponerse la ropa de dormir. Su esposa se dio entonces la vuelta y se acurrucó junto a él, pegando sus nalgas al miembro de Ely, que gimió. Debería estar prohibido ser tan condenadamente deseable como era su esposa, de seguir así tendría un bebé en su vientre muy pronto. La sola idea de un hijo que fuera fruto de aquel matrimonio le hizo sonreír. Le encantaba la idea de una Agatha embarazada, y podía imaginarla perfectamente haciendo su trabajo en la Sociedad con el niño durmiendo a su lado, en su cochecito.

Agatha volvió a moverse en sueños y Ely no pudo soportarlo más. Alargó la mano hasta abarcar uno de sus pechos, suave debido al sueño, y acarició distraídamente el pequeño brote rosado hasta que su esposa abrió los ojos, sonriendo.

—Buenos días —susurró Agatha estirándose—. ¿Has dormido bien?

—El despertar ha sido infinitamente mejor —ronroneó Ely mordisqueando la piel de su cuello.

Elijah ya estaba completamente excitado, pero continuó con sus caricias leves, observando con satisfacción que los ojos de Agatha se oscurecían, que sus labios se abrían en busca de aire y que su piel se enrojecía debido al deseo.

—Me encanta tocarte cuando te despiertas —susurró—. Tu piel es tan suave debido al sueño que... —Agatha le silenció con un beso.

—A mí me encanta que lo hagas. No dejes de hacerlo, por favor.

—Créeme, cariño... No tengo ninguna intención de hacerlo.

Elijah acercó su boca a la de su esposa y hundió la lengua en ella, saboreando las mieles del sueño. Agatha rodeó a medias su cuello con el brazo que tenía libre y tiró de su cabello, haciéndole jadear. Acarició su pecho, primero uno y después el otro, mientras su boca llenaba de besos y mordiscos la piel sensible de su cuello de cisne.

—Dios santo, Aggie, estoy tan loco por ti...

Apartó las mantas que los cubrían y colocó a su esposa de rodillas sobre la cama, con las manos apoyadas sobre la almohada.

—No puedo esperar más, sujétate —advirtió.

Se enterró en ella despacio, dejando escapar un jadeo cuando estuvo completamente dentro de ella. Era tan cálida y estrecha... Si le hacía el amor en aquella postura no duraría demasiado, pero al ver lo mucho que disfrutaba Agatha de sus embestidas, no se detuvo hasta que su esposa fue recorrida por el orgasmo. La incorporó lo suficiente como para pegar la espalda femenina a su pecho y la besó en la nuca, hundiendo un dedo entre sus pliegues para encontrar el pequeño botón hinchado escondido entre ellos.

—¡Dios santo, Ely!

El suspiro de Agatha le hizo sonreír. En aquel momento, viendo lo mucho que su esposa

confiaba en él (lo suficiente como para hacer lo que le pedía sin dudar ni un segundo) se sintió el hombre más poderoso de Inglaterra. Agatha gimió, se convulsionó entre sus brazos y quedó desmadejada sobre la cama. Ely se tumbó a su lado, acariciándose lentamente a sí mismo para no perder su erección, observando a su esposa con una enorme sonrisa mientras ella se recuperaba.

—Ahora quiero que te sientes sobre mí —pidió—. Tendrás que guiarme tú misma a tu interior, ¿podrás hacerlo?

—Claro que sí.

Agatha se sentó a horcajadas sobre su esposo, sujetó con firmeza su miembro con la mano y lo guio hacia su entrada, mordiéndose el labio en el proceso. En cuanto Ely se sintió engullido por ella, la sujetó de las caderas y la ayudó a moverse, apretando los dientes ante el placer que estaba sintiendo. Sonrió cuando Agatha abrió los ojos como platos, sorprendida de poder controlarlo todo.

—Soy todo tuyo, haz conmigo lo que quieras —bromeó poniendo los brazos sobre la cabeza.

No le duró demasiado la postura. En cuanto Agatha comenzó a moverse arriba y abajo, moviendo las caderas en un leve vaivén que le hizo rozar el cielo con las manos, Ely tuvo que sujetarse a la sábana para no tomarla de la cintura y darle la vuelta para ser él quien le hiciera el amor a ella. El placer era tan intenso que necesitaba con urgencia liberarse, pero Agatha estaba disfrutando tanto de su recién adquirido poder que no tuvo el valor suficiente para arrebatárselo. La atrajo hacia su pecho y se metió uno de los pequeños pezones en la boca. Agatha sujetó su nuca para que no dejara de hacerlo y movió las caderas en círculos, rozando sus paredes con la caliente verga de Elijah. Estaba a punto de llegar al orgasmo, sus manos apretaron el cabello de Agatha en un puño y la atrajeron hasta que pudo besarla de manera salvaje. Estaba tan cerca... El orgasmo de su esposa le arrastró con ella. Las pequeñas convulsiones de su interior le ordeñaron hasta que él también se rompió en mil pedazos, cayendo jadeante, y sin fuerzas, con los brazos abiertos sobre la cama. Agatha se quedó tumbada sobre su pecho, aún unida a él, jadeando con el rostro surcado por las lágrimas del placer.

Mucho tiempo después, cuando al fin pudo recuperar el aliento, Ely salió de su esposa, la colocó a su lado y cubrió el cuerpo de ambos con las mantas, abrazándola.

—Debería ser delito ser tan deseable —ronroneó—. Te deseo tanto que siento el impulso de hacerte el amor en los lugares más inadecuados.

—No es cierto —rio ella.

—Desde luego que lo es. Ayer, cuando trabajabas en tu libro en tu despacho de la Sociedad, estuve tentado de tirar todo lo que había sobre el escritorio al suelo, tumbarte sobre él y enterrarme en ti con fuerza.

—¡Ely!

—Y el otro día, en casa de mis padres, estuve a punto de arrastrarte hasta mi antigua habitación y hacerte el amor en ella. No lo hice porque sería una falta de respeto dadas las circunstancias, que si no...

—Ya me has hecho el amor en casa de tus padres, en nuestra noche de bodas.

—Pero no es lo mismo.

—¿Cómo no va a serlo?

—Porque ahora no tengo que controlarme. Aquella vez fui muy cuidadoso porque eras virgen, ahora no tengo que temer hacerte daño.

—¿Hoy no piensas levantarte?

—Es domingo, no tengo que hacerlo —respondió Ely apretándola aún más contra su

pecho.

—Pero yo si tengo que hacerlo —rio ella—. Voy a llevar a Mary a dar un paseo por el parque.

—¿Al fin ha accedido a salir de casa?

—Digamos que no le he dado más opción que hacerlo. Vamos, suéltame o cambiará de opinión antes de que llegue a recogerla.

—Está bien —suspiró—, pero le dices a mi hermana que debe estarme muy agradecida por haberte dejado escapar.

—No voy a decirle nada de eso —rio Agatha—. ¿Te quedarás en casa?

—No, ya que te vas con mi hermana voy a acercarme a la Sociedad para continuar con mi experimento —respondió Ely levantándose también de la cama—. Nos veremos a la hora del almuerzo. Esta tarde podemos hacer algo divertido.

—Me gusta mucho la idea.

Se despidió de su mujer tras el desayuno y se dirigió a la Sociedad. Pasó gran parte de la mañana enfrascado en sus investigaciones, y para cuando llegó la hora de regresar a casa había hecho grandes avances. Recogió los papeles esparcidos por todo el despacho, los guardó cuidadosamente en su caja fuerte y tomó su sombrero y su abrigo dispuesto a marcharse.

—¿Se puede saber qué demonios haces aquí? —Gilbert Blane le miró con sorna—. Si yo tuviera una esposa como la tuya esperándome en casa, te aseguro que llevaría a cabo actividades mucho más placenteras un domingo por la mañana.

—Esa esposa que todos envidiáis me ha abandonado esta mañana por mi hermana —suspiró—. Al fin ha decidido salir de casa.

—Esa es una gran noticia.

—¿Y tú qué haces por aquí?

—La reina me ha pedido que le muestre mis informes sobre la afección del rey.

—¿No dijiste que Jorge lo mantenía en secreto de ella?

—Hemos llegado al punto en que es inevitable que la reina lo descubra, me temo.

—Lamento oír eso.

—Ninguno de los tratamientos funciona. He consultado con médicos de todas partes del mundo y ninguno de ellos tiene cura para su afección. Me temo que pronto tendrá que ser recluido en alguna institución.

—Carlota no lo permitirá.

—Debo irme, los reyes no entienden de días de descanso.

—Que tengas un buen día, Gilbert.

—A ti no voy a deseártelo, porque seguro que lo tendrás.

El médico palmeó el hombro de su amigo y se marchó. Ely subió a su carruaje y puso rumbo hacia su hogar. A pocas calles de allí, una nube de humo negro entró en el habitáculo, haciéndole toser.

—¿Qué ocurre, Philips? —preguntó al cochero.

—Un incendio, milord —explicó el sirviente—. Parece haberse producido en nuestra dirección.

Sintió una opresión en el pecho y salió del carruaje de un salto. En efecto, el humo venía de la calle St James, y un mal presentimiento le invadió. Corrió hacia su hogar rezando porque aquella opresión no fuera más que una maldita indigestión, pero cuando estuvo a pocos metros de llegar a su hogar, los agentes de Bow Street le detuvieron.

—Lord Pennington, no es seguro dejarle pasar —explicó uno de los agentes—. Su casa

ha sido una de las afectadas y...

—¡Déjenme pasar! ¡Mi esposa está dentro! —gritó con desesperación, sintiendo que el mundo se derrumbaba a su alrededor.

—Haremos todo lo posible por sacarla de allí, pero tendrá que esperar aquí.

Intentó traspasar la barrera que formaban los agentes, pero estos le sujetaron con facilidad. Se debatía con todas sus fuerzas, pero parecía que sus esfuerzos eran en vano.

—¡Suéltense! ¡Tengo que ir a salvarla! —Su voz se quebró, reflejando la impotencia y el terror que lo consumían.

—Los bomberos ya están en su casa, lord Pennington, y le aseguro que si lady Pennington está en peligro, ellos la salvarán. Si sigue usted intentando pasar no tendré más remedio que detenerle.

—¡No me importa! ¡No pienso dejar a mi mujer ahí sola! ¡Suéltense, maldición!

—Lo lamento, lord Pennington, pero hago esto por su seguridad.

El policía esposó a Ely y lo llevó hacia el carruaje policial, donde le dejó encerrado.

—Le sacaré de aquí cuando el incendio haya sido controlado, milord —avisó.

—¡Suéltense, desgraciado! ¡Tengo que salvar a mi mujer!

Ely se dejó caer en el asiento cuando se dio cuenta de que el agente no iba a liberarlo. Rezó porque Agatha estuviera a salvo, porque todos estuvieran a salvo. Se sintió impotente, más impotente de lo que se había sentido en toda su vida. Solo de pensar en que Agatha hubiera sido pasto de las llamas... Fue en ese preciso momento cuando lo supo: se había enamorado de ella. Ni siquiera sabía cómo había ocurrido, tan solo lo sabía.

—Por favor, no me arrebatas tan pronto a la mujer que amo —susurró con lágrimas corriendo por sus mejillas.

Cerca de allí, Agatha regresaba de su paseo con Marianne. Había sido una mañana muy satisfactoria aunque su cuñada hubiera estado gran parte de ella pidiéndole regresar a casa. No se lo había permitido, por supuesto. La había llevado al mercadillo con la excusa de comprar algunos adornos y plumas para sus vestidos, habían ido a tomar un trozo de pastel a *La Pâtisserie*, la repostería más famosa de la ciudad, y por último había logrado que Marianne accediera a dar con ella un paseo por Hyde Park. A la vuelta, habían decidido pasar por la Real Sociedad para recoger allí a Ely y regresar juntos a casa, pero cuando llegaron su esposo ya se había marchado. Acompañó entonces a Marianne hasta el hogar familiar en el carruaje y decidió regresar a casa dando un paseo desde allí.

Llevaba demasiadas horas sin ver a Elijah y le echaba de menos. Solían pasar gran parte de la mañana juntos, ya fuera en casa o en la Sociedad, y haber estado alejada de él tanto tiempo no le había gustado nada. Necesitaba llegar pronto a casa para contarle lo que había hecho durante la mañana y preguntarle por sus investigaciones. Necesitaba tenerle cerca. Suspiró. Amaba tanto a su esposo que su sola presencia la reconfortaba. Se detuvo en seco cuando vio una nube de humo sobre los edificios. Parecía venir de su dirección. Su corazón se aceleró, y un nudo de miedo se formó en su estómago. Dio un paso, y otro más, y sus pasos se convirtieron en una carrera desesperada por llegar a su casa y comprobar que estaba equivocada, pero varios agentes de Bow Street la detuvieron.

—¡Déjenme pasar! —gritó, con la voz entrecortada—. ¡Mi esposo está ahí dentro!

—Esto ya lo he vivido antes... —susurró uno de los agentes.

El que parecía ser el jefe miró a dicho agente con fastidio y le lanzó la llave del carruaje.

—Lady Pennington, si se calma...

—¡No voy a calmarme! —le interrumpió, casi histérica—. ¿Qué demonios hacen aquí parados? ¡Salven a mi esposo!

—Milady, su esposo está...

—¿Agatha?

Agatha se giró lentamente hacia aquella voz que conocía tan bien. Ante sus ojos se alzaba la figura de Elijah, que caminaba hacia ella con lentitud.

—¡Dios mío, estás bien!

Se lanzó a sus brazos sin dudar y el primer sollozo escapó de sus labios. Sintió tal mezcla de alivio y gratitud que le fallaron las rodillas y habría terminado cayendo al suelo de no ser porque Ely la sujetaba con fuerza.

—Estás a salvo —sollozó, las lágrimas brotando sin control—. Estás a salvo.

—Tranquila... Estoy aquí...

—Creí que te perdía, tuve tanto miedo que...

Elijah la silenció con un beso. No le importó que estuvieran en medio de la calle St James, ni que hubiera más de un centenar de personas alrededor. Solo le importaba que Agatha, su Agatha, estaba sana y salva y que todo había quedado en una horrible pesadilla. Cuando el beso terminó, Agatha se acurrucó en el pecho de Ely a la espera de alguna noticia sobre su casa.

—¡Ely, el servicio! —exclamó Agatha de repente, la voz todavía temblorosa.

—Aún no sé nada, espero que todos estén ilesos.

—Todos están bien —respondió el agente—. El mayordomo ha sufrido algunas quemaduras, aunque no son de gravedad. Le hemos llevado al hospital de San Bartolomé, milord.

—¿Cuál es su nombre, agente?

—Soy el agente Dawson, milord.

—Lamento los inconvenientes, Dawson.

—No debe lamentarlo, yo habría hecho lo mismo si se hubiera tratado de mi esposa.

El incendio destruyó por completo el hogar de Elijah y Agatha. Todo había sido reducido a escombros, sus pertenencias habían quedado completamente calcinadas. Elijah intentó adentrarse en las ruinas, pero una viga de madera cayó, levantando una nube de cenizas que le hizo regresar a la calle.

—¿Qué haremos ahora? —susurró Agatha.

—Iremos a casa de mis padres. Ya veremos qué hacer cuando logremos calmarnos un poco.

—Lo hemos perdido todo. Toda nuestra vida... ¡Mi trabajo, Ely! ¡La mayoría de mis dibujos estaban en el despacho! Y el tuyo... tus investigaciones...

—Agatha...

—¿Qué vamos a hacer? —Las lágrimas volvían a caer por sus mejillas.

—Escúchame, cariño. —Elijah la sujetó por los brazos para llamar su atención—. Reconstruiremos nuestro hogar, saldremos adelante.

—Tardaremos mucho tiempo, ¿Y qué me dices de nuestros trabajos?

—Mis investigaciones están a buen recaudo en la caja fuerte de la Sociedad. En cuanto a tus dibujos... Lo lamento mucho, cariño, pero tendrás que empezar de nuevo.

—Puedo hacerlo —asintió Agatha limpiándose las lágrimas con determinación—. Tardaré más en publicar mi libro, pero lo conseguiré.

Elijah miró a los sirvientes, cubiertos de hollín, que aún miraban la casa con la desolación

dibujada en sus rostros.

—Diríjanse a la casa de mis padres —ordenó—. Tomen algunos coches de alquiler, deben estar agotados.

Observaron al servicio alejarse por la calle, y Ely abrazó a Agatha por la cintura para guiarla en la misma dirección.

—Mi carruaje está cerca, vayámonos —informó.

Cuando cruzaron las puertas de la casa del conde, Frederick, el mayordomo, abrió los ojos con sorpresa ante el estado de Ely.

—Solo es hollín, Frederick, estoy bien —aclaró.

—¿Qué diantres le ha pasado, milord?

—Un incendio. ¿Están mis padres en casa?

—En la sala de música, milord. Aunque si me acepta un consejo, espérenles en la biblioteca. —Se acercó a su oído para hablar en susurros—. Están bastante... ocupados, no sé si me entiende.

—Primero iremos a darnos un baño. Haz que suban agua a mi habitación, por favor.

—Por supuesto, milord.

Subieron a su dormitorio, y poco después varios lacayos llevaron cubos de agua caliente. Desnudó a Agatha lentamente y la ayudó a entrar en la bañera. Él se lavó el hollín en la palangana y se metió también, colocando a su esposa entre sus piernas para que pudiera apoyar la espalda en su pecho. Suspiró al sentir el calor del agua calmar sus músculos tensos.

—Gracias a Dios que aún no habías llegado —suspiró—. Casi muero al pensar que estabas en casa.

—Fui a buscarte a la Sociedad. Intentaba mantener a Marianne el mayor tiempo posible fuera de casa. Eso me salvó.

—¿Cómo te ha ido con mi hermana?

—Es cabezota, pero yo lo soy aún más. Hemos ido al mercadillo, a tomar un pastel y a pasear por Hyde Park.

—¿Está más animada?

—No demasiado, pero me equivoqué pensando que tenía el corazón roto. Se siente estúpida por haber pensado que Dudley estaba realmente interesado en ella, nada más.

—¿Entonces por qué continúa encerrada?

—Supongo que porque no quiere que la miren con lástima o hablen de ella cada vez que acude a una reunión social.

Terminaron su baño y bajaron a la biblioteca. Por suerte el vestido de Agatha no se había manchado, y Ely tenía ropa de repuesto en aquella casa, así que tomó uno de sus trajes y se deshizo de la ropa manchada. Marianne estaba escondida en su rincón de lectura, y asomó la cabeza levemente cuando escuchó el sonido de la puerta al abrirse.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó—. Creí que ibais a pasar la tarde juntos y a solas.

—Hemos tenido que cambiar de planes —respondió su hermano sirviendo una copa de bourbon para él y otra para Agatha.

—Nunca he bebido Bourbon —susurró su esposa.

—Hoy lo necesitas. Bébelo en pequeños sorbos, te calmará.

—¿Qué ha ocurrido para que Agatha deba calmarse? —Marianne salió rápidamente de su escondite y se sentó junto a su cuñada.

—Ha habido un incendio —susurró Agatha—. Lo hemos perdido todo.

Marianne miró a su hermano con sorpresa, que asintió. Abrazó a su cuñada con fuerza y

apoyó la cabeza en su hombro sin soltarla, intentando darle alguna clase de consuelo. Sus padres llegaron en ese momento a toda prisa, seguramente advertidos por Frederick de lo ocurrido.

—¿Estáis bien? —exclamó Violet, revisando a su hijo buscando algún tipo de daño.

—Estamos bien, madre. Ninguno de nosotros estaba en casa.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Harvey— ¿Cómo ha ocurrido este desastre?

—Aún lo están investigando —explicó Ely—. Los agentes creen que el incendio se originó en la casa vecina, pero aún no saben el motivo. Me informarán en cuanto lo averigüen.

—¿Los daños son muy graves? —preguntó el conde.

—Nuestra casa ha quedado reducida a cenizas —respondió Agatha—. Lo hemos perdido todo.

Violet se sentó al otro lado de su nuera y la abrazó. Se sentía tan mal al verla tan triste y decaída...

—No te preocupes, querida, todo se solucionará —la animó.

—La reconstruiremos —asintió el conde—. Os quedaréis aquí hasta que vuelva a estar en pie.

—Los objetos pueden recuperarse —continuó diciendo la condesa—. Mañana iremos a ver a madame Fairfax para confeccionarte un nuevo guardarropa. Iremos a comprar sombreros, zapatos, guantes... todo lo necesario para una dama.

—Yo os acompañaré —se ofreció Marianne, sorprendiendo a su madre—. Sé que si lo hago ella estará feliz.

—Desde luego que lo estaré —respondió Agatha.

—Ahora debéis comer algo —sugirió Violet—. Apuesto a que no habéis almorzado.

—Te lo agradezco, pero no tengo hambre —respondió Agatha.

—Tonterías, desde luego yo estoy famélico. Comamos algo y vayamos a descansar un poco, debes estar agotada.

Agatha asintió y siguió a Violet y Marianne por el pasillo. Elijah suspiró.

—Casi la pierdo —susurró con la voz temblorosa—. Si no llega a ir a buscarme, yo...

—No pienses en eso, hijo —le interrumpió el conde rodeando sus hombros con el brazo—. Tu esposa está a salvo, no le des más vueltas a lo que podría haber pasado.

—La amo —confesó.

—¿Y ahora te das cuenta? —rio Harvey— Vayamos a comer, anda. Creo que a tu esposa le hace falta estar a tu lado.

Capítulo 19

Aquella noche se celebraba el baile anual del marqués de Waterford, gran amigo de los Pennington. Tras varias semanas de permanecer en casa debido a la falta de vestuario (madame Fairfax solo pudo arreglarle un par de vestidos para usar inmediatamente), al fin había llegado el guardarropa de Agatha el día anterior, por lo que podrían acudir al evento sin problemas. Elijah deseaba que Agatha se distrajera. Desde el día del incendio, su esposa acostumbraba a encerrarse en la biblioteca durante todo el día para volver a hacer sus dibujos. Aceptaba la ayuda de Marianne, que sacaba punta a sus lápices de carboncillo o la obligaba a hidratarse y a comer, pero nadie más era bien recibido en el espacio que había tomado como suyo: el rincón de pensar de su hermana. Le preocupaba. La noche anterior se quedó dormida antes de que su cabeza tocara la almohada y aquella tarde la había tenido que obligar a descansar para que pudiera soportar la velada.

Dejó el vaso sobre la mesa y suspiró. Había ido a ver a su hermano, que salía pocas veces de casa debido al avanzado estado de gestación de su esposa. Nicole estaba aquel día guardando reposo, tenía las piernas hinchadas y el doctor Baxter le había aconsejado guardar cama.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Andrew sin levantar la mirada de los papeles que revisaba.

—Estoy preocupado por Agatha.

—¿Sigue encerrada en la biblioteca?

—Si no fuera por Marianne ni siquiera se acordaría de comer. Tiene bolsas en los ojos y temo que se desvanezca en cualquier momento debido al cansancio.

—¿Has hablado con ella?

—La verdad es que no.

—¿Y por qué demonios no?

—La entiendo, Drew. Ha perdido todo su trabajo, los dibujos en los que llevaba trabajando ya dos años. Tiene que empezar de cero y ve la publicación de su libro alejarse sin poder evitarlo. Eso sin contar que ha perdido todas sus pertenencias, hasta las que tenían un valor sentimental para ella.

—Pero está viva, hermano. Está viva para volver a rehacer ese trabajo.

—Lo sé.

—¿Acudiréis esta noche al baile? Nicky me obliga a ir en su nombre, pero creo que me quedaré con ella en casa.

—Nosotros sí iremos, y Marianne también lo hará.

—¿Ha decidido volver?

—No, lo hace por Waterford. El viejo vino ayer a casa para rogarle que acudiera y ya sabes que ella no puede negarle nada.

—Debería darle las gracias a Abraham por ello.

—No te hagas ilusiones, ya le ha advertido a nuestra madre que es el único baile al que asistirá.

—También debe acudir al de nuestra madre.

—Para ella no es un baile como tal, supongo que hará acto de presencia y en cuanto tenga ocasión escapará a la biblioteca.

—No sabes cuánto me arrepiento de haberle hecho aquel escondite —bufó Andrew—. De haberlo sabido...

—Ya no puedes lamentarte. Lo hecho, hecho está.

—¿Ha habido noticias de Clem?

—Ayer llegó una carta. Padre te la dará a leer cuando vayas a casa, pero dice que está perfectamente y que traerá regalos para todos cuando regrese.

—Me alegro de que haya encontrado algo en lo que ocupar su tiempo. Con su problema me preocupaba que anduviera ocioso.

—Yo también, aunque pase demasiado tiempo fuera de casa.

—Cuando decida casarse eso cambiará.

—Tal vez pueda hablar con William Cunningham —sugirió Ely—. Trabaja en el museo de arqueología y podría pedirle que le ofrezca un puesto a Clem.

—Sería una solución magnífica. Seguiría viajando, por supuesto, pero pasaría más tiempo en casa.

—Y tendremos oportunidad de buscarle una esposa —continuó Ely con una sonrisa diabólica.

—¿Ahora que te has casado quieres que él también lo haga? —rio Drew.

—Quiero que nuestro hermano pruebe las deliciosas mieles del matrimonio.

—Amén por eso.

—Estoy enamorado de Agatha —confesó Ely de repente.

—Era hora de que te dieras cuenta.

—Nuestro padre me dijo algo parecido cuando se lo confesé —rio.

—Si te sirve de consuelo, yo también me di cuenta algo después que el resto.

—Parece que los hombres de esta familia no son muy avisados. —Nicole entró en la habitación precedida por su enorme barriga.

—Sigo diciendo que serán gemelos —comentó Ely.

—¿Qué haces aquí, mi amor? —Andrew se levantó y ayudó a su esposa a sentarse en el sofá, cubriendo sus piernas con una cálida manta—. El doctor Baxter dijo que debes guardar cama.

—Me aburro —protestó ella—. Es más interesante escuchar a mi cuñado decir que ama a su esposa.

—¿Desde cuándo estás escuchando? —rio Ely.

—Reconozco que llevo un rato escondida pensando si entrar o no —reconoció la mujer—. No soportaba más estar postrada en la cama, pero no quería arriesgarme a una reprimenda de tu hermano.

Andrew tomó el escabel y lo colocó de tal forma que Nicole pudiera apoyar las piernas sobre él, cubrió sus pies con la manta y la besó suavemente en los labios.

—¿Iréis al baile de Waterford? —preguntó Nicky.

—Iremos, y Marianne nos acompañará.

—Abraham la ha convencido —aclaró su esposo.

—Esperemos que sea el principio y que aproveche lo que queda de temporada.

—No cantes victoria, ya le ha advertido a nuestra madre que no lo hará —aclaró Ely.

—¿Cómo está Agatha?

—Mejor, aunque continúa pasando demasiado tiempo con su trabajo.

—Le enviaré una nota mañana para que venga a verme. Podemos tomar el té en el jardín y nos distraeremos mutuamente.

—Me parece una idea estupenda. —Ely se levantó—. Debo irme, tengo que arreglarme para el baile.

—Que te diviertas —le deseó su hermano.

—Tú también irás —advirtió Nicky.

—Voy a quedarme contigo —insistió Drew—. Así aprenderás a hacer caso de las advertencias del doctor.

Poco después, Ely esperaba a las tres mujeres de la casa acompañado de su padre. Levantó la mirada y las vio aparecer en lo alto de la escalera, riendo por algo. Agatha iba aquella noche vestida de terciopelo de color esmeralda, que contrastaba con el borgoña del vestido de su madre y el celeste del vestido de Marianne. Estaba increíblemente hermosa. Observó que su esposa llevaba las esmeraldas de su madre, y maldijo en silencio por no haberse acordado de ese pequeño detalle: todas sus joyas habían desaparecido en el incendio. El agente Dawson dijo que seguramente había sido obra de algún delincuente, que había aprovechado la ocasión para saquear las ruinas de su vivienda. Al día siguiente iría a la joyería para encargarse de algunas joyas para su esposa.

—Jamás había sido testigo de tanta belleza junta —dijo su padre, haciéndole reír—. Están preciosas, señoras.

Ofreció el brazo a su esposa y a su hija y salió de la casa con ambas, dejando a Ely a solas con Agatha.

—Cada día que pasa eres más hermosa —susurró colocando un mechón rebelde de su cabello—. Lamento que tengas que llevar joyas prestadas, me encargaré de ello.

—No son prestadas, tu madre me las ha regalado.

—¿De veras?

—Estas y muchas más, de hecho. Las ha estado recopilando a lo largo de los años para tu hermana y para nosotras.

—No tenía conocimiento de ello. ¿Nos vamos? El carruaje nos espera.

—La verdad es que tenía ganas de salir esta noche —reconoció Agatha—. Llevo demasiado tiempo encerrada en la biblioteca, pero no puedo recuperar todo el trabajo que he perdido en una semana.

—Me alegro de oír eso, me tenías muy preocupado.

—Estoy bien, de veras.

—Estás mucho más delgada.

—Madame Fairfax ha tenido que modificar el vestido esta mañana —reconoció avergonzada—. Los demás me quedan bien, pero este, que era menos ajustado, me quedaba un poco grande.

—Agatha...

—Te prometo que no volverá a ocurrir, Ely. A partir de mañana regresaré a la rutina en la Sociedad y me tomaré las cosas con más calma. No podré publicar mi libro este año, y tal vez tampoco el siguiente, pero tarde o temprano lo haré.

—Estoy muy orgulloso de ti.

Waterford esperaba a sus invitados acompañado de su hijo, Lucius Wembley, vizconde de St Vincent. En cuanto se vieron, el conde y él se fundieron en un caluroso abrazo, que se extendió también al vizconde.

—Me alegro de verte, Lucius —dijo Harvey—. ¿Cómo está Sebastian?

—Muy bien, aunque me habría gustado tenerle hoy aquí —respondió el vizconde.

—He oído que ha tenido un éxito notable en su última inversión.

—Su plantación en el Caribe ha dado buenos frutos —asintió Lucius—. Si continúa así, mi fortuna parecerá calderilla en comparación con la suya.

—Me alegra que hayas venido, pequeña —dijo Abraham acariciando el cabello de Marianne.

—Lo he hecho por ti, Abraham —respondió Marianne—. Aunque dudo mucho que vayas a morir en breve, como quisiste hacerme creer.

—Tengo la salud de un roble, niña —se jactó el marqués.

—Eres un mentiroso... —protestó Mary, aunque sonreía.

—Más bien soy muy persuasivo —la corrigió Waterford.

—Lo que eres es un liante —intervino Lucius—. Pasen al salón, mi esposa les recibirá.

La velada fue maravillosa. Ely bailó con Agatha tantas veces que había perdido la cuenta. Bailó también con Marianne, con su madre e incluso con Josephine, y en aquel momento observaba bailar a su esposa con St Vincent.

—Dudley la rechazó. —Elijah se tensó al escuchar la conversación que tenían unos hombres a su lado—. Si no tuviera unos hermanos tan malditamente protectores la joven estaría más que casada.

—No digas tonterías... Esa joven se ha quitado un gran peso de encima —dijo otra voz.

—Eso es lo que dicen para suavizar el escándalo —añadió el primero—. Si no tuviera que lidiar con los Pennington te aseguro que yo mismo andaré detrás de sus faldas. Quien sabe, ahora que está deshonrada...

No pudo terminar la frase, porque el puño de Elijah se estampó sobre aquella boca deslenguada antes de que pudiera hacerlo. El salón al completo se quedó en silencio. Intentó lanzarse sobre el hombre que había terminado en el suelo, pero unos fuertes brazos le sujetaron.

—Cálmate, hombre, no merece la pena —dijo el caballero.

—Voy a matarte —amenazó con los dientes apretados—. Si vuelvo a oírte hablar así de mi hermana...

—¡Lárgate de una vez, Pembroke! —gritó el hombre a su espalda.

No le soltó hasta que Pembroke abandonó la fiesta. Se sacudió para colocarse mejor la chaqueta y le miró con reproche.

—No me mires así, lo último que necesita tu familia es otro escándalo y lo sabes —se defendió el desconocido.

—Tienes razón.

—No nos conocemos, aunque por tu reacción adivino que eres un Pennington.

—Elijah —asintió Ely—. Elijah Pennington.

—Un placer. Soy Maximilian Murray, pero mis amigos me llaman Max.

—No somos amigos —dijo Ely sonriendo.

—¿Cómo que no? Acabo de salvar tu cuello.

—Mis amigos me llaman Ely.

—Mucho mejor. Venga, vayamos a tomar una copa, creo que la necesitas.

—Lo que necesito es matar a ese desgraciado.

—Pembroke es un fanfarrón, aunque inofensivo. Le gusta presumir, pero sería incapaz de hacerle daño a una mosca.

—Antes has dicho que mi hermana se ha quitado un gran peso de encima. ¿A qué te

referías?

—¿No te has enterado? Resulta que Dudley tenía una gran deuda de juego. Le hacía falta cazar una gran fortuna rápidamente para que su padre no se enterase de su desliz.

—Así que por eso cambió a Marianne por la señorita Evenson...

—Como he dicho, tu hermana tuvo mucha suerte.

—Ya lo creo. ¿Y qué hace un escocés por estos lares?

—Ese de ahí —dijo señalando a Waterford— resulta que es mi abuelo.

—Oh... Así que eres uno de los escurridizos nietos escoceses.

—Veo que has oído hablar de mí.

—Tu abuelo y mi padre son íntimos amigos, como ya sabrás. Es difícil no haber oído hablar de ti, aunque di por sentado que tu apellido sería Wembley.

—Mi madre es su hija —aclaró Max—. Conoció a mi padre en uno de sus muchos viajes a Edimburgo y se escaparon a Gretna Green.

—No hablas en serio...

—La verdad es que no, pero mi historia es mucho más emocionante que la real. Se conocieron, mi padre pidió su mano y mi abuelo aceptó. Es el conde Granard.

—Mis condolencias —bromeó Ely—. Mi hermano también pasa por eso.

—Es un mal que todos los primogénitos padecemos, me temo.

Ely se giró y vio a su esposa dirigiéndose hacia él. Le sonrió, y ella le devolvió la sonrisa.

—¿Tu esposa? —adivinó Murray.

—Mi esposa —asintió Ely.

—En ese caso, yo me retiro. Ha sido un placer conocerte, Ely.

—Lo mismo digo, Max.

Ely observó a su nuevo amigo marcharse y giró la cabeza justo cuando Agatha llegaba a él.

—¿Quién es? —preguntó.

—Max Murray, el nieto de Abraham.

—¿Vas a explicarme qué ha ocurrido hace un momento? —Ely suspiró.

—Estaba hablando mal de Marianne —confesó—. Insinuó que ahora que Dudley la había descartado cualquiera podría meterse bajo su falda sin necesidad del matrimonio.

—Espero que le hayas dado con fuerza —bufó su esposa, haciéndole reír.

—Aún me duele la mano.

—Como tu esposa debería reprenderte por lo que has hecho. Debería enfadarme contigo y castigarte durmiendo en el sofá para que reflexiones sobre tus actos.

—Una esposa muy dura, debo decir.

—Pero como no soy ese tipo de esposa, como aún estoy aprendiendo y, como dice mi padre, no soy una mujer común, te diré lo que realmente quiero decirte: bien hecho.

Ely la abrazó, riendo a carcajadas. Estaban en una zona apartada, lejos de miradas indeseadas, así que aprovechó la oportunidad y la besó. Al principio su esposa se resistió, pero pronto se relajó y rodeó su cuello con los brazos.

—Eres una deliciosa tentación, ¿lo sabías? —ronroneó Ely.

—Es mi pequeña recompensa por haber defendido el honor de tu hermana.

—¿Qué me darías entonces por defender tu honor, esposa?

—Espero que nunca lo descubras, esposo mío... Mejor que nunca lo descubras.

Regresaron a la fiesta tomados de la mano. Aunque tuvo que soportar la reprimenda de sus padres, el resto de la noche fue mejorando. Regresaron a casa bien entrada la madrugada. Su

esposa se quedó dormida en el carruaje, y la habría llevado en brazos a la habitación si no se hubiera despertado nada más llegar. La ayudó a desvestirse para no despertar a Libby y se metieron juntos en la cama, uno en los brazos del otro.

—Estoy tan cansada... —suspiró Agatha.

—Duérmete entonces.

—Me apetece hablar contigo. Hace mucho tiempo que no hablamos.

—Hablemos entonces.

—¿De qué quieres hablar?

—Murray me ha contado algo.

—¿De qué se trata?

—Al parecer, Dudley tiene problemas de juego. Tenía una importante deuda que saldar antes de que su padre lo descubriera, de ahí la prisa por casarse con la señorita Evenson.

—Entonces Mary ha tenido mucha suerte.

—Debería habérselo dicho, tal vez así se sintiera mejor.

—Díselo por la mañana. Te aseguro que se sentirá menos tonta si se lo cuentas.

—¿Te has divertido?

—Mucho, a pesar de haber tanta gente me he sentido como en casa.

—Los bailes de Waterford siempre son así. Es un hombre muy hogareño y se rodea de personas como él.

—Es un anciano entrañable —añadió Agatha con un bostezo.

—Sí que lo es.

Miró a su esposa, que ya se había quedado dormida. Sonrió, la besó en la frente y la cubrió bien con las mantas, antes de sumirse en sus propios pensamientos. Murray tenía razón, Marianne se había librado de un futuro desastroso. Si la señorita Evenson no se hubiera interpuesto seguramente ahora estaría comprometida con un hombre al que solo le importaba su dote. Apretó los dientes. Quería matar a Dudley por todo lo que había hecho sufrir a su hermana, pero debía darle las gracias por ser tan codicioso.

Capítulo 20

Convencer a los padres de Agatha de que aceptaran ver al marqués de Rothesay fue una tarea realmente complicada. Si bien Jane era menos reacia a hacerlo (lógicamente, pues se trataba de su padre), Wren no quería ni oír hablar del tema. El día que Agatha confesó que había ido a verle la situación estuvo a punto de descontrolarse.

—Sé quién es mi abuelo —había confesado Agatha mirándose nerviosa las manos.

El silencio en la habitación había sido sepulcral.

—He ido a verle, de hecho —había continuado diciendo la joven.

—¿Qué has hecho qué? —había gritado Wren.

—Necesitaba saber lo que tenía que decirme. Necesitaba conocer el motivo que le llevó a no querer conocerme.

—Aggie... —El susurro de Jane había sido apenas audible.

—¿Es cierto, papá? —había continuado Agatha— ¿Es cierto que intentó verme cuando nací pero tú se lo impediste?

No había hecho falta una respuesta. Wren había girado la cabeza hacia la ventana, pero Ely había podido ver la culpa reflejada en su rostro.

—¿Por qué? —había espetado su esposa— ¿Por qué me privaste de tener un abuelo?

—¡Él nunca aceptó nuestro matrimonio! —había gritado Wren— ¿De veras crees que iba a dejarle ver a mi hija después de todos sus desprecios?

—¡Yo tenía derecho de conocerle! —El sollozo de su esposa le había roto el corazón, y la había abrazado para darle ánimos.

—Siempre me despreció por no poseer un título ni riquezas. No tuvo en cuenta lo mucho que amaba a tu madre, que me desviviría por salir adelante por ella. Renegó de ella cuando se enteró de nuestra boda, ¿y pretendes que le permitiera ser parte de tu vida?

—Está enfermo, muy enfermo, y quiere veros antes de morir.

—Ni hablar.

—Christopher...

Wren había mirado a su esposa con sorpresa.

—¿De veras quieres ir a verle? —había espetado.

—Es mi padre.

—¡Te repudió!

—¡Está enfermo!

—Se está muriendo —había aclarado Ely—. El médico no le da demasiado tiempo de vida.

—He dicho que no iremos y es mi última palabra. Y tú —había espetado señalando a Agatha—, si vuelves a visitarle atente a las consecuencias.

—Con todos mis respetos, Wren, creo que eso me corresponde decidirlo a mí —había respondido Elijah—. No olvide que Agatha ahora es mi esposa.

—¡Increíble! ¡Mi propio pupilo se pone en mi contra!

—Creo que será mejor que nos marchemos ya —había sugerido a su esposa.

—Pero Ely...

—Tu padre está fuera de sí y no va a atender a razones. Marchémonos.

Agatha había asentido, tomado su capa y seguido a Ely hacia la puerta.

—Una cosa más —había susurrado antes de salir—. Mi abuelo no se negó a vuestro matrimonio porque no poseyeras un título o riquezas, papá. Lo hizo porque no quería ver infeliz a mamá.

De eso hacía ya cuatro largas semanas. Después de aquel día habían intentado razonar con él en dos ocasiones más, pero Wren no quiso dar su brazo a torcer hasta que Jane, harta de su cabezonería, se enfrentó a él. Elijah no conocía los detalles, pero sea lo que fuere había servido para que se encontraran en aquel momento frente a la mansión del marqués, mirando la puerta como si fuera un muro infranqueable.

—Deberíamos llamar —sugirió al ver que ninguno de ellos daba el primer paso.

Wren sacudió la cabeza, como si hubiera salido de un trance, y asintió. Fue Agatha quien golpeó la puerta con la aldaba, y en vez del mayordomo que les recibió las veces anteriores (Ely y ella habían ido a visitarlo a menudo después de aquel día), fue el mismo Rothesay quien lo hizo.

—Hija mía —susurró, con lágrimas en los ojos—. Has venido...

—¡Papá!

Jane y su padre se fundieron en un fuerte abrazo. Agatha observaba la escena con el rostro anegado en lágrimas, incluso Wren limpió disimuladamente una lágrima rebelde al ver aquel reencuentro. El marqués les hizo pasar hasta el salón, que había sido limpiado con esmero. Una sirvienta que no habían visto en sus visitas anteriores sirvió té con pastas, y cuando se marchó, la sala se quedó en absoluto silencio.

—Agradezco que hayáis accedido a verme después de lo ocurrido —comenzó a decir el anciano—. Estoy enfermo, no me queda mucho tiempo de vida, y no quiero morirme sin antes arreglar todo esto.

—Demasiado tarde —susurró Wren, que fue silenciado por una mirada de su esposa.

—Tienes razones para no querer verme, soy consciente de ello —continuó el marqués—. Me opuse a vuestro matrimonio de manera tajante, y entiendo que aún estés resentido conmigo.

—No albergo ningún tipo de sentimiento hacia usted, milord —respondió Christopher—. No me importa en lo más mínimo.

—Me lo merezco, y quiero pedirte perdón por todo lo que hice en aquel tiempo. —Wren le miró con sorpresa—. Pensé que harías a mi hija infeliz, pero veo que me equivocaba.

—Soy muy feliz, padre —asintió Jane—. Wren es un buen esposo.

—Si me opuse a vuestra unión no fue porque no poseyeras un título, Christopher. Lo hice porque conozco bien el mundo científico.

Se levantó del sofá y se encaminó hacia la ventana, donde se detuvo a mirar el paisaje. La tarde era lluviosa, y multitud de paraguas de colores inundaban las calles.

—Mi padre fue uno de los miembros fundadores de la Real Sociedad —confesó, sorprendiéndoles a todos—. Estaba más preocupado por sus experimentos que por su familia. Mi madre y yo estuvimos solos hasta que ella murió, y después de eso mi única familia fueron las niñeras.

—¿Por qué nunca me lo contaste? —preguntó Jane.

—Porque ya no importaba.

—Yo jamás habría antepuesto mis investigaciones a Jane, maldita sea —protestó Wren.

—Pero yo no tenía manera de saberlo. Y eras demasiado terco, maldición, ni siquiera me permitiste darte mis razones para oponerme.

—Sigue siéndolo —bromeó Jane.

—No creas que no he estado pendiente de vosotros durante todos estos largos años —continuó el anciano—. He sido testigo de todos tus logros y me he sentido muy orgulloso de ellos, pero debo reconocer que yo también he sido muy cabezota y me negué a admitir que había estado equivocado.

Rothestay regresó al sofá y se dejó caer en él con un gesto de dolor. Se llevó la mano al pecho, apretando entre los dedos la tela de su camisa.

—¿Qué te ocurre, papá? —exclamó Jane arrodillándose junto a él.

—No te preocupes, pronto se me pasará. Mi corazón falla cada vez más, es cuestión de tiempo que deje de funcionar.

—¿Y los médicos no pueden hacer nada?

—Ya han hecho todo lo que han podido, solo me queda esperar a que llegue mi hora.

Miró a su yerno, que permanecía en silencio en su sillón observando la escena.

—Sé que es imposible recuperar el tiempo perdido —continuó el marqués—, pero me gustaría que de ahora en adelante todo fuera diferente.

—Claro que sí, papá —respondió Jane—, haremos lo que digas.

Christopher se levantó y ocupó el lugar junto a la ventana que momentos antes había ocupado su suegro.

—Creo que en tu estado no es conveniente que vivas solo —dijo con voz ronca—. Sería mejor que vivieras con nosotros.

Su esposa le miró con los ojos anegados en lágrimas llenos de agradecimiento.

—¿Soportarías mi presencia? —preguntó Rothestay.

—Amo profundamente a mi esposa, y sé que ella querría cuidarte en tus últimos momentos a pesar de todo.

—Gracias —susurró el marqués.

—No tienes que darlas, somos familia.

—Te instalarás en la antigua habitación de Gilbert —explicó Jane—. Es la más espaciosa de la casa y podrás estar cómodo en ella.

—No voy a ocupar la habitación de tu hijo, diantres.

—Él tiene su propia casa ahora —respondió Wren—. Puedes venirte con nosotros ahora o hacerlo cuando pongas tus asuntos en orden, como prefieras.

Al final, Rothestay decidió marcharse esa misma tarde con su hija y su yerno para recuperar el tiempo perdido lo antes posible. Una vez al abrigo de su propio carruaje, Agatha se recostó en su esposo y rompió a llorar. Ely la abrazó sonriendo, besándola en la cabeza para intentar calmarla.

—¿Por qué lloras? —sonrió— Todo ha salido bien.

—Son lágrimas de felicidad —respondió Agatha limpiándose las lágrimas—. Tenía miedo de que mi padre se mantuviera en sus trece y...

—Tu padre tiene un buen corazón aunque insista en esconderlo.

—Jamás imaginé que le ofreciera quedarse en su casa en sus últimos días.

—La verdad... yo tampoco. Una cosa es que deje las rencillas a un lado, pero eso es digno de admiración. Yo no sé si sería capaz de hacer algo semejante.

—Desde luego que lo serías, también eres un buen hombre, Elijah Pennington.

—No soy tan bueno como crees. Tengo un pasado oscuro, aunque confieso que nadie en mi familia lo conoce.

—¿Cuál es ese pasado?

—Uno que no te contaré.

Decidieron ir a la Sociedad para que Ely pudiera darle los últimos retoques a su último experimento. Se cruzaron con James y John al llegar, que discutían acaloradamente por algo.

—Las mareas que observamos en nuestras costas están claramente influenciadas por la posición de la Luna —decía John—. Es un fenómeno bien documentado y calculado desde hace siglos.

—No niego la influencia de la Luna, pero he observado cómo las formaciones rocosas y las características del terreno también afectan las mareas —respondía James—. No todo puede atribuirse solo a la Luna.

—Entiendo que la geografía local puede tener un efecto, pero la fuerza gravitacional de la Luna es el factor principal. Sin ella, no tendríamos las mismas variaciones en las mareas.

—Es posible, pero mi experiencia en el campo muestra que hay más variables en juego. Las corrientes oceánicas y los vientos también desempeñan un papel importante.

—Claro, pero esos factores son secundarios. Los cálculos astronómicos predicen las mareas con gran precisión basándose principalmente en la posición de la Luna.

—Quizás, pero no deberíamos descartar las observaciones prácticas en nuestros estudios. La teoría y la práctica deben ir de la mano.

—¿Qué crees tú, Ely? —preguntó John repentinamente.

—No pienso inmiscuirme en vuestra discusión —respondió levantando los brazos en el aire—. Agatha y yo ya hemos tenido suficientes discusiones por hoy.

—¿Habéis discutido? —preguntó James sorprendido— ¿Por qué?

—No hemos discutido —aclaró Agatha—, pero venimos del encuentro de mis padres con mi abuelo y ha sido algo intenso.

—Espero que todo haya salido bien —deseó James.

—Mejor de lo que esperábamos —asintió Ely.

—Te dejo en buenas manos, voy a mi despacho a recoger mi cuaderno de dibujo, me lo he dejado esta mañana. —Agatha besó a su esposo en la mejilla y se marchó.

Ely aún miraba en su dirección con una sonrisa en los labios cuando sus amigos comenzaron a mofarse de él.

—Estás completamente enamorado de tu esposa —rio James—. Deja de mirarla, no se va a perder.

—¿Puedes culparme?

—Desde luego que no.

—Si yo fuera tú estaría en casa al abrigo de la chimenea disfrutando de su compañía en vez de venir a la oficina —bufó John—. Parece que el cielo se está cayendo, maldición.

—Tenía que terminar unas cosas, pero nos iremos pronto. ¿Y vosotros por qué no os habéis marchado ya?

—Mañana tengo que dar una charla en la universidad —explicó James.

—Déjame adivinar... ¿sobre las mareas?

—Desde el punto de vista geológico, por supuesto —asintió su amigo.

—Deberías irte a casa y descansar —aconsejó Ely—. Todo sale mejor con la mente despejada.

Se dirigió a su despacho sonriendo y se encontró la puerta abierta. Estaba completamente

seguro de haberla dejado cerrada, incluso regresó para comprobar si lo había hecho después de recoger a Agatha en su despacho. Maldición. Sujetó su bastón a modo de arma y entró abruptamente en la habitación, sorprendiéndose al encontrar a Herschel allí.

—¿Qué demonios haces aquí, Herschel? —espetó sin soltar el arma.

—Te estaba buscando. Quería hablar contigo de...

—No me vengas con esas. ¿Intentabas robarme de nuevo el trabajo?

—No tengo por qué hacer algo semejante, Pennington. —Herschel se envaró—. Es evidente que estás alterado, mejor dejamos la conversación para otro momento.

—Adelante, habla. Di lo que has venido a decir y luego márchate.

—No tiene sentido. Si me disculpas...

Ely le sorprendió sujetándole de las solapas de su chaqueta y estampándole con fuerza contra la pared. Herschel quedó tan sorprendido que no fue capaz de reaccionar, y el bastón de Ely le apretaba el cuello impidiéndole respirar.

—¿De veras creíste que sería tan estúpido de dejar mi trabajo a mano para que pudieras volver a robármelo? —espetó con los dientes apretados— Eres un desgraciado, Herschel. Un maldito...

—¡Pennington!

Era Antoine Lavoisier, uno de los científicos más importantes de la Sociedad. Ely soltó a Herschel a desgana y se ajustó bien su ropa. Herschel huyó de allí como el cobarde que era, dejando solo a Elijah ante Lavoisier.

—Si no fueras el yerno de Wren, este habría sido motivo más que suficiente para expulsarte de aquí —dijo el químico.

—Lo lamento.

—¿Me puedes decir qué demonios ha pasado?

—Ha entrado en mi despacho sin permiso, seguramente forzando la cerradura.

—Esa es una acusación muy dura, Pennington.

—Pero no deja de ser cierta. —Agatha caminaba por el pasillo en dirección a ellos—. Es Herschel quien debería ser expulsado de la Sociedad por robar el trabajo de mi esposo.

—No llevaba nada en las manos, Agatha.

—No me refiero a esta vez, sino cuando presentó su descubrimiento del cometa *Caelum*, descubrimiento que hizo gracias a los experimentos y las investigaciones de mi esposo.

—¿Tienes pruebas de lo que dices?

—Lamentablemente no, pero no permitiré que expulses a Elijah de la Sociedad por defenderse de un ladrón.

—Deberíais exponer el incidente ante Wren. Él es el presidente de la Sociedad y debería ser él quien se encargue de investigarlo.

—No tengo ninguna prueba de lo que dice mi esposa —confesó Ely—. Herschel se llevó todas mis notas y no hay forma de demostrar que son mías y no suyas.

—Puede que no, pero si esto sirve para impedir que en el futuro vuelva a hacer algo semejante, lo investigaremos. Vete a casa, Pennington, no te busques más problemas.

Ely asintió y salió del edificio con su esposa. Cuando subieron al carruaje, reposó la cabeza en las paredes forradas de terciopelo azul marino y suspiró.

—¿Crees que ha podido llevarse algo? —preguntó Agatha.

—Lo dudo. Mi investigación está en la caja fuerte, no hay manera de que lograra abrirla.

—Menos mal.

—Es un malnacido —espetó—. Después de lo que pasó, ¿se atreve a intentar volver a

robarme?

—Seguramente su trabajo no da frutos y ha escuchado que estás a punto de terminar tu investigación. Es un miserable sinvergüenza.

—¿De veras crees que esa es forma de hablar de una dama? —rio su esposo.

—Ahora mismo no soy una dama, sino tu esposa. Una esposa furiosa porque alguien ha intentado hacerte daño.

—Gracias por enfurecerte por mí.

Ely tomó la mano de su mujer y tiró de ella para sentarla sobre sus rodillas. El golpeteo incesante de las gotas de lluvia sobre el techo del carruaje los aislaba del ajetreo del exterior, como si solo existieran ellos dos en el mundo. Sujetó la nuca de Agatha con la mano y la besó.

—Nunca me cuestionaste cuando dije que el trabajo de Herschel era mío —susurró—. ¿Por qué?

—Porque creo en ti —respondió Agatha—. Te conozco, Elijah Pennington, y sé que jamás harías una declaración como esa de no ser cierta.

Elijah sintió un nudo en la garganta que le impidió responder. Volvió a besarla, esta vez con mayor intensidad. Demonios, era un tipo con suerte. Casarse con Agatha había sido el mejor descubrimiento que haría en su vida, de eso no le cabía la menor duda. Durante el resto del trayecto se dedicó a demostrarle cuánto le habían afectado sus palabras, cuán feliz se sentía por escucharlas... y cuánto la amaba.

Capítulo 21

Después del incidente con Herschel, Elijah decidió llevarse el trabajo a casa. Acudía cada mañana con un maletín de cuero a la Real Sociedad en el que llevaba todos los documentos y artefactos que necesitara para continuarla, pero al llegar la noche todo lo referente a su estudio de los cuerpos celestes regresaba con él a Rosewood Lane. Era un incordio, desde luego. Perdía un tiempo precioso en recogerlo todo y había veces que tenía que pedirle ayuda a su esposa para poder llevarlo hasta el carruaje, pero no iba volver a permitir que Herschel se apropiase de su trabajo. Aquella mañana tuvo que hacer más malabares de lo habitual, porque Agatha tenía una cita con la modista (el baile de los Pennington estaba muy cerca y Violet quería que todo fuera perfecto) y no había podido acompañarle. Hacía malabares por los pasillos de la casa Burlington cuando chocó con algo, o alguien, esparciendo todos los papeles por el suelo.

—¡Maldición! —protestó.

—Lo siento, Ely, no te había visto —se disculpó Joseph, que le ayudó a recogerlo todo.

—Es culpa mía, no debería haber intentado abarcar tanto. Mi cochero se ofreció a ayudarme, pero decliné su oferta como un estúpido.

—¿Qué es todo esto?

—Mi investigación. Creo que he hallado algo de gran envergadura, amigo mío. Tengo la corazonada de que este será un descubrimiento trascendental para la humanidad.

—¿Acaso no la guardabas a buen recaudo en tu caja fuerte?

—Eso fue hasta que encontré hace unas semanas a Herschel husmeando en mi despacho.

—¿Lo has denunciado ante Wren?

—No hay nada que denunciar, en realidad. Herschel alegó ante Lavoisier que la puerta estaba abierta y que fue a pedirme consejo con algo. Al no tener pruebas de que robaba mi trabajo anterior y no faltar nada en mi despacho...

—Lavoisier no hizo nada, por supuesto. Él y el padre de William son grandes amigos, dudo mucho que creyera tus palabras incluso si presentases algún tipo de prueba.

—Por suerte no he vuelto a ver a William desde aquel día, es como si se lo hubiera tragado la tierra.

—Mejor para todos. ¿Tienes un momento? Hay algo que me gustaría comentar contigo.

—Por supuesto, tomémonos una copa en mi despacho.

Ely soltó todos los papeles sobre la mesa (ya los ordenaría cuando Joseph se hubiera marchado) y sirvió dos copas de Bourbon. Dejó la suya sobre la mesa y se sentó tras el escritorio para escuchar a su amigo.

—Tú dirás —le animó.

—Como bien sabes, llevo tiempo queriendo hacer una expedición a las Indias Occidentales.

—Dime que has conseguido al fin la subvención.

—Lo he hecho, amigo mío. El duque de Portland se ha ofrecido a correr con todos los

gastos con la condición de poder acompañarnos. Partiremos, si todo sale según lo esperado, dentro de tres meses.

—Enhorabuena, Joseph. Me alegro mucho por ti.

—El caso es...

—Agatha —adivinó su amigo tensándose por un momento.

—En efecto, Agatha. Ella siempre ha querido acompañarme en esta expedición, Ely. No le propondré que lo haga si tú no estás de acuerdo, por supuesto.

—¿De cuánto tiempo estamos hablando, Josh?

—De seis meses a un año. Sé que es mucho tiempo, pero te doy mi palabra de que cuidaré bien de ella.

—Si fueran seis meses me lo pensaría, pero un año...

—Todo depende de Portland, yo no tengo ningún poder en esto.

—No sé, Josh. Tendría que pensarlo.

—¡Por supuesto, por supuesto! Hay tiempo de sobra para pensarlo. Solo ten en cuenta que ella siempre quiso formar parte de esto. Es tu esposa, pero también una increíble botánica.

Ely asintió y Joseph tuvo el buen atino de dejarle solo con sus pensamientos. ¿Pasar un año entero alejado de su mujer? Imposible. Necesitaba estar a su lado, maldición. Se había acostumbrado tanto a dormir con ella que las noches que se había quedado trabajando hasta tarde y lo había intentado en su habitación no había podido pegar ojo. Y después estaba el pequeño detalle de que viajaría sola con varios caballeros... Porque confiaba plenamente en Joseph, pero no conocía al duque y mucho menos al resto de integrantes de la expedición. Sería una auténtica locura permitirle ir, mas sin embargo... Le había prometido que no interferiría en su trabajo. El día que le pidió matrimonio le aseguró que podría continuar con sus investigaciones sin que él se interpusiera, y si no le permitía formar parte de aquello estaría rompiendo su promesa. Y un Pennington jamás rompería una promesa. Maldición.

Con un suspiro, se levantó de la mesa y se dirigió al despacho de Joseph. Su amigo le miró con sorpresa cuando se dejó caer en una silla, pero no dijo nada.

—Ofréceselo —dijo con desgana—. Que sea ella quien decida si quiere ir o no.

—¿Estás seguro?

—Le di mi palabra cuando nos comprometimos de que no me inmiscuiría en su trabajo. Si le impido ir contigo estaría rompiendo esa promesa.

—Gracias, Ely. Te doy mi palabra de que la cuidaré mejor que a mí mismo.

—Más te vale. No conozco personalmente a Portland, pero por muy honorable que sea, una mujer sola siempre es una tentación difícil de resistir cuando se está tan lejos de casa.

—Puedes acompañarnos, Ely.

—Solo sería un estorbo, y Agatha puede pensar que lo hago porque no confío en ella.

—Agatha no pensará jamás una cosa semejante, por Dios.

—Procura regresar lo antes posible, por favor. No quiero estar alejado de ella más de lo necesario.

—Haré todo lo que pueda.

Elijah regresó a su despacho con un sabor amargo en la boca del estómago. No quería dejarla marchar, la necesitaba, pero sabía que ese viaje sería un gran paso en su carrera y no quería opacarla. Deseaba verla brillar, hacer historia. Había estado tan orgulloso de ella tras su primer descubrimiento que no podía impedirle que siguiera persiguiendo sus sueños. Y cuando regresara de Jamaica pondría todo su empeño en dejarla embarazada. Quería verla llevando a su hijo en brazos, no alejándose mar adentro para una nueva expedición.

Su humor no mejoró en absoluto durante el resto del día. Cuando regresó a casa para la hora de la cena, ya se arrepentía enormemente de su decisión. Quería ir a ver a Joseph para decirle que había cambiado de opinión, pero sabía que ya era demasiado tarde. Encontró a Agatha en el salón, intentando aprender a tejer junto a su madre y su hermana. Se sentó junto a ella, la besó en la frente y miró con curiosidad el cuadrado deforme que colgaba de las agujas de punto.

—¿Qué se supone que es eso? —preguntó con curiosidad.

Su esposa suspiró, dejó las agujas de tejer en su regazo sin demasiado cuidado y le miró con reproche.

—Intento hacer un gorrito para el bebé de Nicole, pero parece que no estoy hecha para esto.

—Yo tampoco lo estoy, Aggie —respondió Marianne enseñando un cuadrado similar al de su cuñada, en el que varios puntos se habían soltado y hecho un agujero del tamaño de su pulgar—. Es la tercera vez que lo intento y nada.

—Debéis tener paciencia —aconsejó Violet sonriendo—. Vais demasiado deprisa, sois demasiado impacientes.

—Debes practicar para cuando nazcan nuestros bebés —susurró Ely.

Agatha sonrió sonrojándose, y Violet los observó con satisfacción. Su hijo había dado un cambio radical desde que se había casado con ella. Pasaba más tiempo en casa, era mucho más risueño y acudía a más reuniones sociales que antes para no dejarla sola ante la sociedad. Debía reconocer que ella siempre había creído que estaban hechos el uno para el otro, desde que Ely se la presentó años antes en el cumpleaños de Marianne. Daba gracias porque su hijo hubiera abierto los ojos y se hubiese dado cuenta de que su querida amiga era la mujer perfecta para él.

—Deberíais ponerlos a ello lo antes posible —sugirió—. Siempre he querido ver esta casa repleta de niños.

—Déjame disfrutar de mi esposa un poco más, madre —respondió Ely—. Tenemos tiempo de sobra para ser padres.

—No querrás que tus hijos se críen sin abuela, ¿verdad?

—Mamá... eres una exagerada —rio Marianne—. Eres muy joven para pensar en la muerte.

Tras la cena, Ely le sugirió a su esposa dar un paseo por el jardín trasero. No había ni una sola nube en el cielo y podían verse las estrellas muy nítidamente, algo de lo que él siempre había disfrutado.

—El cielo está despejado —dijo Agatha—. Está cuajado de estrellas.

Elijah divisó la estrella que estaba estudiando y la señaló.

—¿Ves esa estrella de allí? La que apenas brilla junto a la constelación de Piscis.

—Apenas es visible, pero sí.

—Creo que es un planeta. No, estoy casi seguro de que es un planeta.

—¿De veras?

—Aún me quedan algunos experimentos que hacer para asegurarme, pero todo indica que lo es.

—¿Eres consciente del gran descubrimiento que has hecho? ¡Serás famoso! Mucho más famoso que Herschel.

—Sabes que no busco la fama, Aggie. Lo hago por propia satisfacción personal.

—Tu propio planeta... ¿Cómo lo llamarás?

—*Agathium Sidus*. ¿Qué te parece?

—No vas a ponerle mi nombre a un planeta, Elijah Pennington —rio Agatha.

—¿Por qué demonios no?

—Porque es ridículo, por eso. Debe ser un nombre regio, distinguido. ¿Qué te parece *Georgium Sidus*? En honor a nuestro rey.

—Me gusta más el tuyo —protestó Ely abrazándola por la espalda para apoyar la barbilla sobre su hombro—. Tú eres más importante para mí que el rey.

—Si le pones mi nombre a un planeta, yo le pondré el tuyo a la próxima planta que descubra.

—¿Y cómo sería eso?

—Mmm... —Agatha se llevó el dedo a la mejilla y la golpeó con suavidad mientras pensaba—. Creo que la llamaría *Elijahia Elegans*. Porque será una planta digna de alguien tan noble y extraordinario como tú.

Elijah sintió un nudo en la garganta al pensar que su esposa podía marcharse de su lado en unos meses. La atrajo hacia sus brazos y la besó con fiereza, desesperado por sentirla cerca. Estaba tan enamorado de ella que ni siquiera pensó en que pudieran verle desde la casa. Solo quería amarla, hacerle el amor en aquel mismo instante, sin medir las consecuencias. Agatha rodeó su cuello con los brazos y se puso de puntillas para acercar su cuerpo a él, tan desesperada por sentirle como él. La llevó como pudo hasta el tronco de un árbol y la sostuvo entre este y su cuerpo, desatando los cordones de su vestido para tener acceso a su piel cremosa.

—Te deseo tanto... Tanto... —susurró.

—Pueden vernos —protestó ella entre gemidos.

—Nadie saldrá al jardín a esta hora.

Un revuelo en la puerta del jardín le hizo agachar la cabeza con un gemido de frustración. Ató rápidamente los cordones del vestido de su esposa, la besó fugazmente en los labios y sonrió.

—Creo que tendremos que dejarlo para más tarde —se lamentó.

—¡Aquí estáis! —exclamó Violet, que llegó a ellos justo en ese momento— Daos prisa, Nicole se ha puesto de parto.

Agatha soltó la mano de Ely y salió a correr hacia la casa, donde Marianne la esperaba con su capa en la mano para ayudarla a ponérsela. Violet se tomó del brazo de su hijo y caminó en la misma dirección mucho más calmadamente, mirándole de reojo con una sonrisa.

—Si vas a decir algo, madre, dilo de una vez —protestó Ely.

—No creas que no sé lo que estabais haciendo, granuja.

—Solo estábamos hablando.

—¿Crees que nací ayer? Yo también me besaba con tu padre en los jardines a la luz de la luna, Ely. Pero esta noche hace un frío glacial, Aggie podría atrapar un resfriado.

—Va a marcharse —susurró Ely, haciendo que su madre se detuviera—. Hará una expedición a Jamaica y seguramente dure un año.

—¿Y tú lo has permitido?

—Cuando le pedí que se casara conmigo le di mi palabra de que no interferiría en su trabajo.

—Pero esto es diferente, hijo. Un año lejos de casa... ¡Y sola!

—No estará sola, Joseph irá con ella.

—Es mucho tiempo.

—Sé que es mucho tiempo, pero ¿qué querías que hiciera?

—¡Oponerte, por supuesto! Y esta chiquilla, ¿en qué estaba pensando para aceptar algo

semejante?

—Aún no lo sabe. Joseph me pidió mi opinión antes de ofrecerle nada.

—¡Pues niégate! ¿Sabes lo duro que será estar un año separados?

—Créeme, lo sé muy bien. Apenas soporto dormir solo en mi propia habitación.

—Es una locura, hijo. ¡Un auténtico sinsentido!

—Es mi decisión. Por favor, respétala.

—Hablaré con ella y la convenceré de...

—No vas a hablar con nadie —la interrumpió—. Agatha es mi esposa, y si yo acepto que haga esa maldita expedición nadie interferirá.

—Eres un cabezota —protestó Violet.

—Lo sé, soy idéntico a ti.

—Espero que no te arrepientas de esto, Elijah.

—Créeme, madre, yo también lo espero.

Para cuando llegaron a la mansión de Andrew y Nicole, el doctor Baxter ya se encontraba con ella. Andrew estaba en el despacho, sirviendo de antemano licor para los asistentes varones. Violet corrió hacia la habitación para estar con su nuera, y Agatha y Marianne decidieron ir a la habitación de los niños para pasar el tiempo con ellos. Chris jugaba en una manta con algunos bloques de madera ajeno a lo que ocurría en la planta de abajo, y la pequeña Nina dibujaba algo en un cuaderno.

—¿Qué dibujas, tesoro? —Le preguntó Agatha.

—Dibujó a mi hermanito —respondió la niña—, mamá ya va a tener al bebé.

—¿Estás emocionada? —La niña asintió.

—Quiero que sea una niña, para jugar con ella a las muñecas. Chris es un heredero y no tiene tiempo para jugar conmigo.

—¿Un heredero?

—Es lo que dice la señorita Cristel.

—Aún es muy pequeño para aprender a ser heredero, tesoro. Pero también es muy pequeño para jugar contigo, tendrás que tener paciencia.

—No puedo tener más “*pacencia*”, tía Aggie. Me aburro mucho sola.

—Sabes que el bebé tampoco podrá jugar contigo, ¿no es cierto? Es mucho más pequeño que Chris.

—¡Yo lo cuidaré! —exclamó con una sonrisa que dejaba ver la falta de sus dos dientecitos de abajo— Mamá me lo ha dicho.

—Por supuesto que sí, tesoro. Eres la hermana mayor, tienes que cuidar de tus hermanos.

—¿Tú también eres la hermana mayor?

—No, yo soy la hermana pequeña.

—Igual que tía Mary. Ella también fue la pequeña y tuvo que soportar a papá y a mis tíos.

—Quedaos con la señorita Cristel, nosotras iremos a ver si el bebé ya ha nacido —ordenó Marianne.

—¿Vendrás luego a jugar conmigo, tía Mary?

—Claro que sí, mi cielo. Vendré en cuanto nazca el bebé y te llevaré a verlo.

Regresaron al salón, donde los caballeros estaban reunidos. Lord Lindley, el hermano de Nicole, daba vueltas por la estancia mientras Andrew se reía.

—No es gracioso, maldición —protestó el vizconde mirando con reproche a su cuñado.

—Debería ser yo quien esté nervioso, Rick —respondió Andrew.

—Tú tienes nervios de acero, yo los tengo de mantequilla.

—Es nuestro tercer hijo, ¿aún no te acostumbras?

—No, no me acostumbro.

—Me gustaría verte el día que dé a luz Chantal.

La esposa de Lindley también estaba embarazada, aunque salía de cuentas en verano.

—No sé qué demonios hace en esa habitación estando embarazada —protestó el vizconde.

—Apoyar a Nicky —respondió Harvey—. Sabes que las dos veces anteriores estuvo con ella sosteniendo su mano.

—¿Tu hermano no va con su esposa? —susurró Agatha en el oído de Ely.

—Mi esposa se convierte en el mismísimo anticristo cuando está de parto, Aggie —respondió Andrew con humor—. La última vez que lo intenté me lanzó la jofaina con fuerza, no quiero resultar herido.

Poco después, el doctor Baxter llegó con las mangas de la camisa arremangadas, secándose las manos en una toalla, con una gran sonrisa en los labios.

—Mi más sincera enhorabuena, Lord Pennington —dijo—. Ha sido niña.

Andrew saltó de su asiento y salió a correr para estar con su esposa. Ely abrazó a Agatha y besó su frente, feliz también con la noticia.

—Serás la siguiente, cariño —bromeó—. Ve haciéndote a la idea.

Capítulo 22

Varias semanas más tarde, Agatha daba un paseo por Hyde Park con Meredith. Su amiga había estado en Bath debido a una afección de su madre y había regresado a la ciudad hacía apenas unos días.

—Te he echado mucho de menos —se quejó Mer—. Le pedí a mis padres que me permitieran quedarme con mi tía Marjorie, pero mi padre se negó en redondo.

—¿Cómo está tu madre?

—Mucho mejor. Los baños en el agua del mar han obrado milagros con su afección.

—Me alegro mucho de oír eso. Envíale mis respetos.

—Por supuesto. ¿Cómo han ido las cosas por aquí?

—Hay muchas novedades. La más importante es que Herschel intentó volver a robar el trabajo de Ely.

—¡No puede ser! —exclamó Mer frunciendo el ceño— Habréis informado a las autoridades, supongo.

—No tenemos pruebas de que esa fuera su intención, Ely llegó antes de que pudiera hacerlo. Por eso ahora se lleva el trabajo a casa cada día, debe ser agotador para él.

—¿Cómo lleva su investigación?

—Está casi terminada. Pronto presentará su descubrimiento a la Sociedad.

—Estará muy nervioso.

—Y que lo digas. Más cuando piensa que me iré de expedición con Joseph dentro de unos meses.

—¿Disculpa?

—Banks va a realizar una expedición a las Indias Occidentales. Le pidió permiso a mi esposo para ofrecermelo ir con él, ¡y Ely se lo dio! ¿Puedes creerlo?

—¿Preferirías que se hubiera opuesto?

—A ver, no, pero... Sí, lo hubiera preferido —rectificó—. ¿Acaso quiere librarse de mí?

—Deberías pensar que lo hace porque te ama y no quiere interponerse en tu carrera, ¿no te parece?

—Un año, Mer... ¡Estaríamos alejados un año completo!

—¿Has aceptado?

—¡Claro que no! Sería diferente si fuera una expedición de un mes, tal vez dos, pero de un año... No, no voy a estar separada de él un año. No creo que pudiera soportarlo.

—¿Y por qué crees que piensa que irás?

—Porque no le he dicho nada. Es mi pequeño castigo por haber dado su consentimiento.

—¿Es que no te ha preguntado?

—Ni una sola vez. Evita cualquier tema relacionado con mi trabajo para no tener que escucharme decir que me marchó. El muy tonto...

—Eres malvada, Aggie. El pobre debe estar pasándolo muy mal.

—O no le importa lo que haga —susurró ella agachando la mirada triste.

—No puedes pensar eso. ¡No puedes! Tu esposo besa el suelo que pisas, ¿es que no te has dado cuenta?

—¿Crees que debo hablar con él?

—Claro que debes. Cuanto antes. Deberías haberlo hecho en cuanto Joseph habló contigo, mala esposa.

—Esta noche se lo contaré.

—¿Y cómo está el nuevo miembro de la familia?

—¡Oh, Mer, es tan bonita! —suspiró sonriendo— Es una muñeca de porcelana, con su piel suave y rosadita. Y es un ángel, se pasa todo el día durmiendo. Nicky y Andrew están encantados con ella.

—Es tu turno ahora de tener un bebé.

—Quiero, pero Ely dijo que aún es pronto.

—¿Acaso no...

—¡Meredith! —exclamó Agatha riendo.

—No seas mojigata, sé perfectamente lo que las parejas casadas hacen en el lecho. Una vez atrapé a mis padres por error y...

—No quiero escucharlo —la interrumpió Agatha cubriéndose los oídos con las manos.

—Lo que quiero decir es que si haces el amor con tu marido hay posibilidad de quedarte embarazada.

—Entonces creo que hay muchas oportunidades. Muchísimas.

—Ojalá yo encuentre un hombre como tu esposo —suspiró—. Quiero sentirme tan amada como tú.

—Amada... —susurró Agatha.

Y era cierto, Agatha se sentía amada. Por sus suegros, por sus cuñados, pero sobre todo por su esposo. Ely la hacía sentir especial, como si fuera una joya de incalculable valor, pero Agatha no se había dado cuenta de ello hasta entonces.

—Sentirse amada es sensacional —respondió sonriendo—. Es lo mejor que le puede pasar a una mujer.

—¿Mejor que descubrir una planta nueva?

—Infinitamente mejor.

Vio acercarse por el camino a Thomas Warton, el hombre con el que su padre quiso una vez que se casara. Elevó los ojos al cielo haciendo reír a su amiga, pero cuando estuvo a pocos pasos de él dibujó en su rostro una sonrisa.

—Warton, mucho tiempo sin verle —saludó.

—Señorita Wren...

—Soy lady Pennington ahora, Warton.

—Es cierto, es cierto... me rechazaste a mí para casarte con el hijo del conde. No te lo reprocho, ahora eres parte de la nobleza y compartes sus privilegios.

—Me casé con mi esposo porque le amaba, Warton.

—¿A él o a su fortuna?

—No entiendo su resentimiento, señor. Fue mi padre quien habló de matrimonio con usted, yo en ningún momento estuve de acuerdo.

—Gasté una parte muy valiosa de mi tiempo en cortejarla.

—Cortejó a mi padre, Warton, no a mí.

—Deberías haber sido mía, Agatha. Debería ser yo quien se enterrara cada noche entre...

Agatha vio aparecer un puño en su campo de visión mucho antes de que este se estampara contra el rostro de Warton, que cayó al suelo con un golpe seco. Se giró para averiguar a quién pertenecía aquel brazo y encontró a Hertford limpiándose la mano en un pañuelo inmaculado, mirando a Warton con odio.

—Mañana al amanecer —sentenció—. Elija usted las armas.

—¡No! —exclamó— ¡Dios santo, no!

—Milord, no hay necesidad de llegar a esos extremos —dijo Warton poniéndose de pie y sacudiéndose la ropa—. Lady Pennington y yo solo bromeábamos, ¿no es cierto?

—¡Sí! —mintió Agatha— Así es, Christian, no es necesario convocar un duelo.

—¿De veras crees que me voy a creer eso, Agatha?

—Por favor...

—A Ely no le va a gustar —susurró.

—Ely no tiene por qué enterarse. El señor Warton ya se iba, ¿no es así?

—Desde luego.

Warton iba a darse la vuelta cuando Hertford le cogió de la solapa de su chaqueta.

—Recuerda que la benevolencia de lady Pennington te ha librado de morir mañana, desgraciado —dijo con los dientes apretados.

Le soltó sacudiendo la mano y le ofreció el brazo a la esposa de su amigo, que lo tomó con una sonrisa de agradecimiento.

—Voy a contárselo —advirtió.

—Christian, déjame presentarte a mi amiga, la señorita Meredith Thorton.

—Nos conocimos en vuestra boda, Aggie —explicó Mer riendo—. Es un placer volver a verle, milord.

—El placer es mutuo. Y no me cambies de tema, estoy muy enfadado contigo ahora mismo —protestó mirando a Agatha.

—Warton es inofensivo. Un tanto vanidoso, pero nada más.

—Te estaba faltando al respeto.

—Le rechacé un mes antes de casarme con Ely. Está resentido, es todo. —Christian apretó los dientes, pero no dijo nada.

—¿Dónde has dejado a tu esposo?

—Está en la Sociedad ultimando los últimos detalles de sus anotaciones para presentarlas ante los miembros.

—Me ha hablado de ello —asintió Hertford—. Es un gran descubrimiento.

—Sí que lo es.

Llegaron al carruaje de Agatha y se volvió hacia Christian con una gran sonrisa.

—Gracias por escoltarnos hasta el carruaje, Hertford —deseó— y, por favor, no le des demasiada importancia a lo ocurrido.

—¿Se lo contarás tú misma a tu esposo o debo contárselo yo?

Ante la insistencia del marqués, Agatha suspiró y asintió.

—Muy bien, yo misma se lo contaré —admitió al fin.

—Estupendo. Señoras, ha sido un placer volver a verlas.

Vieron alejarse a Hertford por el camino y subieron al carruaje. Meredith se dejó caer en el asiento con un suspiro teatral.

—¡Dios santo, qué hombre! —exclamó.

—¿Tú también? —rio Agatha.

—¿Quién más suspira por ese hombre?

—Todas las jóvenes casaderas de la temporada, entre otras. Y también Josephine.

—Me temo que no tengo nada que hacer, entonces. Lord Hertford no va a fijarse en una mujer como yo teniendo tanto donde elegir.

—Y lo más importante: Christian no quiere casarse. Huye de las debutantes y sus madres como de la peste.

—Como todos los buenos partidos, supongo. ¿Vas a hablar con Ely sobre tu decisión?

—Demasiadas cosas para contarle a mi esposo en una sola noche —bufó.

—Lo de Warton puede esperar, esto es más importante.

—Tienes razón, hablaré con él tras la cena.

Dejó a Meredith a buen recaudo en su casa y continuó hasta Rosewood Lane. La casa estaba más silenciosa de lo habitual, así que subió a su habitación para cambiarse de ropa. Poco después llegó su esposo, que se dejó caer en la cama con los brazos abiertos y un suspiro, seguramente muerto de cansancio.

—Estoy agotado —reconoció—. Tengo que presentar mi descubrimiento el lunes y siento que me dejo cosas en el tintero.

—Tonterías. Llevas mucho tiempo trabajando en ello, seguro que lo tienes todo perfectamente atado.

—Ven aquí.

Agatha obedeció a pesar de estar en ropa interior y se sentó sobre las piernas de su esposo. Ely sonrió, la besó con suavidad en los labios y apoyó la cabeza sobre su pecho.

—Esto es lo único que me da fuerzas para seguir adelante —susurró—. Estar contigo.

—Tenemos que hablar, Ely.

Agatha notó cómo su esposo se tensaba y sonrió. Debería darle un escarmiento, mentirle diciendo que se marcharía para ver su reacción y confesarle después que no era cierto. Pero no quería hacerle pasar un mal rato, estaba completamente segura de que ya lo había pasado terriblemente mal debido a la incertidumbre.

—Joseph me ofreció acompañarle a una expedición por las Indias Occidentales —comenzó—. Sería un año, tal vez menos. Nos centraríamos en la flora de Jamaica, muy rica, variada y poco explorada.

—Puedes ir —susurró Ely—. Si quieres hacerlo, puedes ir.

—Lo sé, Joseph me ha dicho que lo comentó contigo antes de ofrecérmelo.

—Le dije que no lo hiciera, maldición —protestó su esposo.

—¿Por qué le diste permiso? ¿Acaso quieres deshacerte de mí?

—¿Qué? ¡No! ¡Por supuesto que no! ¿Por qué piensas eso?

—Porque de estar en tu lugar yo me habría opuesto tajantemente a que te marcharas sin mí.

Ely suspiró, la sentó a su lado y tomó sus manos entre las de él.

—Cuando nos casamos te di mi palabra de que no me interpondría en tu trabajo, Aggie. Si lo hiciera, si me negara, estaría incumpliendo la promesa que te hice, por eso di mi permiso para esto.

—¿Quieres que me marche?

—Ni en un millón de años —respondió Ely.

—He rechazado la oportunidad.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque no quiero estar un año entero alejada de ti. Porque mi sueño es escribir mi propio libro de botánica, no andar de expedición en expedición. De veras te agradezco que hayas

estado de acuerdo con esto, pero antes de darle tu permiso a Joseph deberías haberlo hablado conmigo.

—Supongo que tienes razón.

—Desde luego que la tengo.

Elijah la besó, un beso largo y profundo con la intención de hacerle el amor a su esposa, pero esta le detuvo poniendo ambas manos sobre su pecho.

—Hay algo más de lo que debemos hablar —susurró Agatha.

—¿No puede esperar?

—Si espero tal vez cambie de opinión y no te lo cuente.

Ely se percató de que Agatha se mordía el labio inferior. Siempre que estaba nerviosa o preocupada lo hacía, así que debía ser algo serio.

—Te escucho.

—Esta tarde, cuando paseaba con Meredith por Hyde Park, me he encontrado con Warton.

—¿El hombre con el que tu padre quería casarte?

—El mismo. Hizo algunos comentarios fuera de lugar sobre nosotros.

—¿Qué tipo de comentarios?

—No necesitas saberlos. Christian pasaba por allí y lo escuchó, así que le propinó un puñetazo. Le retó a duelo en tu nombre, pero le persuadí de hacerlo.

—¿Por qué hiciste tal cosa? Te aseguro que yo le habría pegado un tiro allí mismo.

—Porque nadie le escuchó y a mí no me importa lo más mínimo lo que opine de nosotros, por eso. Warton no tiene ningún valor para mí y no debe tenerlo tampoco para ti.

—Si te insultó, si hizo algún comentario inapropiado sobre ti, debo vengar tu honor.

—Ya estaba lo suficientemente asustado con la amenaza de Chris, Ely. Créeme, no es necesario que malgastes tu tiempo en ello.

—Aggie...

—¿Por dónde íbamos?

Sorprendió a Elijah sentándose a horcajadas sobre sus rodillas, rodeando su cuello con los brazos. Ely sonrió abiertamente, abarcando sus nalgas con las palmas de las manos.

—¿Intentas distraerme, esposa? —preguntó con voz ronca.

—¿Lo estoy consiguiendo?

—Mmm... Solo un poco.

Agatha sonrió y unió sus labios a los de él, hundiendo la lengua en su boca como tantas veces había hecho su esposo. Ely gimió, rodeó su cintura con ambos brazos y la estrechó con fuerza contra su pecho, saboreando el dulce néctar que sus labios le ofrecían abiertamente. Dios... su esposa era una auténtica diosa del placer. Era capaz de hacerle olvidarlo todo con solo un beso, y Ely estaba más que dispuesto a sucumbir a ella. Quería hacerle el amor, quería mostrarle tantas cosas que no creía tener suficiente vida para hacerlo. Con un solo movimiento, se puso de pie con ella en los brazos, instándola a rodear su cintura con las piernas.

—Sujétate fuerte y no separes tus piernas de mí —ordenó.

Apoyó la espalda de su esposa contra la fría pared de la habitación, se deshizo de las presillas de sus pantalones con pericia y dejó libre su miembro, erecto debido a lo mucho que le había complacido la valentía de Agatha. Rozó su entrada con los dedos para comprobar que ya estaba húmeda y dispuesta, y se adentró lentamente en su interior, mordiéndose el labio ante el latigazo de placer que sintió. Agatha hundió las uñas en su piel hasta hacerle sangrar, echó la cabeza hacia atrás y jadeó al sentirle tan profundo, tan intenso. Cuando Ely comenzó a mover sus

caderas ella lo hizo también, saliéndole al encuentro en cada envite. Era una dulce tortura, sentía los pechos de su esposa rozándose contra la tela de su camisa y quería sentirlos piel con piel. Apretó los dedos contra la carne tersa de sus nalgas y la levantó suavemente para profundizar un poco más sus investidas. Estaba a punto de perder la razón, Agatha era tan deliciosamente desinhibida que le volvía completamente loco. Quería quedarse dentro de ella toda la noche, sintiendo su cálido interior alrededor de su verga. Cuando Agatha se tensó y arqueó la espalda recorrida por su placer, se dejó ir con ella, sujetándose al muro para no dejarla caer.

—Puedes soltarme —jadeó Agatha poniendo un pie en el suelo—. Creo que puedo mantenerme de pie.

Ely rio en silencio y se apartó lo suficiente para que pudiera ponerse de pie, pero sin soltar su cintura. La besó una vez más y la ayudó a llegar a la cama, donde se tumbaron juntos y se cubrieron con las sábanas.

—Pronto será la hora de la cena —comentó Agatha mirando el reloj de pared.

—Pediré que nos la traigan a la habitación.

—Si haces eso todo el mundo sabrá lo que hemos hecho.

—No hay nadie en casa. Mis padres han ido con Mary al baile de los Cavendish.

—Debería haber ido con ellos. Ahora me siento culpable.

—Le dije a mi madre que te dejara descansar hoy. Esta mañana tenías bolsas bajo los ojos y me preocupaste.

—Creo que mañana no iré a la sociedad.

—Yo tampoco, quedémonos hasta tarde en la cama.

—Me parece una idea espléndida. Hace tiempo que no duermo hasta el mediodía.

—¿Quién ha hablado de dormir?

Capítulo 23

Elijah estaba realmente nervioso mientras esperaba su turno para situarse frente a todos los miembros de la Real Sociedad, y más importante, delante del rey. No era para menos, desde luego. Después de meses de incesante trabajo, de noches en vela y semanas sin salir de su despacho, al fin lo había logrado: había descubierto un planeta. Su descubrimiento marcaría un antes y un después en la astronomía, y ese hecho le daba vértigo. Terror, más bien. Agatha, de pie a su lado, apretó su mano con cariño para darle ánimo. La miró con una sonrisa y ella le recompensó con un beso en la mejilla.

—Estoy tan orgullosa de ti que podría gritar de alegría —dijo, haciéndole reír.

—Me gusta más cuando gritas... de placer —susurró en su oído.

—¡Ely! Compórtate, todos están aquí.

Y realmente estaban todos reunidos en aquella sala. No solo sus colegas, sino también su familia. Y no había faltado absolutamente nadie: Nicole había dejado por primera vez al bebé con la niñera para poder asistir a tan importante acontecimiento. Inspiró con fuerza y apretó la mano que su esposa le ofrecía.

—Estoy nervioso —confesó.

—Deberías estarlo. Cuando yo presenté mi descubrimiento ante el rey estaba hecha un mar de nervios. Incluso le pedí a mi padre que lo presentara en mi lugar, pero él se negó riendo.

—Ya que tienes experiencia y has seguido la investigación conmigo, podías hacerlo por mí —bromeó.

—Ni lo sueñes. Este es tu momento de gloria, Ely. Disfrútalo mientras puedas.

El gran momento llegó, y Elijah salió al estrado frente a todos los presentes. Su majestad, el rey, estaba sentado a pocos pasos de él, también sobre el estrado, con Gilbert a su lado. Había llegado la hora. Carraspeó.

—Queridos colegas y amantes de la astronomía —comenzó a decir—, es un honor estar ante ustedes hoy para compartir un descubrimiento que cambiará nuestra comprensión de los cielos. Después de años de dedicación y observación meticulosa del firmamento, he tenido la fortuna de identificar un nuevo planeta en nuestro sistema planetario, al que he nombrado *Georgium Sidus* en honor a nuestro amado rey Jorge.

El monarca levantó la copa de bourbon que tenía en la mano y sonrió. Un murmullo generalizado se instaló en la sala, acallado cuando Wren se levantó de su asiento y miró a los presentes con fastidio. Ely prosiguió.

—Inicialmente, mientras observaba el cielo en busca de estrellas dobles con mi telescopio, encontré un objeto que parecía una estrella poco brillante debido a su tenue luz y movimiento —continuó—. Sin embargo, al seguir su trayectoria y realizar cálculos precisos, llegué a la conclusión de que no era una estrella ordinaria, sino un planeta que orbita alrededor del Sol.

—¿Cómo llegó a esa conclusión, Pennington? —preguntó alguien entre el público.

—Para confirmar mi hallazgo, emprendí una serie de experimentos meticulosos. Utilizando agujas y un telescopio de alta precisión, registré la posición de este objeto en noches sucesivas. Al analizar estos datos, pude calcular su órbita y confirmar que seguía una trayectoria planetaria.

Ely miró a Agatha, sentada en la primera fila, que asintió con una sonrisa.

—Este descubrimiento no fue inmediato —continuó—. Fue el resultado de noches interminables de observación, el perfeccionamiento constante de mis instrumentos y, por supuesto, de la inestimable ayuda de mi esposa, la artífice de las imágenes que les mostraré a continuación. Modifiqué mi telescopio hasta que me permitió ver detalles que antes eran invisibles. Fue gracias a estas herramientas y a la metodología rigurosa que empleé que pude determinar la verdadera naturaleza de *Georgium Sidus*.

—Increíble descubrimiento, Pennington —aplaudió el rey—. Continúa, por favor.

—Hasta ahora, solo conocíamos seis planetas en nuestro sistema planetario. Con la incorporación de *Georgium Sidus*, ampliamos nuestro entendimiento de los confines de nuestro vecindario cósmico. Este descubrimiento nos recuerda que aún hay mucho por aprender y explorar en el vasto universo que nos rodea. Espero que este logro inspire a futuras generaciones de astrónomos a continuar observando el cielo con paciencia y perseverancia. Que nunca dejemos de buscar respuestas y de maravillarnos ante los misterios del cosmos. Gracias.

El aplauso en el auditorio fue ensordecedor. Elijah se encontraba en el centro de atención, rodeado por el estruendoso aplauso de sus colegas. Sentía una mezcla de orgullo, alegría y alivio, consciente de que su arduo trabajo y dedicación habían sido validados. En medio de la ovación, sus ojos buscaron entre la multitud y encontraron a su esposa, cuya sonrisa radiante lo llenó de una profunda gratitud y amor. Los aplausos continuaban, pero para Elijah, el tiempo se detuvo al mirar a su esposa. Su corazón se desbordó de sentimientos, recordando todos los momentos de apoyo y comprensión que ella le había brindado a lo largo de su travesía. En ese instante, supo que ese triunfo no solo era suyo, sino también de ella.

Su suegro, como presidente de la Real Sociedad, se levantó para dirigirse al podio. Con una sonrisa de orgullo y satisfacción, levantó la mano indicando la llegada del momento más esperado de la velada. Todos los presentes guardaron silencio, atentos a cada palabra.

—Queridos colegas, hoy es un día histórico para nuestra comunidad científica —dijo—. Es un honor y un privilegio reconocer el descubrimiento revolucionario de un nuevo planeta en nuestro sistema solar. Es con gran orgullo que otorgamos la Medalla Copley de la Real Sociedad a un hombre cuya dedicación y pasión han ampliado los horizontes del conocimiento humano.

El corazón de Elijah latía con fuerza cuando Christian le entregó la medalla de la Real Sociedad con una mirada llena de admiración y afecto. La medalla, elaborada en oro puro, brillaba bajo las luces del salón. En su anverso, se podía ver un intrincado grabado del universo, con la nueva incorporación del planeta recién descubierto. En el reverso, las palabras "*Ad Astra*" (hacia las estrellas) estaban grabadas junto al nombre de Elijah y la fecha de su descubrimiento.

—Enhorabuena, hijo —susurró Wren cuando le abrazó.

El salón estalló en aplausos nuevamente mientras Elijah levantaba la medalla, mostrando su brillante superficie a todos los presentes. La sala se llenó de una energía eléctrica, un momento que quedaría grabado en la memoria de todos los asistentes y, más aún, en el corazón de Elijah, para siempre.

Tras la presentación, Ely regresó a la Real Sociedad por petición de Wren. Agatha decidió organizar una cena especial para celebrarlo. Le pidió a la señora Porter que preparase los platos favoritos de su esposo, y con la ayuda de Marianne preparó *blancmagne*, su postre

preferido. Pero las horas pasaron y Ely no regresó a casa. Agatha permanecía sentada en la mesa del comedor con la mirada perdida en la ventana. Violet colocó la mano sobre su hombro para llamar su atención.

—Vete a la cama, tesoro —aconsejó.

—¿Dónde está? Estoy preocupada

—Seguramente está celebrándolo en el club con sus amigos. Regresará de madrugada.

Agatha asintió y subió a su habitación. Nadie había cenado y se sentía culpable por ello, así que le pidió a Libby que se ocupara de subirle un tentempié nocturno a su cuñada y a sus suegros. No podía dormir. Estaba agotada, habían sido muchas noches en vela ayudando a su esposo con su investigación, pero era incapaz de pegar ojo. Ya de madrugada, un estruendo en el pasillo la sobresaltó. Salió corriendo hacia el origen del ruido y encontró a Ely tirado en las escaleras, con los ojos cerrados como si estuviera dormido. El hedor a alcohol la hizo arrugar el ceño. Dios santo, estaba completamente borracho. Levantó la mirada y una sonrisa bobalicona se dibujó en sus labios.

—¡Esposa! —exclamó alzando la voz— ¿Dónde estabas? Te he estado buscando.

—¿Dónde estaba? —protestó Agatha en un susurro— Baja la voz, todos están durmiendo.

Ely se llevó el dedo a los labios y chistó. Agatha puso los ojos en blanco y se acercó a él para ayudarlo a levantarse.

—Vamos a la cama, estás completamente borracho.

—Yo no quería, te juro que no quería. —Hipó—. Pero me obligaron.

—¿Acaso eres un niño que no sabe tomar sus propias decisiones?

Se echó el brazo de Ely sobre el hombro y lo levantó, no sin dificultad. Trastabilló un par de veces, teniendo que sujetarse al pasamanos para no terminar rodando juntos por las escaleras, pero logró llevarle hasta la habitación. Le tiró sobre la cama (literalmente, estaba agotada y no podía más) y se sentó junto a él jadeando.

—Debería dejarte dormir con la ropa puesta —protestó para sí misma, pues Ely estaba ya profundamente dormido—, pero soy demasiado buena para hacerlo.

Sacó las botas de su esposo con apuro, pero los pantalones fueron una tarea hercúlea. Para cuando tuvo a Ely en ropa interior, el sudor de su espalda había mojado la tela de su camisón. Intentó colocarle bien sobre la cama, y cuando estaba a punto de lograrlo, su esposo la atrapó con un brazo y una pierna y dejó escapar un ronquido. Estupendo. Intentó alcanzar las mantas, pero fue imposible. Estaba muerta de frío, cansada y muy enfadada. Clavó un codo en las costillas de Ely con la intención de que la soltara, pero en vez de hacerlo sonrió y se acurrucó mejor junto a ella.

—La amo —susurró en sueños—. Es la mujer de mi vida y me alegro de haberme casado con ella.

El corazón de Agatha se detuvo. ¿Ely la amaba? Estaba completamente borracho y dormido, seguramente estaba soñando. Pero los borrachos nunca mentían, se lo había dicho Gilbert una vez cuando era pequeña. Sonrió con el corazón lleno de una alegría desconocida hasta entonces. ¡Su esposo la amaba! El enfado se esfumó como por arte de magia. Se dio la vuelta como pudo entre los brazos de Ely y cerró los ojos. No había dormido tan bien en toda su vida.

Elijah sentía que alguien estaba golpeándole la cabeza con una maza. Dios santo, que se detuviera de una vez. Abrió los ojos y la brillante luz del sol del mediodía le deslumbró. Maldita

sea, no debería haber bebido tanto la noche anterior.

—Hasta que al fin te despiertas.

Maldición, Agatha. No recordaba siquiera haber llegado a casa, pero tuvo que ser de madrugada. Intentó incorporarse para enfrentarla, pero las náuseas le tomaron por sorpresa y vació su estómago... en un cubo que su esposa sostenía junto a su boca.

—Espero que te sientas terrible, Elijah Pennington —espetó.

Cuando terminó de vomitar, se limpió la boca con el pañuelo que su esposa le ofreció y se dejó caer en la cama con un quejido.

—¿Te sientes mal, querido?

Elijah no se dejó engañar por la voz azucarada de Agatha. Estaba furiosa, muy furiosa. ¿Qué demonios había hecho la noche anterior para enfadarla tanto?

—Lo siento —susurró—. Sea lo que sea lo que hice, lo siento mucho.

—Una disculpa superflua no te va a librar de mi enfado, granuja. ¿Te divertiste con tus amigos?

—Mi intención era solo tomar una copa en el club para celebrarlo, pero la cosa se complicó y...

—¡Oh! La cosa se complicó. ¿Te pusieron una pistola en la sien para que te quedaras o te amenazaron con un puñal?

—Aggie... ¿Qué demonios hice anoche?

—¡No me llames Aggie cuando estoy enfadada contigo! Me dijiste que no llegarías tarde a casa, organicé una cena especial para celebrar tu éxito juntos, ¡y tú preferiste celebrarlo con tus amigos!

Dios santo, era cierto. Recordaba haberle prometido llegar a casa para la cena. Recordaba también recibir una nota de Andrew diciéndole lo de la cena sorpresa. Pero John insistió en tomar una última copa... y no recordaba nada más.

—Perdóname, no se volverá a repetir.

—Desde luego que no se volverá a repetir, porque no pienso organizar ni una sola cena más en tu honor por muchos descubrimientos que hagas.

Agatha se dio la vuelta para salir de la habitación. Elijah saltó de la cama para atraparla, pero una nueva oleada de náuseas le recorrió y terminó vaciando su estómago sobre el suelo de mármol.

—Haz el favor de utilizar el cubo, el servicio no tiene por qué limpiar tu desastre.

Dicho esto, Agatha salió de la habitación, dando un portazo. Henry entró poco después portando sus utensilios de afeitar.

—Buenos días, lord Elijah —saludó—. ¿O debería decir buenas tardes?

—No empieces tú también, por favor.

—Debo decir que la señora está furiosa en este momento, despotricando como loca contra usted.

—Me lo merezco. Prepárame un baño, por favor. Necesito deshacerme de este hedor antes de pedirle perdón de rodillas.

—Me he anticipado, el baño le está esperando en el vestidor.

—Gracias, Henry. ¿Tienes idea de si hice anoche algo inapropiado?

—Aparte de llegar completamente ebrio, milord, obligó a lady Agatha a tirar de usted hasta la habitación.

—¿Y por qué demonios no la ayudaste?

—Eran las cuatro de la madrugada, todos estábamos durmiendo y ella no quiso

despertarme. Lo he sabido esta mañana, cuando Libby ha entrado a la habitación y le ha encontrado aplastando a su esposa, que estaba cubierta únicamente con la fina tela de su camisón porque no era capaz de alcanzar la manta.

—No puede ser...

—Desde luego que lo es, milord. Necesitó mi ayuda para quitarle de encima. Tuvimos que prepararle un baño de agua hirviendo para que lady Agatha entrara en calor, no descarte que termine cogiendo un resfriado por su culpa.

—¿Estás informándome o intentando hacerme sentir culpable, Henry?

—Ambas cosas. La señora se tomó muchas molestias para organizar una cena en su honor. Pasó gran parte de la tarde con su hermana en la cocina para prepararle su postre favorito. No sabe cocinar, por cierto, y tuvo que repetirlo dos veces porque el primero se quemó y al segundo le echó sal en vez de azúcar.

—Maldición.

—Debo decir que el servicio está muy agradecido porque no llegó usted a tiempo, hemos desayunado un delicioso *blancmagne* esta mañana.

—Me hago una idea, Henry. Enmendaré mi error, lo prometo.

—¿Como prometió anoche llegar antes de la cena?

—Si no llevaras trabajando conmigo desde que empecé a usar pantalones te despediría por tu desfachatez.

—Pero no va a despedirme, ¿no es cierto? Siéntese en la silla que pueda afeitarse la barba. Con un aspecto más presentable tal vez lady Agatha tenga compasión de usted y le perdone.

Cuando al fin fue capaz de dar dos pasos seguidos sin vaciar su estómago, bajó al comedor a desayunar. Por desgracia para él, la comida ya había sido recogida y tuvo que conformarse con una taza de café bien cargado. Seguro que aquello era obra de su madre para darle un escarmiento. Maldición, lo merecía. Se dirigió al salón, donde todos, excepto Marianne, estaban reunidos. Su madre estaba bordando junto a la ventana, y su padre leyendo el periódico en uno de los sillones junto al fuego. Agatha se encontraba practicando punto sentada en el sofá. Ely se sentó junto a ella, pero su esposa le miró con reproche y se levantó para cambiarse de lugar. Harvey observaba la escena divertido sobre el periódico.

—¿Podemos hablar, por favor? —preguntó con suavidad.

—Habla, nadie te está amordazando para que no lo hagas —respondió Agatha sin mirarle.

—En privado, por favor.

—Somos una familia, si tienes algo que decir tus padres pueden oírlo.

Gracias a Dios, su madre le hizo una breve señal a su padre y abandonaron la habitación, cerrando la puerta tras ellos. Ely se acercó de nuevo a Agatha, pero esta vez ella no se movió cuando se sentó a su lado.

—Sé que he cometido un error y te pido disculpas —comenzó a decir—. Preparaste una cena para mí y yo me quedé divirtiéndome con mis amigos. Lo lamento.

—Andrew te envió una nota —le reprochó Agatha.

—Lo sé, y te aseguro que recuerdo haberla recibido, pero he olvidado todo después de eso.

—Muy conveniente —bufó su esposa.

—¿Qué puedo hacer para que me perdones?

Agatha dejó el gorrito que intentaba tejer desde hacía semanas sobre su falda y suspiró.

—Entiendo que estabas eufórico por el resultado de tu trabajo y que quisieras celebrarlo con tus amigos. De veras, lo entiendo, y si me hubieras enviado una nota diciéndome que no te esperase despierta no estaría tan enfadada.

Tenía razón. Debería haber enviado a alguien a avisarla de que no llegaría a cenar, pero ni siquiera había caído en la cuenta de ello. Maldición.

—Pero no solo no te presentaste para cenar, sino que ignoraste la nota que tu hermano te envió, en la que apuesto que te dijo lo de la cena especial —continuó Agatha.

—Me lo dijo —admitió en un susurro.

—¿Tan poco importante soy para ti que te dio igual dejarme esperándote hasta la madrugada?

—Sabes de sobra que eso no es cierto.

—Lo sabía, en efecto, pero anoche realmente lo dudé.

—Aggie...

—Te perdono porque apenas hace unos meses que estamos casados —le interrumpió—, porque estabas muy feliz por tu descubrimiento y no pensaste en nada más que en eso. Pero la próxima vez, Ely...

—No habrá una próxima vez, te doy mi palabra.

—Espero que esta vez la cumplas.

—Y quiero que sepas que en lo primero que pensé al subirme a ese estrado fue en ti. Tú has sido siempre la persona que más ha creído en mí, Agatha, soy consciente de ello. Me has ayudado con mi investigación, me has animado cuando he intentado tirar la toalla y me has apoyado sin pensarlo.

—Soy tu esposa —susurró Agatha.

—No siempre lo fuiste. Y te aseguro que yo no sería nadie si no te tuviera a mi lado.

Se acercó lentamente a ella y la besó. Estaba preparado para que ella le rechazara, el enfado no iba a desaparecer como por arte de magia, pero Agatha le sorprendió devolviéndole el beso.

—Estoy loco por ti, Agatha —susurró con voz ronca.

Agatha no tuvo tiempo de procesar lo que Ely le había confesado, porque su esposo la tenía tumbada sobre la otomana y la estaba besando. Un beso de los que la hacían perder la cabeza, intenso, sensual. La mano de Ely se coló bajo el escote de su vestido y en la habitación no se escuchó nada más, aparte de los suspiros de los dos enamorados.

Capítulo 24

Agatha estaba inmersa en una nube de felicidad al día siguiente, cuando paseaba con Meredith por Bond Street. Quería comprarle un regalo a su esposo, algo bonito que le recordara el éxito de su investigación. Desde que la mañana anterior le había confesado que estaba loco por ella, Agatha no podía dejar de sonreír. No le había contado a nadie sobre aquello aún, había querido guardárselo para sí misma el mayor tiempo posible.

—Me alegra mucho verte tan risueña, Aggie —dijo Mer—. Parece que las cosas van muy bien en tu matrimonio.

—No podrían ir mejor.

—¿A dónde vamos? Aún no me lo has dicho.

—Ya que la cena especial fue un auténtico fracaso, he pensado hacerle a mi esposo un regalo diferente por su descubrimiento. Es por eso que vamos a “Instrumentos astronómicos de Greenwich”. Le he hecho un encargo especial al señor Haversham.

—A ver si adivino... ¿Un telescopio?

—El último modelo que ha salido al mercado. He mandado grabar el nombre de Ely y la fecha en la que presentó el descubrimiento del *Georgium Sidus* ante su majestad.

—Estoy segura de que le encantará.

—También he dibujado un mapa estelar de ese día. Lo he mandado a enmarcar, también tenemos que recogerlo.

—Si no se ha enamorado ya de ti, apuesto a que con este regalo lo hará.

Agatha aún sonreía cuando entraron en la tienda de astronomía. El señor Haversham la saludó con una sonrisa y entró en la trastienda inmediatamente para llevarle su encargo.

—Ya me ama —confesó Agatha en un susurro.

—¿Te lo ha dicho?

—No realmente, a decir verdad. Pero la noche del descubrimiento me lo dijo en sueños. Y ayer me dijo que está loco por mí.

—Me alegro tanto por ti... te mereces ser feliz, Aggie.

—Te aseguro que lo soy.

Una risa burlona las avisó de una presencia inesperada en la tienda. Ninguna de las dos damas se había dado cuenta al entrar que Caroline Herschel también se encontraba allí. Agatha suspiró.

—Buenos días, Caroline —saludó sin prestarle demasiada atención.

—Sigue viviendo en tu burbuja de fantasía sin querer ver la realidad —respondió la mujer mirando sin atención un libro.

—¿A qué te refieres? —preguntó Meredith, pero Agatha sujetó su brazo y negó imperceptiblemente para que no entrara en su juego.

—¿De veras crees que Elijah está locamente enamorado de ti?

—No es asunto tuyo —espetó Agatha.

—No hay más ciego que el que no quiere ver. ¡Ely no te ama! Sigue viéndose con su amante dos veces por semana.

El rostro de Agatha perdió todo el color. ¿Sería verdad que seguía viéndose con la marquesa? Imposible. Ely había roto con ella en cuanto se casaron, se lo había dicho.

—Mientes muy mal, Caroline —respondió intentando aparentar que sus palabras no la habían afectado, pero ya era demasiado tarde.

—Te aseguro que es cierto. Todo el mundo en la Sociedad lo sabe.

—No le hagas caso, Agatha —aconsejó Mer—. Intenta hacerte daño porque está celosa.

—¿Por qué iba a estarlo? —espetó Caroline.

—Porque Elijah la eligió a ella, y no a ti.

—Deja de inventar estupideces —susurró Agatha, que observaba a uno de los lacayos tomar el telescopio—. Vámonos, Mer.

—Compruébalo por ti misma si no me crees —gritó Caroline cuando llegaban a la puerta del establecimiento—. Martes y jueves, en el dieciséis de Golden Lane, a las seis.

Agatha tiró de Meredith para abandonar la tienda, pero no podía sacarse de la cabeza las palabras de Caroline. Estaba angustiada pensando que pudieran ser ciertas.

—Debo comprobarlo —susurró—. Debo averiguar si Caroline dice la verdad.

—¡Está mintiendo, Agatha! —exclamó su amiga— Sabes cuánto tiempo anduvo detrás de Elijah, lo mucho que deseaba llamar su atención. Solo quiere sembrar la discordia entre vosotros porque odia verte feliz.

—¿Y si es verdad, Mer? ¿Y si realmente sus salidas periódicas son para encontrarse con su amante?

—Te digo que no lo es. Olvídate de lo que Caroline ha dicho y disfruta de tu felicidad.

—Ojalá pudiera hacerlo... pero no puedo.

—Entonces pregúntale a él directamente. Le conoces lo suficiente como para detectar si te está mintiendo.

—¿Te has vuelto loca? ¡No pienso hacer tal cosa!

—En ese caso, hazme caso y continúa con tu vida sin hacerle caso a esa arpía que solo quiere verte infeliz.

Agatha regresó a casa para guardar los regalos de Ely en la habitación que hacía las veces de su despacho. Colocó cuidadosamente el telescopio sobre el escritorio y pasó los dedos por la fría inscripción de metal. Los ojos se le llenaron de lágrimas pensando en las palabras de Caroline. Si eran ciertas, si Ely continuaba viéndose con su amante, ¿qué significaba su matrimonio para él? ¿Qué significaba ella? No... No debía pensar más en ello. Meredith tenía razón, todo aquello no era más que un invento de Caroline para hacerla sentir mal. Se limpió las lágrimas y bajó al salón.

Su esposo llegó para el almuerzo. Besó a Agatha en la frente, como hacía siempre, y se sentó a su lado para comer.

—¿Cómo ha ido tu mañana? —preguntó— Te eché de menos en la Sociedad.

—He tenido que hacer algunos recados y he aprovechado para dar un paseo con Mer, pero esta tarde puedo acompañarte de regreso, tengo que ir a darle los últimos retoques a mi artículo de la revista.

—Tendrás que ir sola, esta tarde soy yo quien tiene que ocuparse de algunos asuntos. No me esperes para cenar, llegaré tarde.

Agatha asintió, pero su rostro se ensombreció y perdió todo el apetito. Era martes, uno de los días que Caroline había dicho. Intentó convencerse a sí misma de que era una mera

casualidad, que Meredith tenía razón y que Caroline solo quería hacerla infeliz, pero cuando Ely se marchó aquella tarde, ella decidió seguirle. A cada paso que daban, su corazón se encogía un poco más. Llegaron a Golden Lane y Ely se detuvo en el número dieciséis. Llamó a la puerta, y poco después una mujer muy hermosa abrió con una sonrisa. Su esposo le devolvió la sonrisa y entró en la vivienda, rompiendo completamente el corazón de Agatha. Se sintió morir. Una punzada de celos y traición atravesó su corazón y sus ojos se llenaron de lágrimas mientras la realidad la golpeaba: Elijah, el hombre que amaba, tenía una nueva amante. Porque la mujer que había abierto la puerta no era la vizcondesa de Montague.

La mente de Agatha se llenó de preguntas y dudas. ¿Cómo había podido Elijah engañarla de esa manera? ¿Quién era esa mujer que había logrado conquistar a su esposo en tan poco tiempo? La tristeza y el dolor se mezclaban con la rabia, creando una tormenta de emociones dentro de ella. Sintió que su mundo se derrumbaba. Todos los momentos compartidos, todas las risas y las confidencias, ahora parecían una farsa. La angustia y la desilusión la abrumaban, y el amor que sentía por Elijah se veía empañado por la amargura de la traición. Salió a correr calle abajo y tomó un coche de alquiler para dirigirse a casa de Meredith. Cuando entró en la sala de su amiga se lanzó a sus brazos, llorando desconsoladamente.

—¿Qué tienes, Aggie? —preguntó Meredith abrazándola, preocupada— ¿Qué ha pasado?

—Es cierto, Mer —sollozó,—, Ely tiene una nueva amante.

—Espera, ¿de qué estás hablando?

—Dijo que tenía que hacer unos recados y que no llegaría hasta después de la cena. Hoy es martes, así que le seguí y entró en una casa con una mujer hermosa.

—Deberías haberte quedado en casa —protestó su amiga—. Te lo advertí mil veces, pero no quisiste hacerme caso y ahora...

—¿Qué voy a hacer? Creí que me amaba, pero...

—¿Que qué vas a hacer? Nada. Discúlpame si sueno fría, pero tu matrimonio fue un mero acuerdo entre los dos. Ely no te debe fidelidad como tú tampoco se la debes a él.

—¡Meredith!

—¿Acaso no te casaste con él para poder seguir con tu trabajo en la Real Sociedad? ¿Porque te facilitaría la vida casarte con tu amigo que te ofrecía la libertad que te faltaría con cualquier otro hombre?

—Pero en el camino me enamoré de él —susurró Agatha.

—Y está bien, pero Elijah no tiene la culpa de tus sentimientos. Es un buen esposo, que te apoya en todo y te trata con cariño y respeto. No muchas mujeres tienen eso, eres una mujer con suerte.

—Tienes razón, sé que tienes razón, pero...

—Incluso se ocupa de tus necesidades en el lecho matrimonial a pesar de tener una amante. ¿Qué más puedes pedir?

—Pensé que me amaba.

—¿Te lo dijo directamente alguna vez?

Agatha agachó la cabeza porque su amiga tenía razón. Elijah nunca le había dicho que la amaba. No dijo su nombre cuando confesó su amor en sueños, y el día anterior le había dicho que no podría vivir sin ella, pero jamás le había dicho directamente que la amaba. Ni una sola vez.

—Acéptame un consejo, Aggie —continuó Meredith al ver su expresión—. Disfruta de lo que tienes, porque muchas matarían por estar en tu lugar. Olvídate de lo que sea que hayas visto

y sigue adelante con tu vida. puede que Ely tenga una amante, pero no cabe ninguna duda de que tú eres su prioridad.

Meredith acarició su cabeza con cariño.

—Me rompe el corazón verte así. Eras tan feliz esta mañana... por favor, vuelve a sonreír pronto, ¿de acuerdo?

—¿De veras crees que puedo hacerlo?

—Solo si olvidas lo que viste.

—¿Cómo puedo olvidarlo?

—Disfrutando de tu vida de casada. Siendo feliz con lo que Ely te ofrece, que no es poco. Y volcándote en tu trabajo, que desde que te casaste tienes descuidado.

—Tienes razón —reconoció—. Desde que me casé apenas he ido a la Sociedad y tengo mi libro olvidado.

—Ahí tienes tu motivación para seguir adelante. Aprovéchala.

Elijah estaba agotado cuando llegó a casa. Necesitaba desnudarse, meterse en la cama y abrazar a su esposa. Apenas se habían visto aquel día y la echaba terriblemente de menos, pero pronto aquella situación terminaría. Sonrió. Echaría de menos aquellas tardes, pero valdría la pena cambiarlas por pasar tiempo con Agatha. Era hora de pensar en los hijos, llevaban meses casados y aún no habían abordado el tema como correspondía. Ver a su hermano aquella noche rodeado de sus hijos le había dado envidia. También quería una familia como la suya, aunque lidiar con el pequeño Christopher le hubiera dado dolor de espalda.

Entró en la habitación procurando no hacer ruido para no despertar a su esposa. Se desnudó y se metió entre las mantas, alargando un brazo para alcanzarla. Se sorprendió cuando Agatha se apartó de su contacto, alejándose de él hasta el borde de la cama.

—¿Agatha? —preguntó extrañado— ¿Va todo bien?

—Solo me duele la tripa, me ha venido el periodo.

—¿Quieres que te suba una taza de manzanilla?

—Estoy bien, solo necesito dormir un poco.

—Ven aquí.

Su esposa negó, y pudo escuchar el leve quejido que escapó de su garganta.

—¿Hago llamar al doctor? —preguntó.

—Se me pasará. Duérmete.

—¿Cómo pretendes que me duerma si estás llorando de dolor?

—Deberías dormir esta noche en tu habitación. —Elijah se sobresaltó al escucharla—. Mañana estaré mejor, lo prometo.

—No voy a dejarte sola en este estado.

—Te lo ruego, Elijah... Necesito estar sola.

Aunque a regañadientes, Elijah hizo lo que le pedía. No pudo dormir nada en toda la noche, preocupado cada vez que los sollozos de Agatha llegaban a sus oídos. Al día siguiente mandaría llamar al doctor Baxter sin falta, no era normal que su esposa sufriera tanto con su periodo. ¿Estaría sufriendo un aborto? No, imposible. El periodo anterior le vino sin complicaciones. Tal vez fuera una indigestión, había estado con Meredith la mañana anterior y solían ir a comer pasteles.

La mañana llegó sin que Ely pudiera dormir. Se levantó de la cama al alba y se dirigió a su despacho para mantenerse ocupado hasta que ella se despertara. Cuando entró en la habitación, se detuvo en seco al ver el precioso regalo que su esposa había dejado sobre su

escritorio. Un telescopio último modelo, con su nombre grabado en letras doradas. Pero lo más valioso, lo que logró que derramase unas lágrimas, fue el mapa estelar de la noche de su descubrimiento hecho a mano por ella. Pasó la mano sobre el lienzo, lo tomó con sumo cuidado y lo colgó en la pared, en el lugar que ocupaba su retrato. Dios... cuánto la amaba. Agatha siempre era capaz de sorprenderle de la manera más inesperada, de hacerle sentir especial con pequeños gestos como aquel. Bajó las escaleras dispuesto a ver como estaba, y se sorprendió al verla salir de la habitación. Tenía muy mala cara. Su rostro estaba ceniciento y mostraba unas ojeras muy oscuras bajo los ojos.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó— ¿Mando llamar al doctor Baxter?

—No es necesario —susurró Agatha—. Me encuentro mucho mejor ahora.

—Me tenías muy preocupado —respondió él

—Lo lamento.

Ely se acercó para besarla, pero ella se apartó. Otra vez.

—¿Qué es lo que te pasa, Agatha? —espetó.

—Ya te lo he dicho, no me encuentro bien.

—Acabas de decirme que estás mejor.

—Pero no estoy recuperada.

—¿He hecho algo que te haya molestado? ¿O sigues enfadada por lo del otro día?

—No estoy enfadada, Elijah.

—Es la segunda vez que me llamas por mi nombre completo —protestó.

—¿Y qué tiene eso de malo?

—Que tú nunca me llamas así.

Agatha se cerró la rebeca que llevaba puesta sobre el sencillo vestido de día y suspiró.

—¿Dónde estuviste ayer, Ely? —preguntó con suavidad.

—Fui a ver a Andrew, había unos papeles que debía firmar y Nicole me pidió que me quedara a cenar.

—Mientes muy mal.

Agatha se dio la vuelta para marcharse, pero Ely la sujetó del brazo para impedírselo.

—¿Qué quieres decir con que miento muy mal? No estoy mintiendo.

—Te vi, Ely.

—¿Me viste dónde?

—En Golden Lane.

Ely suspiró, la tomó de la mano y tiró de ella escaleras abajo. No se detuvo hasta salir a la calle y entrar tras ella en su carruaje.

—Debí haber hecho esto mucho antes —susurró—. Debí hacerle caso a Amelia.

—¿A dónde me llevas?

—A Golden Lane. Quiero que conozcas a alguien.

—¡No quiero conocer a tu amante! —gritó ella intentando abrir la puerta del carruaje, pero él se lo impidió.

—¿Te has vuelto loca? ¿Pretendes saltar con el carruaje en marcha?

—Lo haré si es la única forma de no ir allí.

—Amelia no es mi amante, maldición —bufó Ely—. No tengo más amante que mi esposa, que resultas ser tú.

—Mientes...

—Voy a demostrártelo. Y ahora quédate quieta si no quieres que te inmovilice contra el asiento.

Agatha se cruzó de brazos con un mohín, pero obedeció. El carruaje se detuvo en la casa que había visto la tarde anterior. Elijah la obligó a bajarse y llamó a la puerta. La misma mujer de entonces abrió, y tras la sorpresa inicial de ver a Ely, miró a Agatha con una sonrisa. Una sonrisa real y sincera.

—Hasta que al fin la traes contigo —dijo la mujer—. Pasad, prepararé un poco de té.

—Amelia, déjame presentarte a mi esposa. Ella es Amelia Blackwood, una buena amiga.

—Es un placer conocerte al fin, Agatha. Ely me ha hablado mucho de ti.

Un remolino de cabellos negros corrió hasta las piernas de Ely, haciéndole reír.

—¡Tío Ely! —exclamó el niño, que no debía tener más de cinco años— ¡Has venido!

—He venido para que conozcas a la tía Agatha. ¿Verdad que es hermosa?

El pequeño asintió escondido tras Elijah, que le tomó en brazos y se giró hacia ella.

—Él es Thomas, el hijo de Amelia.

Entraron en la casa y Amelia se disculpó para ir a preparar el té. Agatha se sentía incómoda, no sabía qué estaba ocurriendo, y el pequeño no dejaba de hacer preguntas. Ely, notando su incomodidad, le pidió a Thomas que ayudara a su madre en la cocina, quedándose al fin a solas con ella.

—Amelia es la viuda de mi mejor amigo de la infancia —explicó—. Murió hace dos años debido a un accidente de caza, y en su lecho de muerte me pidió que me ocupara de ellos hasta que Amelia decidiera rehacer su vida.

—Oh.

—Me encargo de administrar la pequeña fortuna que le dejó su esposo, he hecho algunas buenas inversiones para aumentar su patrimonio, pero sobre todo me encargo de Thomas.

—Por eso vienes a verles martes y jueves.

—Así es.

—¿Y por qué no me lo dijiste? ¿Por qué no me hablaste de ellos?

—Debí hacerlo, tienes razón. Pero estaba tan ocupado con mi investigación que olvidé hacerlo. De hecho, ayer mismo Amelia me echó un buen rapapolvo por no haberte traído a conocerla.

—Es un auténtico desastre cuando está concentrado en su trabajo —dijo Amelia entrando de nuevo con la bandeja del té—. No se lo tengas en cuenta.

—¿Quién te habló de esto? —preguntó Elijah—. Porque dudo mucho que lo descubrieras por tu cuenta, y mi familia sabe todo lo ocurrido, así que no te habrían permitido pensar que Amelia era mi amante.

El bufido de la mujer la hizo sonreír.

—Caroline me lo contó —confesó—. Me dijo que tenías una amante, y que si no la creía podía venir a comprobarlo por mí misma.

—¿Y por qué no me lo preguntaste? Te habría contado la verdad, Aggie.

—Tuve miedo —susurró con los ojos anegados en lágrimas—. Tuve miedo de que me dijeras que era cierto.

—¿Es que no confías en mí?

—Lo hago, pero...

—Te lo dije —protestó Amelia levantándose—, te dije que debías decirle que la amas. Date prisa y hazlo de una buena vez, eres un desastre.

Agatha miró con asombro a la mujer que se alejaba guiñándole un ojo con complicidad.

—¿Me amas? —insistió.

—¿De veras tienes que preguntarlo? ¡Dios santo, Agatha! ¿Qué pensabas que quise decir

cuando te confesé que estoy loco por ti?

Elijah se arrodilló frente a ella, tomando sus manos con ternura y besándolas con devoción.

—Te amo, mi querida y obstinada Agatha —confesó mirándola a los ojos—. Te amo tanto que no soy capaz de concebir mi vida si tú no formas parte de ella.

Agatha sintió cómo sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Lo eres todo para mí, mi amor —continuó su esposo con voz ronca—. Eres mi mejor amiga, mi confidente, mi amante. Eres lo primero que quiero ver al despertar y lo último al acostarme. Quiero que estemos rodeados de hijos, envejecer a tu lado y ver esos preciosos ojos azules hasta mi último aliento.

—Yo también te amo —susurró ella lanzándose a sus brazos.

—¿Por qué llora la tía Agatha? —preguntó Thomas, que observaba la escena tras la pierna de su madre.

—Porque estoy feliz, tesoro. —Bajó la voz hasta ser apenas un susurro—. El tío Ely me ama.

—Ya lo sabía —respondió el niño como si no fuera gran cosa—. Habla todo el tiempo de ti, se ha vuelto muy aburrido.

—¡Thomas! —le regañó su madre riendo entre lágrimas.

—¡Es cierto, mamá! Antes me mostraba las estrellas con mi telescopio, pero ahora solo habla de ella.

Agatha se acercó al niño y se puso en cuclillas para estar a su altura.

—Si quieres, puedo mostrarte las plantas. ¿Sabes que descubrí una planta yo sola?

—¿De veras? —exclamó el niño— ¿Sin la ayuda de nadie?

—Sin ayuda —asintió Ely—. Y mucho antes de lo que piensas.

—¿Me la enseñarás?

—Podemos ir mañana al jardín botánico. Te la mostraré y te haré un retrato con ella.

—¿También sabes dibujar?

—Por supuesto.

Mucho más tarde, en la intimidad de su alcoba, Elijah descansaba con Agatha en sus brazos después de hacer el amor. Agatha se distraía haciendo círculos sobre el pecho desnudo de su esposo, que no dejaba de besarla por toda la cara.

—Tonta... —protestó Ely.

—Lo lamento —se disculpó Agatha—. Lamento haberle hecho caso a Caroline, Ely. No debería haber dudado de ti.

—Desde luego que no. Una amante —bufó—. Hacemos el amor casi todas las noches, ¿de veras crees que me quedan fuerzas para tener una amante?

Agatha sonrió y se acurrucó mejor sobre el pecho de su esposo.

—Debería dejarte embarazada —continuó—, así no tendrías oportunidad de pensar en esas tonterías.

—Me gustaría mucho tener un bebé —reconoció Agatha—. Envidio mucho a Nicole cuando está con los pequeños.

Elijah sonrió, alzó las cejas con una sonrisa y se metió bajo las mantas, haciéndola reír.

—¿Se puede saber qué haces? —preguntó Agatha entre risas.

—Cumplir los deseos de la mujer que amo, eso es lo que hago.

Aunque empezó como un acuerdo entre dos buenos amigos, el suyo siempre fue, y siempre sería, un matrimonio por amor. Porque aunque al principio ellos mismos no supieran lo

que sentían el uno por el otro, el tiempo y el destino se ocuparon de mostrarles el camino hacia la felicidad que podrían encontrar uno en brazos del otro. La vida les mostró que la verdadera felicidad no radica en la perfección, sino en el amor que crece y se nutre a través del entendimiento mutuo y el apoyo incondicional.

FIN

Biografías

Christopher Wren: (1632-1723) destacado astrónomo inglés, conocido por sus importantes contribuciones a la astronomía y la ciencia. Fue uno de los fundadores de la Real Sociedad y sirvió como su presidente de 1680 a 1682. Tradujo obras sobre relojes solares y construyó diversos dispositivos astronómicos y meteorológicos. Su trabajo en astronomía fue altamente valorado por figuras como Isaac Newton y Blaise Pascal.

William Herschel: (1738-1822) astrónomo germano-británico, conocido por descubrir el planeta Urano en 1781. Comenzó su carrera como músico, pero su pasión por la astronomía lo llevó a construir sus propios telescopios de gran calidad. Además de *Urano*, Herschel catalogó numerosas nebulosas y estrellas dobles, y desarrolló teorías sobre la evolución estelar y la estructura del universo. Fue nombrado astrónomo real por Jorge III de Inglaterra y recibió la medalla Copley de la Real Sociedad.

Caroline Herschel: (1750-1848) astrónoma germano-británica, fue la primera mujer en ser reconocida profesionalmente en este campo. Ayudó a su hermano William Herschel en sus observaciones astronómicas y descubrió tres nebulosas y ocho cometas, incluyendo el cometa periódico *35P/Herschel-Rigollet*. En 1787, el rey Jorge III le otorgó un salario anual, convirtiéndose en la primera astrónoma profesional femenina. A lo largo de su carrera, Caroline catalogó más de 2500 nebulosas y estrellas dobles. Fue galardonada con la medalla de oro de la Real Sociedad en 1828.

John Mitchell: (1711-1768) astrónomo y médico británico, conocido por su trabajo en la observación de estrellas y su influencia en la medicina de su tiempo. Estudió medicina en la Universidad de Edimburgo y más tarde se convirtió en médico personal del rey Jorge III. También fue miembro de la Real Sociedad y contribuyó a la observación y catalogación de estrellas. Su trabajo ayudó a sentar las bases para futuras investigaciones astronómicas.

James Hutton: (1726-1797) geólogo, químico y naturalista escocés, conocido como el "padre de la geología moderna". Es famoso por su teoría del *uniformitarismo*, que explica las características de la corteza terrestre mediante procesos naturales a lo largo del tiempo geológico. Su obra más conocida, *Teoría de la Tierra*, sentó las bases para la comprensión moderna de la geología y la edad de la Tierra.

Joseph Banks: (1743-1820) naturalista, botánico y explorador británico. Es conocido por su participación en la expedición de James Cook en el *HMB Endeavour* (1768-1771), durante la cual recolectó numerosas especies de plantas en Australia y otros lugares. Fue presidente de la Real Sociedad durante 42 años y jugó un papel crucial en el desarrollo de los *Jardines Botánicos Reales de Kew*, enviando recolectores botánicos a todo el mundo. Banks también fue el primero en documentar muchas especies nuevas para la ciencia y promovió la colonización británica en Australia.

Gilbert Blane: (1749-1834) médico escocés conocido por sus reformas en la higiene y la medicina naval. Sirvió como médico personal del almirante Rodney durante su expedición a las

Indias Occidentales, donde promovió el uso de jugo de limón para prevenir el escorbuto. Más tarde, se convirtió en médico del Hospital St Thomas y en médico ordinario de los reyes Jorge IV y Guillermo IV. En 1812, recibió un título de baronet. Blane también escribió dos libros sobre medicina: *Observaciones sobre las enfermedades de los marineros* y *Elementos de la lógica médica*.

William Nicholson: (1753-1815) químico inglés, escritor y editor, conocido por sus contribuciones a la química y la filosofía natural. Descubrió la *electrólisis*, el proceso de descomponer el agua en hidrógeno y oxígeno utilizando una pila voltaica, junto con Anthony Carlisle. También fundó la primera revista científica mensual en Gran Bretaña, la *Revista de Filosofía Natural, Química y Artes*. Fue miembro de la Real Sociedad y realizó importantes contribuciones a la ciencia de su tiempo.

Antoine Lavoisier: (1743 - 1794) químico francés conocido como el "padre de la química moderna". Descubrió la ley de conservación de la masa y nombró el oxígeno y el hidrógeno. Su sistema de nomenclatura química aún se utiliza hoy en día.

William Cunnington: (1754-1810) pionero de la arqueología en Inglaterra. Aunque fue considerado más un anticuario, sus excavaciones en Wiltshire, financiadas por Sir Richard Colt Hoare, sentaron las bases para la arqueología moderna. Trabajó en numerosos túmulos y monumentos prehistóricos, incluyendo Stonehenge. A pesar de que sus métodos no eran precisos según los estándares actuales, Cunnington dejó un legado importante en la investigación y documentación de sitios antiguos. No perteneció al museo de arqueología de Londres ni a la Real Sociedad.

[1] Prestigioso club de caballeros en St James's Street, Londres. Conocido por su ambiente distinguido, era el equivalente de White's para la alta burguesía.

[2] Pollo estofado en una rica salsa de crema, servido con una base de caldo, vino blanco y yemas de huevo.

[3] Carruaje de lujo con capota plegable, muy utilizado para viajes y paseos en la ciudad.

[4] Salón de té.

[5] Pequeño bolso de mano utilizado por las mujeres para llevar objetos esenciales. Solían cerrarse con un cordón y eran un accesorio de moda indispensable en la alta sociedad.

[6] Guiso de trozos tiernos de carne de res, patatas, zanahorias, cebollas y guisantes, todo bañado con salsa espesa de hierbas frescas. Se servía con pan crujiente para mojar en la salsa.

[7] Compositor austríaco conocido como el "padre de la sinfonía" y el "padre del cuarteto de cuerda". Su música influyó profundamente en otros compositores como Mozart y Beethoven.

[8] Cuentos de hadas.

[9] Postre cremoso y dulce popular en Inglaterra del siglo XVIII, hecho a base de leche, azúcar y gelatina o almidón, aromatizado con almendra, vainilla o agua de rosas. Se servía frío.

[10] Lana de origen español muy apreciada en el siglo XVIII por su excepcional suavidad y calidez.

[11] Sopa tradicional escocesa hecha con pescado ahumado, patatas y cebolla.

[12] Postre tradicional escocés hecho con crema batida, miel, frambuesas frescas y avena tostada, con un toque de whisky.

Los Pennington

Miss Pennington

Marianne Pennington prefería leer un buen libro que acudir a uno de los grandes bailes de sociedad. Era un ratón de biblioteca... que perdería su oportunidad de contraer matrimonio si no conseguía un caballero adecuado en su tercera temporada.

Tras la muerte de su padre, Sebastian Wembley, hijo extramatrimonial del vizconde de St Vincent, heredaría su título y toda su fortuna. Pero para heredar esto último había una condición... que a él no le hizo ninguna gracia.

Lord Pennington

Andrew Pennington había perdido al amor de su vida. Huyó de Londres para curar sus heridas, y a su regreso, tres años más tarde, tiene la intención de buscar una esposa. Aunque esta vez evitará la ayuda de su entrometida, aunque maravillosa, madre y se tomará su tiempo para encontrarla.

Nicole Lonsdale vio sus sueños de juventud truncados por culpa de una estúpida tradición familiar que su padre pensaba llevar a cabo costara lo que costase. A su muerte, regresa a Londres junto a su hermano, que la anima a perseguir aquellos sueños perdidos.

Libros de este autor

Deamhan Dubh: El Demonio Negro De Las Highlands

Ewan, conocido como el Deamhan Dubh de las Highlands, es un hombre atrapado entre dos mundos. Aunque la sangre de los Sinclair corre por sus venas, considera a los Sutherland, el clan que lo acogió siendo niño, como su verdadera familia. Ahora, tras la muerte de su verdadero padre, el despiadado laird de los Sinclair, Ewan debe regresar a Caithness para reclamar su lugar como líder del clan.

Ailis, hija del herrero de los Sinclair, ha vivido toda su vida bajo el yugo de la tiranía, primero de la mano de George Sinclair y más tarde de su hijo William. Ahora que ambos han muerto se enfrenta al temor y la incertidumbre de vivir bajo el liderazgo de un hombre desconocido y temido por todos.

Cuando sus caminos se cruzan, surge una conexión inmediata entre ellos. Sin embargo, su amor deberá navegar en las turbulentas aguas de la lealtad, el deber y los desafíos de las Highlands.

Por Orden Del Rey

Alasdair MacLeod volvía a casa después de haber pasado una temporada en la corte. Echaba de menos a su familia y había cabalgado sin descanso para poder llegar a ellos lo antes posible. Con lo que no contó fue con encontrarse a una bella ninfa del bosque... que se desvaneció en cuanto sus ojos se posaron en ella.

Lana Grant lo tenía todo: una familia a la que adoraba, una vida feliz y la boda de su hermana mayor a la vista. Había conocido a alguien que parecía estar interesado en ella y se había ilusionado con casarse por amor igual que dos de sus hermanos. Pero alguien se atrevió a atacar su castillo... y trunció toda su vida.

365 Días... Y Uno Más

Skye nunca había salido de las tierras de los Brodie. -Como única hija del laird, había sido cuidada con sumo celo. Pero en unos días sería la boda de su prima, y su padre no tendría más remedio que dejarla acudir. Estaba emocionada, por fin se volvería a encontrar con el hombre que había hecho latir su corazón en una única visita a su casa, y tenía la esperanza de conseguir en estos días que el guerrero se fijara en ella.

Cameron estaba demasiado ocupado con sus obligaciones como laird de los MacLeod como para acudir a la boda de la única hija de los Murray, pero el laird había sido un gran amigo de su padre y tenía el deber de hacerlo. Lo que nunca imaginó es que en dicho evento encontraría diversión añadida.